Gabriel G. Badell



De Las Armas a Montemolin

DE LAS ARMAS A MONTEMOLÍN

GABRIEL G. BADELL

EDICIONES ORBIS S.A.
con la colaboración de
EDICIONES DESTINO

Apartado de Correos, 35432, 08080 Barcelona

ISBN: 84-7634-403-1
D.I.B.: 38.293-1985

Impreso y encuadernado por
Gráficas Ramón Sopena S.A.
Provenza, 95 — 08029 Barcelona

Printed in Spain

Debemos, acaso, siguiendo a los filósofos y a los escritores, arriesgar la hipótesis de que la sustancia viva sufrió, al ser animada, una fragmentación en pequeñas partículas, que desde entonces aspira a reunirse de nuevo por medio del amor.

Sigmund Freud: *Más allá del principio del placer.*

Ante la Asamblea de los hombres ilustres, bajo el sol de este otoño dorado, con paso quedó y en mis ojos de tigre la justicia, sencillamente, sin alharacas, con lumbre apasionada, presento mi denuncia.

Vengo a hablar en nombre de los que tienen treinta años, de los que, desde la cumbre de su juventud perdida, contemplan los restos del humano naufragio y el desorden del mundo; y en nombre de sus traicionadas muertes yo os acuso, oídlo bien, a todos.

A vosotros: ancianos que os dormisteis en el vals indefinido del idiota progreso, con un tufo burgués adocenado y falso, y comíais chuletas bien sabrosas, mientras bajo vuestros galanteos tontos aullaba ya la boca viscosa, de la lucha terrible, y el hambre por las calles en llamas: en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: hombres de la entreguerra que pisoteasteis impotentes la sonrisa de un niño, que quería nacer de tanta ruina ya, que olvidasteis, demasiado pronto, el llanto de los soldados, que bailasteis demasiado bajo las farolas, borrachas de las huelgas, el charlestón y el sintrabajo y que os regocijaba, hasta el espasmo híbrido, la velocidad, la prostitución, la gran juerga, social, o totalitaria — o aun parlamentaria democracia — y qué sé yo cuántas cosas más, en la media cabeza del fiero agente de negocios, sin adivinar que las ciudades ofrecerían blancos tan hermosos, tan concretos, para que un obús, perfecto de la supertécnica, aplastara aquellas ilusas panaceas en un charco de sangre donde iban a flotar, pisoteadas, vuestras violadas vírgenes entre billetes inútiles de Banco, y que en el reloj del escaso hombre ya no quedaba sino una media hora de vida suficiente, para fumarse un cigarrillo, y hacer bayoneteado por las inmensas llanuras, entre escombros de tanques: en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: los poderosos energúmenos, los grandes señores de la culpa, los que, en vuestra codicia más enorme aún que el cielo de tal hipocresía, arramblasteis con la mejor rapiña en el río revuelto, y que no fuisteis para vuestros hermanos sino hoscos verdugos, con sonrisa de lobo; y una estela de odios encendidos dejasteis para mil años que vinieran y más: en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: los universitarios, sabios de la Luna, los artistas leprosos, que fuisteis presa, por cobardes, insípidos, por permitir que el espíritu fuera apresado, como una zorra vil, en la trampa de los grandes capitanes de papel: en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: los violentos, los idealistas de la muerte, los que sumisteis al mundo en un fragor de horrores, creyendo crear un nuevo sol con vuestra pobre bola de sebo: en nombre de mi generación yo os acuso.

A vosotros: los anónimos peones del salario misérrimo, que os abandonasteis en el sopor brutal del vinazo y la patata cocida, a los que os entregasteis al fútbol y a los semanarios de crímenes, para no pensar; a los estudiantes irresponsables que gritaban heridos sin saber por qué, a los pacifistas enclenques, que cerraban sus manos ante la tomadura de pelo, a los espirituales estómagos que nos hablaron tanto del infierno, a los profetas de grandes paraísos de chatarra, a las mujeres sin vergüenza que no querían parir hombres, a los indiferentes que tan sólo soñaron con sus bolsillos miserables, a los que con la flor en el ojal jugaron en el ensayo, a los complejos sexuales, a la pederastia, a la morfinomanía, a la aventura política de porrazo y tentetieso. Perdidos, putrefactos, podridos de civilización, de asco y de cine barato; estuvisteis malditos, estaréis corrompidos por los siglos de los siglos. Fuisteis rebaño propicio, cuando llegó la gran merienda de los ultimátums, lo mismo que lo seríais si tal momento llegara de nuevo como parece ser así: en nombre de mi generación yo os acuso.

Pero fuimos aprendiendo vuestra lección paso a paso: cuando teníamos quince años cuajó en noches de terror, y de asombro inaudito, entendiendo que ser hombre era estar dispuesto a sacar de la cama a su hermano y asesinarlo, cobardemente, al borde de un camino. Cuando teníamos veinticinco años conocimos también que el perdón es inútil y los sueños más nobles se pierden, en el tiempo, como un soplo de humo; y ahora, con nuestros treinta años, hemos aprendido tantas cosas — tantas cosas — que nos duele duramente, aquí dentro, y que si tuviéramos que confesarlas moriríamos de vergüenza y de rabia. ¡Ah!, y de nuevo las bombas acechan nuestras pobres carnes maduritas, para sacrificarnos junto a nuestros hermanos más jóvenes, a quienes damos la mano en la tiniebla, que golpea las persianas, de los que están de pie con estatura de despiertos.

Por todo yo digo. Yo os denuncio. Yo os acuso. Cogeré mi mochila, con mi cara de cura, si me dejáis con vida, y huiré a las sagradas colinas, junto al mar inmensamente nuevo, a leer mis poetas chinos preferidos; y que el mundo tiemble por vuestros pecados y se arrase mañana por la mañana.

Miguel Labordeta. *Punto y aparte. Un hombre de treinta años pide la palabra (Zaragoza, 1921-1970).*

PRIMERA PARTE

1.

En la plaza de San Bruno, entre las calles de Sepulcro y Arcedianos, una manzana de casas, cuya fachada se ve desde la plaza de la Seo — tras el cerco del Arzobispo — podría ser convertida en un magnífico hostal zaragozano; tendría en su exterior el empaque recio y suntuoso del mudéjar aragonés, con sus balcones corridos, con antepechos de hierro, sus portaladas de piedra, sus rejas forjadas, su patio interior convertido en vestíbulo, sus escalinatas anchas, con sus baldosas, baldosines y azulejos de Muel; pasamanos y barandillas de madera torneada y hierros forjados, sus amplios salones y sus corredores de techos artesonados, con sus mesas y sillas de nogal y roble, con herrajes trabajados en fragua; los dormitorios acogedores con camas, mesillas y armarios, y decoración estilo propio podrían ser — con su empaque señorial — lugar adecuado para recibir y aposentar dignamente a personalidades o huéspedes de honor de la ciudad; ser centro de banquetes oficiales — o de gala — por proximidad a la nueva casa consistorial, y ambientación especial, siendo factible de convertirse en el más lujoso y ambientado hotel de la ciudad. Pero el conservador del Patrimonio decía que no, que no le interesaba la plaza de San Bruno ni la calle del Sepulcro y Arcedianos, ni el empaque recio y suntuoso del mudéjar aragonés, ni los balcones corridos, ni sus antepechos de hierro, ni sus portaladas, ni sus rejas forjadas, ni las baldosas, baldosines y azulejos de Muel, ni los pasamanos, barandillas de madera torneada, ni los hierros forjados, los amplios salones, los comedores, los techos artesonados, las mesas y sillas de nogal, los dormitorios acogedores, las camas, mesillas, armarios y decoración estilo aragonés, ni los lugares adecuados para recibir y aposentar dignamente a las autoridades que vinieran.

La Casa de la Acción Católica (antiguo seminario conciliar) debería de rectificar su fachada con ladrillo cara vista y retocar sus ventanales, al estilo aragonés, poniéndoles medio punto, a los del último piso, para hacer conjunto armónico, de vecindad, con la Lonja (recientemente consolidada por haber amenazado ruina debido al estado de las columnas) pero el conservador del Patrimonio Artístico decía que no. Los edificios fronterizos a esta casa y el palacio arzobispal — con el obispo en medio — deberían de ser puestos en

línea con los de la plaza del Pilar, según los proyectos existentes, y tendrían que estar construidos con características semejantes para no desentonar del conjunto, tanto en su estilo como en su altura; y las casas adosadas a la fachada del templo del Salvador, al pie de su torre, necesariamente tendrían que sufrir modificaciones, más en armonía con el lugar que ocupan, porque su aspecto actual no rima con su emplazamiento, pero el conservador del Patrimonio Artístico decía que no. Además la fachada del palacio arzobispal, y hasta su arco, convendría que tuviera otras características distintas de las actuales, con un piso más y otro estilo arquitectónico; por todo ello, el recinto de esta plaza, como el proyecto de edificaciones del resto del barrio típico, debería ser objeto de estudios de arquitectos competentes convocados a un concurso, en bien de la mejor realización de este sector, del que la plaza de la Seo es su antesala (que podría resultar magnífica y señorial, dentro del carácter austero y sobrio del estilo aragonés), pero el conservador del Patrimonio Artístico decía que no. Y si internándose más — atravesando el arco del Arzobispo — se contempla la fachada mozárabe, del exterior de la catedral, y su magnífico ábside, recientemente inaugurado (y descubierto en su totalidad), en el que se pueden diferenciar los tres estilos arquitectónicos superpuestos: románico en su base, gótico en el centro y mudéjar, con su cimborrio (en forma de tiara al final), formando una conjunción estilística muy original, se vería un estilo armónico y grato a la vista, ya que está perfectamente proporcionado, constituyendo una pieza rara y valiosa muy digna de admirarse. También sería digna de admirarse esta parte del Templo desde la plaza de San Bruno, en la embocadura de la calle del Sepulcro, donde la perspectiva es una de las más bellas y artísticas de la ciudad, (ya que además de estar ordenada perfectamente en todos los detalles se complementa con la esbelta torre emergiendo del conjunto, y por debajo del arco del Arzobispo. Asimismo la panorámica de las plazas de La Seo y del Pilar, que, sobre todo por el lado de la Lonja — nuevo Ayuntamiento y basílica pilarista — constituye una agrupación muy acertada y monumental… Porque la calle del Sepulcro, con sus antiguas casonas adosadas al palacio arzobispal, la casa de Esmir (llamada vulgarmente de la Inquisición) se conserva exteriormente en su primitivo estado, con su mirador de madera, sus vetustos balconajes, su alero y su patio interior (aunque algo adulterado). Si a las casas que se construyan sobre los solares que hay a continuación hasta salir a la calle de San Vicente Paúl (después de los derribos realizados recientemente) se les sabe dar en su exterior el estilo y características apropiadas, que rimen con las anteriormente descritas, puede pervivir en esta parte su tipismo y su antiguo poder evocador, sobre todo si a esa calle se le dota de una pavimentación de empedrado adecuado y se le da una

ambientación nocturna ambiental surgida de unos faroles de la época. Pero el conservador del Patrimonio Artístico decía que no; y esto por varias razones: porque no le interesaban los tres estilos arquitectónicos superpuestos de la catedral, ni el románico en su base, ni el gótico y mudéjar en el centro, ni el cimborrio, en forma de tiara, del edificio, ni la conjunción estilística original (armónica y grata a la vista) ni su proporción, ni su variedad, ni el tipismo, ni la evocación, ni la pavimentación o el empedrado adecuado, ni la iluminación más o menos intensa.

En lo que concernía a la definición de la ciudad no parecía haber ninguna exacta. En una ciudad se pasa bien o mal, y, en consecuencia, se habla de ella conforme le va a uno. Un dato significativo era lo que suponía perderse en Zaragoza. Era fácil desorientarse, encontrarse rodeado de calles no conocidas; se pensaba que se estaba en el extremo de la ciudad, en los mismos suburbios, y cuando se preguntaba a cualquier transeúnte: «¿Puede decirme dónde está el centro de la ciudad?», siempre se le decía a uno que estaba al lado, que el centro era eso; lo que significaba lo mismo que hacer de la ciudad un suburbio continuo. Se conseguía, a veces, perderse de verdad, y se pensaba que nadie iba a decir que el centro era eso. Se iba hacia el primer ciudadano, un guardia municipal llamado Emeterio Zaldívar Larues. «¿Puede decirme dónde está el centro?» Casi siempre sonreía, porque estaba allí. «Vaya usted por la derecha y encontrará la plaza de Aragón, la del Paraíso, la de España, el Paseo de la Independencia, lo que sea». Era interesante siempre hacer preguntas. ¡La necesidad de saber! Carisio preguntaba cuáles eran los fines mediatos o inmediatos de la Sociedad en que vivía; si quería conocer sus estatutos nadie podía impedírselo. «¿Así que usted quiere conocer los fines mediatos o inmediatos de la sociedad?» Si hablaba con la gente en la calle, acerca del tiempo, de las obras del Ayuntamiento, de las mujeres de vida fácil (¿usted conoce a alguna?), estaba en su derecho. Lo importante era comunicarse con los demás, participar de la vida activa como cualquier otro ciudadano (bien que a su manera, con arreglo a su personalidad). Invitar y dejarse invitar en las barras de los bares, hablar con los otros, excluyendo dos temas en las conversaciones triviales: la política y la religión, por considerarlos en sí mismo peligrosos, pero contestando al menos con monosílabos a las posibles preguntas: «¿Usted cree en la posibilidad de un régimen representativo? ¿O en un estado social y católico con separación de poderes? ¿Usted cree en las disposiciones postconciliares?» Entonces había que decir que sí, o que no, pero resultaba preferible asentir el mayor número de veces hasta pasar a otro asunto. —¿Es usted de derechas o de izquierdas?

De derechas, defensor del orden y del catolicismo a ultranza, de la postura oficial también y de las Leyes fundamentales. No era necesario hablar más, había que salir a la calle y buscar nuevos entretenimientos. Había que saber mirar alrededor. La información podía estar en todo; aunque esas casas, negras, sucias, que habían conocido el paso del tiempo, representasen más bien el sufrimiento. Pero ¿el sufrimiento de quién?, ¿el de los otros? No se veía sufrimiento por ningún lugar allí, al menos se decía eso, pero no había que confiar. Había que seguir yendo de un lado a otro. En la esquina, en la misma calzada, seguía estando el guardia municipal Emeterio Zaldívar Lames. Había que preguntarle algo. ¿Dónde estaba enterrado santo Domingo del Val? El guardia municipal movía los brazos, hablaba. «Vaya preguntas que hace usted; no haga preguntas con tan mala leche.» Bien, estaba bien, no era necesario que siguiese hablando; había entendido, muy buenas tardes. Pero, ¿cuál era su cultura y su formación?, ¿no conocía a santo Dominguito del Val? Su historia era parecido al del Santo Niño de La Guardia de Toledo. Bastante curioso por cierto: santo Dominguito del Val fue muerto cerca del año mil doscientos cincuenta, cuando era papa Inocencio IV, obispo de Zaragoza Arnaldo de Peralta y el rey de Aragón Jaime Primero.

—¿Conoce la historia?

—No.

Santo Dominguito del Val era un niño como cualquiera, hijo de Sacio Valero, notario público (lo que ya significaba algo) y de una mujer muy devota llamada Isabel. Un tal Moisés Albarueto, judío, vecino de la ciudad, se apoderó ocultamente de él para hacer cosas inconfesables ¿o no era ése el motivo? (La historia no desmiente nada — tampoco afirma — pero es confusa.) Santo Dominguito por aquí, santo Dominguito por allá. Al final lo llevó a la sinagoga de los judíos y lo crucificaron en una pared, sujetándole con tres clavos; posteriormente le abrieron el costado con una lanza, y por último, una vez finalizado el martirio y por miedo a ser descubiertos, cortaron la cabeza y manos del niño y escondieron el cadáver junto a la orilla del Ebro.

—¿Lo sabía usted?

—No.

La cultura del guardia municipal, de Emeterio Zaldívar Lames, no era buena ni mala, se dejaba guiar por la televisión y los periódicos. ¿Dónde estaba enterrado santo Dominguito del Val en Zaragoza? ¿En la iglesia de San Gil? No, eso era antes. ¿En la catedral de La Seo? Sí, exactamente en la catedral de La Seo.

¿Es usted conservador o de izquierdas? Dígame usted, ¿qué tengo

que conservar exactamente? Se puede conservar el honor, los principios que se han recibido en una educación familiar conveniente, se puede conservar el amor a lo que es de uno, el Estado, la provincia y el municipio como esferas representativas de una idea superior que es la nación. ¿Usted es conservador o de izquierdas? Se pueden conservar los ideales, los principios religiosos y los que tienen un carácter parecido, los que hacen relación al espíritu de clase— una ideología especial — en función con las posibilidades de intervención en los medios de producción. ¿Usted es conservador o de izquierdas? Se puede tener acceso al capital, en una gran medida, dentro de la ciudad, y tampoco sin exagerar demasiado. (Yo tengo algunas acciones en las compañías de electricidad, en el Banco Español de Crédito, en Industrias Aragonesas y Altos Hornos). ¿Usted es conservador o de izquierdas? ¿Defiende a los fuertes o a los débiles? Su manera de expresarse — la terminología — es indudablemente marxista, pero puede usted continuar. Muchas gracias. ¿Ha dicho que tiene algunas acciones en el Banco Español de Crédito? Es preferible, siempre, estar con los poderosos, junto a los medios de producción. La cultura está unida al capital, y la ideología USA. ¿Usted es conservador o de izquierdas? ¿Los camareros le saludan al entrar en los restaurantes públicos? ¿Le llaman por su nombre poniendo el don delante y le preguntan si toma lo de siempre? Y le sirven una bebida no alcohólica haciéndole una gran reverencia. (Hay algunos seres que se humillan hasta límites inconcebibles.) ¿Cómo está su señora y su familia? No tengo señora ni familia. Ah, perdone, me he confundido. ¿Usted es conservador o de izquierdas? Mientras la situación siga igual no hay nada que temer. Ese hombre que mira en el rincón — Juan Montero Marugán — que no va convenientemente vestido, es un revolucionario. ¡Qué se le va a hacer! Dios lo quiere así. Dios no toma bebidas alcohólicas, pero puede ser que tenga queridas y acciones en el Banco Español de Crédito; no es dogma de fe, pero vaya a contar lo contrario. Nadie le va a creer. ¿Es usted conservador o de izquierdas? Yo no lo sé y no me importa; nunca lo he pensado, me dedico a cumplir con mi deber, a vender al por mayor, a ganar la cantidad de dinero que me corresponde y a vivir de acuerdo, también, con los mandamientos de la Iglesia, realizando obras de caridad, al mismo tiempo, siguiendo la norma de dejar poso y de abrirme camino.

Una ciudad puede ser considerada como un núcleo habitable hecho, lógicamente, para seres vivientes que allí se mueven, es decir, pululan, hacen itinerarios incomprensibles, van y vuelven, recorren los mismos sitios, en una palabra, se repiten. Porque en una ciudad, como en todos los lugares del mundo, a un día sigue otro, con el intervalo natural de las noches, que están hechas para descansar, para hacer

creer que puede suceder algo nuevo a la mañana siguiente.

Se ha definido la ciudad a través de factores que se refieren al urbanismo, a las disposiciones legales que la regulan, a diferenciaciones de carácter técnico, que no siempre carecen de valor; pero, en todos los casos, se ha considerado como base fundamental el espacio geográfico donde aquélla se encuentra (si-algo-existe-está-situado). Sin embargo, no es frecuente tener en cuenta una ciudad sólo desde su aspecto temporal; porque una ciudad, una casa, parece que es permanente y que no va a desaparecer. No es como una persona que-está-un-período-de-tiempo para luego dejar de ser como si nunca hubiese pasado por el mundo. En una ciudad a una generación le sigue otra, con una continuidad que puede llegar a asombrar, a aterrar, a producir cansancio. Los jóvenes recorren las mismas calles por donde han paseado los más viejos, copian sus mismas actitudes — hacen los mismos recorridos — para, al final, dejar paso a otras generaciones, que también vivirán en las mismas circunstancias: en las mismas casas, respirando el mismo aire, yendo por los pasillos, por las habitaciones, que no constituyen ni siquiera ya un recuerdo para los muertos, porque sus pasos no resuenan ya, como tampoco se oyen sus palabras, sus respiraciones, sus corazones latiendo, ni pueden expresar sus sentimientos, ni rezar, o maldecir. Desde un punto de vista temporal, lo que cuenta no son los edificios, las calles, las casas que hay en ella, sino las personas que no están allí y que han ocupado un lugar antes.

2.

Bibrián Navarro — de profesión mueblista — decía que será conmemorada la heroica gesta de la posición de San Simón, en la Sierra de Alcubierre con importantes actos religiosos y patrióticos. Bueno, ¿y qué? Sería realizado en presencia de las primeras jerarquías y autoridades de Zaragoza, Huesca y Teruel. Bueno, ¿y qué? Los que quisieran asistir de la capital y barrios vecinos deberían inscribirse en el departamento de la Jefatura local: Coso, treinta y tres, de diez y media a una y media de la mañana. Bueno, ¿y qué? Para poder ocupar plaza en los autobuses que saldrían a las ocho y media de la mañana desde la plaza del Pilar, frente al Gobierno Civil. Bueno, ¿y qué? Se celebraría una misa de campaña, con responso, seguida de ofrenda de coronas, y a las doce y cuarto tendría lugar un acto político en la explanada del lugar, con intervención del jefe provincial y gobernador. Bueno, ¿y qué? Podrían asistir familiares y simpatizantes.

—Usted, si quiere ir, no hay inconveniente.

Sanz Jambrina se excusaba, se interrumpía, se dirigía a Carisio con afabilidad.

—Oiga, joven.

Lo hacía con cierta soltura, con la naturalidad propia del hombre que sabe lo que hay que decir en cada caso. Que le contestase si estaba de acuerdo con lo que le iba a exponer (con la franqueza propia que tenía que existir cuando había confianza). De antemano quería significarle lo valioso que sería para él una respuesta afirmativa, pero no quería forzarlo en absoluto.

—La libertad ha sido para mí una norma fundamental.

El asunto, en líneas generales, no tenía nada que ver con el acto político; era algo aparte y estaba relacionado con unos ejercicios, de formación espiritual, a los que él ya había asistido varias veces. Las ventajas se comprendían por sí mismas. El artífice y organizador de dichos cursos era el reverendo Dionisio Reverter, y se le había encargado a él que lo pusiera en conocimiento de algunas personas a las que se invitaba particularmente. ¿Quería entonces honrarlas con su presencia? ¿Quería algunos datos previos o explicaciones sobre el particular? Estaba a su disposición para todo. Carisio podía seguir en

silencio, pero no más de un tiempo considerado prudencial. Cuando hay que decir sí, no se necesita un gran esfuerzo. Decir no cuesta más trabajo.

—¿Qué es lo que decide?

Carisio podía explicar que a él le resultaba indiferente, que le daba igual ir o no a los ejercicios del reverendo Dionisio Reverter, pero entonces Sanz Jambrina diría que eso no constituía, propiamente, una respuesta.

—Diga sí o no.

Carisio dijo, por fin que sí y Sanz Jambrina se le quedó mirando.

—¿Cómo ha dicho?

—Que sí, que sí quiero ir.

Los mayores inconvenientes de esa preparación espiritual estaban en el optimismo fácil, en la sonrisa. Se planteaban los problemas metafísicos al son del fox lento. Los asistentes eran, por lo general, personas inmersas o adaptadas al ambiente social. Tenían ingresos suficientes. Escuchaban con agrado cuando se les hablaba de algunos temas, como el del bien y del mal, el deber, el problema social, el del matrimonio, la procreación de los hijos, etc. El procedimiento utilizado — de conversión o de readaptación religiosa — consistía en la conmoción momentánea, y el aprovechamiento consiguiente, de ese psiquismo apropiado. El *shock* debía ser utilizado siempre. «¿Qué tiene usted que decir en materia religiosa?» (decía el reverendo Dionisio Reverter).

«Yo creo ahora, pero no creía antes.»

—¡Ah, bueno!, diga algo más.

—Yo creo ahora.

—Diga algo más.

Con los brazos cruzados — o como se quisiera — en medio de esa habitación, rodeado de gente con corbata, hablando sin la menor vacilación, de los pecados cometidos (y del arrepentimiento sincero). *Eso era antes,* cuando no se conocían esos cursos de preparación religiosa y, por tanto, se vivía en el pecado, eligiendo el mal, y de vez en cuando una mujer fuera del matrimonio, no la legítima, claro está, como estaba mandado; y aún había algo importante que no se había dicho: algunos se confesaban y comulgaban sin la preparación suficiente; se tenían pensamientos deshonestos que hacían relación a todo el mundo: «¡Si yo le contara!» El infierno estaba reservado precisamente para ellos, *¡eso era antes!* Entonces había algo que cambiaba. Había que encender la luz sicodélica y utilizar los efectos más convenientes y la tramoya. La música era buena, algo lenta, con coros: *Noche de paz, noche de amor, o* para personas cultivadas, *Parsifal*

de Wagner y la *Pasión según San Mateo* de Juan Sebastián Bach.

—Siga, siga; usted a lo suyo.

Allí estaba el hombre nuevo. «Me ven aquí, soy otro hombre.» Antes había robado. Era un empleado de ultramarinos — o del comercio — esa era su profesión. Pues bien, había robado a las amas de casa, a las sirvientas — a los clientes en general—, a todo el mundo. «¿Y saben cómo?» Con el papel de estraza de un peso superior al normal (lo hacía con los fiambres, embutidos, conservas, productos alimenticios) y si no les explicaba más sobre el asunto era para no cansarles.

—Siga, siga.

La luz sicodélica, las voces del fondo, y nuevos adeptos, frases semejantes. «¡Yo también he sido como él!» La música aumentando de tono. Otro hombre repetía: «¡Yo también he sido como él!». Empezaba a hablar confusamente de su vida, de su niñez, de sus relaciones con sus padres; con su mujer no había sido un buen esposo. Había ido de mal en peor, se deslizaba en el fango, por la pendiente. Si hubiese seguido así habría caído en la miseria (¡qué desdichada palabra!). Había llegado a tiempo: le habían dicho que la solución estaba allí, en la realización de los ejercicios espirituales, en su aceptación. Cada tres días — uno sí, dos no—, había ido asiduamente a las reuniones; las cosas le iban mejor y tenía más dinero. Sus conclusiones eran éstas: diversiones sí, pero con tranquilidad, sin excesos, ¿dónde se iría a parar si no? Las oficinas públicas y las privadas ¿para qué estaban?, los horarios ¿para qué estaban? Los hombres probos, amantes del orden, de las tradiciones de los mayores, ¿para qué estaban? ¿No había una relación entre catolicismo y capitalismo? (pregunta de un nuevo ejercitante de dudosa intención). ¿Qué dice usted? ¿Que si no hay una relación entre el catolicismo y capitalismo? Había intervenido un llamado Carisio (que era el nuevo ejercitante). La puede haber, pero no había que exagerar, ni era una regla general. Volviendo a la cuestión del hábito y de las buenas costumbres, usted realiza los mismos actos cada día: va a misa a la iglesia de Santa Engracia, y después sale ya más tranquilo (es cierto que se ha levantado más pronto de lo normal pero vale la pena, porque se sabe mejor — a cambio de hacer peor a los otros, ¡claro está!—. ¡Otra vez el nuevo ejercitante!). Hay que continuar viviendo toda la jornada, así que después de la misa en Santa Engracia, sigue cumpliendo con su deber — es la vida—. Va a la oficina y comprueba la hora de llegada de los empleados; en ese sentido hay igualdad: usted es el patrón, el empresario, el que arriesga el dinero y los demás no; sin embargo, a la hora precisa está usted en su puesto. Porque defiende sus propios intereses y además no sabe qué hacer. «A ver, ¿quién ha hablado? ¿Usted es nuevo aquí?, ¡cómo se llama?»

—Yo me llamo Carisio.

—Está bien, siga hablando si quiere, porque aquí todo el mundo puede expresar su opinión, ¡no faltaría más!

Eso de saber qué hacer era importante, es verdad: hay una etapa de la vida en que lo que cuenta es el amor, la mujer y el sexo, pero hay quien se ha olvidado de lo que es el amor (hablando propiamente: lo que significa su realización); ha sustituido el amor por el poder y el dinero, y se ha adaptado; la costumbre ha hecho lo demás. No sabe lo que hay que hacer, pero en el Banco de Crédito Industrial, en el Central y en el de Aragón tiene una cuenta corriente para ir pasando. Cuando va a tomar su café el camarero le hace una reverencia; todo ello le tranquiliza. ¿Se ha mirado al espejo? No. Se le empieza a caer el pelo, y si se mira es de perfil. ¿Ha pensado en el suicidio? No. Se ha presentado a diputado a Cortes. Es posible que no haya separación de poderes ni democracia, ¡a usted qué le importa! El poder y los actos cotidianos. ¿Ha pensado que el hombre es-un-ser-para-la-muerte? No. Y si lo ha pensado ha sido suponiendo que para usted está reservado un puesto en otro mundo con un Dios que ha creado a su imagen y semejanza, que ama el trabajo, tal como usted lo desarrolla, y que tiene acciones en el Banco Industrial, Mercantil, de Crédito, o en el Central, y queridas. Sigue entonces cumpliendo su cometido más tranquilo. Lo peor es que hay un principio de autoridad. ¿De quién depende usted? Yo soy católico, apostólico y romano. Muy bien; ¿pero de quien depende? Del Sumo Pontífice, del Papa de Roma, en términos corrientes. ¡Y qué ha dicho el Papa de Roma en términos generales? ¿No lo sabe usted? ¿Por qué es algo confuso? Tiene usted razón, no hay nadie que lo sepa; pero, en términos generales, ha hablado y ha dicho que le preocupa la cuestión social de España. Muy bien. Habría que rezar por el Papa entonces, porque va por muy mal camino expresándose así.

—¿Cómo ha dicho que se llama usted?

Había hablado el reverendo Dionisio Reverter.

—Carisio, para servirle.

—Que alguien tome nota: Carisio dice que se llama. ¿Es nuevo aquí?, ¿es la primera vez que viene a los ejercicios espirituales?

—Sí.

—Con poco provecho por lo que se ve; no vuelva más; es un consejo, no es esto para usted, no está preparado.

—Sí, como usted diga.

Se puede creer que la decencia va unida al dinero, al bien vestir y al comer, a pertenecer a una familia respetable, a tener un trabajo fijo retribuido, a saber comportarse en el medio social, a saber besar las manos de las señoras, yendo a la oficina por las mañanas, volviendo

después al casino por las tardes, perteneciendo a un escalafón. ¿Usted cree que hay que tender a llegar a un puesto de importancia en el ámbito profesional?, ¿llegar a subsecretario de un Ministro? ¿Usted cree que la decencia es inseparable con la práctica de la misa dominical, acompañado de sus hijos? ¿Usted cree que la decencia no es lo mismo que los buenos modales?, ¿o no tiene nada que ver? ¿Usted cree que hay que dejar poso, que hay que ocupar los puestos de responsabilidad para que no los ocupen otros? ¿Usted cree en la reserva de los valores espirituales de Europa? ¿Usted ha hecho la guerra de España y no consiente que alguien le adelante cuando conduce más de prisa? ¿Usted tiene una calva — incipiente o no — y una gabardina de grandes solapas que le cubren parcialmente la cara? ¿Usted tiene unas gafas oscuras, y es más hombre que nadie, y desprecia a la generación anterior, porque, cualquiera de sus miembros, no se excita cuando baila un fox lento junto a una mujer (a diferencia de usted — que por ser más hombre — se excita)? ¿Usted habla de la patria y siente el orgullo nacional, y da gracias a Dios por haber nacido aquí y daría también su vida por ella si en el glorioso servicio se lo demandasen? ¿Usted se arrepiente formalmente: yo te absuelvo en el nombre de Dios?, ¿en el nombre de quién? ¿Usted cree que un homicidio aislado debe ser castigado, pero admite la posibilidad de la matanza en masa cuando se refiere a un ideal, y considera que merece un premio el que así lo hace, o una condecoración y un estímulo? ¿Usted cree que el derecho protege a todos por igual y que en eso no hay diferencias, que la ley prohíbe tanto al pobre como al rico pedir limosna o vivir debajo de un puente? —¿Cómo ha dicho que se llama?

—Carisio.

—Ah, otra vez, ¿no se le ha explicado que los ejercicios no son para usted, que no está preparado?

—Sí.

—Entonces que no haya que volvérselo a repetir.

La característica más importante estaba en las persecuciones religiosas que se producían, de un modo cíclico, a esfera nacional y regional. A una etapa de tranquilidad le seguía otra de alteraciones y desórdenes. La religión siempre se mezclaba, porque nunca se había conseguido diferenciar entre lo religioso y el poder, la Iglesia y el Estado. «Miren, para poner un ejemplo, vean ahora las relaciones y los problemas que hay con los obispos.» ¡Pero qué sabía Carisio, y por qué hablaba de un asunto del cual no estaba enterado! En esas condiciones lo mejor era callarse. ¿Se va a callar usted?, ¿se va a callar? No sabía lo que decía. «¡Pero cállese, hombre, de una vez!» El mismo Sanz Jambrina insistía para que se callase. El reverendo Dionisio Reverter sabía lo que se decía, no debía llevarle la contraria. «Con un hombre

así — dijo el reverendo Dionisio Reverter — es difícil llegar a una conclusión.» Bibrián Navarro le aconsejaba también: era mejor no seguir expresándose de esa manera.

—¡Pero, cállese, hombre, de una vez!

Le habían dicho que era mejor; ¿es que no se va a callar? El ruido de las otras voces se empezaba a oír al mismo tiempo.

—Dejarle que exponga lo que piense, si es que tiene algo que decir.

¿Ha pensado, usted, que está delante, que envejece? Sí. (Ya se ha hablado de esto.) A ver qué soluciones encuentra. No hay ninguna, todo el mundo ha comprendido que no hay ninguna; ¿pero qué soluciones personales ha encontrado usted?: ¿la virtud, el cumplimiento del deber, y el premio en una vida ultraterrena? Sí, claro que sí. (Nadie ha sonreído al decir el premio en una vida ultraterrena.) ¿Y sus empleados están en las mismas condiciones y pueden optar al mismo premio? Naturalmente, siempre que cumplan con su deber, que rindan en su trabajo, que mantengan el orden y consideren debidamente a la jerarquía, mientras sean responsables.

—¿Y cumplen con su deber?

—Sí.

—¿Y rinden en su trabajo?

—Sí, hombre, ¡qué remedio les queda!

—¿Y no se cansan?

—No, al final se acostumbran.

Por lo menos, algunos sí que rendían en su trabajo, porque creían en las mismas cosas, rezaban del mismo modo, se distraían igual, vivían y se morían como los demás, practicaban poco el amor, creían en un Dios, casi siempre, falso, defendían la sociedad, sus principios, practicaban la caridad, desconocían, en cambio, la justicia, amaban al prójimo, siempre que perteneciera a su mismo grupo social, buscaban la evasión en cines de sesión continua, hacían culpables a los demás; trabajaban, vivían un tiempo, se limpiaban los dientes y los zapatos asiduamente, veían la televisión, iban a los locales de siempre, pedían un bitter Cinzano, cuidaban el lenguaje, presentaban a sus mujeres diciendo: aquí mi señora, éste es fulano de tal; dormían vestidos, hacían el amor vestidos, tenían hijos por casualidad y sin placer, los educaban, eran también mediocres; iban a la peluquería — las mujeres — dos veces por semana; daban una carrera a sus hijos en una academia militar, les decían que lo más noble era morir por algo, hacían su testamento nombrando herederos a partes iguales — sin contar con el derecho foral — y recibían los auxilios espirituales correspondientes en sus últimos momentos. Preparaban — los más destacados — una oposición: llegaban a ser funcionarios de Registros o del Notariado, o entraban en una Escuela especial. El día de mañana

lo que había que considerar era el título.

—¿No cree usted?

—Ciertamente que sí.

Porque dirigiendo a la nación estaba ese grupo de funcionarios—hombres que eran casi todos técnicos, o con esa mentalidad, por arriba y por abajo, empachados de sentido común, de lógica matemática y por tanto deshumanizados. Estaban en sus despachos ministeriales, pero sin haber podido desechar esa formación especial que era propia del país, ese complejo de inferioridad hacia Europa, que llegaba a constituir el punto de arranque — de partida — de toda la actividad: copiar y copiar informes de otros países, ponerse al día, y al final conseguir el mejor bienestar, la defensa de los intereses propios, cayese quien cayese.

—¿Usted cree?

—Sí.

No había que hacer otra cosa — ningún esfuerzo — más que mirar a un lado y a otro; coger el periódico, de la tarde o de la mañana, para comprender la explicación del reverendo Dionisio Reverter de un mundo que se decía cada vez mejor, donde se propugnaba la defensa del hombre decente, y se hacía culpable de no serlo, y de la muerte, y del materialismo histórico, y de una maldad innata — propia de esa generación atea — a quien no compartía los mismos principios. ¿Qué es lo que piensa de la guerra del Vietnam, y del americano medio del Norte, que defiende la cultura y la civilización de los pueblos occidentales? «¡No sé, qué voy a decir!» ¿Y qué piensa de la guerra civil de España? ¿Puede dar su opinión?

—¡Mire, no haga usted preguntas complicadas!

La preparación en la escuela de Registros y del Notariado, la judicial, la de las escuelas especiales. (No le parece que en la Universidad y en el libro blanco está la solución de España? «Oiga, yo no sé, qué voy a decirle!»). Porque había muchos funcionarios en sus diferentes secciones, comportándose como tales, en la vida pública, en sus relaciones con los demás — de conformidad con el juramento de toma de posesión— hablando de España cambiándola, viviendo la monotonía, los problemas familiares, políticos y sociales, viviendo el amor, a su manera, con las mujeres más respetables — con sus esposas. (Había que estudiar esa clase de relaciones — en materia de amor — entre funcionarios y esposas. ¿Cómo puede hablarse de amor carnal entre una persona que por naturaleza se comporta con dignidad, que defiende los intereses y el patrimonio nacional? Amor, por tanto, respetable y permitido. La animalidad del hombre excluida. Tener hijos considerando que hay que acrecentar las reservas

espirituales de la Nación. ¡La mujer del territorio patrio compárela con otra!, ¡ande! Es verdad que se compra con la aquiescencia de la familia. *Y ahora — a partir de la firma del contrato — es distinto, ahora está todo permitido y ahora yo hago lo que quiero*. La mujer lo admite, y como es la más espiritual, en teoría, se enorgullece. ¿Qué movimiento revolucionario femenino puede existir? Se siente esclava, pero alcanzará el cielo. El hombre nativo busca una mujer asexuada para tener hijos y otra mujer distinta sexuada, en el prostíbulo, para encontrar el placer que no tiene en el domicilio conyugal. La falsedad ha entrado en su casa. ¡Pero haga usted algo, hombre!; por ejemplo, contemple los programas diarios de televisión, sobre todo, en la sesión de noche, dando la mano a su mujer, con sus hijos alrededor, hablando de los problemas cotidianos.)

—¿Qué piensa del último referéndum?

—Ah, ¿es que ha habido alguno?

—Pero, ¿qué clase de hombre es usted?

—Soy un trabajador simplemente.

Eso se ve. Es usted un trabajador. Nuestro respeto, la admiración más sincera a los simples trabajadores y nuestro saludo.

—¿Usted cree?

Funcionarios y trabajadores del campo de fútbol de La Romareda se os saluda, a los de Hacienda, a los de Ministerio de la Vivienda, a los de Industria, a los de Información y Turismo, a los de Abastecimientos y Transportes, a los de Sindicatos, a los del Trabajo, a los de la Diputación Provincial, a los de la estación de Delicias, a los de la estación de Madrid (Sepulcro), a los de la estación del Norte (Arrabal), a los de la Feria de Muestras, a los del Hospital Clínico, a los del Hospital Militar, a los de Nuestra Señora de Gracia, a los del Hotel del Cisne, a los del Hotel Corona de Aragón, a los del Hotel Residencia Rey Alfonso Primero, a los del Hotel Ruiseñores, a los del Hotel Universo y Cuatro Naciones, a los del Instituto Nacional de Previsión, a los de la Jefatura Agronómica, a los de Obras Públicas, a los de la Jefatura Provincial de Sanidad, a los del Servicio de Concentración Parcelaria y Ordenación Rural, a los de la Jefatura del Sector Aéreo, a los juzgados de Primera Instancia, a los del Palacio de Aljafería, a los del Palacio Arzobispal, a los de la Telefónica, a los de la plaza de toros, a los del templo de La Seo, y a los de la Compañía Telefónica, Telégrafos y Correos.

—¿Es usted español?

—Sí.

—Pero no lo parece. Será porque no habrá vivido en España, desde hace tiempo, ¿no es verdad?

Los trabajadores, los comerciantes y empleados de empresas particulares en Zaragoza — como en cualquier otra ciudad — a horas fijas, las cerraban y las abrían, vendían al por mayor, al por menor, a cualquier precio. «Tejidos La Catalana» ¿Por qué ese nombre en tierras aragonesas? Probablemente por la calidad del género. Tejidos de Manresa, de Sabadell y de Tarrasa, tiendas de perfumes, tintorería, objetos de regalo, lociones para caballero, establecimientos de libros (de propaganda, los que se venden, los que llevan mensaje), entidades bancarias con el nombre de la virgen[1] para demostrar, ya, una exclusividad absoluta de un modo abierto, un monopolio, en un terreno donde los desposeídos no podían acercarse siquiera. Con inversiones y ampliaciones de capital en la bolsa, con bienestar y maneras dignas.

Religión, poder, dinero, todo entremezclado, con pequeñas fluctuaciones de autenticidad, para volver después al mismo punto: religión, poder, dinero; y también intransigencia, dogmatismo, falsa virtud, honorabilidad, campañas para un mundo mejor, propaganda de Dios, sonrisas, funerales de clases diversas (ahora en reforma): para pobres, para ricos y para clases medias, matrimonios convenidos, conformismo, optimismo desmesurado, americanismo, bebidas alcohólicas del tipo de la Coca-Cola, silencios y cachondeo a escondidas, fariseísmo, religión social, conveniencias sociales, fetichismo, fanatismo, milagrería, simonía, falta de convicciones, rutina tranquilidad, masturbación, Summa Theológica de santo Tomás, enseñanza con trampa (las cinco vías: Dios existe porque sí), seminaristas, profesores deformados, anormales, culpables, de carácter blando, con manos blandas, frías (que no se pueden estrechar). Cristo. ¿Qué queda de Cristo?, ¿de su figura? ¿Que se ha colocado al lado de Lenin, de Marx, de Mao, de Fidel, de san Agustín, de santa Teresa, de Juan Veintitrés?

—¿Qué le pasa, hombre?, ¿está resentido porque le fusilaron a su padre?

—¿Usted qué cree?

—Que sí, ¡pero no es para tanto!, no es un motivo suficiente, debe ser más objetivo, serenarse, ¿qué dice?, ¿qué está diciendo ahora?

¿Que la Virgen del Pilar no apareció nunca en Zaragoza y tampoco Santiago estuvo en España? ¿Qué me cuenta? A ver, repita. ¿Que la Virgen del Pilar no estuvo nunca en Zaragoza y Santiago tampoco estuvo en España? ¡Vaya, hombre, qué nos dice! Ya sabíamos eso, tiene gracia esta gente de izquierdas, educada no se sabe dónde, intentando escandalizar a los de aquí. ¿Pero eso significa algo? ¿Y la devoción y el sentimiento del pueblo — mariología — y todas sus ofrendas y los rezos, y las bombas que cayeron durante la guerra civil?: porque las bombas se conservan, no *explosionaron*, le digo a

usted que no *explosionaron*; ¡a ver!, ¿cómo se puede explicar? ¿Dice usted que me ponga en lugar de los que las dejaron caer? ¡Bueno, me pongo!, ¿y qué? ¿Que yo no tiraría ninguna bomba en la Basílica del Pilar, y que ellos tampoco? Si eran unos bandidos, cornudos, hijos de puta, dejados de la mano de Dios y nosotros hacíamos la Cruzada. Que ¿qué diferencia hay? Le escucho. ¿Usted las dejaría caer, no es verdad? ¿Que no? ¿Por respetar solamente los frescos de Goya, ¿esa es la única justificación?; ¡pero, hombre!, ¿que no hay diferencia entre esos bandidos y los demás?, ¿y yo?, ¿qué dice usted de mi caso?

Sanz Jambrina decía que el Zaragoza estuvo bien lejos del empate, y el Sevilla aprovechó su escaso margen de posibilidades en dos ocasiones propicias en las que tuvo que ver mucho el guardameta, sobre todo, y de forma significada en el segundo gol; pero en los campos ya se sabe, un día falla uno y al siguiente otro. Bibrián Navarro asintió. El juego que prometía ser interesante se vino abajo en cuanto a anhelos. Bibrián Navarro asintió. Pues al decir que el equipo aragonés estuvo cerca de la igualada quiso significar, también, que la igualada hubiera consistido en la inicial, o sea a cero goles, dada la incapacidad de los delanteros que en uno y otro bando habían actuado. Una muestra: durante todo el primer tiempo, los dos únicos remates en los que tuvo que intervenir Alarcia fueron gol. No hubo ninguno más con dirección al marco, y sólo dos o tres pasaron a metros de distancia de él. Bibrián Navarro asintió. En la segunda mitad, cuando más dominó el Zaragoza, Izcoa tuvo que intervenir, tan sólo en dos ocasiones, por el lado izquierdo de su portería, al atajar un tiro alto, y otro más rabiosillo, a media altura, y nada más. Bibrián Navarro asintió. El inconveniente del choque, que todos se prometían bueno, estuvo en el desnivel inmediato. «Quiero decir, en el que lógicamente se produce al estar perdiendo a los trece minutos por dos goles a cero.» Los jugadores estaban al cabo de la calle de los secretos del equipo, y sabían perfectamente cuánto les costaba conseguir un gol en campo ajeno; su interés por cualquier intento de superación era mínimo, y muy mediatizado por la actuación de unos delanteros que se entretenían más en pasar, amagar, driblar y afiligranarse, fuera del área, que dando la cara, como debía de ser, prodigando el remate. En esa ocasión fue Ocampos el hombre más ofuscado en ideas (por lo menos en las ideas que debe tener un delantero centro al que se considera goleador o rematador). Su reiteración en no soltar la pelota para intentar abrirse paso por las buenas, él solo, ante dos o tres jugadores entreteniendo la jugada — y perdiéndola en todas las ocasiones — fue un lastre muy considerable. Bribián Navarro asintió. Ocampos podía haber sido el soplete que rompiera la defensa sevillista, muy preocupada por sus evoluciones, pero lo estropeó todo

en un afán de lucimiento inútil, practicado en zonas más inútiles todavía para la efectividad. Bribián Navarro asintió. En todo el partido el delantero centro zaragocista sólo conectó un remate con la cabeza y otro con el pie; los dos en el segundo tiempo y el último cuando faltaban dos minutos para el final, en una posición muy buena, aunque el portero cubriera a la perfección el ángulo de tiro. ¡Pero, bueno, con eso no debe pensarse que toda la culpa de la ineficacia ante el marco de Rodri fue culpa de Ocampos. No. Ocurre que los demás compañeros de posición tampoco le acompañaron. Bribián Navarro asintió. Unos porque jugaron en zonas más atrasadas y otros por razones de tipo temperamental.

—¿Le gusta a usted el fútbol?

—No mucho.

—Perdone, pero aquí hablamos con frecuencia del tema. ¿Qué otra cosa se podía hacer? Ese hombre llamado Carisio miraba alrededor; no había, ciertamente, nada que hacer. Si acaso, se podía jugar — como decía Bibrián Navarro — a las quinielas, a la lotería. ¿Usted juega a las quinielas? No. ¿Es que entonces no tenía suerte?

—¿Por qué no prueba ahora?

Había un ciego que vendía cupones de lotería. «Ande, hombre, pruebe.» Ocampos era un buen profesional. La pena era que fuese irregular, unas veces bueno y otras no tanto. Lo que decía Bibrián Navarro: el fútbol tenía esas cosas, pero había que admitirlo tal como era. Unos días se ganaba y otros se perdía. «¿Usted, qué piensa?» Nada. El ciego había entrado acompañado de un niño que se paraba delante de los grupos, colocándose muy cerca. El niño llegaba un momento que se quedaba quieto y entonces el ciego comprendía que podía hablar.

—Vendo la suerte — decía el ciego—. ¿Quieren algo, señores?

Bibrián Navarro había pasado a hablar de la Presidencia del Club de Fútbol: le parecía que no, *que-no-era-eso*. ¡También era triste tener que depender de gente como aquélla! Vendo la suerte, decía el ciego. Un grupo que iba a buscar sólo la ganancia personal. «Se intentará justificar lo que se quiera, pero lo que se está haciendo no tiene nombre, porque eso lo comprende todo el mundo.» Vendo la suerte, decía el ciego. La culpa no sólo era de los fichajes, sino de una falta de moralidad en la misma directiva, y sin un poco de decoro, por lo menos, no se podía andar por la vida. «¡Me lo van a decir a mí que he seguido paso a paso la marcha de todos los encuentros! Sufriendo, claro, pero sin faltar a uno solo. Lo del otro domingo había resultado insufrible, aunque se veía venir, y no en todo tenía la culpa el árbitro. Vendo la suerte, decía el ciego. Era cuestión de organización, de cantera, de fichajes, de inversiones en la contratación de nuevas figuras. Según su modo de ver, estaban bien Alarcia, Rico y González,

pero no Vallejo, ni Violeta, ni Borrás, ni Oliveros, ni Santos — ¡dónde va a parar!—. ¿Y quién había decidido poner en el ala izquierda a Planas? Se vende la suerte, decía el ciego. Desde que había jugado en el Manzanares, el equipo estaba en una racha de desgracia continua; en la Romareda todo iba de mal en peor, y si se seguía así, no se sabía en qué podía acabar todo: ¡Qué diferencia con los viejos tiempos! ¿Recordaban cuando el Zaragoza había jugado la Copa de Ferias en el Nepstadium de Budapest?; había mantenido el empate a cero y, por tanto, la diferencia, a su favor, de un gol de ventaja. Se vende la suerte, decía el ciego. El niño se había acercado aún más empujando al ciego en dirección a la mesa. Tampoco había tenido mucha fortuna el Zaragoza en sus visitas al campo del Nervión, ni en el campo de Sánchez Pizjuán, y el enfrentamiento con el Atlético de Bilbao no iba a ser demasiado fácil porque Iríbar, Sáez, Echevarría, Aranguren, Igartua, Larrauri, Argoitia, Arieta, Zubiaga y Rojo formaban un grupo compacto, tanto en lo referente a la cobertura como en el centro y alas delanteras; sobre todo a la izquierda. Se vende la suerte, decía el ciego. Lo que se debería hacer era darse de baja en el club, aunque se tuviese el *carnet* de socio número cinco, como era su caso. Se vende la suerte, decía el ciego. El niño se había acercado más en dirección a la mesa, empujando al ciego, y Bibrián Navarro se había interrumpido para dejarle hablar.

—Se vende la suerte — decía el ciego.

Bueno, pues deme dos números, una tira del quinientos cuatro, que la estoy viendo desde aquí, y otra, la que usted quiera. Así que no tiene más que elegirla a la buena de Dios, y para este señor que es de regalo.

3.

No hay ninguna disposición legal que establezca que el hijo debe acompañar a la madre en los últimos momentos de su vida; el legislador no ha considerado necesario establecerlo. ¿Para qué? ¿A cuántos casos iba a resultar aplicable la norma?, ¿a uno o a dos? «No sé lo que usted pensará pero hay más casos de los que imagina». Había llegado el momento de hablar, de exponer el asunto con objetividad: Carisio no había visto a su madre desde hacía tres años o cuatro, y en el último tiempo ni siquiera había mantenido correspondencia con ella. ¿Por qué? ¡Vaya usted a saber!, las cosas de la vida eran así de complicadas. Se decía por allí que al padre lo habían matado en la guerra — en el frente de Belchite — y que había luchado en el otro bando, lo que significaba lo mismo que decir que de tal palo tal astilla. ¿En qué bando había luchado?, ¿en el de las personas decentes o en el otro? A un padre así debe corresponderle un hijo igual. ¡Qué diferencia con el hermano! —el padrastro (el tío de Carisio). ¿Ha visto usted un hombre más cumplidor en su vida? ¡Y qué sentido del deber, y que don de persuasión!; porque se decía que la madre de Carisio, en un primer tiempo, había militado en el partido comunista. Véase el cambio. Allí estaba la prueba palpable de su conversión: en el aire recogido de la difunta, que acaso era sólo la expresión de todos los muertos del mundo. Aunque se decía que no. «Fíjese que tiene las manos juntas.» «¡Ah, bueno!» Apretando la colcha con los dedos, con una imagen encima o al lado, que se caía al suelo de vez en cuando, y que había que recoger, para colocarla en su lugar. Yo le diría al hijo cuatro cosas. ¿Y qué le va a decir usted? ¿Pero cree que se puede consentir que no vaya a ver a su madre cuando se muere? Porque parece necesario rezar por un moribundo en todos los casos (sea la madre de uno o no), quitarse el miedo de encima. El moribundo resulta siempre algo parecido: un hombre o una mujer en la situación fluctuante del aniquilamiento. ¡Bueno, bueno, no hay que exagerar! Constituye un acto bastante personal. Hay actividades, a pesar de todo, tranquilizadoras. Se reza por el alma o por el cuerpo, para evitar el sufrimiento del moribundo, o para que se cumpla la voluntad que rige los destinos del hombre y del mundo. Pero siempre el hecho de morir se considera un acto íntimo al que no deben asistir, o figurar,

más que los parientes próximos: el padrastro, su hermana, el hijo, etc. ¿Y el hijo?, ¿dónde estaba el hijo? Una pregunta difícil de contestar. «¿Usted dónde cree que puede estar?» El hijo estaba en alguna parte de Francia. ¿Le han dado aviso ya? El hijo debía de estar al lado de su madre, sentado, de pie o de rodillas — como se quiera—, pero próximo a ella. Sí, le han dado recado, está al corriente de todo. Se espera que venga de un momento a otro. Ah, muy bien, que Dios lo quiera, pero debe darse prisa. ¿Usted cree? Mire a la madre de cerca y verá como tengo razón, porque si no viene no la va a encontrar viva. Sanz Jambrina, Bibrián Navarro y el reverendo Dionisio Reverter dirigían la mirada a la puerta para ver si aparecía, de un momento a otro, Carisio. Cuando oían pasos, por la escalera, se imaginaban que era él, mientras le daban pequeños golpes de aliento en la espalda al padrastro. «Ya verá como está en camino, ya verá como llega hoy o mañana o pasado; nunca se debe desesperar.»

—¿Usted cree que llegará mañana o pasado antes de que ocurra el óbito?.

—Hombre, nunca se sabe, pero no parece que ponga mucho interés de su parte, y más bien parece que no.

Lo importante, para Carisio, era mirar si la puerta del domicilio de su madre estaba abierta o cerrada. Había llegado hasta la calle de Las Armas, y si tenía en cuenta la disposición de los portales, debía estar situado justo haciendo esquina con el mercado. Al sobrepasar esa esquina vería la casa, y, sobre todo, si las puertas estaban cerradas, señal de defunción reciente. Tenía que dirigir, entonces, una mirada en esa dirección. No se atrevía a mirar de golpe. Con lentitud tampoco. Haciendo girar el cuerpo cuarenta y cinco grados — o acaso menos — habría tenido una visibilidad completa. La cabeza la hacía girar, ya, con lentitud, pero, no de un modo continuo, sino a golpes. Había dos o tres movimientos que podían considerarse definitivos. Ya tenía visibilidad suficiente, ya podía abrir los ojos. Había que pensar que su madre había muerto. Había girado la cabeza, y ese dolor que se extendía por el mundo empezó a llenarle a él, precisamente. (Sabía que permanecería de pie, que no se caería, que se iría acostumbrando poco a poco.) Era el dolor universal; en ese momento, él absorbía la parte correspondiente. El portal tenía una puerta cerrada. Se acercó. Un hombre y un niño le miraron al cruzar la calle; traspasó el dintel, llegó hasta el principio de la escalera y empezó a subir. Sus manos estaban ya pasando por el cuerpo de su madre, su mirada estaba ya pasando por el cuerpo de su madre (y aún le faltaban dos pisos para llegar). Retrocedió; no podía andar con normalidad y bajó la escalera. Debía dejar pasar algún tiempo. Salió a la calle otra vez, que resultaba luminosa, con gente que iba a alguna parte. Hablaban. Todo el mundo

tenía algo que decir. Creyó que sus trajes eran demasiados llamativos. Se acercó a una vendedora de periódicos, después cambió de idea. ¿Qué iba a hacer con un periódico en la mano?: ¿leer los sucesos del día?, ¿el nombre de su madre encuadrado en una esquela mortuoria? En un escaparate se miró largamente en un espejo. Comprobó, extrañado, que parecía fuerte, lleno de vitalidad. Otra vez estaba recorriendo las calles. No era bueno pensar, y ya puestos a elegir, parecía preferible hablar con la gente, intentar comunicarse con los demás, aunque, de antemano, supiera que no iba a conseguir nada. En el Coso, los hombres de la limpieza municipal echaban agua sobre la calzada; el que barría le pidió fuego y entonces se lo dio.

—¿Puede decirme la calle de Don Alfonso Primero?

No era difícil llegar a la calle de Alfonso Primero. Estaba al lado y era céntrica. «Mire, va usted por Méndez Núñez, sigue la calle, y después la primera a la izquierda o a la derecha, según se va, una de la misma dirección.» Quería decir, por tanto, paralela. Dos rectas paralelas se cortan en un punto en el infinito. Dio las gracias. La calle transversal era estrecha. Seguía habiendo tapias y solares con escombros. En un gran muro había un cartel anunciador de un circo. Se entretuvo en desprender un poco de papel del muro, hizo fuerza hacia arriba y se rasgó en parte. Volvió a echar a andar, no había que sentarse, ni dejarse vencer; lo importante era continuar, avanzar todo el tiempo. El itinerario lo había trazado mentalmente. Iría por la calle de Alfonso Primero. Resultaba bien respirar el aire, estar solo en un banco público mirando el cielo. No era bueno mirar el cielo que tenía el color del verano. Unos vencejos lo recorrían con una trayectoria parecida. Con los ojos cerrados no veía ya el cielo, pero oía el bullicio de la ciudad, palpitante. Las voces parecían rozarle, aunque después se alejaban; se oían, también, las campanas de una iglesia, tristes, a esa hora. El sonido llegaba para anunciar que el día acababa, que existía el tiempo. Entonces era cuando los oficinistas, los encargados de los almacenes, de los bancos, los funcionarios, los labradores, volvían a sus casas con la idea de encontrar el descanso justo que habían merecido al lado de sus hijos. Había que ponerse en pie. Estaba en la plaza del Pilar, al pie de la Basílica del mismo nombre. ¿Cuáles habían sido los precedentes históricos, la razón de ser del edificio y sus anexos? ¿Lo sabe usted? Sí, sí que lo sé. No era difícil. Se había construido un modesto oratorio al principio, pero después se hizo una iglesia mudéjar — que se incendió — y finalmente el templo construido por Felipe Pérez y Francisco Herrera Hidestrosa — ¡vaya lo que son las cosas! — por iniciativa de don Juan de Austria, en mil seiscientos ochenta y uno. Había que entrar. La temperatura era buena en el interior. Se veía en seguida el retablo del altar mayor y el alabastro oscurecido por el tiempo; los sitiales del coro, que eran

ciento treinta (¿para qué tantos?). Sobraban sitiales por todas partes. Carisio pensó que a Nicolás Lobato le habían dejado intervenir demasiado; así habían salido las cosas. Se puso de rodillas. Cerró ligeramente los ojos. Al abrirlos, de golpe, la luz parecía demasiado fuerte. Era mejor cerrarlos otra vez, pero así también se pensaba. Había apoyado la cabeza sobre el respaldo. La luz brillaba sobre la verja dorada. La ornamentación era la que se podía esperar, la que correspondía: siempre la forma y nada de fondo. No debía empezar a divagar. Sabía que eso le llegaría a hacer daño, que volvería a pensar en su madre muerta. Dos mujeres arrodilladas rezaban, y otra, de espaldas, limpiaba la superficie, lisa, como queriendo encontrar el Orden en ese lugar (había traído con ella un cepillo, un cubo de plástico con agua, jabón y un paño que humedecía constantemente). Conseguiría que las barras doradas quedasen brillantes, perfectas, en su conjunto, y en armonía con la decoración. Era mejor ponerse de pie, ir hacia algún lado, dejar que la mujer continuase con su trabajo. Los pasos resonaban al andar. Alguien había hablado, la voz había ascendido, se esparcía, caía por las naves. Se acercó a una fila. Estaban allí para besar una piedra. No había que perder el tiempo. Había que seguir la fila, en orden. Carisio intentó pasar delante de una mujer, pero ella le llamó la atención. Se puso entonces delante, aunque le empujaba. Estaba ya muy cerca de la piedra, pero la mujer se resistía.

—Estoy antes — dijo la mujer—, ¿no lo ve?

Cuando llegó hasta la misma piedra, puso las manos en la superficie y sintió el frío. Parecía transmitirse por todo su cuerpo. Debía poner los labios también, acercar la cabeza hasta hacerla entrar dentro. Se apoyó con fuerza. Estuvo así mucho tiempo, posiblemente demasiado, considerando que los demás esperaban, aunque nadie se atrevía a llamarle la atención. Resultó un abrazo largo, pero no se encontró más tranquilo. Después empezó a cambiar algo dentro de él; fue como una oscuridad. Estaba pensando ya en su madre, en sus manos, en su cuerpo, y todo sucedía a pesar suyo. En la boca de su madre había una flor roja. Él no quería creer que era una flor roja, pero era eso; debía de reconocer que era eso. En la boca de su madre había, ciertamente, algo rojo que parecía una flor. Tendría sangre suficiente para llenar toda la tierra; lo que pasaba era que no se llegaría a derramar. Si no se vería. Él podría haber apostado a que llenaría la tierra, que la inundaría. No sabía si estaba contento de admitir esa posibilidad. Se teñiría de sangre hasta el agua del río. Había empezado a pensarlo. Era poco probable, pero se teñirían de rojo algunas cosas, por lo menos, bastante cantidad de la superficie de la tierra. La flor roja que tenía en la boca, su madre, se agrandaba. Eso resultaba ostensible, y cada vez iría a más. Sólo cabía esperar, aunque

los demás esperasen también, ver cómo la rosa de sangre llegaría a abrirse, cómo lo inundaría todo. La mujer de detrás le había llamado ya la atención dos veces.

—Tenga un poco de consideración con los demás, no vamos a estar aquí todo el día esperando.

—¡Ah, perdone, a veces se me va el santo al cielo!

—Ya se ve, no tiene que decirlo ni convencer a nadie.

Se puso en pie. Entró en la sacristía. Había allí un niño vestido de rojo y blanco. Le preguntó si él era el monaguillo y dijo que sí, que eso se veía. No le gustaba que le faltasen el respeto, aunque se viese, sobre todo considerando que se había dirigido correctamente al niño. «Entonces — dijo — dame dos velas de cera, y si es que puede ser, de las mejores.» Porque había velas de cera de distinta calidad. El niño le preguntó de qué precio, y le enseñó varias que eran de todos los colores, las había ornamentales y clásicas, según el gusto del consumidor. «Quiero que resulten bien, porque es para una ofrenda.» Al niño no le importaba eso, ni lo dio a entender, pero se veía. Le enseñó varias. Carisio no podía comprender cómo podían valer tanto. El precio de cualquier producto viene dado en función de la oferta y la demanda, si no se está en el terreno del monopolio. No le iba a explicar, al niño, lo que era un monopolio; tampoco servía de nada, pero le pareció oportuno demostrar indignación o sorpresa por lo menos. El niño parecía que había aprendido lo que debía decir en cada caso, porque sus respuestas eran concisas; no empleaba palabras superfluas. «¿La quiere o no?», dijo el niño. ¡Tampoco había que ponerse así!, ¿es que no le habían enseñado educación? Que le dijese al menos a qué se dedicaba el dinero, dónde iba, cuál era su aplicación. Pero el niño no sabía nada — ni dónde iba el dinero, ni cuál era su aplicación —; estaba allí para vender únicamente, y a eso se dedicaba (también para guiar a los otros niños hasta el altar, para hacerlos subir de frente y bajarlos de espaldas). Compró tres velas — del estilo clásico — pero le costaba bastante desprenderse del dinero. Le pareció oportuno que le enseñara la lista de precios, y eso por una razón obvia: porque el niño podía guardarse la mitad del dinero o una tercera parte del dinero, si no se había fijado una tarifa oficial.

Al entrar en el bar se oía un clamor confuso de voces, pero, en el momento de llegar al centro, se hizo un silencio y le pareció, a Carisio, que le miraban. Se acercó a la barra y pidió un vaso de vino.

—¿Blanco o tinto?

Le daba igual, ¡como quisiera! Se había apoyado contra el mármol de la barra, y bebió el vaso, después pidió otro de una clase distinta, porque no le parecía bueno el que le daban.

—Pruebe el blanco entonces.

Con el vaso de vino blanco en la mano miró alrededor. El propietario parecía lleno de alcohol, se movía imperceptiblemente y casi no parecía vivo. Estaba sentado sobre una silla de madera, con los brazos sobre la caja. Se dormía encima del dinero, nadie se lo podría quitar. (Cuando alguien pasaba abría los ojos y extendía la mano, después volvía a adormecerse.) Carisio pensó que debía de saber lo que era la vida, no quería ver más. El local estaba mal alumbrado con una bombilla vieja que se sostenía en el centro, y los clientes parecían desfigurados, como fantasmas que hablaban sin haber comprendido siquiera que el propietario tenía razón. En ese local no había instalaciones, no había nada. Una mujer, ya mayor, servía a los clientes; es decir, que dejaba en una mesa alargada el vino, que era tinto, claro y rancio a elección, y según los gustos del consumidor. Carisio pidió más vino, y el propietario se despertó entonces. Dijo: «otro vino para el señor». La instalación del bar estaba formada, sólo, por el mostrador y las sillas. Era necesario renovarse. El propietario estaba de acuerdo pero había que contar con un crédito, con dinero suficiente, que sólo conseguían los demás. «En este país, ¿sabe usted?» Los otros establecimientos estaban reformados desde hacía tiempo, pero no era lo mismo, ellos iban a las manifestaciones políticas y asentían, andaban ya inclinados de tanto decir que sí.

—¿Usted siempre dice que no?

—Depende.

—¿No exagera un poco?

Había que tener cuidado, entonces, con la competencia de otros locales próximos, con *Martín* por ejemplo, con *Donosti* y con *Ortega*. En esos establecimientos había un mayor montaje, sillas, mesas, banquetas y el mostrador correspondiente. En esa casa — donde estaba él — sólo se servía vino variado, sin adulterar, previo pago. Mientras hablaba, el sueño le vencía. El vino era bueno y en cambio no pasaba lo mismo en *Donosti* y en *Ortega*, donde el vino era más bien malo. Eso al cabo del tiempo llegaba a saberse. Parecía que el propietario se iba a dormir de un momento a otro. Pero alguien le preguntaba cuánto le debía por dos vasos de vino.

—Haga el favor de ser menos brusco, que yo no le he hecho nada, y también tengo necesidad de dormir de vez en cuando. —Usted perdone entonces.

Un militar con graduación explicaba a otro que él daba clase teórica a los soldados, y a los caballeros alféreces, de táctica, espíritu militar y dotes de mando; que estaba obligado *a exigir un cierto nivel en los exámenes de los oficiales por el bien de la misma Academia militar.

—Pues eso sí es verdad.

Un hombre gritaba al fondo; levantaba las manos al cielo, parecía indignado, y otro más pequeño, delgado, con un mono azul y manchas en la cara, parecía tranquilizarle y le hacía preguntas al mismo tiempo. «Soy tu amigo — explicaba—, ¿es que no me puedes decir lo que te pasa?» No se lo contaba, sólo gesticulaba y movía los brazos. Que hablasen con el obispo de Alcalá — decía el hombre—, con el ministro de Hacienda, con el gobernador militar, que hablasen con el capitán general de la enésima región, con el cura de su pueblo, ¡con quien fuera!; a él no le importaba, no le harían comulgar con ruedas de molino, si no le daba la gana, ¡no faltaría más!

—¿Usted quiere más vino?

—Sí.

—¿De cuál?

—Del que tenga.

Era lo mismo. Verdaderamente para lo que había que ver era mejor beber, o dormir, al mismo tiempo, como hacía el propietario.

La realidad con el vino podía transformarse, hacerse a la imagen de uno mismo. Ya no se dependía de nada, era la liberación. Las cosas se moldeaban como se pretendía. Lo importante era la luz y los sonidos. Se comprobaba que había variado su significación. La luz, por ejemplo, era suave, producía bienestar, cuando incidía sobre los objetos — los ablandaba—, disminuyendo los ángulos y las líneas. Tenían dimensiones plásticas, propias. Se sentía más la materia que la forma; se comulgaba con la materia, aunque se seguía sin comprender lo que significaba. Se percibía la vida por todos los lados. Los sonidos eran distintos; eran sólidos, con formas materiales, con resonancias desconocidas. El pensamiento funcionaba de prisa. Todo respiraba y tenía movimiento. El orden existía. Se podía hablar de cualquier cosa. Pensó Carisio en su madre, a pesar suyo. Los demás la desconocían. ¿Estaban dispuestos a escuchar? Se respiraba un aire familiar, los hombres eran como debían de ser: amables. Se retiraban para dejarle paso. El vino era espeso, rojo, y a él le gustaba. Lo que debía de hacer era hablar con alguien. El vaso de vino dejaba un círculo rojo en la mesa de mármol. Había ocasiones en que parecía que todo estaba permitido. El propietario le llenaba el vaso hasta arriba. La mancha de vino, sobre la mesa, se agrandaba. No debía mirar fijamente allí, ni pensar en su madre, ni en la flor roja en que se ensanchaba. Era mejor hablar, iniciar una conversación vanal sobre un tema corriente. La persona que estaba de espaldas parecía complaciente. Le puso, entonces, una mano sobre el hombro y le miró, pero debía haber pensado primero lo que tenía que decirle. (No se puede molestar a alguien sin motivo.) Era necesario explicar unos antecedentes. Venía de fuera, ¿lo sabe usted?, del extranjero, no conocía la ciudad, había ido allí por motivos particulares; ¿quería beber algo? Se había

encontrado con una triste noticia: «ya comprende, así es la vida». ¡Pero su vaso estaba vacío! «Tengo el gusto de invitarle a usted.» Lo importante era liberarse de ese peso, de esa sensación que estaba allí — en su interior — al acecho, pronta a saltar, a invadirle completamente, si no hacía algo. Su madre había fallecido. ¡Eso ya lo había dicho!; el hombre se había vuelto de espaldas otra vez aunque no de una forma brusca. Carisio le volvía a hablar. ¿No comprendía? Le acababa de exponer la situación, porque lo peor era que se muriese la madre de uno. «Fíjese usted.» Él, hacía una semana o dos, no sabía lo que iba a suceder, no sabía nada del asunto. El hombre parecía que escuchaba, pero podía suceder que sólo le viera mover los labios. Empezó a gritar. Pidió otro vino, y después se quedó mirando la mancha de vino, roja, encima del mostrador. Enseñó, en seguida, el retrato de su madre. El hombre asintió. Carisio creyó notar una gran alegría dentro de él. La enseñó también a los demás, empezando por el extremo derecho (hacía constar que era su madre para que no hubiese equívocos o pensamientos mal intencionados). De acuerdo que resultaba joven para su edad, pero la fotografía también podía ser antigua. Repetía, en intervalos cortos, que era su madre. Dejaba el tiempo preciso para que la observasen bien. Al principio, encontraba cierta resistencia para avanzar, pero luego le dejaban paso libre. Cuando llegó al extremo izquierdo, se encontraba aligerado. No había nadie que no conociese su historia, que no hubiese visto a su madre, por lo menos, una vez. Ya podía salir. Había dado las gracias a los asistentes. Cuando estaba en la puerta, el propietario le llamó la atención y Carisio le preguntó qué quería.

—¡Que se va sin pagar!

Sacó del bolsillo la cantidad que pedía. Reunió el dinero con esfuerzo; lo contó, poniéndolo en la palma de la mano, y, después, lo depositó en el mostrador diciendo que había sido un olvido involuntario.

—Ha sido un olvido, ¿comprende usted?

El propietario le miraba sin asentir.

—¿Es que cree que no ha sido un olvido?

El propietario tenía por norma no creer nunca nada, esa era su forma de pensar: «ver para creer».

—¡Oiga, ¡no es usted muy amable!

Le daba igual, al propietario, lo que creyera. Carisio había retirado lo que sobraba del dinero, y nadie le dijo nada al marcharse. Abrió la puerta en silencio.

4.

Volvió a la casa de su madre, en la calle de Las Armas. El portero quería saber qué parentesco tenía, con la señora que había fallecido, antes de responder. Carisio le dijo que la señora que había fallecido era su madre. No cabía duda que estaba haciendo un esfuerzo para adoptar una expresión natural. Lo consiguió después de un tiempo. «En ese caso— dijo—, dígame en qué puedo servirle a usted.» Carisio quería informarse sobre toda clase de detalles. Todo había resultado bien. El portero debió de comprender que no era la explicación adecuada. Rectificó explicando algo que podía significar que todo había salido conforme a lo previsto, sobre todo por la asistencia que había sido numerosa y por las personas que habían concurrido.

—Usted no puede imaginarse cuánta gente conocía a su madre, aquí, en la ciudad.

Habían llegado flores de todas partes. Su madre conocía a la gente más influyente. No resultaba extraño que se acordasen de ella. Las flores no cabían todas en el portal. Después habían llegado más para firmar en los pliegos que, por cierto, él había guardado y que estaban a su disposición (así que podría verlos si gustaba). En los pliegos había firmas de todas las clases: legibles e ilegibles, y tarjetas de visitas dobladas. Una de ellas estaba manchada. Se veían en los extremos las marcas de los dedos. El portero le llamó la atención sobre la firma de algunas personalidades.

—Preguntaban si había llegado usted, si había algún familiar, o alguien a quien se pudieran dirigir, y yo tuve que decir que no.

Parecía notarse en su tono de voz, en su expresión, un aire de censura. Se sabía que él estaba al llegar porque el mismo se había encargado de telegrafiar en dos ocasiones. La primera cuando se confirmó la gravedad de la enfermedad de su madre, después había sido en el instante mismo del fallecimiento.

—Hasta el final se le esperaba por aquí.

Quería decir, si le daba permiso, que su madre era toda una señora, que no había duda acerca de ello, porque siempre había tenido una distinción especial. «Mire, le quería todo el mundo y en eso no había excepciones.» Ella, alguna vez, le llevaba algo de comer a la

portería. Sobre todo, café y licores o dulces, porque sabía que le gustaban, pero no se conformaba con encargarlos, ya que personalmente se los entregaba. También, alguna vez, cuando hacía un postre de cocina, le daba alguna parte. ¿Quería saber más cosas? Que le excusase si no le había dado la información precisa. ¡Ah! ¿sobre el mismo hecho de su, muerte? Sí; comprendía lo que quería. Pues no sabía cómo empezar. «Mire, yo sólo puedo decir que le nombraba a usted.» Le miraba al decir que le nombraba, porque debía comprender que eso tenía que producirle cierta emoción. Su muerte fue muy tranquila, al final aunque, en los primeros momentos, sufría. Por su parte le había hecho dos visitas o tres (no recordaba), la estaba viendo aún, hablando con todo el mundo. A él mismo le había saludado, le había preguntado si todo iba bien. «Fíjese, preguntarme a mí si todo iba bien, cuando era ella quien se moría.» ¿Podía comprender que había llorado? «Hasta el último momento demostró serenidad y una gran fuerza de espíritu.» El portero estaba seguro que había pensado en Carisio, porque aunque le hiciesen compañía doña Asunción y Bibrián Navarro, a un hijo parece-que-en-un-mo-mento-así, se le debe de recordar más. «A mí, me comunicaron el deceso cuando estaba en la portería y ya puede comprender que subí en seguida.» Le habían explicado cómo había sucedido todo. La muerte, al parecer, no sobrevino de un modo inesperado. Desde hacía unas horas se esperaba el desenlace. Había, sí así puede decirse, un ambiente de espera. Su madre se movió un poco, dijo algo. Carisio quería saber si había pronunciado palabras de arrepentimiento. El portero no sabía si las había pronunciado. Según el reverendo Dionisio Reverter, debió de ser así. La madre de Carisio, al parecer, movió imperceptiblemente las manos y sus dedos se encogieron, lo que en su caso resultaba completamente normal.

En el mejor de los mundos posibles, se produce la desaparición de un ser querido como un hecho real, que no puede ocultarse. Hay que ir a las oficinas de un registro civil para comunicar al encargado, al director, el suceso, pero no es suficiente decir que se ha trazado una línea en un papel — en una lista confeccionada a partir del nacimiento — para suprimir el nombre de la persona fallecida. El hecho tiene una repercusión verdadera. Hay que llegar hasta el fondo del asunto. Se puede ir al registro civil y volver; encontrarse que no se ha hecho nada, que el cuerpo sigue allí, en la misma posición, con las manos sobre los costados — entrelazadas, en cruz — o como se quiera; después hay que hacerlo desaparecer, llevarlo a otro lugar que no sea ése, taparle las manos, la cara, lo mejor que se pueda; es necesario cogerlo horizontal, pensar en el traslado, en las escaleras de la casa, en los descansillos, en la barandilla, y en los ángulos demasiado

pronunciados. («¡Cuidado, eso eso, ahora bajar por arriba»!) El que sostiene desde la parte superior soporta más peso que el que está abajo; los empleados realizan el trabajo bien, pero hay que turnarse, eso es lo justo; también hay que descansar en los lugares apropiados; todo hecho con gran solemnidad, en un silencio extremo. Los vecinos de los otros pisos no se atreven a salir, miran por las rendijas de las puertas o por las mirillas. La muerte se refiere siempre a los demás, a ellos no les tocará nunca y pueden ver, en la televisión, las noticias deportivas o políticas, las voces tranquilizadoras de hombres con autoridad suficiente, comentadores, sociólogos, políticos o sacerdotes; ¡la pobre señora del piso de arriba!

¿Ha muerto bien?, ¿mal?, ¿con la preparación suficiente?, ¿bajo el manto de qué santo o santa, y con qué auspicios? No había que hacer nada, entonces, porque se habían cumplido los requisitos, y se le habían suministrado toda clase de auxilios espirituales. El reverendo Dionisio Reverter ya había dicho, que sólo había que esperar, porque lo mejor que podía suceder era que en ese mismo estado pasase a mejor vida. ¿Para qué se iban a prolongar los sufrimientos y dar más vueltas a antiguos asuntos, e ideologías que no le iban a servir en un trance parecido? Por eso le había preguntado a la enferma si se arrepentía de su vida pasada, de haber vivido en el error, ¿o no había dicho nada al respecto?

—Mire, yo no sé qué decirle sobre eso.

—¿Pero no estaba usted allí?

—Pero yo no comprendo lo que me quiere preguntar.

Te llevarían, madre, por estas escaleras, y ya no estabas. Ya no te importaba tu misma presencia, ¿no es verdad? Lo importante sería que ya no estabas, que habías desaparecido del mundo; eras un objeto para los demás tan real como cualquiera, pero tú no lo sentías. Yo puedo imaginar tus ojos, y una flor roja en tu boca, y miedo en tus labios como si sintieras que en tu último viaje te dejaran caer. Ahora es el momento, madre, ahora es el momento. ¿Oías las campanas— como ahora — antes de morir? Una sombra, que era la del atardecer se extendía por el mundo; por tus ojos también, pero era irreversible, ya no caminaría hacia atrás, se iría introduciendo, lentamente, en tu cerebro como lo hace el sueño, hasta que tú misma llegases a querer esa sombra. ¿En qué pensaste?, ¿en Dios? Tú habías dicho que Dios no existía. ¿Oías las campanas, madre? ¿Pensaste en mí? Dí, ¿pensaste en mí?, ¿pensastes, pensastes, pensasetes en mí?

Carisio podía imaginar algunos otros detalles de la muerte de su madre: estaría recostada en un lecho grande de barras doradas, era normal (los que van a morir se echan, no permanecen de pie), pero después estaría esa figura oscura, del Reverendo Dionisio Reverter que

arrastraría levemente los pies, que le diría algo, de vez en cuando, que se movería como una sombra. Su madre no podría soportar la mirada de ese sacerdote de ojos sin brillo, ni tampoco sus palabras; movería los labios sin decir nada inteligible, ¿no le oiría bien? Le haría culpable de vivir, de haber existido — sin que ella lo hubiese pedido nunca—. No oiría sus palabras pero lo comprendería así. Después habría — más gente — un grupo de cinco o de seis personas — alrededor, todos también como sombras, aunque vivas, poniendo orden hasta el final, arreglando su propia muerte. Allí estaría doña Asunción — la hermana del padrastro. A ella sí la oiría, siempre a su lado en el pequeño sillón, llorando, implorando, para que le dijese que sí, y conseguir su salvación tranquilizadora. Todo el mundo, entonces, estaría con la mirada inmóvil, fija en ella, para estudiar el más mínimo gesto indicador del desenlace final. ¡Qué pena!, ¡qué pena!, para liberarse de la muerte propia. En una ciudad de provincias, la gente se muere igual que en otras partes. Con más monotonía encima, con más silencio. ¿Qué se podría haber hecho desde el punto de vista del padrastro? Era mejor comportarse con normalidad, con la expresión de todos los días — con la corbata al cuello y el pañuelo de seda en el bolsillo, sobresaliendo ligeramente. Después, una vez acabado el acto, habría sido distinto. Si hubiese estado en manos de los presentes, se le habría enterrado con la bandera nacional cubriendo su cuerpo. ¡Ved el ejemplo, lo que pueden las buenas costumbres, las palabras y la comprensión! ¿Quién era esa mujer? Estaba allí con las manos cruzadas, sujetando una imagen que no se distinguía a esa distancia. Era una conversa— ¡justo a tiempo, justo a tiempo! — que había muerto en el mejor momento, que se hubiese podido elegir «ni antes ni después porque habría sido demasiado pronto o demasiado tarde». Porque la madre de Carisio, no había dicho nunca que no creyese en Dios. El problema lo enfocaba a su manera. Realmente creía que había una relación de *dependencia*. Todo lo existente tenía su razón de ser en otro, pero así se continuaba de una manera indefinida, sin que se pudiese llegar nunca a una causa primera. Todo hacia relación a estructuras más complejas, pero la *dependencia* no llegaba a tener fin, de tal forma que no había nadie que conociese el término de la cadena. Llegaba al infinito. Lo que era lo mismo que decir que todo lo existente se preguntaba cómo tenía lugar la vida. Se atribuía a otro, y así hasta que la enumeración llegaba a ser imposible. El conjunto de esa enumeración y de esa pregunta era Dios, que era Todo. (Igual que sucede con las células del cuerpo que tienen vida por sí mismas, pero dependen del mismo cuerpo, que a su vez depende de otro, etc.) El misterio era entonces universal, pero al reverendo Dionisio Reverter no le gustaba ese punto de vista y ninguno por el estilo, no podía estar de acuerdo con eso, y,

por la misma razón, consideraba que la madre de Carisio había muerto en el momento mejor, cuando ya — no se preguntaba — no recordaba esas cosas.

5.

¿Hay alguien que tenga algo que decir en un café? Una pura y simple adaptación, en un mismo tono y ambiente. Espejos en las paredes, butacas oscuras por el uso — en la parte central — lámparas con bombillas colocadas simétricamente, moscas y polvo en los estantes. (¡Eso dependerá del café, hay cafés limpios!) ¡A ver, un coñac! ¿Lo quiere usted con la copa caliente? No, a temperatura normal. Algunos camareros saben que el coñac caliente es lo que se estila. «¡Pasando entonces, una de coñac!», de la clase que sea, caliente o no. La tristeza de la vida puede estar en las barras, en las moscas posadas en los estantes, en los camareros que sirven a los clientes fijos y les llaman señor; en los pequeños detalles, en la puerta donde se hace figurar que están los servicios, en la figura de una dama con faldas, y del caballero con sombrero, como si estas dos prendas — la falda y el sombrero — representasen al sexo puro. La señora que está en los servicios (ella dice el cuarto de aseo), señala el de caballeros, lo indica bien para que no haya confusiones. «¡Usted lo sabía, no venga disimulando, se lo he señalado con la mano!» «Como quiera, yo vengo buscando a un señor que se llama Sanz Jambrina, puede ser que no lo conozca, también a Bibrián Navarro.» «¡Ah, eso es diferente, pase usted! no faltaba más!» ¿A quién anuncio? Carisio había dicho su nombre. Describía al padrastro también. «¡Pues claro, hombre, claro!, ¡haberlo dicho antes!» Pronunciaba el nombre y apellido del padrastro, le decía que pasase, que conocía bien a ese señor, aunque creía que no había llegado aún. «Le voy a acompañar si no tiene inconveniente.» El padrastro, Sanz Jambrina, y Bibrián Navarro no habían llegado pero en cambio estaba el reverendo Dionisio Reverter, que era también de su propio grupo. La señora se había retirado a su trabajo, lo que quería decir que se había excusado. «Perdone, yo no sabía quién era usted.» Allí estaba el reverendo Dionisio Reverter. La señora estaba para servirle. «No faltaría más.» La expresión de los ojos del reverendo Dionisio Reverter se veía bien. Eran círculos diminutos gastados, enrojecidos, como si la sangre hubiese llegado — discurrido — hasta allí, y se hubiese quedado inmóvil, para hacer palpable una sensación de culpa. Y las manos del hombre resultaban anchas y cortas. Los ojos, y las manos vueltas, era lo que se veía mejor. Su voz

era suave, y hacía creer que no provenía de él. Cuando le estrechó la mano a Carisio, presentaba un aire triste, lo que le hizo pensar que le iba a hablar de su madre, como sucedió efectivamente, porque sus primeras palabras fueron de condolencia y de afecto.

—Yo lo siento mucho, yo sé que no hay expresiones de consuelo que puedan aplicarse en el caso de usted.

La herida no estaba cerrada, pero todas las heridas, aún las más profundas, acababan cicatrizando alguna vez. «La vida quiere que se vaya siempre adelante y hay que hacer caso a la vida.» Se comprendía que había repetido esas palabras y que conocía de antemano su efecto. Al hablar no miraba a los ojos. Estaba a su disposición para todo lo que le hiciese falta, incluyendo la ayuda espiritual. «Si algún día me necesita, no dude en acudir a mí.» Él conocía cuál había sido la trayectoria de su madre: una vida digna del mayor elogio. Conocía, también, cuál había sido su lucha, todo el esfuerzo empleado para llegar a ser la persona que era, conocida y estimada. En el comienzo debía de haber tropezado con una enorme dificultad que provendría, seguramente, de la misma ideología del hombre que había elegido en primer lugar. Él no tenía nada contra su verdadero padre, al menos de un modo personal; no se trataba de juzgar a nadie, («entre otras cosas yo no he conocido al padre de usted», y, no, sabía, por tanto, cómo era). Lo que quería decir se refería sólo a su madre, porque consideraba que su actuación había sido meritoria, desde todos los puntos de vista, al no dejarse influir por las ideas socialistas del primer esposo (al menos al final); aunque no se había contentado ella sólo con eso, aún había hecho algo más. Su labor había sido ascendente, porque había sabido elegir la *verdad*. La prueba la tenía en el respeto que sentía por la tradición y por lo que supusiera orden, sentido religioso y justicia. En su situación se podría haber temido lo peor y no se había producido. Su madre hasta el último momento fue digna y respetada. Porque lo importante era la salvación de la persona y, en ese sentido, él podía decir que a su madre no se la había perdido, y, eso por las razones que le iba a exponer: la vida humana tenía un fin porque todo hombre era perecedero, pero eso afectaba a los cuerpos solamente «el alma no puede morir». El alma de su madre estaba gozando — con seguridad — de una vida gloriosa; como se merecía, porque era buena y había sabido elegir como decía lo más conveniente al final.

—Es un consuelo y, a la vez, una gran alegría.

El alma de su madre, gloriosa, esperaba la resurrección del cuerpo, y no sólo esperaba la resurrección del cuerpo, porque esperaba, también, el día del encuentro. La muerte corporal no era lo que contaba, era lo de menos. ¿Entonces quería decir (Carisio le había interrumpido) que no había pasado nada? Lo que indudablemente

había pasado era que su madre no estaba allí, que no estaría nunca allí.

—¿Qué dice?

Si se refería Carisio a su presencia corporal podía admitirse, pero además de una presencia corporal era necesario tener en cuenta el espíritu, que estaba con certeza en algún otro lugar.

—¿En qué otro lugar?

No había que temer en ningún caso nada. Su madre se había salvado. Se podía estar tranquilo. «¿Usted quiere decir que no le importa que su madre se haya salvado?» No, no era eso, pero procuraba conocer detalles de su muerte, aquí-en-el-mundo. No cabía duda que difícilmente podían ponerse de acuerdo, puesto que se referían a planos distintos. El reverendo Dionisio Reverter hablaba de la seguridad casi completa que tenía en su salvación. «Ya me entiende, dentro de las previsiones humanas, que no son infalibles»; comprendía, por otro lado, que un hijo quisiera conocer cómo habían transcurrido los últimos momentos de su madre, desde un punto de vista meramente material (el proceso de la enfermedad lo que, en general, se llama agonía) pero él debía mantener una escala de valores, y un orden en la conversación que consideraba oportuno; ¡que no le interrumpiera, entonces, que le dejase seguir!

—Óigame, si tiene la bondad:

No conocía cuáles eran sus ideas y creencias, pero en el medio en el que se movía («le hago la advertencia de que su madre participaba también de ese mismo medio»), se planteaba una única cuestión fundamental que era la de la salvación concreta de cada uno «*tú, yo y nosotros*». Siendo que había un tiempo vital para todos los seres vivos (dotados de unas facultades cognoscitivas que le dirigían a buscar su propio bien, coincidente con el Bien Sumo, Principio de todas las cosas y de esos mismos seres) no cabía más que dar una preferencia, entonces, a la salvación del alma-fun-da-men-tal-men-te, y considerar que el cuerpo, al fin y al cabo, venía después, porque debía perderse y mezclarse con la Tierra. Eso estaba claro. ¿Que era difícil admitirlo? «Yo soy el primero en estar de acuerdo con usted.» Por lo tanto iba a seguir hablando. Su madre había muerto bien, puesto que había recibido los auxilios espirituales; había aceptado el suceso de un modo natural, hasta tal punto que era digna de admiración. Acostumbrado al auxilio de los agonizantes, no conocía él un caso de mayor aceptación de la voluntad divina. En líneas generales, entonces, podía resumirse todo así: una buena muerte, disposición más conveniente en el momento del tránsito, y acatamiento de la voluntad divina. En lo referente al sufrimiento corporal aunque no era de su incumbencia (ya que se lo preguntaba directamente) le iba a decir que no era para tenerlo en cuenta «incluso todo lo contrario», a Dios le gustaba el

sufrimiento reparador, ya que era difícil encontrar a alguien que no fuera culpable. ¿Carisio había visto a alguien que no fuera culpable? Carisio dijo que no, que no lo había visto.

—Pues eso es lo mismo que pienso yo.

El sufrimiento reparador era bueno en sí mismo, liberaba de las penas futuras, que procedían del mal, y del pecado; porque aunque su madre era buena mujer, no estaba de más un sufrimiento final en este mundo, para alcanzar después la bienaventuranza, la gloria y el premio imperecedero.

Bibrián Navarro se levantó ligeramente sobre la punta de sus pies, para darle la mano a Carisio. Explicó enseguida que él tenía un gusto particular de conocer a la gente joven cuando venía de fuera. La única forma de enterarse de política internacional era ésa, porque a los periódicos no se les podía hacer mucho caso. ¿Y qué ideas políticas tenía él? Sentía ser tan directo, teniendo en cuenta que acababa de llegar, pero actuaba un poco dejándose ganar por sus impulsos.

—Mire usted, yo veo a una persona y me digo enseguida si es cómo debe de ser.

También le interesaba conocer qué trabajo ejercía, pero antes tenía que decirle cómo le había parecido la ciudad. «No le hablo desde el punto de vista monumental o arquitectónico.» Lo que le importaba era saber lo que pensaba del ambiente, en general, y también de sus habitantes. Era pronto aún para saberlo, claro estaba, ¿pero no había pensado que las primeras impresiones eran siempre las que tenían más valor? Lo que quería indicarle era que se decía que en la ciudad se entraba llorando y se salía llorando. A él podía pasarle igual. Los primeros días podía suceder que no se encontrasen, completamente, a su gusto, que no estuviese adaptado; en particular lo comprendía. Cuando empezó a trabajar allí, creyó que vivía en una tierra extraña. «¿Y sabe lo que pienso ahora?» No se lo podía imaginar, pero iba a explicárselo: nunca abandonaría esa tierra. «Bendita sea entre todas las demás.» Delante de todos lo decía. Había dejado la taza de café sobre la mesa y guardaba un silencio de espera. Había lanzado una mirada escrutadora al reverendo Dionisio Reverter y volvía a coger la taza.

—Pues sí, dijo.

Dos cuestiones fundamentales debían de tenerse en cuenta, a su modo de ver, en el problema que hacía relación a la ciudad, referente a la Puerta del Carmen: por un lado el simplemente estético, porque había que reconocer que no habían dejado sitio, y que los edificios prácticamente impedían cualquier contemplación (eso tenía inconvenientes que se relacionaban con los valores simplemente históricos). «Yo soy el primero en reconocerlo, es verdad», pero había

que considerar también los otros valores comerciales, porque a una cantidad semejante, el metro cuadrado, era humano comprender que se tropezase con la oposición de los propietarios o titulares de los terrenos. ¿Quién en un caso así no defendería lo que es suyo?, ¿quién respetaría la belleza y la historia en semejantes condiciones? Con el corazón en la mano, él no sabía lo que haría si fuese una parte interesada. Otro problema: la prolongación del Paseo de la Independencia hasta la Basílica del Pilar. ¿Se llevaría alguna vez a cabo? ¿Y en lo referente a la iglesia de los jesuitas en el principio de General Mola, justo al lado de la plaza del Paraíso? Bien, se hablaba del derribo, después de construida — y casi inmediatamente— porque se pagaba, por el solar, una cantidad digna de consideración o de respeto (que tenía, por cierto, un valor inconmesurable). ¿A quién se producía el perjuicio?, ¿a los fieles asiduos?, ¿a la urbanización en general?

Sanz Jambrina se había casado con doña Pilar Aragón Maqueta, educado en el colegio de La Salle. Había vivido, en el llamado Paseo de Cuéllar — en las casas del Canal precisamente — hasta que había empezado a trabajar en la prisión provincial de la ciudad; el cargo que desempeñaba era digno de ser tenido en cuenta. También se dedicaba a otras gestiones, como eran, por ejemplo, su actuación desinteresada en la Escuela de Artes y Oficios de Zaragoza, y su colocación, en un puesto administrativo, en la Junta del Canal Imperial de Aragón. Era, además, conocido porque él había intervenido, en otros tiempos, en la creación y desenvolvimiento del club de fútbol local. Sanz Jambrina había estrechado la mano de Carisio y había empezado a hablar casi seguidamente. (Un camarero iba por el centro de las mesas con una botella de Calisay en una mano. No se oían más que frases sueltas. «Lógicamente, mejor tenía que ser», había dicho Sanz Jambrina.) Hablaba con un acento muy pronunciado y explicaba que era distinto en la industria que en los servicios. Se había levantado y se rascaba la entrepierna. (Había mirado al reverendo Dionisio Reverter para decir que iría a misa de seis a la iglesia de santa Engracia.) Pero volviendo a la cuestión de los impuestos eran diferentes en Navarra que en Aragón, porque tenían un nivel más alto en la región vecina. «Que duda cabe que es así.» Sanz Jambrina movía las manos, en el aire, hasta casi tocar la mesa, pero sin llegar nunca. «Un concepto en el que pagaban cinco millones de pesetas y ahora pagan sólo dos.» Los ingresos de la Diputación de Navarra eran grandes. Había absorbido lentamente el café. «Como se llegue a crear esa Asociación va a ser aún peor.» Porque las cooperativas estaban bien en un país que no fuese España, que era un país extremo, individualista de manera de ser (a diferencia de lo que sucedía con los otros países del norte). Él lo

sabía porque había combatido en la guerra en la División Azul. ¡Quién le iba a decir que esas ideas iban a entrar en España aunque fuese por grados y respetando lo tradicional! Él era amigo del socialismo, al modo de entenderlo de acuerdo con las consignas que le habían enseñado: un partido único. Pero volviendo al principio, el problema foral de Navarra era un tema de enorme discusión que sólo podría resolverse cediendo por los dos lados. El tradicionalismo era bueno en cuanto suponía que se mantuvieran intangibles unos valores admitidos, en general, por los españoles más representativos. La aristocracia y el pueblo hermanados constituían la solución ideal, pero tal como iban las cosas la solución ideal no podría encontrarse de inmediato.

El reverendo Dionisio Reverter le preguntaba a Carisio si quería participar en la sociedad de apuestas. Además de un entretenimiento, había que considerar su carácter benéfico. Nada intrínsecamente malo, sino todo lo contrario, porque podía evitar las malas diversiones.

—Lo creerá usted o no, pero yo he pasado algunas tardes de los domingos pendiente de estos resultados.

Una emoción, como otra cualquiera, por lo tanto, sana y legítima, que sino elevaba al hombre, «(Ya comprende lo que quiero decir, y me entiende usted)» por lo menos le despojaba de los malos hábitos, de las múltiples perversiones que podían ponerse a su alcance en los días festivos. Que le dijese si participaba entonces. La cantidad con la que debía de entrar sería módica. «Digamos que no llega a diez duros.» Se podían hacer combinaciones diversas, pero los especialistas eran los asiduos a ese café, de manera que no había ingerencias posibles de los demás socios, porque ellos eran los que se habían ocupado desde el primer momento y con resultados bastante satisfactorios, aunque en las últimas jornadas no había habido demasiada suerte tampoco. «Yo no he cobrado, — dijo Sanz Jambrina—, desde hace seis meses.» Pero la confianza no les faltaba. Había habido épocas mejores. «Imagínese dos semanas seguidas — dijo Sanz Jambrina — con dividendos.» ¡Que después la suerte había variado! Bien ¿y qué?; eso no demostraba nada. El que sigue la consigue. «¡Entre usted en la sociedad, hombre»!, por lo menos podría comentar las incidencias y alegrarse un rato. Diga que sí.

Carisio no había tenido tiempo de responder. ¿El hombre que llegaba por los porches no era el padrastro? «Allí lo tiene usted.» Era efectivamente el padrastro. «Después seguiremos hablando de los deportes, si le parece bien, ahora le dejamos solo.» Se habían separado ligeramente de él, trasladando las sillas en otra dirección. El padrastro había llegado. Se había acercado a Carisio, había dicho: «Ah, ¿eres tú?», utilizando casi una expresión afirmativa. Había extendido una

mano y la había dejado caer. Le miraba con cierta inseguridad, casi con recelo, pero eso no daba a entender nada. En el dolor estarían unidos siempre. Él pondría todos los medios necesarios no sólo porque era el hijo de su mujer si no también porque quería considerarlo como su propio hijo. A partir de ese momento iban a cambiar las cosas ¿no era verdad? La separación había sido larga, pero tampoco había servido de nada. A él le tocaba reconocerlo. Comprendía que a un hijo pudiese disgustarle el segundo casamiento de su madre (aunque fuese con un tío suyo, hermano del padre fallecido) por la misma razón no le había extrañado su ausencia. En un principio, creía que con el tiempo todo volvería a su cauce normal. Después había cambiado de parecer porque las cosas no se arreglaban. ¿Cómo se podía pensar en llegar a una situación semejante? La madre muriéndose en un lugar y el hijo fuera, en otro. ¿Quién era culpable, de eso?: todos, todos eran culpables, y el primero él, tenía que reconocerlo. ¡Qué en la vida se llegase a extremos de esa clase no tenían perdón de Dios! Era duro decirlo, pero no confiaba en que viniera; tenía que comprender que se le había esperado más de lo necesario.

—Pero bueno, ya ha pasado lo peor.

¿No era verdad? Miraba a Carisio. Por su expresión debía de comprender que para él no había pasado lo peor. Algunas situaciones era mejor verlas venir, acostumbrarse, hacerse a la idea. Carisio había acabado de llegar, todo le había cogido de improviso, lo sentía por él. Pero iba a permitirle no considerar allí el asunto principal, por lo menos, en ese momento.

Lo hacía por el bien de los dos. A veces resultaba conveniente no tratar, de inmediato, algunas cuestiones. En fin, quería decirle que él se había trasladado a una nueva residencia, que había abandonado el apartamento de la calle de Las Armas, porque no podía soportar el recuerdo de su madre. Cuando estaba en ese apartamento, le parecía que todo hacía relación a ella. No podía comprender hasta qué punto ese sentimiento había llegado a ser real. Le había parecido más conveniente, por tanto, ir a vivir a otra parte. «Sé que se puede pensar que no he sido suficientemente fuerte marchándome de allí»; y sin embargo, no podía hacer otra cosa. Quería saber si había estado ya en el apartamento. «Ah, ¿sí?», ¿con quién había estado?, ¿con el portero? ¡Vaya, hombre! No debía de tener en cuenta ninguna referencia de ese tipo. A continuación quería decirle que la casa era suya, pero que estaban haciendo el inventario de muebles. El señor que estaba allí presente — Bibrián Navarro — era precisamente el encargado de valorar cada uno de ellos, aunque no era una transacción puramente comercial, porque él — además de ser mueblista — era, sobre todo, un amigo entrañable. Si había pensado desprenderse de los diferentes enseres era por las razones, de carácter personal, que ya le había

explicado y no por otros motivos (no había afán de lucro ni nada que se le asemejase aunque pudiese pensarse lo contrario). Cada uno de los objetos que había allí le producían recuerdos dolorosos. ¡Pero no faltaría más!, claro que podía ocupar ese apartamento, ¿quién mejor iba a hacerlo? Lo que no quería era permitir que entrasen extraños, pero él sí que lo ocuparía por su propio derecho. Iba a estar un poco solo, pero siempre les tenía a ellos para visitarles, sobre todo a su hermana Asunción que agradecería su presencia. A él le vería a todas horas. Se reunía allí con sus amigos en ese mismo café, después de comer, aproximadamente a las cinco. No iba antes porque tenía la bendita costumbre española de dormir la siesta. Era sólo una cabezada, cuestión de media hora nada más o acaso apurando mucho una hora. Por otra parte, se daba cuenta que un joven como él quisiera tener independencia. A su edad, le ocurría igual. Lo importante era que estuviese bien y sobre todo que se quedase el mayor tiempo posible. Por su lado, pondría todos los medios para conseguirlo. Le gustaría conocer cuáles eran sus proyectos para el futuro. Personalmente quería decirle que allí no le iba a faltar nada, y que se alegraría si decidía permanecer a su lado un tiempo que podía ser todo lo largo que quisiera. Sólo tenía que decidir. Desde ese momento esperaba ya la respuesta que suponía sería afirmativa. Había hecho una señal al camarero que se acercaba. ¿Cómo quería el café, solo o cortado? Por su parte, a él le gustaba con leche y con bastante azúcar.

6.

Le interesaba conocer, a Carisio, todo lo que hacía referencia a su madre, ver lo que había visto, estar en las mismas circunstancias que ella, en los mismos lugares que ella. En lo referente al apartamento no había ningún problema; en cierto modo, el recuerdo quedaba en cada uno de los muebles de la casa, en su decoración, en las habitaciones, y en los pequeños detalles. Muchos de ellos habrían sido realizados con sus manos. En una ciudad, perdida y sola, habría tenido tiempo para ocuparse de todo; habría tenido tiempo de adaptarse a la situación. ¿Su vida había encontrado, de verdad, un objetivo?, ¿cuál podría ser? Para recordarla no era necesario esforzarse mientras, él mismo, estuviera allí. Cualquier acto, por simple que fuera, lo habría realizado antes ella. Podía elegir uno cualquiera: la luz de la habitación que había encima de su cama. ¿Cuántas veces, su madre, habría encendido y apagado esa luz de la habitación? Carisio había probado a encenderla una vez, después la había apagado. Había sentido que todo su ser se llenaba de una gran ternura. Tenía que imaginar a su madre — una mujer demasiado mayor para estar sola — escribiendo al lado de su cama, escribiéndole a él, diciéndole que se cuidara, y que no debía de coger frío por las noches. Encender y apagar la luz, entonces, un acto simple, ir a la cocina y ver los distintos utensilios que su madre manejaría y que habían sido ordenados, colocados, en el lugar correspondiente. Abrir la llave del gas. ¿Cuántas veces su madre habría abierto esa llave del gas? Sentarse en esa silla de madera porque su madre lo habría hecho así; ¿pero esa soledad y ese silencio, que se respiraba, lo habría sentido también su madre? ¿Qué pensaba de la vida?, ¿qué finalidad tenía la vida para ella? Desde esa silla de madera, con los brazos caídos sobre los costados debía de haberse planteado la razón de estar en la ciudad. (Si se está en una habitación cualquiera donde cada mueble ocupa su debida posición, con las alfombras, visillos, moqueta del color más suave, con lámparas encendidas en los ángulos, con objetos familiares por todos los lados, parece fácil encontrarse bien. Además siempre se puede hacer una nueva redistribución para conseguir una mejor disposición de las cosas. En el *plano* de la habitación es indudable que se llega a obtener el Orden. Se está bien, es fácil tranquilizarse, encontrar el sentido a

ese mundo construido a nuestra imagen y semejanza: capitalismo, café con leche y contertulios como Sanz Jambrina y Bibrián Navarro. Si no se piensa que hay otro Mundo diferente, que lo abarca, con dimensiones distintas, se podrá llegar a pensar que no hay más que eso. En un terreno se ha conseguido una completa adaptación. ¿Pero y si se sale fuera? ¿Si se pasa al exterior? ¿Se abre la puerta, y se encuentra uno a cielo abierto, sin que nada proteja, en un lugar dónde no se puede tampoco poner nada, ni muebles, ni tapices, ni alfombras — o moquetas — ni objetos familiares que sirvan de algo. Entonces sólo cabe mirar y mirar, llenarse de ese miedo tenue que entra dentro de uno. Se comprende la impotencia para construir, para ordenar nada, se tropieza con limitaciones infranqueables, se está delante de la realidad, del mundo exterior donde existe el tiempo y la muerte y el espacio. Las cosas están allí comunicándose, dejando huella en la conciencia, como si estuviese hecha de cera. Todo deja marca. Por lo general no se comprenden lo que dicen las cosas, ni las personas, sólo se siente su marca en el cuerpo. Cualquier palabra hiere. Hay que actuar — todo el mundo actúa—, ¿pero si no se sabe lo que hay que hacer? El equilibrio se encuentra en la misma pasividad, pero la organización social lo prohíbe, porque toda ella se basa en el impulso. La sensibilidad cuando sobrepasa unos límites no parece buena, hay que evitar los sentimientos, de inutilidad, de depresión, las frustraciones. No cabe, allí fuera, poder inventar. Sólo es posible volver a entrar en la casa, abrir la puerta, encontrarse con el mundo familiar de la habitación, donde sí es factible el orden, en ese plano, con la moqueta, los muebles, los utensilios. Se entra, se cierra la puerta, se olvida de todo lo demás, lo que significa que se empieza a hacer una pequeña o una gran trampa. Se queda uno el tiempo suficiente, hasta que desaparezca cualquier sensación que provenga del vacío, se construyen valores, se adquiere seguridad en sí mismo.)

Hoy hace demasiado calor. Hoy miras por la ventana y ves que la gente va y viene, porque intenta demostrarse a sí misma que tienen razones para vivir y para actuar; les ves desde lo alto de la ventana y estás suficientemente lejos para que no puedas saber cómo son de verdad. Sabes que están hechos de sangre como tú, que hay que diferenciar dos sexos, porque hay mujeres y hombres que pasean. Eso es todo. A esa distancia es difícil verlos mejor. Algunos tienen grandes proyectos; van a su trabajo, vuelven de su trabajo, hacen compras, hablan entre sí explicando los pormenores ocurridos, familiares sobre todo, políticos, financieros o deportivos. Discurren ordenadamente por las calles. Viven las horas normales que les corresponden por el día, y después se van a dormir por la noche, para estar recuperados. Nada original, ya se ha dicho todo esto. Yo hablo conmigo mismo, voy repitiendo sonidos como si fuera una persona

distinta a la que escucha. Me oigo. Reconozco mi cuerpo, mis manos y todo mi ser, pero parece que me he desdoblado. ¡Si no fuera por la costumbre de saber que todo es normal! Sé que el miedo no procede de ninguna parte, que es originario. ¡Qué se le va a hacer! Hay personas más sensibles que otras, la realidad puede hacer daño. Hay que hacer un examen de conciencia. Salir a la calle — como si tal cosa — pasear y hablar con los niños. ¿Sensaciones? Las suficientes. ¿Alucinaciones táctiles, gustativas, olfativas, visuales, auditivas? ¿Emociones, percepciones? ¿Euforia, sentimiento de irrealidad del yo o del mundo?, ¿fantasía fuga de ideas, sensación de que los rasgos mentales del mundo poseen un significado personal, delirios, desorientación coordinación motor disminuida?

Reaparecían los recuerdos infantiles, el jardín florido, con el pino en medio de la plaza, la mesa de madera, las sillas de mimbre, los juegos, y cuando se sentaba al lado de su madre también, y le escuchaba con ojos asombrados, porque ella le hablaba de la vida, de su padre, de lo que había que hacer en la vida. La imagen de su madre, joven, estaba delante de él, casi la sentía físicamente, no como algo muerto, sino movible, con vitalidad propia, igual que antes o mejor que antes. Faltaba entonces el cuerpo de su madre, faltaba, entonces, su cuerpo vivo. Su madre habría descansado en esa habitación, habría apoyado la cabeza allí, el pelo gris habría caído sobre la almohada. ¿Cómo era su mirada?, ¿su respiración?, ¿sus manos? ¿Miraría el sol en los tejados y las sombras de los muros en la habitación? ¿Cuántos días así? ¿Pensaría en él todo el tiempo? Llegaría el desenlace como una sombra que podría tapar sus ojos. (*¡Cuidado, madre, se empieza así, uno se deja ir en una dirección desconocida y nadie sabe lo que pasa después!*) El silencio resultaría más denso, como una anticipación de otro silencio largo (porque hay que acostumbrarse a todas las situaciones y la Naturaleza lo quiere). La luz, el silencio, sus manos, su mirada, sus palabras, el sufrimiento, el cansancio de morir, todo de un solo golpe para su madre. A cada uno se le reserva lo suyo, lo que le corresponde por propio derecho.

Había que intentar hacer algunos cambios en el apartamento. La cómoda, por ejemplo, se podía llevar a otra habitación, y poner algunas botellas. En el pasillo había sólo tres sillas colocadas a distancias iguales. Había que quitar las sillas. En la habitación de su madre había un cuadro que representaba a san Antonio, o a san Francisco de Asís; en cualquier caso un hombre arrodillado, con una aureola en la frente, y un rayo de luz que venía de arriba ¿Su madre había colocado el cuadro o ya estaba antes de llegar? Pensó dejarlo en la cocina, pero desistió porque eso habría llevado consigo el riesgo de

quemarlo. ¿Además qué hacía un cuadro de san Antonio, o de san Francisco de Asís, en la cocina? ¿Se podría colocar en la pared, encima del lugar correspondiente al fogón, fregadero, o lavadora automática? La mesa escritorio había que moverla ligeramente a la derecha para que le diese de lleno la luz. Limpió el lavabo de loza hasta que quedó brillante y en condiciones de ser utilizado, con lejía y jabón. Limpió la taza del retrete, los baldosines adyacentes (ése era un trabajo técnico que requería una dedicación mayor e incluso un plan de trabajo). Colocó en orden la cama: haciéndola de nuevo, con la colcha dentro del jergón, sin que se viesen las arrugas en la superficie; barrió el polvo, empotró la percha en la pared. Se subió a la silla de madera de la cocina y perdió algún tiempo en arreglar el flotador del inodoro. Con la cabeza dentro del depósito observó el mecanismo que parecía sencillo. Introdujo una vela en el interior y dejó que goteara la cera hasta conseguir tapar la pequeña hendidura en el metal. Comprendió después que se había olvidado de sacar el agua que quedaba dentro. Volvió a quitar la cera y vació el agua, repitió la operación fundiendo la cera en la superficie y luego comprobó que el resultado era satisfactorio. Abrió los grifos del baño, se quitó la ropa y se sumergió con lentitud en el agua; se estaba bien. Veía el espejo, una gran toalla o albornoz — que colgaba de la puerta — la ventana del patio, los productos que utilizaba su madre en un soporte de metal. Había útiles de maquillaje y peines, había un cepillo de cabeza y laca de uñas, tijeras, un secador, cremas para la piel. Se puso de pié y cogió el cepillo del soporte. El cepillo olía a su madre o creyó que era así. Se sentó en el baño para poder pasar las manos, con suavidad, por encima del cepillo, para retirar el pelo que era de su madre. Lo envolvió en un papel, lo guardó, al salir del baño, en su habitación, como un recuerdo del que no se olvidaría.

Los primeros días estaba intranquilo, Carisio, pensando en su madre. Su cuerpo sabía que se deshacía, que cambiaba, aunque intentara impedirlo. No servía de nada subir por el Paseo de Cuéllar hasta el cementerio, y quedarse en la misma puerta del cementerio, o entrar, o dar vueltas alrededor; tampoco servía ir al pinar de Venecia y quedarse bajo la sombra de los árboles, esperando la resurrección de los muertos, que el cuerpo se pusiera de pie y echase a andar. ¿Hacia dónde iba a andar? Se podía quedar él, agazapado en un rincón cualquiera, lo más próximo posible, por lo menos los primeros días, ¿pero cuántos? ¿Cuatro o cinco días?, ¿por qué establecer ese límite de tiempo y no otro? ¿Por qué tenía que hacer compañía a su madre? Si hubiese estado él en sus mismas condiciones habría querido estar acompañado, aunque no lo hubiese sabido. Ciertamente, los muertos no saben si alguien les acompaña o no; los muertos no saben que hay

seres vivos, en el exterior, que se mueven, hablan, gritan o gesticulan; en teoría, por tanto, es igual, pero la teoría no sirve siempre. A los muertos no se les puede dejar de pensar porque entran rápidamente en el mundo de lo desconocido, de lo inorgánico. En teoría, no hay diferencia entre los muertos recientes y los antiguos, son todos iguales y pertenecen a una misma escala o categoría. Era distinto el lugar donde estaba su madre, al sol, por el día, porque todo respiraba un aire tranquilizador (los paseos, las cruces alineadas, los jardines, los monumentos funerarios, los transeúntes, las voces acostumbradas). Después no; paulatinamente la tarde iba cayendo. Antes de llegar la noche, lo único, lo único, lo único que se podría hacer sería gritar. Los muertos se transformarían, su inmovilidad sería mayor aún. Porque no había de quedar suficientemente expuesto, siempre habría que repetirlo. Sobre sus ojos estaba la enorme tragedia de la eterna, eterna, eterna inmovilidad. El amor no podría nada. Eso era lo peor. Se podrían pasar los labios, las manos, por su pelo, pero no serviría; se podría intentar compartir, también, esa inmovilidad pero sería completamente artificial. Porque antes había algo vivo, un ser vivo — una mujer — y de pronto permanecía inmóvil, aunque seguía siendo ella misma y se la podía, incluso reconocer: la misma expresión, la cara, los ojos, la boca, las manos apoyadas una contra otra. Pero en la piel ya se observaba algo: era el color. Se producía entonces una variación. No había que dejar que eso fuera a más. La vida lleva consigo, que se abandone en paz a los muertos, que se vaya por ahí a distraerse, y entonces uno se va. «Vaya usted — le había dicho el portero — a distraerse un poco.» Había entretenimientos inocentes, se podía tomar una cerveza en cualquier parte. «Deme una cerveza con un pincho de tortilla o de jamón, y si no hay de lo que tenga.» Eso ya en el Paseo de Cuéllar. «Dice usted que no hay tortilla, deme entonces escabeche o tomate.» El medio ambiente era normal allí. «Ahora déme otro vino.» Había hombres en la barra; había un cerillero, un limpiabotas y por la calle paseaba la gente endomingada.

—Otro vino cuando pueda.

Había que olvidarse de la imagen de su madre para sumergirse en el medio. No había que perder de vista los detalles que había alrededor: la adaptación se producía lentamente, lo que significaba que la expresión de su madre, su figura, desaparecía; no la recordaba ya. En una hora de tiempo, la había dejado caer en una nada incolora, sin matices. La había dejado caer, y ya no lo pensaba siquiera.

Llevaba escritas las referencias que podían servirle para encontrar a su madre: lugar aproximado, e incluso un dibujo sobre la estructura y ornamentación del pequeño monumento. El portero se lo había explicado: «Usted vaya por el paseo principal». El plano no era

suficientemente detallado. El portero lo había dibujado con trazo demasiado temblón. Faltaban puntos de referencia. Porque, ¿qué valor podía tener que se hubiesen indicado los paseos principales y no los secundarios? Se señalaba, eso era cierto, la puerta principal. «Verá que es una verja pintada de negro.» Desde allí hacia adelante no había posibilidad de perderse, hasta que se llegaba a la bifurcación. «Continúe a mano derecha y a unos veinte pasos tuerza.» Ya había llegado a ese lugar, y consultaba otra vez, el plano. No era lo mismo colocarse de costado que de frente. Debía imaginar en qué dirección estaba orientada la puerta de la entrada, para situar el plano en su debida posición. El sol parecía ser algo material, compacto, que se desprendía de la tierra y del cielo, y que convergía en él. No había colores; no había nada. El suelo estaba formado de arena blanca. Debía haber arena blanca por todas partes. Hizo un recorrido a fondo por los paseos. Las cruces estaban simétricamente colocadas en los extremos. Los cipreses permanecían estáticos como debía de ser. Se respiraba un aire caliente, de bochorno. Los antiguos ciudadanos de Zaragoza estaban allí. La gloria es el sol de los muertos. Honorio Liébana del Molino le había visto, con las flores en la mano, y quería saber si tenía alguna persona querida en ese lugar. Carisio le explicó que era su madre, y a Honorio Liébana del Molino le pareció que ese detalle le honraba sobremanera. Lo que sucedía, al modo de ver de Carisio, era que no sabía exactamente dónde tenía que ir. Había desdoblado el plano sobre la tierra. Honorio Liébana del Molino miraba, no parecía tampoco orientarse bien, porque creía que había pocos datos.

—Vamos a ver — dijo.

Con el plano desplegado, quitando la arena que había sobre el papel — con las dos manos — apenas podía situarse. No lo comprendía. Dio dos o tres vueltas al plano, pero después explicó que no tenía sentido. «Llevo ya años aquí trabajando — dijo — para conocer esto bastante bien, usted lo puede comprender.» La gente creía que tenía algo deshonroso su trabajo, pero sobre todo opinaban así por ignorancia o falta de información, por desconocimiento en suma. Ciertamente había que cuidar de los vivos, ¿pero qué pasaba con los muertos? Sabía que en Zaragoza el número de muertos ascendía a más de seiscientos mil y en cambio el de los vivos llegaba a una cifra más pequeña. Había una diferencia respetable que debía ser tenida en cuenta. «Mire usted y verá cómo se desconocen estos datos.» Porque, en general, no se pensaba de una manera seria en el problema. Por lo demás era un trabajo racional donde no había que inventar nada, porque todo estaba previsto. Eso quería decir que la materia prima — que era el muerto — ponía en marcha todo el engranaje hasta el final. Después — a diferencia de lo que pasaba en

otras materias — no era necesario preocuparse del asunto. Punto y final, ¿me entiende? Lo que se dice el muerto al hoyo. Llevando el orden necesario, ¿me entiende?; no cabía ninguna equivocación. «Esto es lo mismo que un procedimiento legal, se empieza y se termina, después quedan las actuaciones, pero nadie puede litigar sobre el mismo asunto ¿me entiende?; aquí hay la imposibilidad de volver, de retrotraer el procedimiento, y si no hay actuaciones, no hay sumario, hay un archivo. Se comprueba todo a la perfección, ¿me entiende?» Le agradecía que le prestase su atención, no siempre era posible hablar con todo el mundo. Así daba gusto. A él le agradaba hablar del trabajo. ¿Problemas que se plantean?: muchos, más de los que se puede imaginar.

—Si no tiene inconveniente voy a acompañarle y así podemos hablar un rato.

Lo interesante era la ampliación y creación de otro local, pero la obra era de tal envergadura que bien merecía un estudio concienzudo. Se había pensado ya en los antiguos polvorines como lugar más apropiado.

—Y dígame entonces ¿será una reforma importante?

—Hombre, calcule, ciento cuarenta y un mil metros cuadrados, dese cuenta bien.

—¿Con servicios adicionales?

Honorio Liébana del Molino le estaba observando con precaución; acaso desconfiaba. ¿Qué significaba eso de los servicios adicionales? «Nuestra idea es dotarlo de las últimas y más completas mejoras.» «Es preciso que el cementerio esté siempre de acuerdo con las auténticas necesidades que exigen nuestros días, ¿me entiende? Serán instalados servicios propios del camposanto y dependencias anexas.» Como es natural, serían ubicadas nuevas manzanas de nichos. «Hay previstas igualmente zonas para enterramiento de tipo privado, y me refiero concretamente a capillas. Tenga en cuenta que nosotros construimos pensando en las necesidades futuras también.» Respecto a la situación presente podría haber posibilidades hasta mil novecientos setenta y dos, ¿me entiende?; con estas nuevas obras la cosa cambia. «Se han previsto ciento trece manzanas dobles de enterramiento ordinario, además de las planeadas para la venta a perpetuidad. Eso supone, traducido en números, alrededor de los cincuenta mil enterramientos. Hay que considerar que existen multitud de nichos que acogen por expresa voluntad, de los familiares o interesados, los restos de varios seres queridos; con ello se consigue un auténtico enterramiento múltiple, ¿me entiende? Para que usted comprenda, o tenga una idea aproximada, calcule que en la actualidad el número de los enterrados sobrepasa a los seiscientos mil.»

—¿Y de servicios religiosos?

«Ése es uno de los proyectos más conseguidos. Nunca podremos agradecer al equipo de técnicos de arquitectura municipal, el entusiasmo y las horas de esfuerzo que han puesto en la construcción de una iglesia que se hallará justo a la entrada del cementerio, en el camino de las canteras. Su sentido está absolutamente volcado en pro de una espiritualidad digna del lugar. Su base representa la propia vida árida y enorme, porque está clavada en la tierra, de donde procede, y amazacotada con la materia terrenal siempre perecedera, ¿me entiende? Después se eleva y se estira hacia el cielo. Es como el vivir del hombre, siempre se tiende hacia Dios que nos creó (Honorio Liébana del Molino le miraba para ver si estaba de acuerdo) que es el principio y fin de la vida. Podrá acoger a unas trescientas cincuenta personas sentadas pero en conjunto su capacidad será suficiente para más de setecientos fieles.»

—¿Más servicios?

—Sí, en la ampliación está trazada una zona dedicada a incineración. El valor de estos hornos supera al de dos millones de pesetas. Además junto a éstos, será preparada otra zona de incineración para sepultar las cenizas y otros restos y materiales de desecho, ¿me entiende? Honorio Liébana del Molino explicaba que habría dificultades, «en nuestro país», para que cuajase la idea de incinerar a los muertos considerando la idiosincrasia particular muy arraigada a la forma tradicional de sepultar.

—Hábleme de las oficinas.

—Las que existen ahora tienen una excelente estructura y un inmejorable funcionamiento (él trabajaba en las mismas), pero serán igualmente renovadas. Lo mismo sucederá con las fosas comunes. Los servicios forenses, aunque ya existen, serán también adaptados a las más recientes necesidades. Se tiene, por otra parte, en estudio, la creación de zonas de aparcamiento que permitan, con toda comodidad, el estacionamiento de los vehículos. Además entrará en funcionamiento un plan de iluminación general — con luz de neón o sin ella — para hacer del cementerio un lugar agradable ¿me entiende usted?, permitiendo, al mismo tiempo, dar más solemnidad a las festividades propias del camposanto.

—Sí, le entiendo.

Entonces el cementerio de Torrero daría un decisivo paso. El futuro — acorralado hasta entonces por la escasez de una realidad palpable — se abría camino de la mano de uno de los más trascendentales y ambiciosos planes municipales.

—¿Y vamos bien por aquí?

—Usted siga, que yo le diré.

Honorio Liébana del Molino deducía, por la condición social de su madre, que era por allí; porque en un cementerio, como en otro lugar semejante, había que establecer una diferenciación precisa entre pobres y ricos, y su madre, lógicamente, debía de estar dentro del segundo grupo. «Yo no sé nada, créame, pero imagino que será como le digo.» Entonces tenía que torcer a la derecha como había pensado. Él le dejaba ya.

—No puede estar muy lejos, siga la dirección siempre a la derecha.

—Muchas gracias.

Carisio pensó que su madre tenía derecho a algunas flores. La mujer que estaba allí, junto a un pequeño cobertizo, vestida de negro, le dio dos ramos, los ponía en papel de periódico. Eran rosas y claveles, y exactamente había la misma cantidad. La mujer le aseguraba que estaban recién cogidas. Carisio le dio las gracias. El cielo no era azul. Allí era lógico que no tuviese ningún color y que se desvaneciera. Lo importante en ese ambiente era lo *insensible*; se había llegado otra vez a la situación original. ¿Por qué esas letras doradas en todas partes, con la fecha de nacimiento y de la muerte— 2 de abril de 1950, 25 de enero de mil novecientos cincuenta y ocho? En las fiestas de Navidades, cuando otros tomarían vino espumoso y turrón de Jijona (Alicante).

¿Por qué se cuidaba de lo exterior únicamente, y no se tenía en cuenta lo que pasaba por dentro en el interior de la tierra? ¿Por qué no se vigilaba la descomposición del cuerpo?, ¿su presentabilidad? ¿Para hacer ver que todo marchaba debidamente? Y debajo del nombre y de la fecha de defunción: el nombre del sobreviviente: José Martínez. «¿Sabe lo que le digo, don José?, pues que del cuerpo de su mujer, si ha muerto en el cincuenta y ocho, queda ya bastante poco. Del cuerpo de su esposa — dechado de perfecciones— un poco deteriorado seguramente ya en vida, puede despedirse por lo menos en el sentido que usted se imagina. No podrá ponerle nunca las manos encima.» (Las normas que se conocen sobre el tema son confusas, pero en ese punto están claras: las manos quietas, con resurrección o sin ella no hay nada que hacer. No hay solución tampoco, aunque en todos los países se invente alguna. En Bhutan, en el Himalaya, para hacer revivir a los muertos se baila con ellos abrazando el cadáver e insuflándole aire en la boca. ¿Da resultado? No. Parece que no da resultado, pero la esperanza no se pierde nunca. Hay que imaginar la escena, porque lo más probable será que el cadáver no ponga nada de su parte, que se caiga. Es de imaginar que lleve las manos inertes y los pies al ras del suelo. Eso por lo que se refiere a la descripción física del conjunto y sin entrar en detalles, porque si no habría que hacer relación a la expresión del rostro, a la mirada del difunto, a la del

acompañante, a la palidez, etc., todo ello demasiado desagradable.) ¡Señor, Señor!, que se muere sin haber dicho que perdona a sus empleados u obreros la falta de atenciones para con él, considerando que algún día repartió algunos dividendos de la fábrica o de la empresa. Ése podía ser el caso de un muerto de 1947, porque el monumento funerario estaba dedicado por los propios empleados, y por la esposa del difunto, doña Asunción, hermana del padrastro. El caso era el inverso de don José Martínez. ¿Le visitarían los empleados de la empresa Iberoban? ¿Le visitaría su esposa? De todas formas, ¿para qué? Para decirle que se estaba construyendo una nueva carretera — una ordenación de regadío en las Bardenas—, que el plan de desarrollo actual había conseguido las siguientes realizaciones?; ¿que había un ministro nuevo de Agricultura? Para hablarle delante de la cara — si eso era posible — sujetándole bien entre las manos (no hay que olvidarse del respeto debido), mirarlo bien sin reconocerlo; ¡pero era el marido de una! (Se piden referencias y contestan que sí, que es el marido. Es el mismo que volvía de la oficina a horas fijas, es el que vivía como los demás, es decir, que se alimentaba, se movía, pensaba, comprendía muy bien porque-estaba-aquí y procreaba.) Un hombre que utilizaba Lavanda y se peinaba con raya en medio, y cuidaba sus uñas y se limpiaba los zapatos con Kanfort. ¿Qué quedaba de eso? (Lo único real es lo que queda, las cosas resisten indefinidamente — no las personas — el cerebro se ha ido y los ojos, pero no los dientes, no hay encías, no hay nada. ¿No queda registrada en la frente cuál es el último pensamiento de un hombre?; ¿lo que piensa sobre la guerra civil?, ¿sobre la cruzada?, ¿sobre la muerte violenta y los fusilamientos en masa?)

Mecánicamente, Carisio, cogió un puñado de tierra al lado del lugar que ocupaba su madre y lo retuvo en la mano con el puño cerrado. Después lo dejó caer con lentitud. Era un polvo fino que no resultaba real y que parecía enturbiar el aire y el sol. Separó una parte y la guardó en un pañuelo. Apretó con fuerza esa tierra y dijo «buenas noches, madre, hasta mañana entonces». Intentando explicarle que no había ningún motivo — ninguno, ninguno—, para tener miedo porque no pasaba nada y aquello no era importante «hasta mañana, madre». Y saliendo, por fin — porque cerraban ya las puertas — al Pinar de Venecia — muy próximo — abandonado, a esas horas, por un gran número de excursionistas que habían llevado sus meriendas, desplegado sus manteles, dejado los residuos — los desperdicios — en el suelo, junto con los periódicos del día anterior. Desde allí podría seguirla viendo o podría imaginarla, o podría realizar un cálculo, al menos, de donde estaba, porque desde esa altura se veían las cruces alineadas. En el Pinar de Venecia sólo' quedaban, efectivamente,

algunas parejas aisladas, y había que hacer el recorrido con atención, sin producir excesivas molestias o también excusándose si era menester. Un lugar público es de todo el mundo. Por lo general, en esos casos, nadie protesta: los hombres y las mujeres que se encuentran en esa situación, en un lugar solitario, al atardecer, se sienten suficientemente culpables; lo único que hacen es mirar, en silencio, al paseante que va marchando entre esos papeles y desperdicios. Los hombres estaban absorbidos por el placer, se quedaban pegados al muro, al cuerpo de las mujeres, a la noche. Había que diferenciar dos grupos de mujeres: la mayor parte pertenecía a la clase humilde, no buscaba ninguna suerte de remuneración, sino al mismo hombre concreto y determinado, el novio con el que después iban a casarse. En ese sentido, si frecuentaban el parque lo hacían como sustitutivo de otros pasatiempos: no podían asistir a los espectáculos públicos por falta de dinero, o a los bailes, o sentarse en las mesas de las terrazas de los cafés, ni ir a ningún otro lugar. (Estaba constituido en su mayoría, por dependientas, vendedoras, modistas, peluqueras, muchachas de servicio, recepcionistas, etc.) El otro grupo — más reducido— lo componían las mujeres de la profesión (Dulce Escabues, por ejemplo) las que se dedicaban a absorber el placer original del hombre en el parque público — en el bosque de Venecia — a esas horas del atardecer, pero sobre todo, justo en el preciso instante en que anochecía. Ese grupo de mujeres, captaban al hombre, lo analizaban, lo atraían hacia sí, pero antes, ellas mismas, eran consideradas por él, como objetos posibles, como mercancías. Los desocupados o los que habitualmente acechaban, hacían un recorrido a lo largo del muro para ver el material humano. Dulce Escabues, Dulce Escabues, ¿dónde está Dulce Escabues? En algunos casos sin otra intención que la de observar los cuerpos de las mujeres solas, alineados, que se ofrecían. Algunos se acercaban más, y más, y más; llegaban hasta *tocar*. Estaba permitido juzgar, medir y sopesar el cuerpo. Nada de ver, sólo, desde lejos. Al atardecer se llenaba de hombres y mujeres — el Pinar de Venecia — que se apoyaban en la tapia abrazados, o que se echaban en la tierra. Entre las parejas había siempre una distancia prudencial, como cinco o seis metros, lo que significaba que había que colocarse entre los huecos, en los espacios vacíos. (De esa manera, una mujer sola llamaba más la atención a los transeúntes.) ¿Qué hacía una mujer sola apoyada contra una pared — o echada en la tierra — vestida fuera de lo corriente? Se podía comprobar, había que acercarse a ella y preguntarlo, ¿qué se perdía? ¿Qué hace usted? ¿Estaba libre, profesionalmente hablando? Sí. Entonces no había problema. «¿Está usted libre, señorita, profesionalmente hablando?» No había ninguna dificultad, pero había que ponerse a la distancia precisa, entre las

parejas, sin molestar, sin incordiar, y en la parte más iluminada para dejarse ver un poco al menos. (Si no, cabía el riesgo de pasar toda la noche inadvertido.)

—¿Y usted, qué hace exactamente aquí?

Era el guarda jurado: Emeterio Zaldívar Larues el que preguntaba. Al atardecer, una sombra de un hombre desconocido en la región (el guarda jurado solamente por hablar, — nada más que por eso — preguntaba ¿de dónde es usted?, ¿no es de aquí?) se encontraba en los Pinares de Venecia, y hacía un largo recorrido. Su figura se había hecho habitual en el último tiempo. (¿Qué es lo que busca?, *¿es-que-cree-que-no-se-comprende-lo-que-busca-usted?*) Hay hombres que satisfacen el instinto viendo lo que hacen los otros. El guarda jurado, Emeterio Zaldívar Larues, le hacía esa pregunta (¡la curiosidad, la simple curiosidad!). Había que tener cuidado con las explicaciones que se le daban; no se podía razonar el asunto empezando por el principio; hablando de la muerte de su madre. El guarda jurado — Emeterio Zaldívar Larues — encargado del mantenimiento del orden, encargado de la moralidad pública y de las costumbres del lugar, no hablaba con cualquiera. «Usted comprenderá que sólo se cumple con la obligación.» Le miraba con desconfianza, de arriba abajo. (Carisio, entonces, llevaba una camisa limpia y eso le tranquilizaba.) Había tiempo para todo, incluso para hablar. Había sido guarda jurado durante quince años, y le aseguraba que era una profesión difícil: podía encontrarse en situaciones embarazosas con personas influyentes, con funcionarios y hasta con procuradores en cortes; nunca se sabía, lo mejor era no meterse en nada, «lo que se llama hacer la vista gorda». Él conocía de buena tinta (acaso llevando una estadística particular o una media aritmética) que el número de mujeres y de hombres emboscados— escondidos en la maleza, o al descubierto — era suficientemente numeroso. Si se lo hubiese propuesto habría cogido a más de uno o a dos. En otros tiempos, lo hacía en unión de un compañero, cuando tenían un material adecuado, que consistía en el armamento reglamentario — escopetas de sal y linternas. Más de uno se había ido a su casa y había tenido que ponerse a remojo. Ésos se iban bien servidos, como se lo decía. Había posturas que predisponían al disparo, «ya me entiende». Total de pasar del placer refinado a la realidad más hiriente. Las linternas se utilizaban también en ocasiones. «Suponga usted lo que sucede casi siempre, que consiste en negar lo que se hace, pues bien, va usted, con la ayuda de un compañero, y los sorprende, les enfoca la luz, ¿qué pueden decir o hacer?, les ayuda, si quiere, a vestirse; si es posible a la mujer también, y la toca ¡no faltaría más!, como puede, que aquí jugamos todos o se rompe la baraja. ¿Qué van a decir?, ¿que estaban jugando al último juego de moda?, ¡hala, hombre! Pero eso era antes

cuando los tiempos no habían cambiado, y se tenía una idea clara de lo que era la moral. «Usted los lleva ahora a la comisaría, habla con quien está de guardia — con quien proceda — le hacen llenar impresos en cantidad suficiente: ¿falta cometida o delito perpetrado? Le dicen que no hay escándalo público — que no hay falta cometida ni delito perpetrado — porque no hay nadie alrededor, a esas horas, que tampoco hay abuso contra la honestidad, porque la mujer está de acuerdo, ¿qué es lo que hay?; le dicen que en todos los hoteles y domicilios particulares de la capital, sucede lo mismo, y que nadie investiga la intimidad de la gente. ¿Ve usted lo que trae consigo el Concilio? En definitiva, que el oficio había dejado de ser lo que era. A él, en particular, si le hubiesen dicho qué le gustaba como trabajo, habría contestado que alguno en el interior de una oficina o establecimiento público, sin soportar las inclemencias del tiempo. «Usted viene aquí, está dos horas, tres horas, vamos a imaginar. Pero, ¿y si tuviese que estar cinco o seis horas o todo el día? La cosa era diferente. Le iba a ser franco una vez, él no sabía nada de letras porque no había estudiado «aunque en la vida se aprende igual», pero le habría gustado colocarse en un puesto de la administración oficial, por ejemplo, con horario fijo, sólo por la mañana; ¡dónde iba a parar! Conocía bien lo que se trabajaba en un lado y en otro. «Usted me ve aquí y piensa para sus adentros que yo vivo bien (todo el mundo cree lo mismo), pero en la nómina lo que cantan son los números, ¿y sabía lo que le pagaban?» Una cosa era la Administración central y otra el Ayuntamiento. Por su parte ya tenía una idea formada del encargado del Ayuntamiento, lo que pensaba de él, no ofrecía dudas. No se lo decía para que no lo contase por ahí. Pero había cambiado de opinión, ¡se lo iba a decir, hombre!, porque le había caído bien. Había bajado la voz aunque se expresaba con claridad y sin titubeos.

Había que iniciar la despedida. Había que decidirse alguna vez, «ahora»; había que dar la espalda a su madre — desde el Pinar de Venecia — y empezar a andar, hacia otro lugar, en dirección a la salida. Había que decir algo, dar las buenas noches, como siempre, prometer que se volvería al día siguiente: «*hasta mañana entonces, madre*». Imaginando levemente la piedra y las letras doradas que formaban parte de la inscripción, con las iniciales del nombre y apellidos, «*hasta mañana entonces, madre*». Yendo ya en dirección al Paseo de Cuéllar y sintiendo la tierra que había recogido y que guardaba en el bolsillo interior.

7.

¿Cómo puede suceder que el padre de uno desaparezca, que sea sustituido por su hermano? ¿Y las ideas no cuentan? Sí, sí que cuentan, pero a pesar de todo, una persona es sustituida por otra. ¿Quería tener Carisio un nuevo padre? No; pero de todas formas, ¿quién iba a ser? Se preguntaba por curiosidad, porque se había aprendido a estar al tanto de todo. «¿Es el hermano de mi padre?» En definitiva, parecía que no pasaba nada; al fin y al cabo era un tío carnal. Entonces lo que sucedía era que había que sustituir a un padre por un tío carnal. Las ideas no parecía que contasen; el padre había combatido en el frente de Belchite por una causa y estaba muerto (en posición horizontal, con las manos cruzadas); el tío carnal — el padrastro — había combatido en otro frente y estaba vivo: sonriente, con un negocio montado en la ciudad, en Zaragoza, al parecer de venta de inmuebles y terrenos en la zona urbana y estaba dispuesto a tomar a la mujer de su hermano para sí (siempre que no hubiera inconvenientes canónicos impedientes o dirimentes). Todo estaba decidido, no había nada más que pensar. El tío carnal se transformaba en el padrastro y en el marido de su madre, con los derechos que llevaba inherentes: derecho a la obediencia, a la cohabitación, establecimiento del régimen de gananciales en la sociedad conyugal, asistencia recíproca y remedio contra la concupiscencia. ¿Y Carisio, qué había dicho? No se le había preguntado. La derecha política al lado de la izquierda política, la tradición y la ideología marxista revolucionaria al lado del modo de ser tradicional. ¿Qué quedaba de todo?, ¿era el amor y el matrimonio? ¿Qué tenía que ver el matrimonio con Lenin?, ¿con Zaragoza?, ¿con la implantación del socialismo y el materialismo histórico?, ¿con las tareas del Partido?, ¿con la celebración inmediata de un Congreso del Partido?, ¿con la redacción del programa sobre el imperialismo y la guerra de Viet Nam?, ¿la iniciativa de constituir una Internacional revolucionaria?, ¿la sustitución del ejército permanente por el armamento general del pueblo?

—*¿Te acuerdas, madre, te acuerdas?*

El proceso de conversión, había sido largo y laborioso.

Efectivamente había existido el amor «porque sin él no cabía llegar a ningún resultado positivo». Lo primero que había que considerar, para inculcar unas ideas a otro, era el estado de ánimo, lo que equivalía a decir que el otro debía querer dejarse convencer. La formación del padrastro en cuestiones políticas carecía de una gran profundidad, así es que, desde el primer momento, había prescindido de la cuestión, en tanto como le había sido posible. En lo referente a la religión, formación del espíritu y metafísica, tampoco tenía estudios suficientes, pero, en cambio, estaba en posesión de algo que era más importante y que nunca le había abandonado: la fe y la seguridad absoluta de estar en la verdad (yo-creo-yo-creo). «Dos cosas necesarias para seguir adelante.» Con la conciencia tranquila, la ayuda de Dios y su propio esfuerzo, junto al de su hermana doña Asunción, y la ayuda de Bibrián Navarro y Sanz Jambrina todo había llegado a ser más fácil (yo-creo-yo-creo). Así a su hermana le debía una ayuda que no podría olvidar, y a Sanz Jambrina, y a Bibrián Navarro, sus consejos y sus desvelos continuos como también los del reverendo Dionisio Reverter.

De ese modo, el padrastro, le había enseñado a la madre de Carisio a entender que el hombre era el único ser capaz de elegir el sufrimiento, el dolor como finalidad de la propia existencia. Darse a los demás, el sacrificio, resultaban los fines inmediatos de todo ser-que-hubiese-comprendido. No hacía falta decir nada más. Había llegado el momento. Un día cualquiera que llovía, el padrastro — que accidentalmente se encontraba en Francia — expuso, en voz alta, su intención de llevársela con él. Antes de hablar había mirado a Carisio, y le había golpeado amistosamente la espalda con las manos. Como preámbulo había preguntado si todo iba bien y después había añadido. «Pienso llevarme a tu madre de aquí.» (Había cambiado la voz y la expresión y sus rasgos se habían endurecido.) Era sólo por unos días, cuestión de ocuparse de la venta de la casa de la calle de Las Armas. No debía preocuparse que volvería y la tendría con él la semana siguiente o la otra. El proyecto lo había madurado con atención. Ya había preparado el lugar donde residiría. «Porque no había que olvidarse que su madre necesitaba descanso (Zaragoza era la ciudad ideal) apartarse un poco de su trabajo cotidiano.» ¿Qué se podía decir?, ¡estaba todo en orden! España era el mejor país del mundo. Su madre parecía conforme: no había nada que alegar entonces. «Espero que esté allí dos semanas todo lo más.» Deseaba, como nunca, su madre, volver a la acción directa. Se asombraba de que ella misma pudiese estar inactiva, compartiendo un modo de vivir que le era ajeno. «*Esas ciudades de España tan queridas por mí en un principio no han cambiado*.» Conservaban todo su encanto, pero también la huella de la inercia política mantenida, y habría mucho que hacer. Había que decir adiós a la madre de Carisio. Entonces

adiós, hasta pronto o hasta la vista, hasta el día del regreso y que fuese lo antes posible.

Si a una persona no se le habla, no se le dice nada durante el tiempo que dura su ausencia, ¿qué puede suceder? ¡Si esa persona es la madre de uno y no se le dice nada — no se le habla — durante un año, y ella escribe: *¿cómo estás, hijo?*, ¿y no se contesta? Y vuelve a preguntar otra vez, *¿cómo estás hijo?*, y se le deja que sea ella la que escriba una carta y después otra, en las que cuenta su vida, lo que hace. «*Soy una pobre mujer, debes de escribirme, Carisio, ¿qué te pasa?*» Un año, trescientos sesenta días justos. Una mujer está allí, en otra ciudad — en Zaragoza—, en otro ambiente distinto. Se la puede uno imaginar, sentada delante de una mesa — en la cocina o en su habitación — pensando lo que va a poner en el papel que tiene delante (ya hay un error de principio: una madre no debe de pensar lo que va a poner en el papel que tiene delante, si va destinado a su hijo; pero ella sabía que debía de tener cuidado, porque cada palabra podía ser interpretada). *Hijo, ¿por qué no contestas?* Un año entero y después otro y otro queriendo saber cosas. Carisio había respondido en una ocasión. «Me imagino que será ese hombre el culpable de tu retraso.» Y su madre había contestado que no tenía que hablar irrespetuosamente del hermano de su padre, de su tío carnal, del padrastro. Eso ya podía resultar significativo. «No *consiento que hables mal del hermano de tu padre.*» ¡Ah, muy bien!, entonces estaba por un lado su padre muerto, y por otro el hermano de su padre. Pero, ¿qué significaban ya las ideas para su madre?, ¿y las ideologías?, ¿los idealismos? Carisio no había contado con una razón que se anteponía a todo: era el amor. En alguna carta había hablado su madre de ello diciendo que había que respetar a los demás, y sobre todo los lazos familiares que le parecían sagrados. ¿Desde cuándo había que respetar los lazos familiares que le parecían sagrados?; y después, paulatinamente, hablando del padrastro, como una persona que era digna del mayor aprecio, con independencia de su manera de ser — en la que era mejor no profundizar — porque todo el mundo era falible. «*¿Quién dice que yo misma no me haya equivocado?*» Entonces reconocía eso. Y aunque el padrastro debiese cambiar «*¿es que no vamos a intentarlo lentamente?*», debía hacer referencia al amor que lo podía todo. Efectivamente, unos días después hablaba del amor que lo podía todo, refiriéndose exclusivamente al padrastro: era un hombre con valores espirituales ocultos, escondidos, como el agua subterránea que pasa debajo de la tierra. En esa época, Carisio, ya no mantenía ninguna clase de correspondencia, o relación con su madre. *¿No contestas?, ¿es que no vas a responder a tu madre?* Porque a una madre hay que responderle siempre. Lo que le pedía era que no la juzgase,

pero ¿por qué?; solamente había dicho que el padrastro tenía valores espirituales ocultos, o escondidos, como el agua subterránea que pasa debajo de la tierra; por eso no se podía juzgar a nadie. ¿Había algo más?, era bueno — el padrastro— sensible y constituía un apoyo verdadero. Una mujer era un ser débil. ¡Pero eso no lo había dicho nunca! ¿Entonces una mujer era un ser débil? ¿Su madre era un ser débil? ¿Y también cuando hablaba en el Comité del Partido Comunista Francés?

Querido hijo: No estoy segura de haberme portado bien, de haber tenido razón en mis ideas políticas, de haber vivido entregándome, de verdad, a los otros. Creo que hay que amar y no odiar, creer, creer siempre. ¿Nadie te ha hablado de eso? Tu madre nunca lo ha hecho, hijo mío. ¿Será ya tarde? He empezado a vivir. Querido hijo, a veces, pienso que nuestra separación no durará mucho, que dentro de unos días vendrás aquí, que podré verte y abrazarte. ¿Pero, qué te han contado?, ¿te han dicho que tu pobre madre ha abandonado todo, la política, el Partido, la Organización, no es cierto? ¡Pero yo no puedo con todo, alguien tiene que sustituirme, tengo derecho a la felicidad! Que no respondiese Carisio a la correspondencia del padrastro, en general, no constituía una razón para que no lo hiciera en ese caso concreto. Cuando una madre se muere hay que ir al lugar por lo menos, a ver qué pasa; se va allí entonces — si no pasa nada — y se vuelve. En otro caso — cuando pasa algo — también es conveniente estar allí: se contemplan los últimos minutos, u horas, de la persona querida, que es la madre de uno, se prestan los cuidados necesarios, se reza. Eso es lo natural. Una de las últimas cartas estaba escrita totalmente por el padrastro, y la había redactado muy escuetamente. «*Tu madre se muere, ven.*» El padrastro había añadido que escribía solamente porque ella no podía ya hacerlo. «*¿Comprendes la situación?*» En esas condiciones no tenía otro remedio que hacer lo que se le decía. Porque lo que se le explicaba era muy simple: su madre estaba enferma de gravedad, por lo tanto, tenía la obligación moral e ineludible de ir con ella. «No hay otra razón que la que se le impone a un hijo.» Había relaciones que obligaban a los padres y a los hijos, que eran las más sagradas. «Yo cuento con que vengas aquí.» Firmaba el padrastro con su nombre y dos apellidos, para que se viera la relación de parentesco, y la autenticidad del mismo escrito. Por último había recibido de su madre una carta con un pequeño papel (roto en los bordes). «No *me encuentro bien, hijo mío, tienes que venir*.» No podía deducirse completamente la frase; podía decir eso u otra cosa. «No *me encuentro bien, hijo mío, tienes que venir.*» Carisio examinó el papel, le dio la vuelta, para ver si había añadido algo más (el otro lado tenía líneas verticales y horizontales como si hubiese sido arrancado de un cuaderno), lo colocó delante de la luz, lo miró a través. No podía afirmarse que

perteneciese la escritura a su madre, pero en el sobre figuraba su nombre y apellidos. ¿Por qué no iba a ser su madre la que le escribía así? Comprendió que no era cosa, sólo, de ver el papel al trasluz, sino de hacer algo más: por primera vez, tuvo la idea de trasladarse en busca de su madre, e incluso consultó los horarios de los trenes y las guías de ferrocarriles.

Querido hijo: Tu madre está enferma, ¿no vas a venir? Necesito que estés aquí, necesito hablar contigo. Yo soy tu madre. Querido, querido hijo, ven.

Parecía un grito. La relación entre una madre y un hijo nunca podrá aparecer clara; es realmente confusa. *¡Hijo mío, tienes que venir!* Parecía que había alargado las manos en la oscuridad, y que quería encontrar las suyas a esa distancia. *¡Hijo mío, tienes que venir!* No era un grito excesivamente fuerte, ni tampoco débil, aunque imaginándolo bien no tenía nada que ver su carácter con la intensidad. Era un grito que estaba en él, ya, desde su nacimiento, ¿cómo no se había dado cuenta? Su madre le hacía responsable de todo el desorden, de todo el sufrimiento del Mundo. *Hijo mío, ven*. Tenía las manos largas, afiladas, perfectas, pero no como correspondían a una persona que iba a morir. Estaban a poca distancia de las suyas (no estaban a ninguna porque las tocaba). Eran las extremidades de los dedos, casi inmateriales. Se podía producir esa unión. *¡Hijo mío, ven*! El grito se alargaba, crecía. Tenía que ser así. Cuanto más intenso mejor, para que él fuese también lo más culpable posible. *Hijo mío, ven*. Se oía en la distancia, debía de atravesar el llano, la tierra, una carretera, en cualquier parte, llena de sol, quedarse entre los campos, al atardecer, en el pecho del niño que lloraba, en el pecho de la madre que lloraba, en la mirada de los campesinos, de los obreros, de los presidiarios; ¿dónde?, ¿dónde más? En la mirada de los hombres incrédulos, en la de los creyentes, en la de Dios si estaba en algún sitio, y después tenía que llegar a él (era lógico que fuese así, cada uno tiene lo que merece). Ven, ven. Adelante. Da un paso adelante, Carisio, da un paso adelante, Carisio.

Al padrastro no se le oía bien por teléfono, decía: ¿oyes lo que te digo? ¿Cómo decía que estaba? ¿Bien?, ¿mal?, ¿regular? No se oía la contestación de ninguna manera. Se oían palabras sueltas, *deber — imprescindible — morir, obligación*, y después todo volvía a resultar confuso.

—Ahora sí que oigo — dijo Carisio.

8.

Había voluntarios para fusilar. Había que conseguir que la media fuese suficientemente buena. Cuantos más fusilamientos mejor. En las tapias del cementerio como era tradicional, y estaba dispuesto. Era la ley del trabajo mínimo o de racionalización y esfuerzo lógico. «¿Por qué vamos a matarlos en la plaza de la iglesia?» El ejemplo era contraproducente, cuantos más se mataban más se querían morir, pero después había algo peor: Un cadáver era una cosa, algo que no se movía por sí mismo. Eso era la dificultad más grande, y en eso estaban todos de acuerdo. Disparar no suponía un gran inconveniente. Se puede disparar a la cabeza, a las piernas, al pecho o a los testículos. «¡Dispare, usted hombre, haga blanco, de una vez, como en las casetas de feria, como quiera, no se debe tener miedo!» La muerte hacía relación al que estaba apoyado contra el muro, a los otros no les rozaba siquiera. La espalda contra las piedras, calientes aún por el sol. (Por lo que se refería al grupo que tenían los fusiles delante, contra el hombro, o apoyados aún en tierra, lo interesante era la media, porque cuantos más se mandasen al infierno mejor.) En la plaza de la iglesia los inconvenientes habrían sido graves, sobre todo los que se referían al traslado. No es lo mismo llevar en un camión a un hombre vivo que a un muerto — ¿qué dice usted?, ¿qué dice usted?—. A un vivo se le hace andar, se le pone contra una pared — de la forma que se crea más conveniente — se le dice que rece o no se le dice nada (eso es cosa suya): «Usted haga lo que quiera». Si no reza peor para él. Se le dispara: a la cabeza, al corazón, o a los testículos; de todos modos el impacto es seco, como todo lo que es real. Una bala en el corazón, y un movimiento de defensa de los brazos que se van hacia delante, hasta que todo el cuerpo sigue esa trayectoria que es tan universal, como la ley de la gravitación universal de Newton (ahora en reforma): porque la materia se atrae en relación directa al producto de sus masas. Por lo que se refiere a la distancia — a la relación inversamente proporcional casi no hay que tenerla en cuenta—, esa distancia es mínima. La tierra está como quien dice a un paso, los pies la rozan, la cabeza la roza y se dirige hacia allí, y después cae. (¡Bien, bien, no es tan difícil como parecía!) Algunos segundos después (ya se habla de difuntos) cogen el cuerpo — entre dos, por los pies y la

cabeza—. Hay alguien que da una orden; naturalmente, va uniformado. Da la orden por motivos sexuales, porque es más hombre que nadie. Dos soldados cogen el cuerpo del padre de Carisio y lo llevan, lo agarran bien por las botas y por los hombros, lo trasladan, la tierra está abierta, hunden el cuerpo, cubren de tierra los ojos, los brazos, el pecho, las piernas, la sangre que se ha esparcido, y después se van a beber en la taberna de *Martín*, de *Donosti* o en cualquier otro lugar.

9.

La hermana del padrastro — doña Asunción — era una mujer gruesa, enlutada, de cincuenta años, viuda de un coronel de infantería, promotora de obras benéficas y sociales de orden diverso: protección y ayuda contra el cáncer, niños subnormales, ayuda a los vagos y maleantes, readaptación social, reeducación de la mujer libre, asociaciones piadosas, ayuda a expresidiarios, asistente honoraria a los actos militares (en la academia militar), entrega de despachos a oficiales, día de la Purísima, Patrona de la Infantería, confraternización entre militares y universitarios, etc.

—No queda nunca tiempo para nada.

Doña Asunción había iniciado una novena en la Basílica del Pilar; era admirable la devoción y la constancia en las prácticas piadosas. Era una santa mujer. Todo el mundo sabía que era una santa mujer; que había cedido una parte de su patrimonio para la dedicación a las obras y restauración del Templo. En la iglesia, a eso de las seis de la tarde («antes no puedo, tengo mucho quehacer») se la veía allí. Dios elegía las almas piadosas, porque si doña Asunción era una mujer virtuosa, aquí, en la tierra, alcanzaría, el día de mañana— cuando fuera — el cielo con seguridad (se pretendía que fuera lo más tarde posible). ¡Y qué justicia, Virgen Santa, qué claramente se veía el destino de esa mujer! Carisio no sabía cuál era la actitud que debía de adoptar delante de ella: ¿besarle la mano?, ¿inclinarse respetuosamente, ya que estaba en presencia de una señora? El padrastro había dicho: «Aquí tenemos al hijo perdido que ha vuelto». Doña Asunción se había acercado más, había clavado su mirada firmemente en su persona, y después le había atraído hacia sí (extendiendo los dos brazos al mismo tiempo). ¡Qué larga espera, qué sufrimiento el de su madre creyendo que no iba a venir! No era ella, en todo caso, quien podía censurarle. «¡Ven, hijo, ven!» Tenía que saber que su mayor ilusión era la de llegar a ser una madre para él. Se había llevado un pañuelo a los ojos. ¡Así eran las mujeres! Lo que habían hablado de él, el sufrimiento terrible que había compuesto. «¿Conocía lo que significaba? El despego natural de los hijos hacia sus padres no tenía nombre, ¡que le perdonara, no era ésa la forma de

recibirle!, pero es que muchas veces había pensado en ello. En ocasiones, lloraba con su madre. Era necesario que Carisio imaginase a doña Asunción llorando. Ella misma le había escrito dos veces. «¡No lo recordaba? Todo por encargo de su madre. ¡Pero, que no estuviese allí parado!, ¡que entrase!, ¿qué quería tomar? Si lo deseaba podía darle una copa de anís. Había llegado hasta el aparador y lo habría. Había sacado la botella de anís y tres vasos. Había colocado los vasos encima de la camilla. Echaba el licor — con cuidado—, hasta el límite justo. Sonreía con dulzura. Su madre había sido feliz, ciertamente, con ella al lado aunque no lo creyese. Una amistad como ésa no volvería a existir nunca en la tierra. ¿Sabía que, al principio, había tenido miedo? Su madre era una mujer intelectual, cultivada. «Cuando hablaba, en ocasiones, yo me tenía que callar.» Pero también tenía una delicadeza especial para no herir a nadie. ¡Qué momentos aquéllos! Su hermano — el padrastro — su madre y ella, los tres juntos como correspondía a una familia unida. ¿Querían un poco más de anís? (Con su permiso, ella se serviría un poco más.) Su madre les hablaba alguna vez de Francia y también, naturalmente, de él. Esa conversación era corriente pero no había que dejar que ella se exaltase, porque cuando comprendía que estaba *lejos* no podía contener las lágrimas. También lloraba, doña Asunción, de vez en cuando. ¿Veía como en ese momento era igual? No era el lugar apropiado para hablar de situaciones tristes. El padrastro había asentido: «¡Asunción, Asunción!» Pedía que se le excusase. Tenía razón el padrastro: nada de lloros, había que vivir, había que hablar de otros asuntos. En lo referente a ella — por hablar de cualquier cosa — su actividad, en el último tiempo, quedaba reducida a muy poco. Cuando salía de casa era siempre para lo mismo, para cumplir con sus obligaciones religiosas dos veces a la iglesia por la mañana, y por la tarde al rosario de las seis. En la casa realizaba, además, las tareas domésticas propias de su sexo: hacía una inspección atenta de las habitaciones, cuidaba del orden general, de la cocina, del mercado, de los precios, de los alimentos en general (por la noche hacía la suma de los gastos realizados). Tres días a la semana tenía reunión de Damas de la Asociación de Nuestra Señora de Loreto, preparaba al objeto el té con leche, o sin ella, para las Damas de esa Asociación. Lo que se decía que no podía parar un momento. No se podía creer, ¡con decir que se iba a dormir rendida de cansancio! Últimamente el problema mayor que había tenido era el del servicio. ¿Qué hacía ella sola sin nadie que le hiciese compañía? El trabajo de la casa no era lo que le preocupaba, ni la cocina; sino la soledad. No era bueno, nunca, estar sola aunque en su caso era peor aún. Pero ya había encontrado a una mujer y eso significaba que podría vivir más tranquila en adelante. No se echaba de menos el servicio hasta que había que prescindir de él,

¿no era verdad? Un tiempo sin servicio, pero gracias a Dios, no había sido largo. Entonces Carisio podría ir a verla con más frecuencia y almorzar con ella (nada extraordinario, naturalmente). Cuando quisiera. La mujer de servicio se llamaba María y parecía presentable y limpia, aunque los tiempos habían cambiado, era necesario reconocerlo. ¿Dónde había quedado esa sumisión, esa obediencia ciega de antaño? Entonces la gente de servicio no se vestía como los señores, no tenía ambiciones como los señores. Nada de eso estaba bien. Al despedirse, Carisio, le había vuelto a besar la mano. Doña Asunción dijo que debían de hablar, que entonces se verían más a menudo. (Carisio se parecía mucho a su madre: tenía el mismo perfil y el mismo brillo de los ojos.) Estaba muy sola, y le agradecería una visita. Quería que le prometiera algo antes y era que rezase, que no se olvidara nunca de ello. Las ventajas de la oración estaban muy claras. Dios no podía ayudar al que le olvidaba. ¿Desde cuándo le había olvidado él? «Cuando se rezaba se conseguía una tranquilidad de conciencia que en otro caso era imposible.» El padrastro había asentido dos veces; había movido la cabeza como para decir que todo estaba bien, lo que suponía que estaba conforme con su hermana, con doña Asunción, porque no podía ser de otra manera.

Ir vagando, sin rumbo fijo, por las calles. Perderse intencionadamente. Elegir los lugares más apartados, las calles no pavimentadas, como si fuese una aventura, una conquista de un mundo nuevo, sin contar las horas, dejando pasar el tiempo. Hablando con las gentes de cualquier cosa: sobre el nuevo edificio que se construye en la esquina. Es necesario resolver el problema de la vivienda. ¿Usted qué cree?; entrando en las bodegas para probar el vino, en los establecimientos públicos, para preguntar sobre las condiciones benéficas de los acogidos (y sobre las excelencias del bien común). En los portales — en uno cualquiera — (en la puerta más oscura) para estar completamente solo y poder extraer, así, una botella de licor del bolsillo interior de la chaqueta. «*Eso es, eso es.*» En el fondo del portal había una ventana iluminada y se oían voces. Alguien explicaba el resultado de un partido de fútbol. Había conseguido abrir, Carisio, el cierre metálico de la botella. Una mujer anciana — no comprendía cómo había llegado hasta allí — estaba delante de él y le miraba. Muy bien, no era ése el único lugar donde se podía estar tranquilo y abrir el cierre metálico de una botella, porque había otros parecidos en la ciudad. Salió, dando las buenas tardes a la señora. Fuera, un hombre viejo, marchaba en medio de la plaza. Se ayudaba con dos bastones en las manos, y para avanzar se encorvaba como haciendo resistencia al aire. No veía Carisio, sus manos sobre los bastones pero las imaginaba llenas de raíces, que las cruzarían, verdes,

de sangre. Tampoco veía su mirada, pero debía de estar hundida en la piel, húmeda de recuerdos. El hombre avanzaba, inclinado hacia adelante, cerca de la tierra como le correspondía. De la tierra parecía que se desprendía un vaho caliente, y el aire barría el polvo echándolo hacia él. La imagen parecía repetida. Siempre habría existido un hombre así, que intentaría marchar hacia delante.

—Buenas tardes.

—Vaya con Dios.

Entre los coches apartados podía ocultarse para beber. Miró a derecha y a izquierda y le pareció que estaba solo. Bebió la mitad de la botella. Se encontraba entre dos coches, casi aprisionado. Fue un trago limpio. Aún tenía la botella en la boca, cuando miró enfrente. Una niña, en el interior de un coche, le observaba asombrada. Tenía una muñeca entre las manos. Durante un tiempo sostuvo, Carisio, su mirada, pero después comprendió que ella era inocente y que él, en cambio, sería culpable a sus ojos. Por lo tanto, era igual. Bebió el contenido total de la botella y en seguida le pareció que el cuerpo se transformaba en fibras alargadas, que adoptaba una expresión reticular. Era un cuerpo en carne viva lleno de sensibilidad y formado por bandas transversales y paralelas. (Pensó que ésa debería ser siempre la disposición del cuerpo.) El viento, el sonido, la luz, hacía que vibrasen las bandas, que se alargasen y que se encogiesen. Las voces de los transeúntes parecían grandes acordes que se ensanchaban y adoptaban formas especiales (como sucedía en las orquestas de las grandes catedrales). Un niño había dicho a su madre al pasar. «*¿Me lo vas a comprar?*» Y cada una de las palabras habían quedado en su mente. Después habían empezado a agrandarse por su cuenta y a mezclarse con los colores. «*¿Me-lo-vas-a-comprar?*» El niño no podía haber dicho otra cosa mejor, ni con una entonación más apropiada. Se habían llenado de música las grandes catedrales y el sonido ascendía. «*¿Me lo vas a comprar?*» Era un movimiento ondulante formado de luz anaranjada, amarilla, verde, violeta, y también por luz roja, de color añil, de color impreciso, del color que se quisiera.

—¿Me lo vas a comprar?

En esas condiciones la ciudad presentaba otro aspecto. Las casas ya no eran grises, con ornamentos vulgares, superfluos, llenas de monotonía por dentro y por fuera. Habían cambiado también las calles, las manos de los hombres, sus vestidos, las piedras de las calzadas, las hojas de los árboles, los carruajes, los tranvías, los puestos de periódicos, las cafeterías, las sillas alineadas, los cuerpos de las mujeres, la expresión de sus ojos. Carisio iba hacia la oscuridad, anochecía. Se adentraba cada vez más en ella. ¿No sería porque lo necesitaba? Cada vez más y más en dirección a la oscuridad. Y no era cosa de decir que no se podía elegir, que la calle estaba oscura, que

era obligatorio pasar por allí, porque no era cierto, no era obligatorio pasar por allí, porque a la derecha había otra calle más iluminada con faroles que inundaban el pavimento de luz blanca, cayendo sobre cada uno de los centímetros cuadrados de tierra, individualizándola. Se había quedado, a pesar de todo, en la esquina pendiente de decidirse entre adentrarse en la oscuridad o seguir por la calle iluminada, y al final había optado por adentrarse en la oscuridad sintiendo que era él quien elegía, sintiendo que la tierra giraba alrededor de él, que las casas giraban también alrededor de él, que no podía mantenerse en pie apenas. Bien, bien, todo iba bien. He dicho que todo va bien. No hay que recordar, no hay que recordar, ni hacer nada, hay que seguir. Quería echarse en la tierra, lo que buscaba era esa tranquilidad, pero alrededor no había más que calles empedradas y muros. ¡Si hubiese encontrado, solamente, un pequeño espacio de tierra, del tamaño de su cuerpo, en un lugar aislado! En las ciudades, como en todas partes, puede haber jardines, y cosas bellas, y flores, y enamorados, y cafeterías, y hombres y mujeres sociables, y luces de neón, por todas partes. Lo pensaba así, pero ese movimiento de vaivén había que echarlo fuera, neutralizarlo, quitárselo de encima; y en esa situación sólo se podía hacer una cosa; descansar. Había probado a apoyarse en un muro, en un banco, pero no era igual. Era necesaria la posición horizontal completa, contra la tierra; lo pensaba así, estaba seguro de eso. Una tapia de madera aparecía abierta; había un solar, había escombros y papeles viejos y botellas. Retiró los papeles viejos. No era lo mismo echarse allí — la desesperación le ganaba — que en el campo, en la falda de un monte, por ejemplo, en una ladera de un monte o en la playa oyendo la llamada del mar. Retiró los últimos papeles y los cristales. No era de hombres llorar en ningún rincón. A cada situación se le puede buscar un partido, algo para que resulte bien. Había apoyado la cabeza ya contra el suelo y la espalda también. Quitaba, de debajo de la espalda, algunos ladrillos, algunos pedazos de cristal. Ya tenía delante de él todo el cielo. ¿Qué se podía hacer con ese cielo?, ¿qué se podía hacer mirando de esa manera? Tampoco servía de nada mirar. Descansar. Se habría cerrado la herida roja de su madre; ya no sería una herida roja como al principio. No tenía importancia lo que fuera, nada tenía importancia cuando se estaba echado contra la tierra y se veía el cielo en esa posición. *¿Te acuerdas, madre?*, ¿por lo que merecía la pena vivir y luchar? ¿La verdad existía? «*A ver, madre, ¿qué tienes que decir?*» Tampoco importaba que hubiese una verdad: lo esencial era que el universo siguiese como estaba; la verdad entonces era lo permanente, lo indestructible, la materia luminosa — encima a los lados — envolviéndolo todo. (Porque cuando se mira y se mira, así, alrededor, la sensación puede resultar insoportable: la idea de enajenamiento, de extrañeza, el

sentido de las cosas se pierde: es fácil hacer preguntas, pero nadie encuentra las respuestas. Es preferible no intentar comprender, que ese mundo, que ese mundo, está allí, impuesto, y crear otro a su imagen y semejanza. Entrar dentro de otro mundo con colores suaves y tranquilos, con cosas puestas alrededor, al alcance de la mano. El sentido, cuando no existe, se crea. Se puede estar mirando la noche, horas y horas. Se puede estar mirando ese cielo desvanecido que incomprensiblemente no dice nada, que hace caer en un abismo donde no hay sujeción, y después con la sensación del infinito dentro, que aún queda en los ojos, en las manos, se entra en el mundo de colores suaves, con objetos familiares, con cosas que son útiles, que están allí para ser empleadas. En ese momento la sensación de caída desaparece; se está bien tranquilo-tranquilo. Su madre había elegido un mundo para ella hecho de tranquilidad, de seguridad al final, de dogmatismos en su apartamento. Pero, ¿qué habría pasado con su muerte? ¿También se puede morir en un lugar cerrado pidiendo los auxilios espirituales del reverendo Dionisio Reverter?, ¿haciendo ver que no pasa nada?) El cielo seguía siendo un abismo incoloro, una caída. No había nada allí. ¿Qué había dicho su madre?, ¿qué podía decir él? Me acuso de estar aquí, a estas horas de la noche, deformando la realidad hasta el límite que se quiera, me acuso de encontrarme localizado en un punto del universo, pensando desde dentro, recibiendo sensaciones desde dentro, sin comprender. Me acuso de tener más muerte en la espalda cada vez y de no poder aligerarme de ella (aunque ponga las manos sobre los hombros y haga fuerza hacia arriba). Me acuso de todas las acciones cometidas y de otras inventadas, que me liberarían y que me harían ser como los demás (lo que significaría que tendría el brillo característico del ideal en los ojos). Me acuso de odiar al hombre que ha sustituido a mi padre, de haber odiado a mi madre, de recrearme en ese odio. Había que levantarse. No volver a empezar de nuevo. La culpa podía ser del alcohol o provenir de la mirada de esa niña inocente que le había mirado con la muñeca entre las manos en el interior de un coche.

—Arriba de una vez.

Busco un rincón para orinar. Tenía que ser un lugar apartado donde no existiese el riesgo de que hubiese transeúntes. Siempre le había gustado orinar tranquilo. Ése era un acto de personalidad, algo que demostraba a un sujeto que estaba completamente vivo, que no era una pura abstracción. Mientras tuviese las manos entre las piernas no necesitaba saber que pensaba para existir — a la manera de Descartes — había que considerar ese otro acto más simple que lo probaba. Miró al cielo. Desde esa parte sí que se veía luminoso. Estaba bien tener pensamientos elevados alguna vez, sobre todo en esa situación. Se podía meditar sobre el sentido trascendente de la vida y

de la muerte, de espaldas contra la tapia, para después volver al mundo real de las cosas cotidianas, como si no hubiera pasado nada. Unos niños jugaban en una calle desierta. Uno decía al otro algo con energía. Se comprendía que él participaba de la vida, que estaba adaptado. No había que dejarse engañar por eso. Es verdad que gritaba, que gesticulaba, que parecía contento de vivir, pero si se miraba alrededor en seguida se encontraría el sufrimiento. Efectivamente estaba allí: una niña más pequeña lloraba en un rincón de la calle. No se podía saber por qué, tampoco había ninguna razón para preguntárselo. Lloraba, apoyando su cabeza contra la pared. Se oía ese lamento sordo — despacio, despacio — que parecía quedarse allí, entre las piedras de la calle, los muros de las casas para compensar, de esa manera, los gritos de alegría del niño.

—¿Qué te pasa, niña?, ¿es que te han pegado?

Al pasar todos los otros niños le miraron, y le pareció ver en su mirada asombro y miedo. Le habría gustado acercarse a ellos para decirles que él era igual que los demás, o sea, para explicarles que era un ser humano y que podía articular sonidos, pero tampoco estaba seguro de que hubiese signos externos que sirvieran para inducirlos a creerle. Entonces la falta estaba en ellos; él también les podía juzgar: el día de mañana serían los habitantes de la ciudad, y se preparaban para eso; su mirada de inocencia ocultaba una versión muy distinta, con sus pantalones cortos, y sus cuerpos no desarrollados, representaban el germen de la iniquidad. Se acercó más pensando que conseguiría hacerlos retroceder, pero se quedaron quietos, delante, mirándole a sus ojos con su expresión que seguía siendo de asombro y miedo. Hizo un ademán para aproximarse, un amago en esa dirección, sin conseguir ningún resultado; y después extendió las manos, colocándolas en forma de garras, al mismo tiempo que profería un grito no articulado que debía ser lo más gutural posible, lo más extrahumano; los niños siguieron inmóviles, lo que demostraba claramente que el miedo no provenía de él, que era connatural en ellos, como si esa sensación se hubiese adueñado de sus cuerpos en el momento mismo de nacer.

SEGUNDA PARTE

10.

Sanz Jambrina le hizo una seña, desde lejos, para que se acercara. Le saludó con amabilidad: «¿Es que no quiere ya nada con nosotros?» Le llevó a la mesa. «Tiene que contarnos cómo le va a usted.» Estrechó Carisio la mano de Bibrián Navarro, del padrastro, del reverendo Dionisio Reverter. «Hombre — dijo Bibrián Navarro—, ¿cómo usted por aquí?» Le señalaba una silla para que se sentara.

—Bien, hijo — dijo el reverendo Dionisio Revertes — me figuro que todo le irá bien y que estará contento.

Por el paseo de la Independencia, la gente hablaba en voz demasiado alta, como para hacerse notar. Los trajes de las mujeres eran de colores vivos. Parecía — en esa tarde del domingo — que habían intentado salirse de la monotonía de lo cotidiano. Se fundía el color de los trajes, las voces fuertes, la luz; como si fuese todo una única cosa. Bibrián Navarro, Sanz Jambrina y el reverendo Dionisio Reverter, miraban pasar a la gente, como si no tuviesen otra cosa que hacer. El estado de gracia debía confundirse con la inactividad absoluta.

—Aquí estamos — dijo Sanz Jambrina.

El padrastro hablaba de algo concreto. Había reanudado la conversación interrumpida, se le veía preocupado.

—Pues sí — dijo el padrastro.

Pedía perdón si no había entrado directamente en el asunto, pero le costaba trabajo hacerlo. Había huido siempre de la maldad y de la imperfección — como una norma fundamental de conducta — y entonces tenía que hacer referencia, *precisamente*, a algo que le disgustaba. No había más remedio. Miraba a Carisio, que se había sentado ya, a Sanz Jambrina, a Bibrián Navarro, al reverendo Dionisio Reverter.

—Se trata del asunto que van ustedes a oír.

Estaba preocupado con algo que había sucedido y que le afectaba directamente. Por su expresión, por la entonación de la voz, y por la misma solemnidad que utilizaba al hablar, se comprendía, perfectamente, que se refería a un asunto grave. Insistía en que se había adueñado de él una gran tristeza o más bien se trataba —

propiamente hablando— de una gran sorpresa y decepción. Imagínense que se tiene confianza plena en un hombre, que se le estima por su honradez y espíritu de trabajo, y que se comprende, luego, que uno se ha equivocado. Había vuelto a mirar a los concurrentes, en especial a Sanz Jambrina y había dejado transcurrir unos momentos.

—Yo pregunto, ¿qué sucede entonces?

Había dado unas vueltas a sus manos y se había servido más azúcar. «Veamos lo que quiero decirles y ustedes juzgarán.» Se tenían que imaginar un empleado de su oficina: un hombre irreprochable, mantenedor del orden y disciplinado, trabajador hasta el punto de que cuando él llegaba por la mañana, ya estaba ahí para recibirle. No era necesario aleccionarle en el trabajo, al contrario: algunas veces había sido necesario obligarle a ir a su casa a las horas de comer. Era un buen padre de familia respetuoso con sus obligaciones ciudadanas y religiosas. ¡Cuántas veces le había visto en la iglesia rezar devotamente! Había trabajado con él — como contable — iba a hacer doce años ya. Primero en el Coso donde tenía, originariamente, las oficinas y luego en el domicilio actual. ¡Qué difícil era conocer la condición humana! ¿Cómo podía explicarse un cambio semejante? Por su parte, él se daba por vencido aunque había pensado largamente en el asunto. El resentimiento podía ser una causa general que motivaba el comportamiento del hombre. «Se cree que las rencillas, entre hermanos, han acabado y queda en la mente de un hombre — aparentemente trabajador y bueno — algo que se esfuerza por salir a flote, que está allí, en vida latente.» Pero se salía del tema, ¿no era verdad? Su empleado — un contable — entregaba el cuerpo de su sobrina, Dulce Escabues, a cambio de dinero que luego se repartía con ella. Sanz Jambrina había intervenido, era un delito específico, enumerado en el Código Penal. Proxenetismo. Para él no había lugar a dudas sobre el género.

—Señores, ustedes están en presencia de un delito común.

El padrastro había vuelto a revolver en el fondo del café, había inclinado la cabeza hacia atrás, pasaba su mano por los labios. Con su permiso iba a seguir. El contable estaba ya a disposición de la autoridad judicial. Hacía dos días — justos — que no asistía al trabajo. Su mujer le había telefoneado para comunicárselo de una forma personal. Había sido una conversación larga. «Imagínense ustedes, una madre con dos hijos que me habla, ¡a mí, a mí!, de la detención de su marido, excusándose por su ausencia. ¡Pero, mujer, yo lo comprendo todo! Hay equivocaciones incluso en el terreno legal — y que le perdonase Sanz Jambrina—, y hay, también, acusaciones que no son fundadas. ¡Todo se arreglaría! Pero ella intentando explicar las cosas. Me preguntaba si conocía a la mujer, a Dulce Escabues. Era la primera

vez que había oído su nombre. ¿*A* quién? ¡Vamos, ni de oídas siquiera! Se excusó la mujer para decir que se daba cuenta, pero que su marido podía perder el empleo. En definitiva que las cosas habían quedado así.

—Díganme qué se podía hacer en esa situación.

Porque no era gran cosa ser contable, pero, al menos, suponía un trabajo fijo y digno (la dignidad emanaba de la propia solvencia de la firma comercial). Suponía también un prestigio (¡a cuántos hombres les habría gustado trabajar allí!), una seguridad (tenía sus seguros sociales, y la ayuda familiar correspondiente), unas vacaciones pagadas y, en suma, una ayuda desinteresada si se presentaba la ocasión (porque él no se había negado nunca a resolver los pequeños problemas que habían afectado al contable, ya de orden material— anticipos y adelantos de remuneraciones y sueldos — ya de orden espiritual, consejos y sugerencias).

El apartamento estaba vacío. Resonaban los pasos al andar, las voces, las palmadas. Los muros estaban encalados, blancos, faltaban casi todos los muebles. Cuando Carisio había vuelto allí, había hablado con el portero que no había querido saber nada del asunto. Su obligación, según le había dicho, era tenerlo todo en condiciones de habitabilidad. Pero desde su punto de vista, las condiciones de habitabilidad se cumplían y no dependían del hecho de colocar nuevos muebles si se habían llevado los otros, puesto que ésa era una obligación propia del inquilino. A falta de otra cosa se podía ir de un lado a otro. Entrar en el recibidor o salir. Acercarse a la ventana. Se podía hacer la distribución de las habitaciones, eligiendo la de uno mismo. Era preferible la habitación más silenciosa, que daba al mediodía. Pero había que actuar con un cierto criterio. No servía de nada ir de un lado a otro, para volver otra vez al mismo punto. Enfrente, tenía una mesa, unos libros, unas carpetas, una pequeña lámpara, un retrato de su madre en medio. Después solo el sillón, en el rincón del fondo, al lado de la ventana, y el armario donde estaban sus dos trajes alineados, colgando de las perchas. El lavabo en el otro extremo, con el espejo en medio. Cogió el periódico del día, *El Noticiero*: Santoral de hoy: Santos Jorge, Adalberto obispo, Félix presbítero, Fortunato y Aquiles (diáconos y mártires), Gerardo y Manolo (obispos). Misa de feria o de san Jorge. *Bolsa de Bilbao*. El mercado de valores ha mantenido la misma trayectoria dispositiva de la precedente, volviendo a señalar regresiones en los grupos de bancos, si se exceptúa Banesto, Guipuzcoano e Hispano—¡pero hombre, pero hombre!, siendo el Popular e Industrial los que más han sufrido las consecuencias de esta tendencia regresiva—. Entonadas las eléctricas con ligeras reposiciones, favoreciendo el ambiente a los

valores siderometalúrgicos que, en general, se conducen bien. Firmes las posiciones de los valores de monopolio, con importantes recuperaciones en Campsa y Telefónica, situación que también exteriorizan los químicos. Cierra la sesión con demanda. *Cultos y noticias*: a las seis de la mañana, misa de infantes con salve final, desde las seis y media, hasta la una de la tarde inclusive, misas cada media hora. Por la tarde, a las siete y media, rosario de infantes, y el de devotos a las nueve. El templo se cierra a las nueve y media de la noche. Se podía conectar la radio. *Bolsín de Zaragoza*: cambios después del cierre: Banco Hispano: novecientos treinta y ocho por ciento. Telefónica: doscientos setenta y dos por ciento. Banco Zaragozano: novecientos treinta y cuatro por ciento. Banco Popular: novecientos veintisiete por ciento; derechos Banco Central: seiscientas dos pesetas. Los tranvías de Zaragoza: ciento treinta y cinco. Energías: doscientas cinco. Eléctricas reunidas: ciento cuatro por ciento. ¡Vea escaparates Ternos. Nuestros doce establecimientos nos permiten comprar muy bien y vender a cualquier precio! ¡Para señora, jovencita y niño, lencería fina, liquidación las nuevas sederías! ¡Desinfecte y desinsecte su local de trabajo por el procedimiento aerosol! ¡A mí la casera, a mí la casera, la casera sí! Sintoniza, aquí en Zaragoza, la Voz de Aragón. Allí estaba, otra vez, esa sensación de muerte en la boca que provenía de su madre. Era el regusto de la descomposición la que sentía, y allí estaba él echado en medio de la habitación, pero no quería pensar; veía a la gente desde la ventana, las vitrinas de los escaparates, las sillas de las cafeterías, colocadas en su sitio, detalles sin importancia, que podían servirle. Porque lo importante era distraerse, quitarse esa impresión de muerte de la boca, abrirla. Con los dedos intentó sacar algo que estaba allí, «no debo pensar». La figura de ese hombre — vestido de negro — de ojos sin brillo — del padrastro — se agrandaba. Desconectó la radio. El silencio era peor aún que eso. No había que dejar, ni por un momento, que el silencio se adueñase de uno; había que hablar, para oír la voz con la finalidad precisa, acostumbrada la de todos los días. Se producía un fenómeno extraño, porque el que oía y el que emitía los sonidos articulados era un mismo ser. Todo se resolvía pensando que sólo una identidad estaba situada allí, en la habitación. «Yo, yo mismo estoy aquí, con mis manos que puedo mover, con mis pensamientos, localizado, sintiendo que todo hace relación a mí.» La luz tenue, las cosas repetidas, los objetos que había mirado ya. Se detuvo ante el retrato de su madre: una imagen llena de luz del atardecer, petrificado en el tiempo. No era suficiente. Había que encontrar procedimientos nuevos de diversión; no se podía mirar a la calle desde la ventana o permanecer echado todo el día. En una ciudad de provincias, en la calle, ya se sabe, pero no había que dejarse invadir por la melancolía. ¿Qué hacía exactamente allí, en esa

habitación, además de recorrerla de un lado para otro? ¿Cuántas vueltas había dado hacia arriba, hacia abajo y en diagonal? Decidió ver al portero, hablar con él y preguntarle si había llegado Dulce Escabues, la sobrina del contable. Pues no, no parecía que hubiese llegado. «Ya me avisará usted si llega.» No había que hablar demasiado con el portero, no sabía cuáles eran sus opiniones, si era de derechas o de izquierdas o del centro. Por si acaso sólo dejaba entrever lo que quería. Desde la ventana seguía viendo el cielo, sin matices. El sol lo inundaba todo. Abajo estaba esa inmensa multitud, moviéndose. Parecía que cada uno de ellos quería algo determinado, concreto. Eso les hacía andar, ir de un lado a otro. Era mejor no ver ese cielo desvanecido. ¿Qué se podía hacer?, ¿salir? Carisio se imaginaba en la calle, con ese aire de bochorno, al sol. Era mejor quedarse donde estaba, una hora o dos por lo menos. Habría que buscar entonces un pasatiempo mientras durase la espera de Dulce Escabues. Cuando había llegado allí, le había dicho el portero que hacía calor. Era propio de ese tiempo. «Usted no conoce el clima de aquí.» En invierno era frío y húmedo, y en verano caluroso, pero siempre con viento. Clima típico continental entonces, al modo de ver de Carisio. Pero ¿qué hacía Dulce Escabues que no llegaba? El portero explicaba que no tardaría en estar allí, que no debía de impacientarse. Era verdad que hacía calor, no se comprendía lo pronto que había llegado el verano ese año.

La jeringuilla hipodérmica, el cuentagotas, la aguja, el cinturón arrollado sobre un brazo, sujetándolo con los dientes. Ése era el centro de la operación, pero había que considerar también lo que antecedía y seguía. Había que desinfectar bien la aguja (el olor del alcohol, el agua hirviendo, la llama azulada que parecía lamer el metal, el burbujeo del agua). Después había que absorber la disolución con un cuentagotas, medir la cantidad suficiente, colocando el cuentagotas a la luz, y, viendo la disolución a través. El cinturón del pantalón se enrollaba alrededor del brazo. Se estiraba, de un extremo, con los dientes, para tener los brazos libres. Con la presión del cinturón se conseguía que la vena se hinchara y que la absorción se produjese de un modo absoluto, total, de la dosis prevista. Ya había resbalado la sangre por el brazo y empezaba a caer. Carisio no lo levantó, lo mantuvo en esa posición, hasta que llegó a ver las primeras gotas de sangre en el suelo. Eran redondas, de color anaranjado, brillando a la luz. El brazo parecía formado de estrías y recortes. La sangre se esparcía asimétricamente por el suelo. (A Carisio le habría gustado el orden de una figura geométrica, un cuadro, hexágono, o una línea recta o alabeada. Allí, sin embargo, no se veía otra cosa que dibujos, desprovistos de sentido.) Había movido el brazo en otra dirección, y

pensó que su personalidad, el mismo, su propia *ipseidad*, estaba formada de sangre como ésa. No sabía exactamente cuánta sangre era necesaria para llegarse a sentir por dentro. Probablemente no tanta como la gente creía. La llama del mechero de alcohol se había apagado. La tarde caía con lentitud. A lo lejos el sol se cubría de rojo. En los campos había lenguas de fuego, también de color rojo, lo que significaba que la muerte se extendía, que, la muerte de su madre, lo abarcaba todo. No iba a quedar ningún lugar donde no se sintiese su presencia, y a él le pareció bien que fuera así. Había cosas que era mejor que no pasasen inadvertidas, que se supieran. El universo no puede quedarse indiferente cuando una de sus criaturas desaparece. Es necesario sentir, por lo menos, una leve vibración, un latido. La sangre es el símbolo del dolor y lo mejor que puede suceder es que la conciencia del mundo lo sepa. ¿Existe esa Conciencia del mundo? Entonces se encontraría uno en presencia de Dios. ¿Existe Dios? Se encontraría uno en su presencia. ¿Cómo es Dios? Un ser informe manchado de sangre, de sufrimiento, que lleva la muerte de todos en cada una de sus células. Entonces Dios, parcialmente se está muriendo cada vez. Pero las células regeneran y crecen, siempre hay nuevas células en la piel de Dios.

—Vamos a ver.

La transformación era hacia lo transparente, hacia el cristal brillante y liso, rutilante, ligero, desprovisto de peso, hacia el espíritu. Los sonidos adquirían colores. Se sentía uno mismo, se sentía el orden. Cada movimiento era una aventura. Deslizar ligeramente la mano sobre el cuerpo, abrir la boca, hacer chocar los dientes, cerrar y abrir los ojos. La luz se esparcía, entraba en el interior, lo llenaba todo, hasta dentro. Era una luz de atardecer, con colores rosados y grises inimaginables. Era fácil sentirse ligero, con una sensación en la boca de algo sólido que empezaba a invadir el cuerpo. Primero se solidificaban las vértebras del cuello, y la columna vertebral; luego empezaría a suceder lo mismo con las extremidades. Su cuerpo parecía un bloque inmóvil, que se llenaba de bienestar. Ese sentimiento procedía de él, pero también de las cosas. Formaba un todo único con lo que le rodeaba y pensó que el Orden era eso. Un enorme Uno, sin pluralidad, sin cosas individuales y sin seres que pensasen desde dentro. No había diferencias ni contrastes, ni pronombres personales (yo, tú, ellos y nosotros), sino sólo una inmensa materia, un inmenso Espíritu Abarcador. Eso era Dios. El Placer era Dios. Por todas las junturas de los huesos, por sus retículas, por entre las células, por entre las neuronas, por la sangre, el corazón y el entendimiento circulaba Dios, llegaba el Placer, se diluía, lo llenaba todo. ¡A ver si se podía descansar entonces! Aunque fuese un Dios falso, que no tuviese ninguna existencial real, él quería inventarlo: hacer ver que existía,

que tenía una existencia real, que estaba allí. Se podía apoyar, entonces, sobre su espalda, sobre sus hombros (aunque fuese necesario aumentar la dosis de heroína), hablarle, decirle cosas, explicarle que no estaba disconforme con nada, que en el universo — en la creación o en lo que fuera — había cosas que resultaban bien. «Sobre tus hombros, Dios», sintiéndose por una vez tranquilo en un mundo que él haría para sí. Descansar, dormir en los brazos de un Dios todo el tiempo. Por un momento pensó en los ejercicios espirituales del reverendo Dionisio Reverter.

—¡Vaya!

Lo primero que había que hacer — ya está, ya está — era que su cuerpo, su espíritu, todo él, se localizase en un lugar distinto que no fuese ése. Había abandonado la ciudad, estaba en otra parte, no sabía bien; tenía que mirar alrededor, pero ya casi podía orientarse. Era también un atardecer en el campo y él marchaba por la carretera, todo estaba tranquilo. El horizonte, su perfil, podía seguirse con los dedos. Extendió la mano, la hizo hacer ese enorme trayecto, desde la derecha hasta la izquierda. Había una luminosidad delante, justo donde el sol se ponía, había que caminar hacia allí. La tierra, contra el cielo, era una sombra informe. Si llegaba hasta la luz estaba salvado, pero tenía la seguridad completa de que estaba salvado porque llegaría sin dificultad. Extendió, de nuevo, las manos delante de él, y aparecieron transparentes y rojizas. Estaba vivo. Nada podía pasar. Siempre adelante, adelante, hacia la luz.

11.

Sanz Jambrina hablaba, con el permiso del sacerdote; decía que él como cualquier otro, caía en el pecado alguna vez; pero, ¿con quién? ¿Es que no había que distinguir entre una clase de mujeres y otras? Las había de dos tipos: las que era suficientemente libres «ya me entienden» y las que no. Con las del primer grupo no es que se pudiera justificar una acción semejante (había mirado de soslayo al reverendo Dionisio Reverter) pero al menos no presentaba la gravedad que hubiese tenido la acción si se hubiese tratado de otra mujer más respetable. Había que partir del hecho de que los hombres eran así. «Yo veo una mujer atractiva, que tenga todo lo que deba tener, y pierdo un poco el sentido, lo que me figuro que les pasará a todos» (había vuelto a mirar al reverendo Dionisio Reverter de soslayo, que había desviado la cabeza). Y si no fuera así y no se perdiese el sentido, sería una señal más bien mala. Se trataba de una ley de vida o de instinto completamente natural. «De los que estamos aquí, no se escapa nadie, quitando al reverendo Dionisio Reverter, por un exceso de celo o de santidad.» Pero que dijera él mismo si tenía razón o no. Diga usted, don Dionisio, si me equivoco en algo. El sacerdote había levantado las manos, en un gesto de impotencia, para dejarlas caer sobre las piernas. Se veía que no quería decir nada, aunque sonreía. (Todo el mundo comprendía que era distinto a los demás, que el asunto ni siquiera le rozaba, que estaba por encima o por debajo.)

—Usted tranquilo, don Dionisio.

La diferenciación entre mujeres libres y las que no lo eran, estaba suficientemente clara. Dentro del primer grupo se encontraban las mujeres públicas, las que se entregaban, las que iban a los clubs nocturnos pasadas determinadas horas; algunas que trabajaban en el servicio doméstico en las horas de asueto, las-de-condición-social-baja, que no habían recibido una educación conveniente (en ese sentido eran menos responsables: ¿qué se podía decir si no habían ido siquiera a un colegio de pago?); todas las que vivían en Madrazo, y bastantes de las que pululaban por la ciudad. ¡Pero no era eso lo que estaba explicando! ¡A lo que iba! Él, cuando caía en el pecado, más veces de las que se podía creer (había pronunciado la frase completa con

orgullo) elegía a una mujer a la que no pudiese hacer daño, experimentada y con oficio — de ese mismo grupo — y después y porque soy católico (¡y tan español como cualquiera!) voy en seguida a hablar con este señor (señalaba al reverendo Dionisio Reverter) o a otro compañero de este señor (volvía a señalar al reverendo Dionisio Reverter) y me pongo a bien con Dios y con la Santa Madre Iglesia.

Las mujeres resueltas, en el territorio nacional, eran capaces (como prueba de valor, decisión u originalidad) de pedir a su acompañante, mientras bebían un refresco a su lado — permiso para coger de su vaso el trozo de limón que había quedado en el fondo, y después decían «a mí me gusta el limón» aunque fuera (¡qué importaba!) contra todas las reglas de orden social establecidas. Esas mujeres virtuosas se comportaban bien no por motivaciones morales, sino porque la sociedad cotizaba una especial manera de ser; sobre todo si pertenecían a una clase social determinada que era, por regla general, la más alta o la media, y que consideraba que el matrimonio lo santificaba todo, y que el amor no era lo más importante sino el contrato mismo. Ellos se salvaban, se salvaban. ¿Cómo iba a ser de otra manera? ¿Ha dicho usted que se salvaban? Había que repetirlo muchas veces hasta creerlo. (Carisio hablaba delante de Sanz Jambrina, del reverendo Dionisio Reverter.) Porque se decía que la mujer estaba protegida desde el punto de vista social, pero no era necesario profundizar demasiado para comprender que no era cierto. La mujer era considerada como una mercancía de lujo, su manutención y coste era el equivalente a un artículo de consumo de alta calidad. Del mismo modo que entre los signos de enriquecimiento y de nivel de vida superior, figuraba el frigorífico y el automóvil. Así que había que añadir, a la relación, ese otro *ser diferente* que era exclusivamente para el hombre, y cuyas funciones, además de la característica de la procreación, consistían, sobre todo, en ocuparse de los quehaceres domésticos y cuidar de los hijos. («¡No exagere usted, no es para tanto!») Lo importante eran los valores espirituales que se atribuían, sólo de una forma teórica, y cuya manifestación se le prohibía categóricamente. Las disposiciones religiosas la juzgaban con desconfianza (como fuente de culpa sobre todo). Se la intentaba cubrir lo más posible; ocultar. En las ceremonias del culto se establecían muchas limitaciones. Se diferenciaba entre la madre y la mujer en general, entre el amor puro y el otro; el que envilece, el que hacía al hombre peor de lo que era. No se hablaban de algunas cuestiones que era mejor olvidar (el Hacedor había querido que el acto generador de la especie humana se realizara de un modo secreto, ¡y así debe de ser!). Se consideraba la contradicción entre la espiritualidad y la carne en la especie humana.

—¿Comprenden ustedes lo que quiero decir?

Hacía calor; con un esfuerzo, Carisio, pudo llegar a desprenderse de la camisa, pero la había desgarrado por los dos lados. Los botones estaban para algo, para desabrocharlos, uno a uno. No servía de nada doblar la camisa y colocarla encima de una silla si estaba ya desgarrada, pero el hábito interviene siempre, así que con el torso desnudo fue hasta la silla y colocó la camisa doblada en su sitio. Después se arrodilló, puso los brazos en cruz, y rezó, aunque le parecía que no servía de nada hacerlo. Se acabó quitando toda la ropa, para intentarlo nuevamente. Sentía la sensación del gusano. Se arrastró como convenía a su situación nueva, unos metros, y volvió a poner los brazos en cruz sin llegar a notar más que una sensación de frío a lo largo de la espalda, y en la columna vertebral. Se arrastraba apoyando el vientre en el suelo, ayudándose con los codos. Había establecido, mentalmente, la necesidad de llegar a la pared de enfrente, y lo estaba consiguiendo. Con la cabeza ligeramente levantada y los codos contra el suelo avanzaba a una velocidad media que no era despreciable. En diez minutos estaría allí. Con los codos contra el suelo y las manos juntas había proferido algunas palabras ininteligibles. (El rezo está en la intención y no en las palabras, entonces todo debía ir bien.) Seguía sintiendo frío en las piernas y en el bajo vientre. Dijo «por doña Asunción, por el padrastro, por sus intenciones» y al decirlo, se sintió mejor. Separó las manos y avanzó unos dos metros. Llegaría a alcanzar la pared recorriendo un metro más. Por si acaso no lo había hecho bien, y no quedaba claro lo que se pedía, volvió a repetir: «por doña Asunción, por el padrastro, por sus intenciones». Después, al alargar las manos y llegar a la pared, le pareció que todo se había cumplido. Porque en condiciones normales habría actuado diferentemente, pero se había inyectado dos veces, y, cuando llegó Dulce Escabues, no le parecía ser el mismo. El ruido de la puerta al ser cerrada, sus palabras dándole las buenas tardes — y las del portero que se alejaba — resonaban en él, como si fueran ondas que entraban con lentitud en su cerebro y le producían un enorme bienestar. Y cuando contestó a Dulce Escabues, cuando dijo también «buenas tardes», su misma voz le llegó a resultar extraña, como si no fuese suya; y el sonido empezó a colorearse, a tomar formas concretas, mientras veía desvestirse a Dulce Escabues que quería saber cuáles eran sus deseos, sus gustos en esa materia precisamente (ya que ella se adaptaba a todas las circunstancias con facilidad, y en cada caso). El vestido no quería recogerlo siquiera, pero Carisio la hizo sentar en el sillón que había al fondo, porque necesitaba hablar primero. Dulce Escabues decía que no era necesario hablar primero, y, sobre todo, si no la dejaba vestirse otra vez. En

cada situación había que guardar unas determinadas formas o apariencias de decoro; pero es que Carisio no le había dicho que se desvistiera. Entonces, ¿para qué había ido allí? ¡Para lo que podía imaginarse! «Pues si he venido aquí para lo que puedo imaginarme no voy a sentarme en un sillón.» Lo importante era, en ciertos momentos, desconcertar al adversario, y Dulce Escabues, sentada en un sillón, sin nada que la cubriera por encima o por debajo, estaba al parecer, desconcertada.

—¿Y qué quiere que haga yo, de una vez, diga qué quiere que haga aquí delante de usted?

Por él mismo — ya se lo había dicho — que se pusiera las manos entre las piernas, por ejemplo, o que se levantara o que se paseara, porque le daba igual, pero que contestase a sus preguntas.

—¿Qué es lo que quiere?

Ya que se lo preguntaba, que siguiese hablando. No podía hacer otra cosa mejor si lo hacía con la entonación más apropiada, porque la voz crecía, adoptaba los matices más suaves. Intentó Carisio que repitiera otras palabras, pero no decía nada nuevo. Con su mano derecha, entonces, rozó el respaldo del sillón hasta oír el leve crujido, que se confundía con el último eco de la voz de Dulce Escabues. El sonido se podía regular y también los colores que pasaban de un anaranjado leve al rojo vivo, rojo, rojo.

—Repita cómo se llama.

—Me llamo Dulce Escabues.

—¿Conoce al padrastro?

—¿A quién dice?

—Al padrastro. ¿No es usted sobrina del Contable?

Dulce Escabues no podía comprender cómo sabía que era sobrina del Contable. Carisio podía explicarle más cosas. Él conocía a Sanz Jambrina (funcionario de la Prisión Provincial) y a Bibrián Navarro. Estaba al corriente de todo, pero era mejor referirse a otra cosa, a lo que quisiera; al contable no tenía el gusto de conocerle personalmente, pero podría suceder que le hiciese alguna visita un día cualquiera.

—¿Para qué?

Había hecho Dulce Escabues un movimiento imperceptible, que para Carisio no pasó inadvertido; era como si se fuese a levantar, y, luego, a correr en dirección al vestido, pero él estaba alerta. Hizo un nuevo ademán y así sucesivamente hasta que se volvió a sentar. Había conseguido ponerlo de pie, pero eso no le iba a servir de nada. Permanecía en la penumbra con las piernas cruzadas. De vez en cuando hablaba, sin exponer nada nuevo o que valiera la pena de ser escuchado. «¿Cómo conoce al Contable?, ¿quién es usted?» Y siempre

se repetía. Había ido allí *para lo que sabía*; no decía que había ido allí para dormir con él, para fornicar con él, para mantener relaciones ilícitas con él. Tampoco decía que tenía que trabajar, cumplir con su deber — con un deber que le imponía su mismo trabajo — sino que explicaba que había ido allí *para lo que sabía*. Quería, sobre todo, conocer, quién le había dicho que era sobrina del contable, pero no era asunto suyo. Se había levantado, y había corrido hacia el centro de la habitación, lo había hecho casi a ojos cerrados, sin medir las posibilidades de éxito, que podía tener, que no eran muchas. Había sido una carrera a ciegas, en dirección al vestido, y no podía dar resultado. Cuando Dulce Escabues llegó hasta el centro de la habitación, ya estaba allí Carisio, así que en el momento de extender sus manos no había nada y sólo encontró el vacío. Carisio tenía el vestido ya contra él, y lo apoyaba contra el pecho. Dulce Escabues, de rodillas, parecía llorar y gritaba, pero sus gritos tampoco le iban a servir de nada, aunque no parecía que hubiese llegado a comprenderlo. Era mejor que se retirara, que fuera otra vez al sillón, y que esperara allí. Tal vez en otra ocasión tuviera más suerte.

—¿Qué es lo que quiere saber entonces?

Había vuelto Carisio a dejar el vestido en el centro de la habitación, justo en el mismo lugar. Parecía que cumplía un rito. Por él esa situación se habría prolongado indefinidamente, se encontraba bien, cada vez mejor, como si el bienestar no tuviese límites.

—¿Usted conoce al padrastro?

—¿A quién dice?

—Al padrastro.

Seguía sentada y había hecho un leve movimiento nuevo. No cabía duda de que intentaba ganar tiempo, pero no había que darle ninguna oportunidad. Era mejor explicarle la situación lo más claramente posible. Dulce Escabues había abierto los ojos más de lo debido, no cabía duda que escuchaba. Carisio parecía estar al tanto de la historia del Contable. «Mire usted, por donde nos hemos encontrado aquí los dos.» Lo que ya no podía saber, era si la historia resultaba cierta, si no se había exagerado un poco. Dulce Escabues decía que no. «Entonces si no se ha exagerado un poco, el padrastro tiene razón.» Pero antes de llegar a ninguna conclusión debía de explicarle algo que le interesaba en particular; le iba a hacer una sola pregunta: «¿Ha entendido usted?, ¿me oye bien?» Ella debía de responder lo mejor que pudiera, lo que significaba que estaba obligada a decirle la verdad. ¿Había tenido alguna relación de carácter profesional — ya comprende usted — con el padrastro? Le había dado, por si acaso, su nombre y apellidos. Usted tiene que decir solamente sí o no. Dulce Escabues no respondía. «¿Qué dice?, ¿qué dice?» La distancia que había hasta el vestido era idéntica para los dos, porque estaba en el medio de la habitación, por

eso no había ventaja por ninguna de las partes. Era un juego limpio, a todas luces. No se podía decir que alguien estuviese en mejores condiciones. (Carisio habría podido cambiar de sitio, le habría podido decir a Dulce Escabues que se pusiera en su lugar porque le resultaría igual estar en un lado que en otro; él habría ocupado su puesto, pero eso era todo lo que podía hacer; lo que no haría sería darle ninguna ventaja.) Cuando se levantara Dulce Escabues, él también se levantaría, si hacía un gesto para avanzar él haría el mismo gesto. Se seguían vigilando mutuamente, al principio sin darle demasiada importancia, como si todo fuese igual, pero después, con más atención y cuidado, analizando incluso la expresión del contrario. Dulce Escabues permanecía en la penumbra, lo más recogida posible para no dejarse apenas ver. En varias ocasiones se había puesto de pie, pero Carisio había hecho lo mismo, y había considerado más lógico, al final, sentarse. Decía que su comportamiento dejaba mucho que desear. Si le había sucedido eso, era por no tener cuidado e ir con desconocidos.

—¿Usted no me conoce a mí?

—No.

—¿Y al padrastro?

Dulce Escabues dudaba. Tiene que decir sí o no. Dulce Escabues decía que sí, que había estado con él varias veces seguidas. Pero no era suficiente la explicación. ¿Cómo había estado? Por la mirada, por la expresión de Dulce Escabues, se conocía, de antemano, la respuesta.

—Diga sí o no.

—Sí.

Entonces, ¿desde cuándo? ¿Antes que muriese su madre o después? Dulce Escabues no sabía cuándo había muerto exactamente su madre. (Y Carisio comprendió que tenía razón que — por su parte — había constituido un olvido imperdonable no decirlo.) Hacía poco tiempo. En cualquier caso, había tenido relaciones antes de que muriese. Estaba bien, que no diese más detalles, porque él era parte interesada en el asunto y le hacía daño adentrarse demasiado en todo ello.

—Ahora puede recoger el vestido e irse, si quiere.

Al pasar por la tienda de periódicos, entró Carisio para estar al día en cuestión de noticias, de política internacional, de deportes, resultados de la jornada de fútbol, etc.; para poder hablar con cierta soltura, porque nunca se sabe quién va a ser el interlocutor (a lo largo de todo el día en una ciudad donde se empieza a conocer a la gente y donde se impone una determinada conducta social). El resultado de fútbol del equipo local no podía desconocerse. Vio a la vendedora de periódicos que estaba sentada, al niño anormal — su hijo — que

estaba sentado, y entonces dio los buenos días a la señora, y no dijo nada al estrechar la mano del niño, porque, por lo general, esa clase de niños no contestan.

—Se distrae un poco — dijo la señora.

Compró el *Heraldo de Aragón*, el *Noticiero* y el *Amanecer* (diarios, respectivamente, independiente, católico y del Partido) y dio las gracias a la señora, que le habló unos momentos. ¿Cómo iba el niño?, ¿bien? La señora decía que mejoraba, lentamente, eso era verdad, pero que le habían dado una medicación especial la semana pasada, que empezaba a surtir efecto. «Mire usted, antes iba mal y ahora parece que ya no tanto.» Había que tener paciencia con él, y sobre todo cuidarle porque era sensible.

—Dile cómo te llamas a este señor, hijo.

Si hubiese estado, Carisio, el tiempo suficiente para poder escuchar el nombre completo, no habría salido nunca de la tienda. No cabía duda que el niño se esforzaba, que ponía interés en pronunciar su nombre, y que el trabajo necesario para ello no era sólo intelectual; movía las manos, los pies y el cuerpo y también la boca, alargando el cuello, arrastrando los pies y las sílabas. No debía preocuparse la señora, la medicación le haría efecto. Ella tenía un brillo de esperanza en los ojos. Al salir el niño seguía con las manos apoyadas en la puerta, con sus ojos que se iban de un lado a otro. Carisio le pagó a la mujer. En la puerta hablaron del tiempo: se necesitaba agua para el campo, pero también para que en la ciudad se quitase el polvo que había en todas partes. Carisio no entendía nada que hiciese referencia a la agricultura, pero no llegaba a entender por qué la mujer decía que se necesitaba agua para el campo en la época de la recolección. Asintió varias veces y la señora se despidió de él.

—Vaya usted con Dios — dijo la señora.

El niño seguía allí, detrás de la puerta, y le miró con sus ojos abiertos. No sabía, Carisio, si su postura debía consistir en compadecer al niño, en volverle a hablar a la madre, o en hacerle pasar inadvertido. Se oía, a la madre, decir al niño que entrara dentro y, desde lejos, le hizo a Carisio un gesto resignado, mientras abría ligeramente los brazos y cerraba la puerta. El niño le seguía con la mirada. Se veía que era un ser humano, como los demás, que no había tenido la suerte, en su escala evolutiva de retroceder más fuertemente hacia abajo, hasta haber dejado de ser propiamente un hombre.

No todo el mundo creía, entonces, que había orden en el Universo; la señora que vendía los periódicos, por ejemplo, no. Por más que intentase comprender le resultaría difícil. El sufrimiento tendría, en cambio para ella, un significado preciso. En la vida siempre hay un consuelo. «Mire usted, quién sabe si será mejor que haya salido un

poco retrasado, porque este niño irá al cielo.» El sufrimiento del infierno es para los que son demasiado felices en el mundo, para los que no cumplen los mandamientos — no oyen misa — para los que blasfeman, y van contra Dios, y contra la Virgen. La señora podría mirar al niño todos los días para ver si mejoraba algo. «A ver, hijo, cómo te llamas!» Cada vez pronunciaría mejor el nombre, con menos esfuerzo, sin mover tanto los pies, las manos y los labios. Dios aprieta pero no ahoga. «Yo soy viuda, pero me defiendo como puedo.» Una tienda de periódicos da para poco, eso es verdad. En compensación no había que pagar los estudios al niño; eso era una ventaja. La señora lo había llevado a la Virgen del Pilar un día cualquiera: había pagado al monaguillo que vendía las velas una cantidad no determinada, superior a la normal (para que le subiera hasta la Virgen, para que le bajara). ¡Qué felicidad ser niño! A las personas mayores se les prohibía subir las escaleras del altar y también bajar esas escaleras. El seguro social le pagaba, también, un tanto por ciento elevado de los medicamentos que compraba. «¡Se le descuenta a usted casi todo, mujer, qué más quiere!» La señora iba y venía a la farmacia, vendía periódicos todos los días, se acostumbraba, en definitiva, a la situación; sólo de vez en cuando, podía pensar que sufría más que los demás, pero el hábito hace todo más llevadero. Bien, bien. Por lo que se refería a Carisio, si no hubiese sido porque no parecía propio hacer preguntas sobre cuestiones familiares, habría querido saber más cosas. ¿Cuándo había llevado el niño a la Virgen?, ¿en un atardecer como ése? Lo habría arreglado, vestido convenientemente, y peinado con la raya en medio (para dejarle la frente más amplia y despejada). ¿Le habría explicado a dónde iban a ir? ¿O habría sucedido de otra manera? Podría haber habido antes una larga espera para dar mayor solemnidad al acto, y así que se hubiese fijado, por ejemplo, un día de la semana (para que no hubiese tanta aglomeración). ¿Lo había llevado en un atardecer como ése? El niño acicalado, bien vestido, con su raya en medio, su pantalón corto y limpio, sus calcetines limpios, su camisa limpia — con corbata o sin ella — le habría dado la mano, al atravesar las calles; y así sintiendo una gran ternura (por el niño y por todo lo que había alrededor) habría hablado con su hijo — o habría mantenido sólo un monólogo— para explicarle a dónde iban, en un atardecer como ése o en otro semejante de lluvia — o sin lluvia — por la mañana temprano.

Carisio se dirigía al padrastro llamándole de *usted* no obstante las amonestaciones que le hizo para que cambiase de tratamiento. No parecía lógico que personas de una misma familia se hablasen en tono tan solemne. Además se lo pedía por otra razón obvia: le hacía viejo que le llamasen de usted. (Sonreía al decir que le hacía viejo.) No se

trataba tampoco de que no reconociese en él a la persona mayor, al consejero o de que no tuviese en cuenta su edad. Carisio utilizaba expresiones en las que no había que emplear la segunda persona del singular, de tal forma que no se conocía el tratamiento que le daba. El padrastro había evitado tener que censurarle su actitud, pero no tenía más remedio. El comportamiento de Carisio era distante y más bien frío. En recuerdo de su madre hacía todo lo posible por ser paciente, pero todo tenía un límite «porque a tu madre no le habría gustado la conversación que has mantenido con Sanz jambrina sobre la idea de la propiedad». Carisio quería decirle que no nombrara a su madre, pero pensó que podía ser cierto que no le hubiese gustado. El padrastro le preguntó, entonces, si le importaba disgustar a su madre, y Carisio dijo que efectivamente le importaba. Entonces ya sabía lo que tenía que hacer. Pero su madre estaba muerta y por lo tanto no sentía el frío ni el calor, o lo que era lo mismo, no podía disgustarse por nada, y menos por haber mantenido una conversación sobre la idea de la propiedad con Sanz Jambrina. El padrastro le había interrumpido. ¡No tenía que ser irrespetuoso, ni expresarse de ese modo! Lo que había querido decir, Carisio, era que no *sentía*, que no pensaba su madre, ¡pero eso no constituía nada nuevo! Mientras hablaba Carisio el padrastro guardaba silencio. Tomaba la sopa con cuidado, sin inmutarse, y no parecía que iba a intervenir en la conversación, hasta tal punto que cuando él terminó de hablar, siguió guardando silencio. Después utilizó la servilleta que tenía encima del pantalón, llevándosela a la boca, la volvió a dejar en su lugar, y pareció entristecerse de repente.

—No, hijo, no.

No se había alterado por lo demás, y se expresaba en el mismo tono de voz, pero, por lo pronto, había querido demostrar su disentimiento. Su posición estaba clara «*no, hijo, no*». Era inaceptable exponer esos puntos de vista que además iban contra todo el orden establecido. Ciertamente la propiedad debía tener sus limitaciones en el terreno social, pero resultaba necesario admitirla. Carisio le había interrumpido, sí, sí, en eso estaba de acuerdo el padrastro. ¿Cómo no iba a tener limitaciones la idea de la propiedad? Mencionaba el *Concilio Vaticano Segundo*. Y más aún, porque los antecedentes eran más remotos. La encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII ya decía algo al respecto. ¿Cómo?, ¿que no habían cambiado las cosas? ¡Todo se andaría! En cuestiones fundamentales no se podía correr. Pero la gente tampoco podía esperar. Bien, bien, eso era inamovible, el hambre y el mismo sufrimiento de los países no desarrollados; pero había que adoptar un criterio realista, no podía hacerse nada sin medios económicos suficientes, sin un desenvolvimiento industrial; no se iba a arreglar la cuestión en unas horas. Además no había que

exagerar tampoco, porque todo el mundo parecía querer opinar sobre eso. ¿Y qué?, ¿a qué conclusiones se había llegado? Personas había interesadas en resolver de la mejor forma posible esa clase de problemas, él era un simple comerciante que se había desentendido de la política después de la guerra civil; las causas estaban a la vista. Si le permitía le iba a hacer notar que precisamente parecía, por el tono de la conversación, y por los conceptos vertidos en ella, que él tuviese la culpa de algo. Eso era también frecuente en discusiones de esa clase: se catalogaba a uno en una facción determinada. ¡Pues no era eso, no era eso! ¿Qué podía hacer él? Había vuelto a llevarse la servilleta a la boca, la había doblado. No le gustaba ese género de conversación, porque nunca se llegaba a ningún resultado. Por otra parte cuando se había vivido lo suficiente, se tenía una experiencia más completa sobre las cosas, que a él le faltaba. Era más, si le hablaba con tranquilidad, le hacía sonreír, aunque muchas de las palabras no las pudiese tener en cuenta debido a su misma juventud. Era un poco cómico todo ello. No era cuestión de hablar de conflicto generacional porque no era propiamente eso. Se comenzaba a ser independiente, según su opinión, demasiado temprano. La gente joven hablaba de todo, discutía de todo, y lo que pasaba era que se le permitía que lo hiciera, y se le alentaba. En su juventud no sucedía eso. Él a su padre le hablaba con más respeto. No sabía si eso resultaba mejor. ¿Y la obediencia? De acuerdo que el diálogo con las personas mayores, era, en la actualidad, podía decirse, más humano, pero antes se confiaba en el criterio de las personas mayores y en la autoridad, simplemente, *porque sí*; tampoco hacía daño eso.

—Ahora vamos a ver lo que pasa.

Se discutían los principios, los fundamentos, la idea de la propiedad, los valores que antes se consideraban como esenciales. Se discutía sin el menor respeto y, lo que era peor, sin un conocimiento de causa o sin un criterio racional. «Y los resultados estaban a la vista: revueltas de estudiantes y un mundo desquiciado sin posible arreglo.» No sabía si lo había entendido, bien, quería insistir en ello. Pasaba las manos por el mantel y miraba hacia la calle. No había ladeado la cabeza, siquiera, como si tuviese miedo de mirarle de frente, o de que Carisio no llegase a comprender.

El sufrimiento podía estar en el hombre pero había que sacarlo a flote. En el caso del padrastro, era también igual. Había dicho que nada le haría sufrir tanto — no lo quería pensar siquiera «¿has entendido?, no lo quiero pensar siquiera»—, que encontrarse en una situación parecida a la de la mujer del Contable. *Había, entonces, que hallar el procedimiento de colocarle en esa situación*. La dignidad, el aprecio de las gentes, eran sus valores fundamentales. ¿Qué queda de

un hombre cuando no es respetado en el medio social en que vive? Comprendía el daño que se le estaba haciendo a esa mujer porque podía ponerse en su lugar. A él nada le dolería más que saber que un miembro de su familia había seguido el mismo comportamiento. «Creo que nada podría causarme mayor sufrimiento.» Pero, ¿qué quería dar a entender, el padrastro, cuando hablaba del Contable? Había dicho que era un hombre respetuoso del deber, que había trabajado doce años a sus órdenes, que era disciplinado, que cumplía con sus deberes civiles y religiosos. ¿Qué esperaba de él?, ¿el cumplimiento de un trabajo cotidiano hasta la muerte? ¿Ha cerrado bien la oficina?, ¿la puerta interior? Los mismos actos repetidos día tras día, mientras sus hijos crecían, estudiaban, distribuyendo el dinero en sobres: para el colegio, para el alquiler de la casa, para la luz. ¡Y que no faltase! Para la ropa de abrigo, para la cocina de gas, para las medicinas y el tabaco, para ir al cine alguna vez, para el tranvía, para pagar lo que debía a un amigo, para los vinos del bar, para olvidar que la vida no era igual para todos, para luchar contra la monotonía, contra las palabras comedidas que había que pronunciar todos los días. Carisio se lo podía imaginar en la oficina organizando su pequeña actividad y buscando los procedimientos para llevarla a cabo. ¿Llevaría un libro de contabilidad de Dulce Escabues? Cuando se lo preguntó al padrastro, le miró, extendió sus manos y las frotó un momento una contra otra. No había que hablar de una forma irresponsable, ¿comprendía lo que quería decir?, era un asunto serio ése. Cuando le dijo que le gustaría conocer más detalles, pareció extrañado; no era un tema como para tomarlo a la ligera, o para hablar de él sin motivo. Por su parte, ya le había perdonado. Lo que interesaba era que Dios, asimismo, le perdonase (lo que sólo se produciría si mediaba un arrepentimiento sincero). ¿Qué más quería saber? La mujer en cuestión, Dulce Escabues, estaba encargada del cuidado de la oficina (limpieza en general) y sus antecedentes no los conocía. Además había que considerar la relación de parentesco desde el momento que era sobrina del Contable. El trato carnal con ella y su consiguiente explotación eran su mayor falta. Es-mejor-no-hablar-de-ello-es-mejor-no-hablar-de-ello. De todo tenía noticias imprecisas, pero si decía la verdad, tampoco había querido enterarse. Cuando algo llegaba a ser enojoso, podía resultar mejor olvidarlo, lo que en ese caso, y a pesar suyo, no había sucedido completamente. Conocía que el Contable estaba en la Prisión Provincial. Había pensado visitarle, pero no había decidido nada aún. Por una parte le parecía conveniente hacerlo y por otra parte no. Según como se mirase, ¿no era verdad?; había razones en un sentido y en otro. Por humanidad— por espíritu de caridad (miraba a Carisio al decirlo)—, parecía que sí, pero, ¿cuál iba a ser el resultado de la entrevista? Cuestión delicada todo aquello. A él le

habría gustado que alguien le aconsejara. (Había desviado la vista en otra dirección), pero también comprender que era un problema suyo, que a nadie le tocaba resolver. Lo que sí quería era que, en el futuro, pensase que había hombres responsables que se encargaban del caso. (Sanz Jambrina, por ejemplo.) Él ya lo había dejado en sus manos, y por ese lado, estaba tranquilo. Era necesario pensar, incluso, en un sustituto (ya lo había elegido) en Fausto Bastardes Layana, del que tenía toda clase de referencias. Le costaría un trabajo ponerse al día, sobre todo en la cuestión inmobiliaria, y de venta, que requería tiempo; pero no había nada que no tuviese solución. Todo marcharía debidamente en el futuro, como se pensaba.

12.

En el locutorio, el Contable se asomaba a la ventana. Parecía que buscaba a otra persona. Podía ser que buscase a su mujer o a su sobrina, Dulce Escabues, al padrastro; pero al final había debido de comprender que era Carisio quien le visitaba. Se le quedó mirando en silencio. El vigilante había dicho que tenían diez minutos justos, y había mirado el reloj. La luz de neón caía sobre las cosas, inundaba la frente y el pelo del hombre; también la pequeña repisa debajo del cristal. Carisio veía sus manos: eran manos de funcionario— de contable—, alargadas, suaves, como hechas para sostener la pluma o el papel de expedientes, de impresos. Se presentó dando su nombre y apellidos. No sabía quién era. Entonces hizo mención a la relación que le unía con el padrastro y con Sanz Jambrina (funcionario de ese establecimiento). El Contable palideció ligeramente. Hasta ese momento nadie se había ocupado de él. ¿Venía en su nombre? Carisio no llegó a asegurar que viniese en su nombre, pero el Contable parecía interesado. Sus manos temblaban ligeramente debajo del cristal.

—¿A qué ha venido?

Comprendió en seguida, que no se confiaría a él si le consideraba formando parte de la familia del padrastro. Por ese mismo motivo estuvo un tiempo hablando de sí mismo, de sus relaciones con el padrastro, de su vida en Francia, de su madre. Mientras hablaba comprendía cómo era fácil inventar. No hacía ningún esfuerzo. El Contable le preguntaba para que respondiese sobre extremos concretos: ideológicamente hablando él no formaba parte de ningún partido, pero eso era lo de menos. El Contable pareció algo más tranquilo y permaneció unos minutos en silencio. Carisio empezó a hablar, entonces, de su padre, y de su muerte en la guerra civil. El Contable parecía escucharle con atención.

Ya era posible el diálogo. Hablaba con naturalidad, sin ocultar nada. Dulce Escabues, su sobrina, era una mujer desagradecida; eso no se le hacía a un hombre como él. Había obtenido todo, no había recibido otra cosa que favores ¡y que viese cómo se lo pagaba! Realmente tenía que reconocer que él había actuado con imprudencia. ¿Errores?, ¿dice usted que errores? Sí, muchos. Mire usted, sería

distinto si volviera a empezar; era una suposición, claro, porque no iba a volver a lo de antes. «Pero supónganse que vuelve a empezar.» Entonces, por lo pronto, se organizaría en un local. Había negocios que requerían que se montasen a lo grande, allí no se podía improvisar, iba a explicarle sus puntos de vista; hablaba de algo que conocía bien. «Mire, como es lógico todo reside aquí.» Se ponía las manos en el bajo vientre. Cuando el hambre era grande, en un País como aquél, lo que había que hacer era explotarla. En toda la organización comercial era lo mismo; cuando había demanda aumentaba la oferta y el precio. ¿Había o no había demanda en el país? El negocio tenía una base firme y eso se notaba. «Escuche, si yo tuviese su edad no lo dudaría, montaría todo a lo grande, con una sala de baile, por ejemplo, con dos mujeres o tres mujeres.» ¡Y a vivir, que la vida era corta! «¿Usted ha pensado en los beneficios? ¿No se ha imaginado cuál puede ser la producción en función del trabajo?» ¿Le faltaba experiencia? ¡Eso no importaba! «Usted venga a verme cuando quiera, yo le daré los datos que precise. Espere, oiga, espere.» (El vigilante se había acercado y decía que ya habían pasado los diez minutos.) ¿No ve que estoy hablando con el señor? El vigilante lo apartaba. Se oía la voz (recomendándole que volviese otro día) cada vez más lejana.

El amor con Dulce Escabues no se distinguía del amor con cualquiera otra mujer si no era porque empleaba todos los procedimientos técnicos que había aprendido, en la profesión, a las órdenes del Contable. Carisio le decía que por él, debía de olvidarse de los procedimientos técnicos aprendidos en la profesión, pero la intención de Dulce Escabues era proporcionarle el mayor placer posible, y al menos ponía en ello toda su buena voluntad.

—¿Le gusta así?

Había intentado, Carisio, hacerle comprender que él tomaba una cantidad suficiente de droga, como para no tener en cuenta esas diferenciaciones, que sólo podían tener valor en otras circunstancias. No tenía tanta importancia los cuerpos; el simple roce de las manos por ejemplo, su voz, el reflejo de la luz sobre el rostro, en el pelo, en los ojos, eran impresiones que difícilmente podían conseguirse de otra manera. Cada sensación tenía una representación simbólica que hacía referencia a algo distinto que se apartaba del terreno del amor, y que parecía espiritualizarse. Algunos recuerdos infantiles se entremezclaban con vivencias más recientes. El jardín, donde había paseado en otros tiempos, en Francia; la pequeña plaza con las sillas de mimbre, la mirada dulce de su madre y de pronto el espacio enorme, inmenso, por la noche, del cielo, que se extendían sin límites de un lado a otro, y que él ocupaba plenamente, por existir ese Uno,

que era el mismo, donde todo se hacía omnipresente, donde toda la culpa se desvanecía para dejar paso a una tranquila felicidad.

—Diga, ¿con quién cree que está hablando ahora?

Del cuerpo de Dulce Escabues, la mirada de Carisio resbalaba hasta la pared, hasta la luz del sol que se reflejaba, hasta la imagen de un Cristo colgado, el retrato del Jefe del Estado, con la firma abajo, el calendario de una imprenta, editorial-papelería: Gambón, Zurita, 6, Teléfono 222387. Después pasó revista al suelo para comprobar cuáles eran las prendas esparcidas; también a las sillas, a cada uno de los diferentes muebles, y cuando dirigió, por fin, la vista a la puerta, vio que había quedado entreabierta y que el niño repartidor de leche (que era el monaguillo de la Basílica del Pilar) estaba allí, con los ojos abiertos, mirando el cuerpo inmóvil de Dulce Escabues, sin que ella llegara siquiera a saberlo. El niño permanecía con las botellas de leche en la mano, diciendo algo, justificándose, sin apartar la mirada del cuerpo de Dulce Escabues. ¿Cómo había entrado?, ¿es que un niño — de doce o catorce años de edad — puede entrar en una casa sin pedir permiso? Tenía que levantarse. Debía ponerse algo encima. Cuando llegó hasta el niño seguía ensimismado; le cogió de un brazo para hacerle salir, pero ofrecía cierta resistencia. Le preguntó cómo había entrado. Se había puesto delante. Así tapaba el cuerpo de Dulce Escabues a la vista del niño. (Seguramente como debía de ser, como le habían enseñado, en la escuela, los educadores, los moralistas o sus mismos padres.)

—¿Vas a salir ahora?

No parecía que quisiera salir el niño. Cada vez que se ponía delante, se movía un poco en la otra dirección. El cuerpo de Dulce Escabues era algo obsceno, no tenía voluntad, no tenía entendimiento o espíritu — todo materia como dirían los moralistas — y cada vez que se movía adoptaba una postura nueva con lo que conseguía llamar la atención del niño. Dirigiendo la mirada en la dirección de Dulce Escabues, había que comprender lo que sentía el niño. ¿Querría acercarse a ella, con miedo, con deseo, todo entremezclado? ¿Querría llegar a pocos centímetros de ella?, ¿sentarse en el sillón de al lado?, ¿poner sus manos encima del cuerpo?, ¿sobre su cintura?, ¿sobre los brazos?, ¿sobre su cara?, ¿sobre las piernas?, ¿sus rodillas?, ¿su vientre?, ¿abrazarle?, ¿sabía lo que había que hacer?

—Oye, niño, que ya es suficiente.

Había conseguido empujarle hacia atrás dos pasos con precaución — en dirección al pasillo — para que no se le cayese la leche. El niño explicaba que había entrado con el padrastro que estaba allí y pronunciaba su nombre y apellidos. No le podía creer. La sombra del padrastro — detrás del niño — empezaba a perfilarse mejor. Se veía bien. ¿Eres tú?, dijo el padrastro. Dulce Escabues se había levantado,

se ponía su vestido (¡cómo una mujer puede vestirse tan de prisa!). A Carisio no le parecía necesario hacer las presentaciones desde el momento que él sabía que se conocían; pero el padrastro lo negó con firmeza. ¿Qué quería decir con aquello de que conocía a esa mujer?; *no le había visto en la vida*. Si se hubiera encontrado, Carisio, en otras circunstancias, habría insistido en ello, pero Dulce Escabues se había marchado ya en compañía del niño, repartidor de leche, en las horas libres, y monaguillo en la Basílica del Pilar. El padrastro parecía qué iba a hablar, entonces, para recriminarle su conducta. Carisio se caía, todo parecía oscilar alrededor, posiblemente como consecuencia de haber ingerido una dosis excesiva de droga. Sus manos temblaban aunque no exageradamente. Se podían poner contra los ojos, horizontales. Era un ligero temblor, casi inapreciable; y después parecía que algo como agua caliente subía hasta arriba, hasta la boca, hasta el cuello. Se llenaban los ojos de lágrimas. Ya estaba allí. No había nada que hacer, sólo se podía bostezar, pero hasta en eso había que tener cuidado. Había que poner las manos contra la mandíbula, porque se podría producir una dislocación súbita. El sudor se hacía frío. Habría sido necesario cubrirse con mantas, hasta la cara, hasta los mismos ojos. Pasear, sentarse en el suelo, echarse en algún sitio, en la cama por ejemplo. Era el momento en que se podía empezar a gritar, pero no servía de nada tampoco. El padrastro estaba allí. Por su parte debía actuar normalmente, utilizando la entonación de voz de siempre, pero no pudo pronunciar ningún sonido articulado. Lo intentó de nuevo, dos o tres veces. Si sujetaba la boca entre las manos, le resultaría más fácil, pero nadie habla en esa actitud. Durante unos segundos — mientras se vestía — lo consiguió plenamente e incluso llegó a animarse. No sólo podía saludar, decir buenos días al padrastro, por ejemplo; podía llegar más lejos aún, hablar de cualquier cosa. Dejó caer las manos sobre los costados. Había algo que no marchaba bien, porque el padrastro le miraba asombrado. Se puso bien la corbata. Acaso movía demasiado los brazos (*¿y* la expresión de la cara?). Durante un tiempo siguió así. Hay sensaciones de las que no se repone uno, que producen una verdadera frustración o depresión, aunque sea momentánea. Cuando se está al lado de una mujer, por ejemplo, se necesita una cierta tranquilidad (ya se entiende lo que se quiere decir). Se está realizando el mismo acto, sexual, de la procreación (también se sabe en qué consiste técnicamente) y entonces llega el niño repartidor de la leche, en sus horas libres, con dos botellas en la mano, acompañado del padrastro, entrometiéndose en la vida privada de los demás. No. No estaba en condiciones, Carisio, para hablar, ni era necesario que dijera nada. El padrastro le rogaba que se sentara en una silla baja que había traído para él. Eso era. ¡Que no se moviera de allí! Bueno, bueno, más tranquilo. No

cabía duda que le estudiaba, y que no había llegado aún a ninguna conclusión evidente. Por lo pronto, debía de quedarse en la silla baja sin moverse, y responder sólo si estaba bien. Lo que se podía confirmar era que no pasaba a más, que su estado parecía estacionario. Había puesto, el padrastro, una mano sobre sus piernas y, en voz baja, le preguntaba por qué había hecho eso. Había apoyado, Carisio, la cabeza contra el respaldo de la silla y había cerrado los ojos. El padrastro había dejado, definitivamente, de hablar, después se había acercado; había dado dos o tres vueltas alrededor de la silla. Había pronunciado algunas palabras, había preguntado si estaba dormido, se había detenido enfrente, había pasado las manos por su cara hasta llegar a los ojos. Si conseguía abrirlos vería si fingía o no. El globo del ojo de Carisio permanecía inmóvil, y blanco, lo que significaba que dormía de verdad.

Amor ilícito extramatrimonial, contrario a cualquier norma moral. Se estaba exaltando el padrastro; se excusaba, pero iba a seguir. Amor hecho de placer sensible, materia, sólo materia — no había hablado de Dulce Escabues aún. ¿Dónde quedaba el espíritu entonces? ¿Y si no era como decía que explicase Carisio si no le quedaba algo sucio después, en la conciencia, dentro de sí mismo? ¡Qué diferencia con el Amor Consagrado, con el que se hacía autorizadamente, porque sí, no por el placer! (eso era secundario como comprendería más tarde) sino en función de la procreación, de los hijos futuros, que constituían parte esencial de la familia (que era a su vez núcleo esencial de otras instituciones que lo abarcaban). Porque había otras mujeres que estaban allí mismo, en la ciudad, y a su alcance «mujeres virtuosas y buenas». Él se alegraría enormemente si su elección recaía en alguna de ellas. Conocía a las familias de donde provenían. (A su lado tenía todas las ventajas y podía darle la información precisa.) No era bueno para un hombre estar solo. ¿No se cansaba de vivir así? Crear una familia, tener hijos, resultaba lo más sensato, *establecerse*, la palabra era ésa: tener algo por lo que luchar y vivir, buscar la verdadera finalidad de la vida, que no era necesario explicar en qué consistía (aunque había personas que demostraban en eso ignorancia por pura comodidad). La verdadera finalidad de la vida hacía relación al cumplimiento del deber, lo que era lo mismo que decir que hacía referencia al cumplimiento de los preceptos contenidos en el Decálogo Moral. Y también, hacía referencia al Amor al Prójimo y al respeto de los Derechos Adquiridos. (Entre los distintos derechos había que considerar, por tanto, los que eran propios al Hombre, connaturales a él, la libertad de practicar la verdadera religión, el derecho de propiedad, etcétera.)

¿Esos argumentos eran los que habían convencido a su madre? ¿Pero, dónde estaba la fuerza?, ¿en su exposición?, ¿en su mismo fondo?, ¿o en la Autoridad de la persona de donde procedían? Carisio quería hacer un análisis objetivo. El padrastro había dicho que el cumplimiento del deber, el amor al Trabajo, y al Prójimo, eran los valores fundamentales del Hombre. Después se había detenido como para buscar más Valores. ¿De la expresión del interlocutor dependía que la pausa fuese más o menos larga? ¿Que la enumeración continuase indefinidamente, y que no acabase nunca? Había que imaginar a su madre oyendo al padrastro. ¿O es que no hablaban de valores espirituales?, ¿o es que de vez en cuando se deslizaba — por parte de quién—, una caricia furtiva? El cumplimiento del deber y la falda levantada. ¿A los cincuenta años? Le iba a decir algo además, el padrastro, que quería que recordara y era que *él* siempre había respetado a su madre, hasta tal punto que, en el tiempo que había vivido a su lado no había tenido una sola discusión. Si sus relaciones con ella hubiesen tenido que definirse de algún modo, él lo habría hecho utilizando una palabra única, que era la de *amor*, de significado universal, y que todo el mundo comprendía (Carisio no sabía qué quería decir exactamente esa palabra. El padrastro lo sentía por él). «El *amor* — dijo el padrastro — era lo único que daba finalidad a la vida, y era un sentimiento común entre los hombres, de tal modo que, las personas excluidas, nunca podrían encontrar la verdadera felicidad.» Por eso estaba preocupado, porque había estudiado su manera de ser y había creído ver que algo le faltaba. ¿No sería el *amor*? Elegir a una mujer digna, la compañera de toda la vida, era propio del hombre que había alcanzado la madurez física e intelectual. ¿Había pensado en ello? Carisio no había pensado ciertamente en nada; no tenía el tiempo suficiente para llegar a una conclusión definitiva. ¿Entonces qué era la mujer para él?, ¿un objeto de placer? Tampoco le estaba permitido a Carisio expresarse en esos términos. Había que distinguir unas mujeres de otras. Su madre era un ejemplo. Era un amor sincero nada más. Lo espiritual prevalecía sobre cualquier otro valor que pudiese ser considerado. A Carisio le interesaba el tema del *amor*. ¿Entonces la relación que había mantenido el padrastro con su madre, exactamente cuál era? El mismo padrastro no comprendía la pregunta. «Digo que ¿cómo se comportaba usted con ella?» Ya le había dicho el padrastro que no le debía de hablar de *usted*, que no era necesario utilizar ningún tratamiento. «Pero, dígame, ¿cómo se comportaba?» No entendía la pregunta. Ya la había explicado que, para él, lo más importante era el *amor*, y que ése era el único sentimiento que podía haber existido. Carisio quería que fuese más explícito. Desde su punto de vista había dicho que la mujer no era un objeto de placer. Entonces, en ese sentido, ¿cómo se

comportaba con Dulce Escabues? El padrastro había mirado hacia un lado, hacia la izquierda, pero Carisio había vuelto a insistir. ¿No comprendía que algunas preguntas eran poco delicadas? Expuestas, además, como él lo hacía, no obtendrían nunca respuesta. ¡Estaba hablando de su madre, debía darse cuenta de eso! El padrastro había vuelto a recapacitar, a pesar de todo. ¿Qué quería saber con exactitud? Ya había dicho que sus relaciones con su madre no habían podido ser mejores, hasta tal punto que tenía de ella un recuerdo muy fuerte. A la nueva pregunta de Carisio, a su tono, obsceno, que se refería a Dulce Escabues, no iba a contestar, y le rogaba que se callase. Insistía. ¡Que tuviese cuidado, que la paciencia tenía un límite! Le rogaba que no volviese a hablar de esa mujer. (Él no había oído nada, no se lo tendría en cuenta.) Había hecho una pausa. Lo que no podía admitir era ese aire de indiferencia cuando él hablaba. No decía que tuviese que estar de acuerdo con lo que explicaba, no se lo pedía tampoco, porque comprendía la necesidad, siempre, de un diálogo, pero que él dijera una cosa no constituía un motivo para que le mirase con esa expresión de asombro. Podía no darse cuenta, pero era de mal efecto: porque no movía un músculo del rostro, no daba una señal de asentimiento o de duda.

Carisio habría conseguido una felicidad más completa si no hubiese sido por el repartidor de leche, en las horas libres, el monaguillo de la Basílica del Pilar, que se adelantó en su recorrido, y que le hizo salir a la puerta a esas horas de la mañana. «Serian las ocho o las nueve de la mañana. No son horas para despertar a nadie, y menos cuando se sabe que se puede dejar la leche en un rincón y que nadie se la va a llevar.» ¡Sí, pero es que hay que prevenir en esos casos! En la escalera — al día siguiente — se encontró al niño, repartidor de leche, y subieron juntos. El niño no dijo nada hasta que llegaron al segundo piso; después explicó que le había parecido muy bien la señora, que estaba muy buena. A Carisio le pareció irrespetuoso hablar de ella en esos términos, y el niño se excusó pero sólo a medias. Se veía que le miraba con admiración, o con respeto, y que había aumentado en su consideración. (A partir de ese día dejó la leche en la misma puerta, si entrar en la casa.) ¿Desde entonces, en adelante, siempre dejaría la leche en la puerta y no se pasearía por el pasillo como lo había hecho la última vez. El niño dijo que sí, que lo tendría en cuenta, y que dejaría la leche donde quisiera. «Bueno, ahora ya te puedes ir.» El niño conocía, también de vista, a través del cine, a una artista que nombró y le parecía bien, aunque creía que estaba menos buena que la otra, que era la que había visto en la cama.

—Sí.

El niño tenía una imagen de Dulce Escabues — de su cuerpo —

que se había adentrado en su mente, en su sangre y por su corazón, y, aunque no lo decía, seguiría en él toda su vida, y no le abandonaría.

13.

Desde la calle del Doctor Cerrada pasó Carisio al Paseo de Calvo Sotelo. Las casas eran iguales y grises. Por la calle de Mariano Barbasán llegó el puente sobre el Huerva, en la intersección de las calles de San Juan de la Cruz y Juan Pablo Bonet. Miró abajo: era triste ver la tierra, y el hilo de agua que corría. Le pareció inhumano ese paisaje y, por ese motivo, se quedó apoyado en el pretil. Un hombre revolvía la tierra, la basura, llenando un talego, y lo subía por la escalera lateral. Le llamó y habló con él desde el mismo pretil. El hombre había levantado la cabeza y le miraba. Parecía tener miedo; no debía estar permitido revolver en la basura. Era indudable que le confundía con la Autoridad Civil o Militar. Se había dado prisa en acercarse. Explicaba que no hacía nada malo. Había encontrado algo de papel y carbón; todo de mala calidad. El agua parecía gris. La tristeza del atardecer estaba allí. El hombre se había colocado a su lado. Decía que se llamaba Juan Montero Marugán (para servirle). Se expresaba de un modo ininteligible, y parecía que se iba a caer con su talego a la espalda. Cada vez que hablaba profería palabras ofensivas. Carisio asintió. Se imaginaba que tenía razón, aunque no sabía de qué hablaba exactamente. Le invitó a tomar un vaso de vino y él dijo que sí (si es que era una invitación). Tenía arrugas en la frente, enormes arrugas que le invadían, que invadirían la cara — hasta que no quedase nada de su expresión, acaso el brillo solo de sus ojos. Mientras andaba injuriaba a los Santos, y en especial a San Valero, que era el patrono de la ciudad. Sus manos temblaban, parecían demasiado reales.

—¿Después vende lo que coge?

Si podía venderlo todo iba bien la cosa; lo malo era que no había mucha demanda, y no era como antes que sólo había dos o tres que se dedicaban al oficio. Iban por allí los menores de edad. Lo peor era que le podían, porque para ese oficio había que tener pocos años y una vista apropiada. En *Martín*, Juan Montero Marugán, mientras bebía, miraba a las mujeres (en particular a Dulce Escabues) y si no les decía nada era porque iba mal vestido y sabía lo que contaban las apariencias. Le daba con el codo a Carisio para que la viera porque

estaba al lado de él, cerca de la televisión y le parecía bastante bien.

—¿No la ve?

Juan Montero Marugán — una vez — había encontrado una mujer así en un establecimiento abierto al público, en la *Avenida del Tenor Fleta* (aunque no se acordaba bien si había sido en ese establecimiento, porque había sucedido poco después de la guerra). «Estaba muy bien — dijo — muy buena, se lo digo yo.» Había vuelto a coger el vaso y parecía que se adivinaba, en su expresión, un sentimiento de nostalgia por lo que había sucedido en un pasado lejano. Volvió a insistir en ello y dijo que ya no se encontraban muchas así, que por lo menos a él le parecía que no se encontraban.

—La de la Avenida del Tenor Fleta, era la mejor.

Parecía que dibujaba con la mano, encima de la mesa el sitio exacto donde estaba la Avenida del Tenor Fleta. Trazaba las líneas. Se aproximaba demasiado. No tenía pérdida, allí la había encontrado.

—Vamos a ver, ¿usted sabe dónde está la calle de San José de Calasanz?

Entonces, a partir de la entrada de San José de Calasanz, como punto de orientación, sin pérdida alguna. Él había andado lo suficiente por esos mundos. Podía contar cosas, más de las que se podía imaginar. «Le ven a uno así vestido y no saben con quién hablan.» Había conocido en la guerra a bastante gente: al Registrador de la propiedad Antonio García Martín, muerto por la causa, al Juez de instrucción don Luis Fuentes también muerto por la causa, al Alcalde Ramón Alfonso Trallero, ídem por citar a unos cuantos aunque, si quería, podía nombrar a más («no, no, por mí no se moleste»), al Alférez Cariñena por ejemplo, al Teniente Carbonell, a los Comandantes Ceballos y Santa Pau. Había sido una cosa grande eso de la guerra de Belchite (¡claro, según cómo se viera!), porque habían entrado unos y salido otros (y viceversa) así hasta cuatro veces.

—¿Y usted dónde estaba?

Juan Montero Marugán hizo como los demás, entrar y salir cuatro veces. ¿Qué iba a hacer si no? Eso sí que había sido grande. «¡Mire ahora!» Dulce Escabues estaba allí. El Registrador de la propiedad don Antonio García Martín y el Juez de instrucción don Luis Fuentes habían caído como los primeros. «¡Mire ahora!» El Teniente Carbonell y el Comandante Ceballos lo mismo. Él no decía en qué partido había estado.

—¿Y usted qué hizo?

—Mire ahora; está buena esa mujer.

En el frente de Belchite habían pasado muchas cosas de las que era preferible no acordarse; él podía contar algo inédito, pero para eso había que tener más confianza con la gente de la que tenía. «¿Si yo le

cuento a usted algo lo va a decir después»? No. Carisio podía prometerle que no iba a decir nada. «Pues aún así, con su permiso, prefiero no contárselo.» Otro día podría ser que estuviese más en vena. «Mire, ahora», porque a él le gustaba hablar, pero sólo por rachas, y no con todo el mundo.

Dulce Escabues estaba muy cambiada. Él no creía que tuviera ese color en su pelo, ni que sus manos fueran de esa manera. Para Carisio, Dulce Escabues era sólo un conjunto de sonidos y de colores. Juan Montero Marugán decía que vestida era como un pez fuera del agua, pero cuando se quitaba la ropa «*ya se lo puede usted imaginar*», nada tenía secretos para ella. Fornicaba a la española y a la francesa (en lo relativo a ese punto no podía explicar la diferencia). Su madre era conocida asimismo en el lugar, ya en la época de Azaña. Servía de modelo a un artista. Se ponía en pie en un estrado, y sin ropa, y cobraba por hora de trabajo. Acabó como todo el mundo en sus mismas circunstancias, porque eso de ver y no tocar, aunque era menos arriesgado, no se cotizaba; se hizo puta declarada y educó a su hija del mismo modo. Dulce Escabues bebía vino blanco con preferencia al tinto, pero a determinadas horas del día variaba para no dejarse vencer por la monotonía; decía que distinguía cualquier vino blanco con los ojos cerrados, y que con el tinto le sucedía igual.

—¿Quiere otro?

Se levantó Dulce Escabues la falda amarilla moviendo, al mismo tiempo, el cuerpo; estudiaba las condiciones que se ofrecían, aunque con lentitud, por que como ella decía, aunque no era culta, y no había estudiado en un colegio de pago, había algunas cosas que requerían reflexión. Lo que quería decir era que no hacía diferencias en los precios, porque era único y oficial; tampoco se fiaba como en las tiendas de comestibles, ¡no faltaría más! Dulce Escabues tenía buena memoria y recordaba siempre las personas que había conocido. Una vez y no más santo Tomás por lo que se refería a él. ¿Qué creía?, ¿que tenía buen recuerdo de su visita? De todos modos ella estaba fuera de la circulación, ya comprendía lo que quería decir con eso. Carisio dijo que sí, que lo comprendía, pero que había hablado con el Contable. El asunto era delicado para tratarlo allí.

—Acérquese más.

Había inclinado el cuerpo, Dulce Escabues, sobre el mostrador. Carisio hablaba a su oído, se le veía gesticular moviendo las manos y la cabeza. Después sus manos permanecieron quietas y la cabeza se separó ligeramente del cuerpo. Ella parecía haber comprendido. Si no se equivocaba, Carisio, quería que trabajase con él a sueldo (que perdonase la expresión pero había que hablar con claridad) a cambio de percibir una cantidad que iba a ser proporcional, y con un precio

base fijo, mensual invariable, y sin descuentos.

—¿No es eso lo que quiere decir?

—En líneas generales, sí.

Con una instalación suficiente se podía iniciar el trabajo. Dulce Escabues no tenía nada que objetar y se la veía satisfecha yendo por los pasillos del apartamento, por las habitaciones interiores, y poniendo orden a todo. Lo que faltaba era dar únicamente una cierta publicidad, que nunca se pudiese pasar inadvertido. «Conviene que se sepa que se dan clases de baile.» A cincuenta pesetas la media hora, con descuento para los abonados, porque eso se comprendía. (Había que tener ciertas consideraciones con la clientela fija.) En todo no sería tampoco lo mismo (ya comprendía lo que quería decir). La instalación estaba, efectivamente, bien. Se disponía de lo esencial y además podía ser objeto de ampliación. Se podría ganar dinero. Asimismo se contaba con la materia prima. Dulce Escabues pasaba las manos por su cuerpo, por las piernas, en un movimiento ascendente hasta la cintura. Era, en definitiva, una empresa o sociedad mixta de capital y de trabajo, con dinero invertido que era de Carisio, y con un único empleado que era ella. ¿Y por lo que se refería a la Razón Social o Denominación de la Sociedad?

Cuando hizo Carisio la declaración en la sección correspondiente no se le pusieron más inconvenientes que los que consistían en llenar impresos y realizar todos los otros trámites administrativos; pero eso fue después de hacer constar su buena conducta. ¿Es usted español? Sí. Entonces ponemos (ponga usted lo que quiera) católico, apostólico y romano.

—¿Qué industria ejerce usted?

¿Trabajo remunerado?, ¿industria de carácter particular u oficial? (Si hubiese sido trabajo o industria oficial habría sido necesario pasar a una Sección Distinta, en otra parte de la ciudad que no recordaba, que se le habría indicado.)

—¿Es usted el que baila?

—No.

—Firme aquí.

A los empresarios se les daba un trato preferente, en proporción cuantitativa a la inversión realizada, ingresos obtenidos, labor social; que podía consistir en indemnizaciones o en simples exenciones de impuestos. ¿Carisio podía acogerse a algún beneficio? El hombre parecía dudarlo ¿Qué labor práctica se realiza fundando u organizando una escuela de baile? ¿En beneficio de quién?, ¿de la región?, ¿de la comunidad propiamente dicha?

—Exponga usted lo que crea conveniente que debe alegar en el impreso.

—No creo conveniente alegar nada.

Le parecía razonable. Porque la Seguridad Social pretende, entre otros motivos, asumir la Responsabilidad de fundar una Familia, y de dar a los hijos la Educación que ellos son susceptibles de recibir y asimilar; por lo tanto, y en consideración a este criterio, las meretrices, o mujeres de costumbres libres, no participaban en el orden social, no eran, por consiguiente, dignas de consideración o respeto, ni debían ser protegidas por el Estado. Porque, ¿qué se podía pensar de una actuación que desnivelaba el orden familiar, que provocaba el escándalo y la ruptura de unas costumbres? Los hombres, empujados al abandono del hogar, producían toda clase de dramas familiares. El hombre que había contratado con la mujer dignamente (conforme a su categoría económica y social) podía cometer los mayores excesos, podía, incluso, establecer comparaciones nocivas o peligrosas en el terreno del *amor*, prescindiendo de otras convicciones. Por ejemplo, podía decir: «Yo respeto la institución sagrada de la Familia» (dentro de una organización, entre otras, como la del Estado, Provincia o Municipio), pero podría llevar (a pesar de eso) una vida desarreglada y sin un sentido trascendental. Cierto que la mayoría de las veces no se alterarían ni se olvidarían los valores fundamentales (¡no faltaría más!); porque una cosa era esa segunda vida que se sabía y se confesaba indigna (una persona de una categoría social determinada no podía relacionarse con Dulce Escabues) y otra cosa era que no se supiera que había una Verdad, unos Principios Básicos insustituibles que eran Permanentes. Además se imponía considerar algo de suma gravedad y escándalo. ¿Qué se podía decir, sin embargo, de la comparación física, del acto sexual realizado, del simple análisis de un cuerpo con otro cuerpo?, ¿de esa imagen que podía aparecer allí, oscura en un principio, pero que iría tomando dimensiones más amplias?, ¿qué se agrandaría y se haría luminosa? Porque no se querría ver en el primer momento, y hasta se intentaría apartar de cualquier forma (con las manos, acudiendo a un confesor y sometiéndose a la penitencia y a la absolución correspondiente) pero no serviría de nada, estaría allí luminosa, nítida. Un cuerpo y otro. ¡Qué diferencia! Uno lleno de vida hecho para vivir y para amar (¡no, no se había querido decir eso!), y otro hecho de monotonía y cansancio. ¡A ver, a ver!: la imagen del cuerpo, sin nada que lo cubriera, sin ninguna prenda encima. Se esperaría el fin de semana, o un momento libre, para llamar a Dulce Escabues, para organizar ese encuentro. «¿Mañana no puede ser?» Entonces pasado mañana o al otro, o cualquier día. Hasta que el hábito (que lo santifica todo) llegase a entrar en juego. De todos modos, si las cosas

se hacían bien, nadie llegaría a descubrir el secreto. Lo que podía conocerse en las conversaciones de café, sería por propia voluntad. Porque entre hombres es otra cosa. No va contra la honorabilidad esa clase de sucesos y estimulan, al contrario, la consideración social — el respeto — y la propia hombría de bien.

En la misma puerta de la iglesia de Santa Engracia, encima de una mesa, había un pliego de papel con el nombre del finado ribeteado en negro. Se podía leer con facilidad. Habían tenido cuidado con implantar el orden, de cumplir con las normas sociales establecidas.

—Perdone.

Se había hecho un pequeño tumulto delante de la mesa, cada cual esperando su turno para firmar. Se cedían respetuosamente el puesto, no se empujaban. Una mujer preguntaba algo. Quería saber si el nombre del finado era el que ella decía.

—¿Cómo dice que se llama?

Había que tener al menos una referencia y Carisio no tenía ninguna.

—Juan Augusto Senegües Verdún — dijo otra mujer. Carisio había vuelto la cabeza en otra dirección, hasta oír que la mujer había dado el nombre completo.

—¿Juan Augusto? — dijo la mujer—, ¿es verdad que se llama Juan Augusto?

Se había hecho, de nuevo, el silencio. Se podía oír el roce de la pluma contra el papel.

—Señora, le toca a usted — dijo Carisio.

La mujer se inclinaba sobre la mesa, explicando que no tenía experiencia en esas cosas. Pedía perdón si tardaba en firmar. Iba deletreando su nombre, y después le había cedido la pluma porque estaba a su lado.

—Muchas gracias — dijo Carisio.

Había cogido la pluma y había firmado. No conocía al difunto. A la salida un niño (que era el repartidor de leche, en las horas libres, y monaguillo en la Basílica del Pilar) le dio una estampa, ribeteada en negro, que ni siquiera le sirvió para orientarle.

En la sala de baile había luces indirectas, un magnetofón y carteles alusivos a las condiciones de entrada. La clase de baile se podía pagar por sesiones únicas, y por abonos. «Haga lo que quiera, pero el abono es más económico que la clase individual.» En quince sesiones se garantizaba algunos conocimientos, aunque no a la perfección. «Ya comprenderá que aquí se hace lo imposible, pero usted es un poco lento de reflejos.» Había que tener en cuenta la clase de personas.

Algunos hombres que iban a bailar no daban siquiera la talla. Podía ser que su complejo de inferioridad desapareciera, únicamente, con la ayuda de un médico (no se podía hacer más de lo que se hacía). En ocasiones era necesario dar por acabadas las clases aunque el cliente continuara pagando la cuota semanal (mensual o trimestral) que le correspondía. Honradamente había que decir que no, que se estaba perdiendo el tiempo.

—¿Lo entiende usted?

Había formas distintas de bailar: baile agarrado, *fox*, pasodoble y vals, baile suelto y moderno. No era lo mismo un baile movido, para lo que no servía Dulce Escabues, que un baile lento, para lo que ella parecía preparada. Porque ese baile pasaría y el otro, en cambio, no. En el fondo de la habitación estaban los discos. Las luces sicodélicas (que eran parecidas a las que utilizaba el reverendo Dionisio Reverter) y el bar. La música podía conectarse a las habitaciones interiores, y su intensidad, graduable, conseguía cualquier ambiente. «¿Qué quiere usted que ponga: música lenta, un vals, un *fox*, un pasodoble?» No había más que elegir. Dulce Escabues decía que era ella la que llevaba el ritmo, aunque explicaba que, en líneas generales, el hombre era el que debía llevarlo. «Eso es sólo para aprender, después irá solo.» Algunos intentaban sobrepasarse en la misma sala de baile. Dulce Escabues advertía que había que hacer una distinción: que el baile era una cosa, y que para sobrepasarse había que pagar más, que todo estaba establecido, porque si no sólo por la entrada se iban a poder hacer muchas cosas. («Aquí por la cara no se hace nada.») De vez en cuando se descansaba, se iba a un rincón, y si se quería, aunque dependía exclusivamente del cliente, se podía tomar un refresco (Fanta, Kas o Coca-Cola), también alguna bebida alcohólica (Ginebra Larios o MG, y Coñac Soberano en algún caso), o entrar en el interior del apartamento. «¡Mire usted qué bien queda!», para quedarse allí toda la noche.

14.

Así que Carisio le estaba diciendo al padrastro que se quedaba en Zaragoza, y que el trabajo que había elegido era ése. ¿Es que no podía elegir algo más digno? ¡Si se hubiese dicho que no tenía estudios suficientes!, aún se podría haber discutido — justificar, no — pero considerando su preparación intelectual, y con sus estudios, no podía admitirse esa clase de dedicación. Él resueltamente la desaprobaba, aunque, lógicamente, también comprendía que no podía imponerle su criterio, porque le correspondía tomar la decisión a él mismo; pero aún en el caso de que llevase a cabo ese proyecto — y no dudaba que se volvería atrás — ¿qué pasaba con el nombre de familia?, ¿y el juicio de la gente? ¿Cómo iba a dejar que ese fuese su trabajo en el futuro y además permanente? ¿Cómo decía? No parecía haberle entendido bien. ¿No se daba cuenta que había trabajos más serios? Su nombre y sus dos apellidos no podían mancharse, y menos en un ámbito, reducido, donde se sabía en seguida lo que pasaba. ¿Qué iba a decir la gente? No, hijo, no, con mi consentimiento, de ninguna manera. Entonces sin su consentimiento. ¿Pero qué decía? ¿Qué clase de persona era él? ¿Ése era su agradecimiento por todo lo que había hecho? Vamos a ver, vamos a ver; había que recapacitar. Se podía comprender que en una ciudad extraña se estuviese algo asustado, eso podía pasarle a cualquiera (y si se veía en trance de necesitar ganar un poco de dinero más) pero ese no era precisamente su caso, porque él estaba allí y todo lo que necesitara lo tenía de antemano. ¿Había comprendido? ¡A olvidarse entonces de ese asunto! Verdaderamente la situación resultaba cómica. «Tu madre me decía que eras extraño pero nunca pensé que hasta ese extremo.» El padrastro se reía. Había puesto una mano sobre la boca, pero se oía ese sonido gutural que no constituía propiamente una carcajada. Se veía, asimismo, el brillo especial de los ojos. Le había sujetado por el brazo a Carisio, y él se desasía, no violentamente, pero empujándole con firmeza. El padrastro había dejado de reír, había quitado su mano de delante de su boca, y ya parecía el hombre de costumbre, dispuesto a hacer frente a cualquier situación.

En una sociedad que se pone a Dios en la etiqueta de los abrigos de visón, como garantía, la mujer es una mercancía como otra, pero ella no lo sabe (y si lo sabe sigue las reglas del juego sin pensar demasiado). El precio de un objeto, en el mercado, se mide en función de la demanda. La mujer, si es sólo una cosa, seguirá estas reglas. Si se cotiza la virtud (aunque sea sólo aparente y basada en las buenas formas, la mujer será virtuosa; si son otros valores los que se toman en consideración, se atendrá a ellos. La mujer aún no se ha rebelado (no se le ha dejado hacerlo), pero ella se ha sometido con alegría. Lleva la inercia en la sangre y ésa puede ser la única justificación. El matrimonio no suele basarse en el amor, sino en el contrato: en lo que se da y se ofrece. Se habla de la mujer digna y de la indigna, pero objetivamente estos conceptos podrían intercambiarse. La sexualidad se considera como medio de procreación (que es lo más corriente), como diversión, como derecho, como privilegio, como obligación, como expresión de amor, de odio, de hostilidad, de violencia, como forma de comunicación, como símbolo de jerarquía social, y hasta como forma de vender productos. Es, sin duda, la función fisiológica que se manifiesta con mayores diferencias: en los hombres el placer aparece espontáneamente; en cambio, en gran proporción, las mujeres tienen que aprender o experimentar. La sexualidad, al mismo tiempo, es el acto fisiológico cuyo uso o abuso ha estado vinculado a las reglas morales de todas las sociedades, y aquél para el cual las autoridades eclesiásticas y legales han establecido reglas más rígidas. Sobre la prostitución no se dice, apenas, nada que sea digno de tenerse en cuenta. Se habla de la mujer que se entrega públicamente (palam omnibus) por dinero (pecunia accepta) y no por placer (sine delectu). En líneas generales hay que considerar características como frecuencia, publicidad y lucro, pero el factor decisivo es el de la falta de placer (sine delectu) entendido en sus dos vertientes (placer físico y espiritual). Una mujer que se entrega a un hombre públicamente y con frecuencia sin placer, sine delectu, es una prostituta, en el estricto sentido de la palabra. Y esto aunque la entrega se realice con el contrato matrimonial previo que se establece. (La única diferencia, en este sentido, sería la de distinguir entre prostitutas más o menos onerosas.) El matrimonio sin amor, sine delectu, sin placer espiritual o físico, entra de lleno en esta figura o institución objeto de estudio. Eso significa que la entrega fuera del matrimonio no tiene nada que ver con la prostitución por mucha que sea su frecuencia y su publicidad si va acompañada de placer o de amor.

Había materias donde era preferible no entrar, no querer saber nada. Cuando se han trazado las directrices generales no se puede estar en el pequeño detalle. Además no resultaba de la incumbencia de uno. Había que dejar cierta libertad en relación, por ejemplo, al establecimiento de precios y tarifas. Lógicamente en la calle de *Las*

Armas el control era más fácil. El número de personas o clientes que pasaban por allí, se multiplicaba por un coeficiente para deducir las cantidades fijas que pertenecían a la casa (se descontaba la parte proporcional que constituía el precio del trabajo propiamente dicho), pero en las actuaciones fuera de la casa no había control real. Aparte que había que dejar cierta elasticidad. «¿Cómo va usted a cobrar lo mismo a uno con boina que al director de Ahorros, de la Caja, es decir, de la empresa *Souvenirs de la Virgen*, o al director de Electrodomésticos, de aparatos de televisión o de Pompas Fúnebres?» Había que partir de un criterio de confianza — si se quería—, de honradez, porque nunca se podía conocer exactamente el precio que se pagaba. La satisfacción de algunos hombres era superior a lo previsto, cuando creían que habían perdido sus facultades físicas (potencia coeundi et generandi) («Con mi mujer no es lo mismo») y se les hacía ver que no habían perdido su vigor juvenil. Fuera de casa, de la calle de Las Armas, el control habría sido imposible, si se partía, además, de las actuaciones intermedias en el Pinar de Venecia y por la noche, cuando no se pasaba de la simple caricia (en lo más oscuro, a gusto del consumidor, y fijando el precio de antemano), sin pedir tampoco demasiado, a ser posible eligiendo clientes fijos, los de todos los días. «A la misma hora en el mismo sitio», realizando un mismo trabajo. «Como ayer, a ver si lo hace usted como ayer.» Al lado de la tapia mirando hacia delante y hacia los lados, para prevenir la llegada del guardia jurado: Emeterio Zaldívar Larues, que en cualquier caso tampoco podía probar nada (porque cuando hace calor se toma el aire, y nadie puede impedirlo, y se hace en mangas de camisa — como se quiere — con la ropa más ligera — o sin ella — y en la oscuridad o en la luz), pero siempre (había que repetirlo) exigiendo el precio de antemano, porque el hombre se entristece y se asquea — *omnia animalia post coitum tristatur*— y dice que no vale la pena — y es verdad — y se va, y hay que ir detrás de él, como mendigando, con la mano extendida o gritando, y no se puede hablar con el guarda jurado: Emeterio Zaldívar Larues, porque el asunto no le incumbe como ha dado a entender en sucesivas ocasiones. *Derechos*: recibir una cotización fija mensual (aunque esta cantidad sea percibida a mediados de mes y no al final) a la que se debían añadir los porcentajes variables, y que se establecían en proporción a las cantidades totales obtenidas sumando las *actuaciones*. Además, algunas *primas* y otros porcentajes empleados en la adquisición de productos de maquillaje y farmacéuticos, cuidados médicos, y de los otros, que pudiesen precisarse, y *una cuota reducida* para la compra de prendas de vestir, lavado de ropa, planchado, sábanas, y actualización del mobiliario existente.

En lo referente a la forma de fijar los precios, se podían seguir

sistemas distintos. Carisio había hablado con Dulce Escabues. «¿Quiere usted un tanto por ciento?» Porque había ese sistema, que debía ser tenido en cuenta por su interés. «Le puedo, si quiere, pagar un cantidad fija.» Pero este otro sistema, de la cantidad fija, tenía inconvenientes graves, porque suponía que se contase siempre con ingresos mensuales (y estos ingresos podían no existir), además que la gente no trabajaba por encima de un determinado nivel cuando sabía que los beneficios iban a ser los mismos. Era más lógica una remuneración mayor, en proporción al trabajo. «¡Qué usted quiere trabajar, pues entonces gana más!, ¡qué no quiere trabajar, se le da menos!» Dulce Escabues estaba de acuerdo, pero en la tienda de tejidos, donde había estado empleada antes, le pagaban una cantidad fija. Podía elegir como quisiera, aunque había soluciones eclécticas: se podía considerar el sistema de pagar una cuota fija y un tanto por ciento en función del trabajo. Eso le parecía mejor a Dulce Escabues, pero había que considerar, entonces, la cantidad de la cuota fija que no debía de pasar más allá de unos límites determinados.

—¿Cuota fija entonces?

En relación a la posibilidad de un pago adicional, en función de horas extraordinarias, se planteaba en seguida la cuestión de lo que se entendía por el concepto: si se consideraba que había una legislación laboral controlada, incluso de una manera obligatoria, por el Estado, en la esfera nacional, y Organizaciones Internacionales del Trabajo (O. I. T.). Pero ¿cuál era el horario que podía considerarse fijo en ese sentido?, ¿y qué horas podían tener un carácter adicional? Se trabajaba en todos los tiempos, por la mañana, por la tarde, o por la noche. Los resultados prácticos no eran siempre los únicos que habían que establecer. En ese caso el trabajo habría quedado reducido a una hora o dos: el tiempo justo en que se saciaba el amor del hombre. ¿Pero para llegar a este resultado?, ¿para conseguir que el hombre llegase hasta allí? Todo lo demás, las conversaciones, la espera suponían una cantidad de tiempo que podía tenerse en cuenta. Horas extraordinarias en cualquier caso, aunque no había nada legal a ese respecto; no podía haberlo desde el momento en que el trabajo era legal, por sí mismo. ¿Y desde el punto de vista moral? Tampoco. Ésa era, al menos, una ventaja, no se podía ir más lejos, porque moralmente se partía de una prohibición de carácter general. ¿Qué interés tenía el pensar en los derechos que correspondían, moralmente, a una persona, por un trabajo que también, desde ese mismo punto de vista, era degradante, contrario a la esencia del hombre y a su dignidad? Entonces nada de pagos adicionales.

Por lo menos se había avanzado algo en ese trabajo. Se seguían unas reglas del mercado, y era la mujer la que contrataba. Históricamente no

había sido siempre así, históricamente ella había quedado siempre fuera del juego (como sucede con las cosas o con las mercancías). Era el objeto de una cesión o de un arriendo, pero el cesionario o el arrendatario eran verdaderamente los que contrataban. La mujer no se vendía sino que era vendida. Y si el trabajo no era honrado, por lo menos podía decirse que era antiguo, y no siempre prohibido por la ley. Tenía cierta solera. En Caldea, en Egipto, en Roma y en Grecia, estaba a la orden del día. Pero, ¿quién se había dedicado a estudiar la historia? Heródoto hablaba de una profesión real. Los reyes abandonaban a sus hijas a la profesión, a cambio de que los ingresos entrasen a formar parte del erario público. Concretamente Keops había entregado a su única hija, pero había impuesto como condición, sine qua non, que cada cliente que tuviese comercio carnal con ella le entregase una gran piedra para la construcción de la Gran Pirámide; y en Lidia esa clase de ingresos constituían la dote que después sería entregada al marido. En Caldea la prostitución tenía un carácter hospitalario. De la prostitución hospitalaria se pasaba a la legal (Judía y Babilonia), después a la religiosa, y por último a la contractual (en la que alguien se ofrece, o vende, con el consiguiente contrato de matrimonio y el beneplácito de la Sociedad).

El personal, a las órdenes de Carisio, debía diferenciarse del común en el oficio: nada de trajes de calidad inferior, porque el vestuario debía de considerarse esencial, y el cuidado en el arreglo. No cabían descuidos. Había que conseguir que la generalidad se olvidase, de una vez, de esa equiparación entre mujer pública y vergüenza pública. Lo lógico sería poder presentar a la mujer elegida, pasear a su lado con orgullo (por el Paseo de la Independencia, por la calle Alfonso). ¿Qué era una utopía? Podía ser así, una enorme utopía («usted está aquí para obedecer, no para opinar»), pero nada se empieza sin ideal, sin miras ambiciosas y un espíritu pronto. Precisamente había trabajos que necesitaban una mayor racionalización, porque, en otro caso, estaban condenados al fracaso. Dulce Escabues podía darse cuenta de ello y de su actuación aislada. De acuerdo, que los beneficios eran antes exclusivamente suyos. Nadie le discutía eso, ¿pero qué ganancias había en total? Además ¿no tenía en cuenta los riesgos? Una mujer, sin los conocimientos legales, suficientes, estaba expuesta a todos los peligros en una ciudad de relativa importancia, de provincias, sin una organización; yendo de un lado a otro, de una calle a otra, preguntando, buscando trabajo, sin diferenciar, en la escala social, lo que era más conveniente. («¿No lo comprende usted?, ¿no se ha dado cuenta de esto?») (Los procedimientos de trabajo debían de ser organizados contando con conocimientos de personas influyentes, hablando con los propietarios de moteles, residencias y pensiones. El asunto había que planearlo. Podía ser que estos establecimientos

perdieran el prestigio de la clientela, pero había que ver el otro lado de la cuestión, desde el momento que una misma habitación podía alquilarse tres, cuatro o cinco veces la misma noche, con unos ingresos tres, cuatro o cinco veces superiores a los que podían obtenerse en condiciones normales. En principio era fácil que los dueños pusieran dificultades e incluso que exigieran un tanto por ciento mayor por el alquiler en esas circunstancias. «¿Una habitación con baño, o sin baño?, nombre, apellido y profesión; de la señora también, carnet de identidad y cartilla blanca si existe.» Pero eso era lo de menos.) El sistema de contabilización era fácil. Había un diario rojo en el recibidor. Las anotaciones debía hacerlas la misma interesada, y no ofrecían tampoco ninguna dificultad. Carisio había considerado que era preferible el sistema de cruces: se podían poner tres cruces, dos cruces o una en la casilla correspondiente. Le había explicado el mecanismo a Dulce Escabues. «Usted pone tres cruces, por ejemplo, ¿qué significa?» Pasar la velada al lado de un cliente, la mitad de la noche, no era lo mismo que ir al Pinar de Venecia, al atardecer. Había que imaginar que Dulce Escabues, un día cualquiera, pudiese haber puesto tres cruces en el libro de contabilidad.

—¿Entonces qué significa?

Porque era mejor poner tres cruces en el libro de contabilidad que una o dos. Después, en el margen derecho, se colocaban las observaciones o anotaciones correspondientes sobre la identidad del sujeto. ¿Aunque quién iba a dar el nombre y la profesión?, ¿y el estado civil? ¿Para que se hiciese constar en la ficha correspondiente? Se preguntaba el nombre de la mujer — de Dulce Escabues — pero nunca se daba el propio. «¿Quiere saber cómo me llamo yo, como-me-llamo-yo?» De ningún modo. Precisamente lo que se pedía era discreción. Ninguna de esas mujeres tendría derecho a saludar públicamente, en la calle, ni darse a conocer. Los nombres, por lo tanto, no podrían ser los verdaderos en el diario rojo, pero ése no era un problema sustancial. Siempre quedaba la posibilidad de utilizar los nombres figurados, o los que se fundaban en circunstancias personales, características físicas e inconfundibles. Y en lo referente al riesgo: el acetato de clomardinona, lo que vulgarmente se llamaba píldora anticonceptiva. Nada de utilizar procedimientos intermedios que eran siempre peligrosos, aunque dijese lo contrario Dulce Escabues. (Ciertamente se daba libertad en la realización del trabajo; se comprendía que cada uno tenía una forma de ser y una personalidad diferente. «Usted actúe como le parezca, nadie le va a llamar la atención», pero eso era sólo en teoría; había que mantener una disciplina y exigir una obediencia. Como también era importante la cultura general, tener formación previa.) «Mire usted, si una célula masculina va a realizar el proceso de fecundación y se le obliga a

pasar por un medio ácido se muere, y aun en el caso de que no sea así — y no se muera — el óvulo fecundado, en ese medio ácido, no puede vivir, lo que para el resultado es lo mismo.» ¡Se va entonces contra la vida!, ¡se hace lo posible para que no se produzca la vida! Con independencia de su licitud, de su moralidad (sobre ese tema está todo escrito: unos dicen que sí y otros que no) nadie sabe a qué atenerse. El acetato de clomardinona da el resultado previsto, ¿no es verdad? En el medio ácido no hay quién sobreviva, empieza la gran carrera: el que llega el primero es el que no muere, el que fecunda, ésa es la regla general, lo que siempre había estado establecido y previsto; pero entonces no, el primero también moría, porque estaba actuando ese milígramo de acetato de clomardinona. «¡Mire lo que son las cosas!» La nada resultaba, entonces, esencial. No se salía de allí, no había lugar para la vida. A los hijos de las mujeres públicas se les deja vivir sólo en su medio, lo que significa que no tienen acceso — como es natural — a las prebendas y a los cargos públicos; es mejor, entonces, que se extingan, que no tengan siquiera conciencia de que han sido, conciencia de su yo y del mundo que los rodea.

—¿Usted está de acuerdo en esto?

Dulce Escabues estaba de acuerdo en eso y en mucho más: el progreso significaba algo también para ella, pero veía algunas dificultades si había que contar con la autorización médica, aunque eso no era cosa suya. También existían especialistas y farmacéuticos con ideas conciliares, posconciliares, y con ninguna clase de ideas al respecto. A ser posible era preferible elegir de los de la última clase.

—¿Usted ve cómo no es difícil elegir?

Había que tener, además, cuidado en la elección. No eran lo mismo las personas de la ciudad que los que venían del campo, pero con unos y con otros se podía hacer algo. No había disculpas: «¿Va usted a decirme que con dos horas que lleva en el Paseo de la Independencia no ha encontrado nada disponible? ¿Que se le habían acercado sólo dos hombres con boina?, ¿que conocía bien lo que podían dar de sí los hombres con boina?, ¿que lo veía por la expresión de su cara?, ¿que no le gustaba su forma de hablar?, ¿de dirigirse?, ¿de expresarse?, ¿y sobre todo de proponerle el asunto?

—Mire, no hay que ser tan exigente, ¿de qué forma se lo proponen a usted?

Había siempre matices. De acuerdo que había matices; pero no se dirigían a una monja de la caridad y por eso era preferible no andar con rodeos y explicar las cosas directamente. Pero aún con todo, resultaba distinto explicar las cosas directamente, que utilizar palabras obscenas, porque, en general, las mujeres, incluso ella, tenían cierta sensibilidad.

—¿Usted me comprende?

Sí. Los estudiantes, por ejemplo, presentaban un inconveniente grave: sin dinero no se iba a ninguna parte. «Eso lo sabe usted», sin dinero, todo lo más, se iba en el tranvía línea Paraíso, trayecto de ida y vuelta. «No me ha dado el *ticket*, le digo a usted que no me lo ha dado.» Los tranviarios se guardan a veces los *tickets* y también el dinero cuando no les ve nadie. «¿Dice usted que no se lo he dado?» «Pues más bien, no.» Con los tranviarios tampoco se podía contar seriamente. «Están muy cansados para eso.» Todo lo más que hacían era dar una vuelta por el Pinar de Venecia. Otra cosa pasaba con los taxistas. En Madrazo, cuando se habían suprimido las casas de placer, los prostíbulos, y sitios de esparcimiento, relacionados con la fornicación, para gente modesta, («Usted paga por adelantado si quiere y si no se va») la cosa se complicó algo. Había que buscar una solución. Si no dejaban establecerse, con garantías de estabilidad, había que ejercer el oficio sin garantías de estabilidad. Los taxistas colaboraban, a su manera, porque la mercancía se vendía desde el interior de los coches. Alguien se acercaba, se contrataba de urgencia. El precio, como siempre, era una cuestión de oferta y de demanda; el que daba más se quedaba con el artículo. «¿Cuánto da usted?» Algunos creían que el precio era él de antes. «¿Se ha creído que los precios no cambian?» «Yo no lo he creído.» «Usted es más puta que las gallinas.» «¡Eh, sin insultar!, ¿qué es lo que dice?» «Que usted es más puta que las gallinas.» El taxista intervenía siempre, porque una cosa era que se intentase rebajar el precio del artículo (lo que resultaba completamente normal) y otra distinta eso. Nadie se quedaba con una mujer por la cara; en España, por lo menos, no se había dado el caso aún. ¿Que el taxista no tenía nada que ver en el asunto? Eso era lo que podía creerse porque recibía una comisión, formaba parte de la Empresa, aunque no estuviese registrada. No era cosa de hablar con gente desconocida. ¡A ver!, ¿quién daba más?, ¿quién había llegado a esa cantidad fija? «¡Porque aquí no se rebaja el precio, porque esto es algo legal y serio!» Con los guardias no había problemas aunque fuesen municipales. A cambio alguno decía a su mujer que tenía un servicio de noche que, en realidad, era inexistente. Emeterio Zaldívar Larues decía: me quedo de servicio todo el día y parte de la noche. Un guarda jurado en el ejercicio de sus funciones, en el Pinar de Venecia, da mucho más de sí de lo que se pueda creer.

Dulce Escabues iba de un lado a otro, a las horas que consideraba más convenientes, por ejemplo, al anochecer, pero también iba por la tarde al Pinar de Venecia. No podía establecer horas precisas, ni tampoco una media de trabajo porque dependía de los clientes y de las ocasiones. Había días «puede usted creerme» que estaba bastante solicitada. «Bastante, bastante, que se lo digo yo»; y otros que era al contrario. «Para ir tirando y nada más»; y ella no podía conocer las

razones. La clientela, en ese negocio, no tenía reglas fijas, parecía que, en determinadas épocas, la gente estaba más dispuesta para la diversión «o como usted quiera llamarlo». También había que hacer una diferencia entre los finales y principios de mes, a favor de éstos, naturalmente, porque la economía representaba un papel importante en el asunto. En todo caso el mayor problema, para ella, estaba en la gente más joven que no acudía, debido a razones que se comprendían con facilidad. Había que ver la libertad que tenían ellos — en el tiempo que les había tocado vivir—, sino para llegar hasta el final «bueno, que sí, que ya sabe», para hacer cosas que no estaban bien, porque de la cintura para abajo nada, pero por la parte de arriba todo lo que se podía dar de sí, que ya era mucho. ¡Para que a su edad le hubiesen dejado hacer lo mismo! De todos modos en la realización del trabajo no necesitaba esforzarse demasiado porque era apasionada por naturaleza. Eso tenía sus ventajas. Si quería podía arramblar con todo el mundo, con lo que le echaran encima, y si no hablaba más de ello era porque, aunque no lo pareciera, también tenía su dignidad, como sucedía con toda mujer que se preciase un poco. Claro que no era lo mismo con él que con otros: lo había comprobado la primera vez cuando aún no sabía, siquiera, el parentesco que le unía con el padrastro. «Ya sabe, cuando usted quiera, el día que quiera». ¡Por ella que no fuera! Ya le decía que no le importaba alargar la jornada de trabajo. «¡Pero no se ande con cumplidos!, ¡ya sabe!, el día que le venga bien me lo dice y yo quedo a su disposición para lo que haya menester.» ¿Quería pasar toda la noche con ella, parte de la noche, o se iba a ir en seguida? Según los casos se podía elegir; «¿va a quedarse toda la noche, no es verdad?»; pero algunas veces, Carisio, no tenía tiempo de elegir siquiera. «¡Venga aquí, hombre!» Le arrastraba, le llevaba a su habitación, hurgaba en las fibras más sensibles de su cuerpo, y sólo de madrugada le dejaba en paz.

Creyó, Carisio, que había llegado el momento de proceder a una ampliación, porque si contaba sólo con un empleado obteniendo unos beneficios, parecía deducirse que aumentando el personal aumentarían aquéllos. Partía ya de unas instalaciones fijas que no había que despreciar; el apartamento estaba bien, y su situación en la ciudad lo mismo. El portero uniformado, en los días festivos, le daba un cierto aire de solemnidad. Pensó hablar con Dulce Escabues, aunque debía exponerle todo el asunto con delicadeza para conseguir su completa aprobación. Dulce Escabues le dio a entender las dificultades que llevaba consigo contratar otra compañera, y no se refería a que ella quisiese trabajar sola — como podía deducir a primera vista — porque el problema era otro, de difícil solución, si se consideraba que el mueblario de la casa no permitía la incorporación

de nadie. ¡Entonces que dijese el modo de arreglar las cosas! «Hay tres habitaciones y dos camas nada más. Verá usted lo que hace.» Porque si se hablaba de comprar muebles, entonces todo estaría solucionado, pero que se fijara en los precios. Por otra parte, lo que quería advertir era que la instalación corría a cargo de la empresa, y que ella no tenía nada que poner de su parte. Los muebles podían considerarse como un útil de trabajo, lo mismo que sucedía con los aperos de labranza, para los agricultores, o las herramientas para los obreros.

—Ésa es la verdad.

—¿Le ha dicho a usted alguien que ponga algo?

Ciertamente que no. Ella se explicaba con la mejor intención del mundo. Además sí que ponía algo si quería saberlo y era la experiencia.

—Porque hay que nacer para esto, hay cosas que no se aprenden.

—¿Y usted las conoce?

—Sí.

El proceso de reclutamiento había que hacerlo en los lugares adecuados. No era, ciertamente, práctico ir de un lado a otro, considerando que la selección estaba ya hecha de un modo natural en casi todos los medios. No tenía, entonces, sentido ir por las calles, o acercarse a las mesas de los cafés, para hablar con las mujeres. Las probabilidades de éxito no eran grandes en ese sentido. En cambio, en los ambientes adecuados todo resultaba mejor. ¿Es que en cualquier ciudad del mundo no se organizaban reuniones para descubrir nuevos valores, artistas de la música o de la canción, del cine? En los programas de radio. «*¿Quiere alcanzar el éxito?*» Pero sin dirigirse a los que actuaban, a los verdaderos participantes, sino al público en general. Entre esa masa de espectadores siempre había mujeres jóvenes (¿qué edad tiene usted?) que ponían su esperanza en la celebridad y en el triunfo inmediato. «Señorita, yo le propongo que actúe en mi compañía de baile.» Naturalmente, una compañía particular y no demasiado importante, pero la fama llegaría al final. Si estaba conforme, que tomase bien los datos del domicilio (calle de Las Armas, teléfono 24 550). Y ese número de teléfono por lo que pudiera resultar. No parecía tan difícil, la misma Dulce Escabues lo había reconocido.

—¿Vamos entonces a la ampliación?

—Como quiera.

15.

En lo referente a su formación espiritual, Carisio debía dejarse guiar por doña Asunción, que le podía orientar. «Yo te indicaré cuál es el verdadero camino.» Porque, en ese respecto, se hablaba demasiado de lo que había que hacer. Las corrientes modernas únicamente producían desasosiego o malestar. Las cosas debían de haber quedado como estaban y en su sitio, pero ella prefería no hablar del tema. Comprendía que su deber estaba en una obediencia ciega a la jerarquía. Lo que había que conseguir era estar bien con su conciencia en todo momento, huir de las ocasiones, y, en definitiva, vivir como lo hacían las personas decentes. ¿Tenía algún inconveniente en acompañarle a misa diariamente? En el caso afirmativo, se alegraría sobremanera. ¿Y por lo que se refiere a la confesión? (Era muy conveniente confesarse a menudo.) Por su parte, podía decir que lo hacía de dos en dos días. «Un día sí y otro no.» Tenía, más bien, una conciencia sensible. Se lo decía de un modo confidencial. Quería estar a bien con Dios sobre todas las cosas. Porque el árbol donde caía, así quedaba, y por ello procuraba que la muerte le cogiese en un buen momento (para reunirse con su marido, que estaba en gracia de Dios, y que le esperaba desde el día inolvidable de su muerte). El reverendo Dionisio Reverter decía que tenía, ciertamente, la conciencia estrecha y que exageraba un poco; pero creía, ella, que eran los demás los que la tenían demasiado ancha. Sólo había que salir a la calle para verlo, fijarse en el modo de vestir de las mujeres. Ella se había dado cuenta, por otro lado, que la oración hacía bien a los hombres, que no había nadie que pudiese vivir por sus propias fuerzas. Carisio había dicho que pensaba igual que ella, porque casi todos vivían a costa de los demás. Doña Asunción no comprendía. La oración era buena por sí misma, y por lo que conseguía a cambio, ¿no era cierto?, ¡que dijese si era cierto!

—Sí.

Doña Asunción, entonces, sólo tenía que pronunciar las palabras de la oración y Carisio repetirlas despacio. ¿Cómo podía haberse olvidado de una oración así? La más simple, la que siempre se utilizaba. «¿No se encontraba mejor ya?» Carisio había pensado en ello y no había

podido deducir nada. Eso significaba que no había comprendido la plegaria. Doña Asunción volvía a rezarla de nuevo, y, esa vez, Carisio sí que llegó a sentirse verdaderamente mejor.

—¿No es verdad?

¡Pues ya tenía un remedio, un procedimiento a emplear en los días sucesivos! Ella debía reconocer que era piadosa por naturaleza, incluso un poco más de lo necesario. Sólo tenía que acompañarle a la iglesia. ¡Con qué orgullo le daba ella su brazo! María iba también. Cumplían, entonces, los tres, con su deber. Estaban a bien con Dios, y para mostrarle agradecimiento y afecto hacían ese recorrido, diariamente, para oír misa. Todo resultaba mejor, se podía estar tranquilo. Carisio miraba a la gente en la calle — los desocupados, los que no hacían un trabajo útil o digno—. El mundo era culpable, si se exceptuaba a ellos tres que, del brazo, iban hacia la iglesia. ¡Entonces a rezar! De rodillas le parecía, a Carisio, que las palabras que repetía, una a una, estaban vacías de contenido como él mismo. Prefería no pensar. Rezaba lo más de prisa posible. La nada era como esa pared blanca que había al fondo. En ese momento comprendía que los hombres que vivían de la misma forma que él estaban excluidos del lugar. Al menos considerando un Dios hecho a imagen y semejanza de lo que veía: de doña Asunción, de Sanz Jambrina, del padrastro. A pesar de todo seguía de rodillas. (La luz de la mañana se filtraba por las vidrieras.) Se estaba bien. Veía a María, de perfil, contra el fondo iluminado de la iglesia. Él estaba a su lado, y su mirada resbalaba por su cuerpo, y también lo hacía por sus piernas, por su vestido. A una mujer, en una iglesia, es difícil imaginarla así, pero Carisio *debía de hacerlo*. Había que considerar el punto de vista profesional — la ampliación del negocio— en todos sus aspectos. Si su plantilla hubiese estado completa, no habría actuado igual ciertamente. Todas las actuaciones tienen un límite. Que su mirada resbalase por las piernas de María, mientras rezaba, que se hubiese colocado a su lado intencionadamente, no quería decir que no hubiesen de tenerse en cuenta otras consideraciones. Para un observador atento debían parecer tres seres con un mismo y noble sentimiento. La cabeza al frente — hacia delante — hacia el altar, los ademanes recogidos. Se mantuvo en esa posición, y luego se apoyó un poco más contra ella, hasta que María desvió ligeramente la mirada. Parecía que le preguntaba con los ojos, pero no llegó a moverse siquiera; le hizo un ademán, con la mano, para que siguiera rezando. Sentía su cuerpo contra el suyo, y podía verla de perfil, estudiar sus reacciones, la expresión de su cara y de sus ojos. Parecía que toda ella estaba llena de dulzura. ¿Estaría pidiendo llegar a ser, el día de mañana, madre de unos hijos y vivir con la debida decencia y decoro? Por si acaso, Carisio, aumentó la presión de su cuerpo, y después hizo que su mano

recorriese, en un movimiento de traslación, las rodillas de María, hasta que ella se apartó de nuevo. Entonces volvió a colocarse a su lado y le indicó, a su vez, que debía mirar hacia el altar, que por él no debía dejar de hacerlo en ningún momento.

—No — dijo María.

Había ya un aire de complicidad, desde el instante en que intentaba ganar tiempo echándole la culpa a él, echándola de su cuerpo, de su alma, inventando algún ser que pudiera absorberla por entero, queriéndola atribuir a ese ser real, que era Carisio, mientras doña Asunción le decía que rezase.

—Sí, señora.

A ver, había que rezar, decir cosas en voz baja, o en voz alta, hasta que sucediera algo. ¡Pero, también, eso de esperar milagros dentro de una iglesia, aunque fuese una Basílica de dimensiones fuera de lo corriente! Además, ¿qué esperaba oír? ¿Una voz que llegase de lo alto, de arriba, y que empezase a hacerse más fuerte, hasta llenar todo el templo? La oirían los fieles asombrados de rodillas o en pie — en sus bancos—, la oirían los niños, los sacerdotes, las mujeres vestidas de negro, enlutadas, las que se persignaban, cerca de la pila del agua bendita. ¿Qué iba a decir la voz? ¿Que se le reservaba a María una vida feliz y próspera en la administración, gestión, de su trabajo al servicio de doña Asunción? ¿Un aumento de sueldo? ¿Y para él — para Carisio — una mejora de la instalación, en general, de su burdel?, ¿un mayor número de clientela que asiduamente acudiría? No. No había voces que vinieran de lo alto (o por lo menos no sucedía con frecuencia). No había voces que contestasen a las llamadas o a las preguntas, en las iglesias (ni tampoco en los parques públicos — en los cementerios — ni en las cárceles, ni en los establecimiento benéficos). No se podía esperar nada. Además se consideraba por unanimidad (por definición entre las gentes que sabían de esas cosas), que no había ninguna relación entre lo sagrado y lo que no lo era. Sólo era necesario rezar, lo más de prisa posible. Él lo haría a su manera. Si María y doña Asunción rezaban para conseguir dádivas materiales, si María y doña Asunción seguían ese mismo camino, él actuaría de acuerdo con lo que más le urgía por el momento. Podía, entonces, darse golpes en el pecho, juntar las manos. Por lo pronto, sólo iba a pedir que todo le saliera bien. ¿Pero cómo podía, en una iglesia, en un ambiente religioso, decir: lo que quiero es que se me conceda la gracia de que venga conmigo María? ¿Cómo se podían considerar esas posibilidades y tener en cuenta, sólo, lo que podía conseguirse? María estaría rezando para que su vida tuviese un significado: encontrar un hombre y formar un hogar. Doña Asunción rezaría para conservar su patrimonio, y para poder seguir perteneciendo al medio social que, a su modo de ver, le correspondía por el hecho solo de haber nacido.

(Ambicionaría disponer del mayor número de bienes para poder distribuirlos, o no, en su Asociación de Caridad, o para poder transmitirlos en su día — que no ocurra nunca— entre las personas necesitadas. ¡Que se me atienda la súplica, que todo sea para el mayor bien y gloria del Señor!) Por parte de Carisio, su problema estaba claro: sólo contaba con Dulce Escabues y no le bastaba (porque no podía ser de ninguna manera suficiente). ¿Cómo iba a arreglárselas sin contar con un mayor servicio, con una organización más adecuada y más personal? Entonces tenía que decir precisamente lo que quería y expresarse con *devoción y claridad*, al mismo tiempo (Carisio siempre había creído que era difícil compaginar una cosa y la otra; si se expresaba con claridad faltaba la devoción y viceversa). Tenía que empezar por referirse a su trabajo, a sus dificultades. En una ciudad donde ese oficio era el más difícil del mundo (como había dicho el contable) por dos razones: primero por la falta de medios económicos y después por una cuestión, si se quería, de principios; porque en un sitio donde todo el mundo se conocía, nadie quería dar el primer paso, y se guardaban las conveniencias sociales. De todos modos la introducción no era mala, aunque con seguridad no cabía expresarse así. Carisio estaba al lado de doña Asunción, de rodillas, mirando una vez al altar y otra al cuerpo de María. Entonces no era necesario decir nada, sólo mirar significativamente, de un lado a otro, y, de un modo alternativo. Eso era. Movía la cabeza en un movimiento de vaivén (pero dejó de hacerlo porque se mareaba). Llegó a la conclusión de que no servía de nada, y permaneció inmóvil un momento. Después pensó que podía ofrecer algo a cambio, si se le concedía lo que iba a solicitar. Pondría un cirio, o dos, al fondo de la iglesia — como había hecho a la muerte de su madre — y si era necesario tres, o los que hiciesen falta, cuatro o cinco. Lo pensó mentalmente y llegó a la conclusión de que no era cuestión de número, y, entonces, de un solo golpe, dijo: *se va a cumplir, se va a cumplir*, y estaba seguro de que todo se cumpliría y que se haría de acuerdo con sus mismos deseos. Eso era la fe, y comprendió, también, que no podía dudar siquiera. Siguió pensando y perdió la confianza en sí mismo, pero sólo unos segundos. Apartó entonces ese pensamiento, lo más de prisa, moviendo la cabeza, hasta que la seguridad y la confianza volvieron a invadirle, a renacer en él, de un modo completo.

Hizo lo posible para poder encontrar a solas a María, cuando doña Asunción había salido, y se dirigió hacia la cocina. Estaba en el cuarto de la plancha, sentada en una silla de mimbre. Al entrar, ella había vuelto la cabeza en dirección a la puerta, y Carisio había avanzado dos o tres pasos.

—¿Quiere algo?

Así resultaba más fácil. No quería nada, pero había cogido el libro que tenía en las manos. ¿Le gustaba leer?; lo había dejado en el suelo. Era necesario que desapareciera esa desconfianza que se veía en sus ojos, y tranquilizarla. Era mejor sentarse, en una silla, a su lado, hablar, en un monólogo, hasta que se acostumbrase a él. ¡Qué calor!, pero en verano ya se sabía. ¿De dónde era exactamente? ¿Le gustaba esa vida que llevaba? ¿No se encontraba sola? Había que volver al principio; que en el mes de agosto hiciese calor no era nada extraordinario. Se estaba bien allí. Aún María no había dicho ni una palabra. ¿Le trataba bien la señora, doña Asunción?, ¿se encontraba a gusto en la casa? No era ése el mejor medio para entablar una conversación. Había que hacer algo más, atenuar la violencia que existe siempre entre personas de distinta clase social. Pero tampoco podía hablar María sólo de su trabajo, del lavado de la ropa, de la cocina, del planchado, del mercado. ¿Cuáles eran sus aficiones? María había dicho que le gustaría estudiar—¡vaya, vaya! —pero que no tenía dinero ni medios. Ah, por allí, el diálogo adquiría nuevos horizontes. ¿De verdad le gustaba estudiar? No había problemas, no podía haberlos en un Estado de Derecho.

¿Cómo se iba a permitir que una persona, con afición al estudio, quedase desamparada? Él prometía ocuparse del asunto, pero era necesario que le explicase a qué actividad iba a dedicarse, cuáles eran sus conocimientos y aficiones. ¿Le gustaba la Historia y la Literatura en general? ¿Haría magisterio?

—Muy bien, muy bien.

Por lo pronto había conseguido llegar a una población importante. ¿Dónde había estado antes? Le hablaba de su pueblo, que era Alforque, a la orilla del Ebro, al lado de Sástago. Para llegar allí había que atravesar el río en una barca. El río a veces estaba crecido. El agua era turbia. (Carisio podía imaginarse ese pueblo: la monotonía se asentaría allí toda la vida. Habría un casino, una iglesia y un Ayuntamiento. La Diputación de Zaragoza habría hecho una fuente en la plaza, habría dos calles principales. Las casas tendrían agua corriente y hasta habría luz.) Había puesto, Carisio, una mano en su vestido. Eso era lo más importante, porque María podía decir que *no*, podía quitársela de allí, o gritar, pero, en ese momento, sólo le miraba y parecía asombrada. No iba a decir nada, no iba a quitarle las manos del vestido; por eso no servía esa prueba. Había que hacer algo más. Carisio se había arrodillado — casi como en la iglesia — estaba a su lado, y María, en su silla de mimbre, seguía en silencio con los ojos ligeramente abiertos y las manos juntas.

—Muy bien, María, eso es.

Había quitado Carisio, las manos de su vestido, había sujetado su pelo por detrás, para hacer que su cabeza quedara inmóvil. Se oía

entonces la respiración de María como un jadeo. La atrajo hacia sí. La miró de frente, mientras se decía él mismo, y mientras le decía a María, también, que no pasaba nada, que no tuviera miedo. La abrazaba en la frente, en la cara, pero sus manos seguían sobre sus rodillas. Al principio ella bajaba la falda con cuidado; pero así no se podía continuar, no se acabaría nunca. (Cuando la falda quedaba por encima de las rodillas de María, la bajaba, sin decir nada, sin gritar.) Un gesto era igual a otro gesto.

—No-pasa-nada-María-no-pasa-nada-María.

No era suficiente un simple abrazo para conocer qué partido se podía sacar de ella. Un simple abrazo no significaba una gran cosa, no decía tampoco nada. Muchas mujeres se dejarían abrazar, pero pondrían luego un límite. Si María pertenecía a ese grupo (*hasta-aquí-solamente-hasta-aquí*) no le serviría a él. Por eso debía seguir, pero tomando siempre todas las precauciones. Intentaría que esa caricia fuera lo más leve (como si se tratase de algo espiritual desligado de todo sentido físico). Sus manos se deslizaban ya a lo largo del cuerpo mientras la miraba. Por la expresión de los ojos se podría llegar a saber si tenía miedo. En los ojos de María veía la resistencia y, también, en algún momento, el abandono. Había que utilizar el instante — cada instante — ¿María iba a gritar? Por dos veces, pensó que lo haría. La tranquilizaba con la voz — no pasa nada, María, no pasa nada, María — hasta que creyó oír que decía algo, pero no estaba seguro de que pronunciara su nombre.

Los balcones de las casas se veían alineados a través de la ventana, y el cielo tenía un color blanco, lechoso, que el sol atravesaba hasta llegar allí, a la falda de María, a los brazos de María. Al mover sus brazos, la sombra en el suelo — de ladrillo rojo — se movía también, y se veía obedeciendo, rítmica, como si fuese la voluntad de Dios. No quería ya Carisio mirar a los ojos de María. Podía ver en ellos un reproche. Por esa razón había desviado la vista al suelo, hacia la sombra de sus brazos, hacia la sombra de su cuerpo, que se podía ver allí sobre una silla de mimbre. La sombra de la silla de mimbre y el cuerpo de María no había cambiado. La luz llegaba allí, a través de la ventana, caía, se difundía por todas partes y encontraba su cuerpo y la silla de mimbre, y después la figura arrodillada de él, de Carisio, con las manos en su falda. Toda la luz de la ciudad parecía que se concentraba, que se reflejaba, en un solo punto, en el centro del cuarto. Venía de todos los lados, del cielo de color blanco, de los cristales de los balcones, de las fachadas de los edificios, y de las calles. No debía gritar María. Ciertamente tenía derecho a resistirse; había dicho que no, pero después se había echado — como le había dicho Carisio — en el suelo. Sabía muy bien que debía obediencia y

respeto a los señores a los que servía (esto se le había explicado incluso en la iglesia), pero aquello no tenía nada que ver con la obediencia y el respeto a los señores. Por eso si en vez de haberse echado en el suelo, se hubiese ido al cuarto de doña Asunción, todo habría acabado allí. Aunque la verdad era que no quería ir, María, al cuarto de doña Asunción, porque prefería estar en medio de la habitación, de la cocina y en el suelo.

—¿Quiere trabajar conmigo, María?

—Sí.

—¿Está segura que quiere trabajar conmigo?

—Sí.

—Vaya, entonces, a verme. Venga entonces mañana por la mañana, si puede, a la calle de Las Armas.

—Sí.

No le parecía a doña Asunción, aún, que hubiese hecho méritos suficientes, Carisio, para que le entregase nada. Era necesario que continuase en la misma actitud, y las razones le parecían fácilmente comprensibles. En primer lugar, porque sería muy fácil que hiciera ver que había cambiado, que era más respetuoso con las cosas sagradas y con la religión, sin que hubiese existido una transformación efectiva y verdadera. Ella creía en su honradez, pero, por si acaso, era mejor asegurarse al respecto. En segundo lugar, debía de persistir— por conveniencia propia — hablando en un terreno espiritual, y no por un interés inmediato como era el de obtener unos muebles. Por tanto, debía seguir yendo, con frecuencia, a la iglesia, rezar lo más posible, ser suficientemente piadoso y estar a bien con Dios. Además, aunque no le obligaba en absoluto, podía hacer unos cursos de formación espiritual con el reverendo Dionisio Reverter. Esa amistad le honraría, y era conveniente que fuese con él, porque ella, pobre mujer, no estaba capacitada para enseñarle algunas cosas. En lo referente a los muebles se los daría; se lo podía asegurar desde ese mismo momento. Tendría el completo de esa habitación (que consistía en dos sillones, un espejo, dos cuadros representando motivos religiosos, un sofá, siete sillas de estilo, y en muy buen estado. Junto con la cama que había ocupado su marido), sí, de entonces en adelante, seguía un comportamiento, no solamente digno, sino, ejemplar; porque no bastaba con cumplir como lo hacía todo el mundo, no había que ser mezquino, regatear las buenas acciones o la virtud; había que llegar a algo más arriba y siempre hacia delante. Por eso quería que fuese más devoto y que le prometiese de verdad buscar una mujer para, el día de mañana, poder casarse, tener hijos, cumplir como un buen padre de familia, y educarlos con el debido respeto (se debía interpretar hacia las instituciones básicas y la ley de Dios). En ese caso, le entregaría el

mueblario en su totalidad para que decorase, a su modo, el apartamento, y llegaría a hacer algo más por él, en cuanto lo necesitara. No había inconveniente, por parte de Carisio, lo había prometido; en lo referente a su comportamiento religioso y cumplimiento de prácticas piadosas, iría, las veces que hiciera falta, a la iglesia; tres o cuatro veces si quería (se reía doña Asunción, no era necesario exagerar tampoco, y no le pedía tanto), y en el asunto de buscar una mujer respetuosa (sencilla, llena de buenos propósitos, y temerosa de la ley de Dios, para una futura procreación — procreación — procreación de hijos legítimos de ideología de derechas, con principios dogmáticos, seguros, y del destino a seguir, lo prometía también; no faltaría más.

—Entonces, sí.

Sobre la utilización de la cama no resultaría necesario hablar mucho. Carisio la colocaría en el centro de la habitación principal y cumpliría su cometido, lo que significaría que si en ella había muerto el marido de doña Asunción, en compensación su empleo — a partir de entonces — haría relación a la vida misma. En el salón azul, con su colcha floreada del mismo color, tendría cierto aire sobrio que infundiría respeto al que entrase. Carisio no ocultaría su procedencia y explicaría su origen verdadero, aunque nunca diría que el marido de doña Asunción hubiese muerto allí. Comprendía que, entre las mujeres, hay ciertos instintos primarios que les impiden comportarse normalmente, es decir, utilizando el mueble — la cama — como instrumento de trabajo.) Habrían visto algo religioso en seguida en él. Habrían visto las manos entrelazadas del marido de doña Asunción, habrían visto imágenes religiosas, entre sus dedos, que les habrían obsesionado. Preferiría callar, y hablar únicamente de la buena calidad del mueble, del colchón, del color, de la madera de nogal, de los muelles, de la suavidad de la pluma de la almohada y de los bastidores metálicos.

En su apartamento, Carisio le había dicho a María que avanzase, y que retrocediese un poco, para poderla ver a esa distancia. Había que considerarla, sólo, desde un punto de vista profesional. Para ello había que prescindir de los gustos propios, había que ponerse en el lugar del *hombre de la calle*, y mirarla con sus mismos ojos. Estaba bien, no tenía inconveniente en decirlo. Las formas de su cuerpo podían admirarse, se traslucían. María se había vuelto de espaldas, y seguía así, hasta que Carisio le dijera de colocarse de otro modo. Sentía su mirada en la nuca, a lo largo del cuerpo. Estaba inmóvil, esperaba oír la voz de Carisio dando su parecer, pero se había hecho un silencio; hasta que un poco más tarde había explicado Carisio que estaba muy bien y que iba a gustarle a él y a todo el mundo. Entonces había desaparecido la

tensión de María, y había cerrado un momento los ojos como para darle las gracias por esas palabras. Era entonces una mujer de verdad, no solamente con su espíritu — como creía—, sino sobre todo *con su cuerpo*. Por primera vez se sentía satisfecha de tener piernas y brazos, de tener un cuerpo, pero probablemente porque Carisio existía, porque estaba allí para observarla, para decirle que estaba bien, que iba a gustarle a él y a todo el mundo.

María había desconocido hasta entonces el valor y el significado de su cuerpo. Cuando en casa de doña Asunción se encerraba para dormir, después de rezar el rosario, sólo pensaba que era un ser espiritual hecho de carne, de materia, porque se le había dicho así, porque se había admitido que la mujer era fuente de pecado, y que había que diferenciar entre las que eran dignas y las otras. Entonces había que distinguir siempre entre el pensamiento y la acción, entre la delectación propiamente dicha y la otra. Porque el cuerpo pertenecía al mundo y el espíritu — sin hacer relación a él — era siempre algo más elevado. «Siga usted así, va bien.» A juicio de su director espiritual — el reverendo Dionisio Reverter — todo iba bien — como sobre ruedas—. «Cuando usted contraiga matrimonio, podrá hacer uso de ese instinto.» Pero sólo en el sentido de la procreación, para tener hijos. «Porque está establecido que el hombre se reproduzca y la especie continúe, para mayor gloria de Dios.» Hasta entonces el cuerpo de María no era más que el sostén del espíritu en la Tierra, pero debía de ser humillado por la razón, por el pensamiento. Era la única manera de permanecer en gracia. «¿Cuáles han sido esas sensaciones, esos deseos?» Había que adormecerse en el rezo, en los brazos del espíritu, porque todo el mundo tendría su recompensa o su castigo. «Que no crea que nosotros que estamos aquí no tenemos nuestras pasiones.» Porque en la Tierra ya se sabía, por mucho que se quisiera hacer, siempre habría caídas — recaídas — para levantarse más tarde, con espíritu más fuerte y pronto, y con la mirada fija en el camino que se había de seguir.

Había, por tanto, que influir en ella — según pensaba Carisio — con suavidad. Nada de adoptar posturas extremas o demasiado severas. «Usted trabaje a su modo, nadie le obliga a hacer nada, ¿ha comprendido?» María decía que obedecería, que haría lo que se le pidiese, que lo sentía mucho si al principio no era igual que Dulce Escabues. Lo que quería pedirle era que no la dejara. El trabajo era lo de menos, desde el momento que pondría todo de su parte. Carisio estaba satisfecho. Al principio siempre pasaba igual y se ofrecía una resistencia, pero ella no podía tener problemas. (Sólo había que mirarle de cerca para ver que no tendría problemas.) Dulce Escabues

decía que no se podía saber, por el momento, si serviría, que aun ella no podía afirmar nada porque conocía casos así. «Hay quien al principio se anda con mucho cuidado, y después se pasa al lado contrario.» Había que dar tiempo al tiempo. Lo que podía decir ella era que María hacía progresos, pero no había que correr demasiado, porque era peor; las cosas debían continuar como entonces. «Déjemela a mí unas semanas más.» Después de unas semanas (y si era necesario un mayor tiempo, ¡qué se le iba a hacer!), podría empezar a actuar por su cuenta. Por el momento no estaba preparada, pero había que contar con que el placer no llega de golpe. Había que saber interpretar los pequeños detalles, las palabras, había que controlar las caricias, mirar a los ojos. Había que enseñarle a mostrarse como mujer. Había que colocar las manos en el cuerpo de Carisio para que las sintiera, poniendo su boca contra la suya — para que la sintiera — como algo abierto, diciendo palabras relacionadas con el amor. Y se podía actuar de una forma excepcional, también, aunque sólo fuera por un día. Entre las normas que se establecían no se contaba con utilizar la propia mercancía. La experiencia demostraba que una actuación semejante era perjudicial. (¿Quién en una industria cualquiera consumiría sus propios productos?) Además había que considerar lo que se había hecho ya al respecto. Pero un día era un día. Había que llegar hasta la habitación de María, con sigilo, sin que se diera cuenta, había que cruzar el pasillo, con cuidado, sin hacer el menor ruido, había que pasar las manos por su piel. ¡Ya estaba! *En el cerebro de María se produjo un descanso absoluto. El pensamiento permaneció, entonces inactivo, el orden llegó a establecerse, porque todo estaba bien: Dios existía en el Mundo y en su cuerpo porque estaba allí Carisio. (En un campo desierto sus manos habían acariciado la arena en una ocasión. En todos los campos desiertos del mundo sus manos acariciaban la arena.) Los centros nerviosos se ramificaban, se extendían, se abrían, alcanzaban los puntos vitales de su ser, y ella no podía contener ese grito, que empezaba en los labios, que llegaba hasta el corazón, que después se apagaba un instante, para que la respiración pudiese alcanzar su ritmo normal — y que empezaba de nuevo. «Sí, sí.» Estaba María a la orilla de un lago de aguas azules. La arena parecía caliente. Había dejado la ropa en el borde y entraba despacio, el agua cubría lentamente sus piernas, su vientre y le llegaba al pecho y a la cabeza. El sol se reflejaba en el agua, y caminaba despacio por su superficie mirando al sol. Estaba sobre una roca, con los brazos en cruz. Le parecía que era demasiado feliz y en acción de gracias rezaba al sol, de rodillas. Era la voz de la conciencia enloquecida que intentaba liberarse de la culpa, pero de todas formas, eso no le importaba ya*. Cuando, al día siguiente, vio a Carisio, él le dijo que no debía de preocuparse, no tenía demasiado importancia tampoco. «¿Ve como no pasa nada?» Al fin y al cabo, ¿qué era lo que hacía cambiar a una

mujer y qué era lo que la convertiría en una de su grupo? ¿Tenía la mirada menos limpia? No debía separar los ojos de él.

«Así.» Su mirada podía resultar algo más triste. ¿Acaso había dejado de ser la de una niña?, pero esa entrega no tenía nada de particular. La sociedad y los hombres la consideraban importante, pero la entrega no tenía nada que ver con eso aunque lo pareciera. La entrega era espiritual solamente. Por otro lado, no debía de importarle lo que dijeran, y no solamente la gente de la calle, sino también otras personas que hablarían con ella. «Usted verá, en su vida profesional, que no se tienen tanto en cuenta los principios como parece», pero al menos se hacía ver que sí, se aparentaba. Los que querrían hacerla cambiar serían los que perteneciesen a las sociedades piadosas, y otras minorías. Ya habían intentado buscar adeptos entre su gente para los cursillos de formación; ése era un peligro. Sobre las buenas y malas costumbres nadie había dado aún su última palabra, pero todos querían opinar y explicar cómo veían el asunto, cada cual a su manera.

Aquella misma mañana, al despertar, María pudo señalar tres cruces en el diario rojo de contabilidad. Al hacerlo su mano temblaba; pero en días sucesivos, cuando volviese a poner las tres cruces, ya no temblaría apenas. Eso daba, por terminado, aparentemente, todo un proceso, pero no era así. Dulce Escabues no estaba conforme. Se podía llegar lejos, pero acaso habían sobrepasado los límites permitidos. Se lo dijo, a Carisio, en una ocasión. «¿Los límites permitidos por quién?» La moral y la decencia significaban algo para Dulce Escabues. ¿La moral de quién?, ¿de Sanz Jambrina y del padrastro? Podía ser cierto. Pero la moral de Sanz Jambrina y del padrastro ya la conocía y no le importaba, porque cuando todo un sistema estaba corrompido, había que actuar de tal manera que se fuese contra ese sistema, aunque, al mismo tiempo, se actuase en contra de la propia moral. A partir de un margen era todo igual. Que María pusiese tres cruces, o dos cruces, sobre el cuaderno de notas, que estaba en el recibidor, era lo mismo; que hubiese cambiado hasta ese punto y que fuesen ellos los responsables — según decía Dulce Escabues — no era motivo tampoco de escándalo. ¿Por qué si hubiese ido a misa, a la iglesia en compañía de doña Asunción, habría sido por eso mejor? ¡Que pusiese dos cruces, o tres cruces, como símbolo representativo de una acción inconfesable, pero que las pusiese el mayor número de veces, y con el espíritu de un trabajo realizado y bien hecho. Al fin y al cabo también eso suponía un cumplimiento del deber. Pero Dulce Escabues decía que eso ya no tendría remedio. «Pero mire usted que ya no será nunca como antes.» ¡Que no lo fuera! «¡Que se va a echar a perder!» ¡Que siguiera esos derroteros, ni mejores ni peores que los otros! En cualquier caso,

desde el punto de vista del comportamiento, no era peor que cualquiera. No había nadie que se hiciese culpable por una cosa así. La culpabilidad además era originaria, existía cuando nacía el hombre, cada uno determinado y concreto. El pecado era algo que servía para atribuir la culpa nada más. Eso por lo que se refería a la transgresión moral propiamente dicha. En lo referente a otros principios, había que andarse con pies de plomo. En lo referente a la idea del castigo, lo mismo; de la inmortalidad del alma, de la existencia del purgatorio y del infierno, de la resurrección de los muertos, de la oración, del sacrificio, de la caridad y la justicia, de la perfección, del cumplimiento del deber, del matrimonio, de la separación de los cuerpos, del adulterio, de la oración, de la confesión, de la penitencia, de la virginidad, de los contratos en general, de la virtud, de la tranquilidad de conciencia, de la conciencia sólo, de la moral y de la Costumbre, de la religión social, de los principios sociales, de los hombres de provecho, del martirio, de la Patria, de la nación y otros idealismos, del trabajo como mercancía, del trabajo en un sentido más alto, de la producción, del capital, de la revolución proletaria, del marxismo, de las herejías, de la heterodoxia, de los libros malos, de los libros buenos, de las diversiones, de los bailes y otros entretenimientos, de la mujer, de su cuerpo (de sus partes puras e impuras), de la castidad, de la continencia, de la misma pureza en general, de la vista, del oído y del tacto, del sentido, del bautismo, de la confirmación y del Orden.

16.

Cuando a una persona se le sitúa en un lugar, por lo general, ya no se le cambia de sitio porque es para siempre. Pero a su madre había que situarla, otra vez, al lado de su padre, para conseguir que volviese a ser como antes, como él había imaginado (que permaneciese unida a su padre en la muerte, todo, todo el tiempo). Dos seres que durante su vida han permanecido juntos deben de continuar en la misma situación. El ciclo si no se cerraría. Por otra parte, un muerto es igual a otro muerto, y no puede haber diferencias que provengan del hecho de que, en un caso, la muerte haya sido violenta y en otro no. Un muerto que lleva cuatro balas en la frente o en el pecho está igual de inmóvil que otro fallecido en su propio apartamento. Lo que cuenta es la inmovilidad, el proceso de destrucción orgánica y la marcha hacia atrás. Había que buscar a su padre, había que ponerlo al lado de su madre, pero no sabía dónde debía dirigirse, Carisio, exactamente, para realizar esa gestión. Cuando le explicó a Honorio Liébana del Molino, que era un hombre servicial, que quería conocer una serie de datos relacionados con una persona fallecida, dijo entonces que sí, que él precisamente estaba encargado de proporcionar esa clase de datos, pero que tenía que decirle si era familiar o allegado a la persona extinta, porque en otro caso no podría atenderle, como quería en principio. Parecía animarle a hablar moviendo las manos, de arriba abajo, con las palmas abiertas.

—Usted dirá en qué puedo servirle.

El asunto parecía claro. Por su parte le parecía natural que la mujer quisiera estar al lado del marido y viceversa. No hacía falta alegar nada. «¿Que ésa era la voluntad de su madre? ¡Razón de más! La voluntad de una persona difunta había que tenerla en cuenta. Que le dijese entonces el nombre de su padre muerto, y la fecha del fallecimiento, y que le excusase un momento que iba a tomar nota. Ya había apuntado el nombre y los dos apellidos. ¿Conocía la edad que tenía? Estaba bien, ya había tomado nota del nombre y de los dos apellidos y de su edad. «Dígame, si hace el favor, la fecha en que ocurrió el óbito. ¿En mil novecientos treinta y seis?» No debía tener muchos años él, por lo que suponía, y que permitiese la pregunta:

¿había fallecido de enfermedad o en algún accidente de trabajo? «Dice usted que no, que no murió de enfermedad ni en ningún accidente de trabajo.» Había dejado de escribir. ¿Dice usted que murió en mil novecientos treinta y seis y que no fue de ninguna de las maneras antes indicadas? Entonces ¿cómo había sido? ¿En qué lugar?, ¿en los mismos muros del cementerio? No era raro que se fusilase a la gente en los mismos muros del cementerio. Por su parte, él, lo sentía mucho, pero, ¡qué se le iba a hacer! Entonces era necesario conocer el nombre de su madre, ¿fecha de nacimiento?, ¿de fallecimiento?, ¿otras características personales? Tenía la ficha en la mano. En una simple cartulina habían clasificado a su madre. «Usted dirá que no parece que tenga importancia conocer las características personales, y nadie le quitará la razón, si se refiere a las que hacen relación a su manera de ser, pero, ¿y las otras?: ¿las características físicas?, ¿la altura, el peso, la complexión y demás signos diferenciadores?» En eso no iba a insistir, porque no era, ciertamente, el problema y que le perdonase. Ya le había dicho que le comprendía bien. En su caso habría hecho lo mismo; nada de tener al padre por allí y a la madre en otro lado, los dos juntos como debía de ser. Bien. Pues que no se hablase más del asunto, no era tan difícil como se podía imaginar. Y en lo referente a lo de la tierra sagrada tampoco. Porque eso nunca se sabía. «¿Quién le ha dicho que su padre no está en tierra sagrada?» La Tierra sagrada entraba a través de pasillos, había enclavados, zonas reservadas y excluidas. Sin un plano al lado no se podía saber. Así que ya se estudiaría en el momento oportuno — dentro del plazo legal — lo que procedía hacer en su caso.

Pero por más que Carisio intentase comprender cómo había tenido lugar la muerte de su padre, no lo sabría nunca bien, porque nadie se lo iba a contar. Verdaderamente, su padre murió como lo hace todo el mundo, sin sentir el instante mismo de la muerte, sino todo lo que la precedía; vio a los hombres de pie, con uniforme, sus miradas que elegían ya el lugar a que iban a disparar de su cuerpo, y le odió y les maldijo, y sintió cómo temblaba la tierra a sus pies, sin dolor, pero como si él no fuera el protagonista de su muerte próxima. Después algo suave corrió por su cuerpo caliente y dulce, y quiso permanecer de pie sin conseguirlo. Pensó que ya estaba bien, que no era necesario que hiciesen nada más, y quiso dormir mucho tiempo, pero para eso era necesario que hiciese ese recorrido enorme hacia la tierra; ya empezaba a caer. El muro áspero a la espalda le rasgaba la camisa, resbalaba por el muro, pero seguramente caería hacia delante, y antes de llegar a la misma tierra no sabría siquiera por qué le habrían elegido para morir.

Doña Asunción le recibió, a Carisio, con aire más solemne que las

otras veces y le explicó en seguida que tenía que decirle algo. Parecía entristecida y sólo cuando entró Carisio, en el gran salón, expuso el asunto que le preocupaba. Antes había hablado de la falta de agradecimiento de algunas personas, y en especial por lo que hacía referencia a las mujeres de servicio doméstico, y después, con claridad, había pronunciado el nombre de María. Estaba segura que él no podía imaginar lo que había pasado, por mucho que pensara en ello, porque María se había ido, así, sin pronunciar una palabra sin decir adónde. «Ha cogido su maleta nada más.» No había explicado cuál era el motivo, ni si tenía otra colocación, si había encontrado una casa donde le diesen más dinero. Nadie sabía dónde iba. ¿Y es que no podía decirlo? Ella había intentado tranquilizarla. Las decisiones había que tomarlas con calma, con seguridad. Desconocía los motivos que podían hacerle actuar de esa manera. «Hija, no sé qué le sucede a usted. ¿Es que se le ha tratado mal en esta casa?, ¿tiene algo en contra de mí?, ¿alguna queja?» Era demasiado joven para dejarse guiar por sí misma. «Yo lo que le pido es que me diga lo que va a hacer, lo que le pasa.» María estaba en medio del recibidor con la maleta en los pies y el aire ausente. «¿Pero me oye?» Por esas calles de Dios no podía ir una mujer como ella, era demasiado expuesto. Había hablado con el reverendo Dionisio Reverter, que le había dicho que también había abandonado su dirección espiritual, lo que le dolía sobremanera. Él tenía confianza en que, por lo menos, fuese a otra iglesia distinta. ¡Que Dios la oyera!, pero la experiencia le enseñaba que eso no solía suceder, porque cuando alguien abandonaba a su director en esas condiciones, sin decir nada al respecto («¡Mire que me gustaría equivocarme, pero no lo creo!») era porque había razones ocultas, y casi siempre inconfesables. Lo único que sabía era que se la había visto una vez, lo que significaba que no había abandonado la ciudad aún. La habían encontrado por la calle, según testimonio del guarda jurado, Emeterio Zaldívar Larues, quien la había visto de lejos, aunque ella había vuelto la cabeza y había pasado de largo. No se tenían más datos. Podría ser que estuviese empleada en alguna tienda, establecimiento comercial, etc., pero, a su forma de ver, era improbable. También podía ser que estuviera en alguna industria de nueva creación — porque había demanda de mano de obra — aunque él se temía — como había explicado — lo peor, sin que eso supusiese un juicio temerario. «Ya sabe lo que quiero decir»; pero doña Asunción no sabía nada. «Usted me comprende bien», pero no empleaba las palabras precisas.

—Veamos lo que puede suceder.

Porque como había dicho el reverendo Dionisio Reverter, podía ser que estuviese empleada en el comercio o en una industria del carácter que fuese, pero una mujer presentable, de buen ver, tenía un campo

de acción más amplio y no había que olvidarlo, puesto que se trataba de tener en cuenta todas las posibilidades que se pudiera considerar en un determinado momento.

Carisio le dijo exactamente a Dulce Escabues lo que debía de hacer y dónde debía colocarse. «Justo enfrente de las Oficinas de Correos», pero no a diez metros de las Oficinas de Correos, sino justo en el sitio donde le indicaba. En lo referente a su forma de actuar, sólo le podía orientar de una manera general, lo demás corría por su cuenta. La actuación en el trabajo debía de tener un carácter personal, aunque había unos principios que siempre eran válidos y que era necesario tener en cuenta.

—Se pone usted enfrente de las Oficinas de Correos, y, una vez allí, espera.

El vestido debía ser corto, escotado y ceñido, es decir, *distinto* (lo que era difícil conseguir — según Dulce Escabues — teniendo en cuenta que las otras mujeres iban también de la forma que se describía).

—Se pone enfrente de las Oficinas de Correos y pasea de un lado a otro.

Lo importante era demostrar que se estaba desocupada, disponible, que se intentaba agradar y había que sonreír, moverse y que pareciera un ofrecimiento, que se comprendiera, antes de hablar, de lo que se trataba.

—Yo la estaré viendo a usted, para ver lo que hace.

Había que seguirla con precaución, a la distancia precisa, para conseguir de ella un comportamiento normal. El recorrido era siempre largo. A veces, era Carisio una sombra pegada a la de ella, lo que no le impedía hablar con los transeúntes, de una forma genérica, sobre temas de conversación en los que todo el mundo estaba de acuerdo. (Nunca se sabía quién podía ser un cliente.) ¿Es que no tenían cuidado los conductores?, ¿es que no se respetaba ya al peatón?

—¿Ha visto?

Siempre algo que no tuviese carácter *personal*, que no implicase una pregunta directa. Ése era el principio de la actuación: abordar directamente a la persona, pero no había que ir nunca demasiado lejos. Amabilidad, palabras correctas. Que se comprendiese que no se hablaba por hablar, que no había una doble intención oculta. Expresarse dirigiéndose a los otros, o como si no se hablase con nadie. Utilizar los cruces de las calles, esperando la luz verde de los semáforos. Acercarse a la persona elegida. Expresarse mirando a la izquierda y a la derecha y a Dulce Escabues, para dar a entender que estaba libre. Esperar los días de lluvia con un paraguas abierto (¿con

ese tiempo de sol?). Perdone usted, se va a mojar. No, no se preocupe. Pero se estaba allí para ayudarse los unos a los otros… Si se lo digo que no me molesta. ¿Que no quiere? Pero, hombre, dígame dónde va y yo le acompañaré muy gustoso; por lo menos hasta el final de la calle. *¿Ve esa mujer?, ¿le gusta esa mujer?*

Había que avanzar con cuidado hasta Dulce Escabues, ponerse a su altura, a una distancia media, para poderla observar. Estaba como a unos veinte metros y se podía calcular la distancia favorable en diez metros escasos. Carisio había avanzado tres, y se había apoyado en la pared (materialmente pegado para no ser visto). Estaba completamente inmóvil ya. Había dos formas de avanzar (eso se le había explicado en el servicio militar, en la instrucción premilitar superior) o muy despacio, con lo que uno no se hacía notar (aunque se estaba más tiempo expuesto a la observación del enemigo) o muy de prisa, lo que significaba que a uno le veían, pero poco tiempo (imposible la identificación y utilización de las armas de fuego). En la pared — en Montemolín — con la espalda y la cabeza apoyadas — de perfil — decidió no avanzar y utilizar un procedimiento mixto. Dulce Escabues estaba inmóvil, y le dio tiempo a dar tres pasos más, que era lo que necesitaba para llegar a un portal y entrar en una casa de estilo indefinible, de ladrillos rojos, balcones, arcos ojivales y formas ornamentales diversas, de difícil clasificación, en la historia de la cultura, o del arte de Zaragoza.

—¿A quién busca?

—A don Francisco Laborda Subiras.

—No vive aquí.

Otra vez estaba en la calle, avanzando, retrocediendo, pegándose a la pared. Si había dicho que buscaba a don Francisco Laborda Subiras era porque los dos apellidos le resultaban familiares. En el siguiente portal tuvo tiempo para descansar y de limpiarse los bajos del pantalón.

—A ver.

Se acercó a una valla de madera. Por el hueco de las tablas podía mirar. Había apoyado la cabeza en las rendijas y seguía de cerca la actuación de Dulce Escabues. ¿Pero, qué hacía?, ¿qué hacía? Permaneció unos diez minutos mirando, y luego se apartó, para no dejarse llevar por la pasión o por la ira. Era preferible fumar un cigarrillo tranquilamente y no juzgar demasiado pronto. Tomó el papel y el tabaco, con mano temblorosa, lo lió despacio, sin dejarse llevar por los nervios, como hacían los grandes hombres de empresa en momentos de grave responsabilidad. Aspiró dos o tres bocanadas de humo, con delectación, pensando que no había motivo para preocuparse, y después se acercó de nuevo a la valla.

—Vamos a ver qué pasa.

Por la rendija se observaba bien la calle, los transeúntes — civiles y militares — y el ángulo preciso donde estaba Dulce Escabues. El cigarro se le había apagado, estaba mal hecho. Se agarraba con fuerza a las tablas. Un hombre se había acercado a ella. Quería saber, seguramente, si estaba sola. Dulce Escabues seguía a su derecha, pero vuelta de espaldas. El hombre llevaba la camisa desabrochada y un pantalón azul. La miraba. Le preguntaba algo. Y en ese momento alargó los brazos. Carisio creyó que cuando llegasen a su cuerpo, Dulce Escabues, los apartaría, pero después pensó que no debía de hacerlo. Eso habría supuesto una contradicción. Dulce Escabues de espaldas se había alejado más. Era ya, entonces, asunto suyo. Nadie le iba a decir lo que tenía que hacer. Desde su posición veía las dos figuras contra la luz, y sus sombras se alargaban. Al principio los movimientos era vivos, pero después se hicieran lentos y tranquilos. El hombre había dejado de hablar y parecía que se marchaba. Dulce Escabues decía algo, le gritaba, quería retenerle. Nadie trabajaba porque sí, sin ningún motivo o sin que se le pagase un precio; por la misma razón, si no tenía nada que ofrecerle que no hubiese empezado. Era tarde para marcharse ya. ¿Es que había derecho? Carisio estaba de acuerdo, con Dulce Escabues, en que no había derecho. ¿Pero qué hace?, ¿qué hace? Si seguía gritando iba a llamar la atención de todo el mundo. Ya había acudido el guarda jurado: Emeterio Zaldívar Larues, aunque no le había llamado nadie. Tomaba el nombre, la filiación completa de los dos y quería saber quién era el responsable (del-escándalo-público-en-una-vía-transitada). ¿No podían resolver sus diferencias en un lugar más a propósito? A ver, la mujer primero. ¿Cómo se llamaba? ¿No quería contestar? ¿Sabe que está hablando con una autoridad pública? Aunque estuviese hablando con una autoridad pública no quería contestar. «Pues tiene la obligación de entregarme su filiación completa.» Y el hombre lo mismo. «También tiene que entregarme su filiación completa.» Pero el hombre se iba a explicar; por eso había separado ligeramente a Emeterio Zaldívar Larues, sujetándole con suavidad del brazo, casi amistosamente, sonriendo al mismo tiempo con amabilidad, adoptando un aire confidencial que era el que parecía convenirle. Entre hombres era fácil comprenderse. «Usted cumple con su obligación.» En primer lugar tenía que explicarle qué clase de mujer era aquélla. Cuando había dicho: «Usted cumple con su obligación», Emeterio Zaldívar Larues se había tranquilizado, aparentemente, al menos (lo que significaba que no iba a poner inconvenientes para conocer la versión del hombre). El guardo jurado se había vuelto, ligeramente, y había mirado hacia atrás, hasta encontrarse con la figura de Dulce Escabues, su imagen real, su cuerpo real. Era observada desde arriba hasta abajo. La

consideraba entonces en su verdadero valor. Ya sabía quién era, a lo que se dedicaba. Había que establecer una diferencia, por tanto, una separación, entre ella y los dos, por una razón sencilla: un hombre cuando se dirige a otro coincide en ciertas cosas; Emeterio Zaldívar Larues había asentido, estaba enfrente de ella, había dicho «ya», solamente, como si el asunto se hubiese aclarado de pronto, y supiese, a partir del instante, lo que había que hacer. No era lo mismo una mujer que discutía, que golpeaba, con su bolso, aunque hiciese aglomerarse a la gente, que otra cosa, *algo* que, en la imaginación de Emeterio Zaldívar Larues, adquiría su verdadero sentido, que podía interpretarse mediante un simple proceso de abstracción (los guardas también son capaces de abstraerse). Estaba bien, muy bien, pero no necesitaba hablar más, él ya conocía el asunto. Dulce Escabues decía algo; que había gente sin educación, que no tenían modales. ¿Es necesario tener modales con una mujer que entrega su cuerpo al primer llegado que se lo pide? Emeterio Zaldívar Larues veía, intuía, llegaba a sentir, y hasta a tocar, el cuerpo de la mujer — de Dulce Escabues — que allí delante estaba hurgando en su bolso para entregar su filiación completa, el carnet de identidad, número 114.997, expedido por la Dirección General de Seguridad, en el equipo 55, registrado y entregado el treinta y uno de mayo de mil novecientos sesenta y siete.

17.

Al intentar comprobar si todo estaba en orden vio, en la habitación de su madre, algo que le llamó la atención. Al acercarse al lecho pudo observar que la colcha, de color naranja, había sido levantada (y colocada posteriormente en su lugar de una manera precipitada). Pensó inmediatamente en Dulce Escabues y en la posible utilización del lecho por ella. Le llamó y dijo que sí, pero que todo era debido a que no tenía sitio para realizar el trabajo de una forma normal; ya podía comprender que era un asunto de falta de instalación o de mueblario insuficiente. Le había llegado un tal Agapito Echegoyen Cortés, que vivía en el Paseo de Fernando el Católico. Ella sabía que algún día tendría que ir él allí. «Porque una mujer sabe cómo le miran y cuáles son las intenciones de la gente.» Había buscado una habitación, la primera que había encontrado. Lo sentía mucho. «Usted dígame lo que debía de hacer en ese caso?» Carisio no sabía lo que debía de hacer en ese caso, pero era la última vez que ocupaba el lecho de su madre. «Como usted quiera, usted es el que manda aquí.» Es decir, que un tal Agapito Echegoyen Cortés, residente en el Paseo de Fernando el Católico, había ocupado el lecho de muerte de su madre, en compañía de Dulce Escabues, mujer pública reconocida, contratada a sueldo fijo, etc., con remuneraciones extraordinarias y premio de rendimiento de trabajo; había permanecido allí dos o tres horas, aunque Dulce Escabues decía que habían sido unos minutos nada más, porque el hombre era más bien flojo, y había dado poco de sí. No comprendía, ella, exactamente la situación, por la manera tranquila de expresarse y por los argumentos empleados.

—Dígame qué podía hacer.

Nada, eso es lo que podía hacer, nada. ¿Había comprendido que quería olvidarse de ese asunto? ¡Que no se lo recordara!

—Como usted diga.

Pero era una pena que una habitación así quedase desocupada. ¿Otra vez insistía? ¿La iba a habitar ella?, ¿con qué fines? ¿No comprendía que era irrespetuoso hacer eso? «Mire usted, será irrespetuoso hacer eso, pero la habitación es buena y más valdría que sirviera para algo a estar vacía.»

Se habían presentado algunas dificultades con el guarda jurado, Emeterio Zaldívar Larues. No es que quisiera hacerle la vida imposible a Dulce Escabues, pero ya le habían dicho que no podía estar en ese mismo lugar del Pinar de Venecia todo el tiempo, sino que debía de moverse.

—Dígame entonces dónde debo ir.

¡A cualquier sitio! La ciudad era suficientemente grande, «o si quiere se va hasta el final del paseo y luego vuelve». Pero eso no era una solución. Dulce Escabues se lo decía porque no hacía daño a nadie. «Bueno, haga lo que se le dice y váyase.» Si se escondía detrás de la valla, él se acercaba para preguntarle qué hacía en ese lugar. Entonces tenía que dar una vuelta — o dos — y volver otra vez a su sitio.

—Ahora me voy.

A veces, Emeterio Zaldívar Larues la seguía, aunque no iba demasiado lejos, porque no podía incumplir el servicio. Dulce Escabues corría, pero él hacía lo mismo, de tal modo que siempre estaba a tres o cuatro metros de distancia.

—¿Es que no me va a dejar?

Le había pedido ya varias veces su filiación, el número del carnet de identidad. Quería saber exactamente cuál era su profesión, aunque sólo por cumplir con un requisito formal, porque consideraba que no había ninguna duda sobre el trabajo que ejercía. «A ver, deme su nombre y apellidos, el domicilio, el número de teléfono, el carnet de identidad, deme también algo que indique profesión, estado civil, permiso oficial de Sanidad y todo lo que tenga a mano.»

Carisio tuvo que intervenir para hablar personalmente con el guarda. Le ofreció cigarros en dos ocasiones, y unas botellas de vino, pero, según le explicó él mismo, sólo le gustaba el licor. Le preguntó, Carisio, de qué clase, y dijo que de cualquiera, siempre que fuese dulce. Como ejemplo le ponía el *Benedictine* y el *Calisay* que le gustaban (aunque los había probado mejores también) pero haciendo constar que la simple aceptación del vino no significaba nada concreto. «Usted ya comprende lo que quiero decir.» Si tenía que comportarse, como guarda, de una forma determinada era distinto que de paisano. «Es decir, cuando voy por ahí como cualquiera.» Porque era un hombre como los demás, de carne y hueso, al que le gustaban las mismas cosas «y no solamente vino, ni tampoco licor aunque sea *Calisay* o *Benedictine*». Entonces el asunto quedaba claro. Podía mandarle a Emeterio Zaldívar Larues, licores y cigarrillos, pero él no iba a conformarse con eso.

—¿Quiere entonces ver a Dulce Escabues?

Había asentido. No lo había hecho como guarda, sino como paisano o como hombre. Que le dejase ir con ella dos veces. Sin pagar, naturalmente, y después le dejaría ocupar a Dulce Escabues el sitio de siempre en el Pinar de Venecia.

—Júrelo entonces.

No sabía, Carisio, si a un guarda había que obligarse a extender la mano para jurar, pero había pronunciado ya el nombre de su madre y resultaba suficiente.

A partir de entonces empezaron las relaciones con Emeterio Zaldívar Larues. El comportamiento que siguió Dulce Escabues no fue distinto al que hubiese tenido con cualquiera. Cuando le llevaba al apartamento, ya en su habitación, sentía un placer oscuro viéndole desvestirse de su uniforme de guarda. Le decía que esperaba grandes cosas de él. Emeterio Zaldívar Larues tenía mujer y tres hijos y era, efectivamente, como otro hombre cualquiera. Cuando se quitaba el correaje y lo dejaba en la percha, que había sobre la pared, parecía quedar indefenso delante de Dulce Escabues. No le veía entonces como guarda. «Más bien le veo a usted algo enflaquecido y no tan bien dotado como decía.» Emeterio Zaldívar Larues quería dejar el pabellón bien alto. Dulce Escabues le hacía ver que sólo tenía esa oportunidad y la siguiente. A su modo de ver, y desde el primer día, ya le había clasificado y no tenía que molestarse. «Por mucho que usted haga, por mucho que diga, yo sé lo que puede dar de sí.» Resultaba mejor en su puesto del Pinar de Venecia, llamando la atención de los peatones, amonestándoles, entonces sí tenía una cierta apariencia. «¡Aún era alguien, hombre!» En medio de la habitación, sin su correaje, sin su uniforme, sin nada, era distinto. Dulce Escabues no había visto nunca un guarda, en esa situación, pero como hacía constar no ganaba nada con el cambio. «Y de lo otro más bien poco.» El guarda se vestía, luego, se justificaba. Su mujer tenía muchas virtudes, pero se había dejado envejecer, estropear, al tercer hijo. Aun así, estaba bastante bien. «No le voy a decir que sirva para *eso*, pero de vez en cuando hay que utilizar lo que se tiene a mano.» Él pensaba muchas veces en su mujer y en sus hijos, pero si estaba con ella sabía que no debía darle demasiada importancia, porque era una mujer de vida alegre. «Perdone que se lo diga, pero es usted una mujer de vida alegre y aún podría emplear otra palabra peor.» ¡Pues que no la empleara!, y que tuviera cuidado no fuera a ser que su mujer, por muy vieja y estropeada que estuviera, le llegara a engañar, también — a poner cuernos — con algún militar o civil en las horas de servicio, de aglomeración, que eran las peores, cuando él estuviese más ocupado en la vigilancia del Pinar de Venecia.

Había que encontrar una persona conveniente para María y elegirla bien. Era necesario pensar en ella y no hacerlo a la ligera. Desde el punto de vista de Dulce Escabues era algo que se resolvía por sí solo, siempre había sido así, no había que darle importancia. En su caso, no había pasado nada extraordinario que no pudiese contarse. Explicaba cuáles habían sido sus primeras experiencias. Difícilmente recordaba todo bien, pero el trabajo que le había costado adaptarse no había supuesto una complicación mayor que la que consistía en beberse un trago de agua. Se empezaba así. Aún estaban en su memoria aquellas noches en la arboleda, justo al lado del río. Después había que buscar los zapatos en la oscuridad o el traje o lo que fuera. Había que vigilar la yerba que quedaba en el pelo, o las manchas de tierra que quedaban en el vestido. ¿Qué se creía María, que las demás no habían sido igual que ella? La vida misma hacía a la gente distinta. Si permitía un consejo le iba a explicar que lo mejor que podía hacer era que la dejara actuar por su cuenta. «Usted, hágame caso, no se preocupe demasiado.» Aunque el aprendizaje no era cosa que se pudiese aplicar, en María, de una forma arbitraria. Había que saberlo hacer, ir muy lentamente. Por ejemplo: no había que dejarla sola en el Pinar de Venecia. Parecía mejor estar a su lado, irle diciendo, poco a poco, lo que debía de hacer. Lo importante era que se quitase el miedo de encima. Por lo pronto había que dejarle allí unos momentos. «Yo estoy aquí.» No debía de creer que estaba sola, porque no era verdad. «Para lo que quiera, yo estoy aquí a su lado.» La luz del farol, a lo lejos, hacía que su imagen, contra el muro, se alargase; cada movimiento suyo, cada gesto, tenía una interpretación precisa en la pared. La sombra parecía ser su propio testigo, como si la conciencia hubiese salido de su cuerpo, hecho de carne. Lo importante era tranquilizarse. Ya había dicho, Carisio, que estaba a su lado, pero había que hacer algo más. «Yo le voy a dejar un momento aquí, pero tiene que saber que si viene alguien voy a estar siempre muy cerca.» María debía de cumplir las instrucciones que se le habían dado. María sólo tenía que sentir los brazos del hombre contra ella — ése era su trabajo — contra su cuerpo y a lo largo de él. Primero tenía que ver la mirada del hombre en la oscuridad. Nada especial porque era una mirada como otra cualquiera. (Como si ella fuese el lugar de reposo del hombre, como si estuviese en sus manos poderle ayudar completamente.) El hombre tenía que apoyar la cabeza contra su cuerpo y sus manos debían abrazarle, desde las piernas a los brazos. María no debía de sentir miedo entonces, y si levantaba algo más la cabeza — para dejar que el hombre se apoyase en ella — vería el cielo tranquilo y le parecería sumergirse en él. Podría rezar muy de prisa para que el miedo no le cogiese de improviso. Empezar una oración

cualquiera, sin creer que era irrespetuoso hacerlo, sin cerrar los ojos, hasta que la oscuridad se hiciese en su interior. Lo importante era participar, también, del placer del hombre, tomar algo para ella. Tendría que hacer un esfuerzo para conseguirlo. Debería pensar que ese hombre, alguien a quien no conocía, tenía una expresión propia. El hombre le preguntaría que cómo se llamaba ella. «Me llamo María.» Eso era todo. Era una referencia para después — de acuerdo con lo que se le había enseñado — para que en los días sucesivos el hombre pudiera reconocerla — y encontrarla — y, también, los amigos del hombre. En lo referente al dinero, Dulce Escabues y Carisio, le habían explicado todo lo que concernía a ese tema. «Le dirán cuánto quiere y entonces tiene que fijarse bien.» No era lo mismo una persona que otra. Se partía del hecho de que no había una remuneración fija y había que contratar sobre el terreno. Lo importante en el contrato era el precio y la actuación, que se reducía a algo muy concreto (del mismo modo que en otra contraprestación en una sociedad cualquiera). No se podría haber expuesto con palabras en qué consistía, y sin embargo, esa clase de *actividad*, estaba en el ánimo de todos. En cualquier caso, aunque, aparentemente, pudiera parecer simple el trabajo, no era así. Resultaba más sutil, más complejo de lo que, a primera vista, pudiera parecer. Un hombre no sigue a una mujer si no se le dan una serie de garantías. Además, no es cierto que el hombre (en general, el que se encuentra en la calle, entre cualquier multitud) sólo busque valores materiales. La actuación de la mujer debe de ir recubierta de una cierta sensibilidad, de un grado espiritual variable, que serviría según los casos. Pero no todo quedaba reducido a eso. Si Carisio estaba contento de su trabajo, es que todo marchaba bien. Aunque los brazos del hombre fuesen como el de un insecto posado — y todo su cuerpo fuese como el de un insecto posado — la mirada de Carisio le animaría. A la vuelta se le explicaría que todo había ido bien. Le preguntaría a Dulce Escabues y ella diría que, de verdad, todo había ido bien, que se podía contar con ella para el trabajo.

—¿Puedo quedarme con usted?

—¿Cómo dice?

—Que si puedo quedarme con usted toda la noche.

No. Una cosa era que se intentase experimentar con el propio personal en un determinado momento — cuando-no-hay-nada-que-hacer y como simple prueba — y otra alargar una situación cuando se sabía no conducía a ningún sitio. Además, el tratamiento no debía ser nunca demasiado íntimo. Se partían de algunas premisas previas: nunca había que considerar familiarmente al personal empleado (había que evitar todo lo que supusiera una excesiva confianza). Era mejor dar a entender que el trabajo estaba desconectado con el

sentimiento, la simpatía, o las relaciones mutuas. «No, María, no.» Porque era corriente creer que por el hecho de comportarse con una mujer de una manera amistosa, o por practicar con ella el mismo comercio carnal, se tenían ciertos derechos. Podía suceder que el respeto y consideración hacia el patrono y director de la empresa — es decir, hacia el mismo Carisio — se trocase, sólo unos minutos después de salir de una habitación, en una situación que sobrepasara los límites de la simple relación laboral. «No, María, no.» Era frecuente oír frases parecidas a ésas que había pronunciado. «¿Se va a acordar de mí? ¿Es verdad que le gusto más que Dulce Escabues? ¿Va a volver conmigo?» Como si algo hubiese cambiado, y a partir de ese instante todo pudiese resultar de otra manera. «No, María, no.» Había que advertir que las cosas no eran distintas, que no se admitía la familiaridad, que, en último caso, no se habían sobrepasado, en ningún momento, los límites de las relaciones establecidas. Porque que María fuese utilizada en provecho de uno mismo no suponía que hubiese cambiado la relación contractual. «¿Y si no dígame para qué está usted aquí?» Ciertamente no para hablar con su compañera — Dulce Escabues — sentada tranquilamente en un sofá, ni para pasear por la calle de Don Jaime Primero, por la del General Franco, por la de Miguel Servet — por Montemolín—, por la calle de Zurita, de San Vicente Paúl, de Espoz y Mina y de Don Alfonso. A veces, era necesario repetir y poner las cosas en su sitio. «Dígame, ¿para qué está usted aquí exactamente?» Resultaba curioso ver hasta qué punto una mujer podía tener principios y cuidado con sus palabras a la hora de contestar.

—Dígame, ¿para qué?

A algunos trabajos se les podía clasificar dentro del grupo de las relaciones públicas, clases de baile y entretenimientos diversos, y nunca se decía la palabra exacta que los definía pero era igual.

—Pues si usted está para eso no puede quejarse ni poner el grito en el cielo.

Lo que significaba, en consecuencia, que quedaban prohibidas las manifestaciones de confianza, y los términos o palabras afectuosas que se relacionasen con el amor o con los valores espirituales de altura. Entonces, frialdad y sentido práctico. No eran admisibles los sentimentalismos. ¡Cuántos proyectos habían fracasado por esa razón! Había, sin embargo, mujeres como María que mezclaban su vida profesional con la privada, y que actuaban sin dejarse guiar. No tenían en cuenta los resultados prácticos. Elegían de cualquier manera. Porque podía ser más agradable convivir sólo con Carisio — aunque fuese unas horas — es decir, dormir con él, que con otro de mayor edad (¡qué enorme equivocación!). Aunque hubiese que tener en cuenta que ella era de carne y hueso. ¿Quién había discutido la

cuestión desde ese punto de vista? Pero aunque fuese de carne y hueso, María, alguien debía encauzar o dirigir el trabajo. Él lo repetía a menudo, cada uno tenía una función determinada que cumplir.

18.

A la casa de Bibrián Navarro se entraba por un portal estrecho. La escalera se adivinaba pero no podía verse en la oscuridad. En los muros había inscripciones casi todas haciendo relación a la mujer, al acto sexual mismo. Carisio leyó alguna y subió. En el tercer piso Bibrián Navarro había abierto la puerta y le hacía un ademán para que entrase. Estaban en un corredor ancho. Había una habitación a la derecha. Le decía amablemente que pasase y que tomase asiento.

—Dígame usted en qué puedo servirle.

Estaría más cómodo si se sentaba en el sillón. Como podía ver, la casa estaba decorada con sus propios muebles. Era lógico que fuese así. No tendría significado que el comerciante de un producto no lo utilizara él mismo, no causaría buena impresión (Carisio estaba de acuerdo). Los procedimientos de venta habían cambiado. Parecía necesario estar al día. Bibrián Navarro recordaba otros tiempos, cuando la publicidad o el *marketing* eran prácticamente palabras inservibles. «Mire usted ahora.» Una industria montada de un modo racional llevaba consigo unos gastos que antes no se consideraban siquiera. Por una parte, eso tenía sus inconvenientes, pero las profesiones mercantiles habían aumentado en consideración, y también había que tenerlo en cuenta.

—¿Usted estará de acuerdo en lo que le digo?

¡Pero que perdonase! Quería saber a qué debía el motivo de su visita. Carisio estaba amueblando el apartamento. Quería recuperar todos los muebles vendidos por el padrastro. Ya. Pero él se dedicaba a hacer transacciones, las más ventajosas. Esos muebles ¡quién sabía dónde habían ido a parar! A pesar de todo tenía otros que estaban bien, a su disposición si los necesitaba. El precio no era exagerado, nada excesivo, y menos teniendo en cuenta que con él no iba a actuar como comerciante, sino como amigo. No hacía falta comentarlo; se presuponía. Lo que había que considerar era que no resultaba lo mismo vender una o dos piezas que un número de mayor consideración. En ese caso cabía una rebaja que podía oscilar también en proporción con la calidad del producto, de la demanda. Carisio no podía pagar inmediatamente. «Bien, no vamos a preocuparnos.»

¿Tenía abierta alguna cuenta corriente en un Banco? No tenía ninguna cuenta corriente abierta en un banco, pero era una persona solvente; aunque eso dependía de la manera de verlo. El trabajo también podía tenerse en cuenta en teoría. ¿Dónde trabaja usted?, ¿en algún puesto oficial?, ¿estaba sindicado o no? En ese caso era mejor olvidar también esa otra solución, y había que considerar, únicamente, el dinero efectivo que tuviese, y la posibilidad de concederle un crédito a largo plazo.

—¿Le parece bien en seis meses?

Podía hacer efectivo el capital y los intereses semanalmente o si quería por meses, hasta conseguir saldar la deuda, completa, en el período de tiempo establecido. Por lo pronto, Carisio quería dos camas. Iba a amueblar su apartamento por fases, no podía hacerlo de una sola vez; eso, Bibrián Navarro, lo comprendía tal y como estaban los precios. ¿Permitía que le hiciese una pregunta? ¡Con perdón!, aunque no se lo permitiese, la iba a hacer igual, ¿su negocio era lícito o no? En todo el sentido de la palabra, era mejor que le dijese la verdad. Él había oído decir algo. ¿Había una mujer por medio o no era solamente una mujer? «Ya me entiende usted lo que quiero decir.» Una mujer, o dos, o tres mujeres o cuatro.

—¿Es lícito o ilícito?

Carisio no había contestado aún. Bibrián Navarro decía que le había hecho una pregunta. «¿No contesta usted?» En ese caso era un negocio ilícito. ¿No era verdad? Carisio había asentido. «¿Y cree que por ese dinero voy a hacer lo que usted me propone? No, por el precio antiguo ni por otro más elevado. No, no lo haría.» Que no, que no insistiera. Para él era un asunto terminado. Sus manos parecían más blancas.

—¿Qué diría la gente y usted mismo?, ¿qué pensarían los demás?

En la vida había que saber guardar una conducta para ser respetado. No todo era el dinero que se podía ganar, sino también lo que se podía perder. Se había quedado indeciso esperando ver una reacción en Carisio, algo que le hiciese ver que sus palabras habían sido comprendidas; pero no debía de haber observado nada, por lo que mantuvo el silencio unos momentos más. «Ya sé que usted puede decir que nadie va a saberlo nunca, pero aunque sea así, aunque nadie llegue a saberlo, yo no podría hacer nada de ninguna manera.» Había que resumir o establecer las líneas generales del asunto. Para él estaban muy claras, porque podía diferenciar entre lo que había sucedido *antes* de conocer cuál iba a ser el destino real de los muebles (cuando él era un simple comerciante, cuando contrataba con arreglo a un precio, sin fijarse en otras consideraciones morales, que en principio no le concernían) y lo que había sucedido más tarde.

—A partir del momento en que yo he sabido lo que usted iba a

hacer, tenía la obligación estricta de abandonarlo todo. Comprendía que era algo que hacía relación a una forma de ser, de educación y de principios sociales. «Para mí, que usted piense que hago bien o mal es una cosa, que, si le soy realmente sincero, no me importa demasiado. Me preocuparía mucho más estar a mal con mi conciencia, no poder dormir, pongamos por caso.» ¿Conocía lo que era la mirada de un niño? Cuando él volvía a su casa, después de terminado su trabajo, le gustaba sentirse en el hogar verdadero. Era difícil realizar una labor educadora eficaz con los hijos cuando no se llegaba a tener una idea del deber cumplido.

—Yo le vendo los muebles a usted y si después me presento delante de mi mujer y mis hijos, ¿qué pasa?

Porque aparentemente todo podría haber seguido igual pero él no podía comprenderlo; no estaba casado, no conocía lo que era efectivamente la mirada de un niño (como había intentado explicarle antes) ni el placer de hacer que se sentaran sobre sus rodillas. «Aparentemente yo podría hablarles, responder a sus preguntas, explicarles el comportamiento a seguir el día de mañana.» Pero ¿cómo iba a explicarles esto, con la cabeza alta, si se avergonzaba de antemano de sí mismo? No, eso sí que no lo haría.

Bibrián Navarro había dejado las gafas sobre la mesa, no cabía duda de que iba a añadir algo importante, aunque no parecía atreverse. «Diga, diga usted lo que sea.» Pasaba las manos por la superficie rugosa de la mesa. *A no ser*, dijo Bibrián Navarro, pero se interrumpió después, y miró un momento a Carisio.

—A no ser — dijo Bibrián Navarro de prisa—, que me prepare una entrevista con esa mujer.

Carisio había hecho ver que desconocía el significado de sus palabras. Bibrián Navarro hablaba de una mujer sin concretar siquiera. «¿Usted me entiende lo que quiero decir?» Era necesario asentir. «¿Quiere verla?», dijo Carisio. Bibrián Navarro sonreía casi con suavidad. Cuando las personas viven en un ambiente social aprenden a ser cautas y recelosas, lo que quiere decir que se expresan utilizando conceptos que no parecen decir nada.

—Mire usted — dijo Bibrián Navarro.

Se podía llegar a hacer un trato (en esta vida todo tiene arreglo, y con Emeterio Zaldívar Larues había pasado lo mismo). «Usted fija un precio pero en vez de pagar yo le haré unas visitas a esa mujer, a María, me parece que se llama.» A tanto dinero por visita, con lo que se podía llegar a amortizar. Le daría los muebles que pidiera con fieltro rojo o azul en la cabecera. Era necesario pensarlo. Bibrián Navarro se adaptaba a todo. En el mundo de los negocios siempre había que considerar los pros y los contras, aunque, de antemano,

tenía que parecerle bien. «Yo le digo esto porque puede deducirse con un simple cálculo aritmético.» El cálculo se hacía sumando unas cuantas veces una misma cantidad. A ver, ¿cuánto era lo que pedía María por cada visita?

—Pues entonces sume y verá lo que representa.

Sumaba menos de lo que valía el mueble, «ahora dígame usted». Se podía valorar el mueble en una cantidad inferior a la real, y aun así el negocio parecía rentable. Él en su lugar no dudaría, además no perdía nada aceptando.

Bibrián Navarro había dejado los zapatos alineados, se movía con los calcetines puestos. No se oían los pasos. Carisio estaba en la habitación contigua, sólo era necesario acercarse hasta la puerta, escuchar, o mirar, por la pequeña rendija. Había que hacerlo con cuidado. Dios quisiera que María reaccionara bien (pero Dios no tenía nada que ver en ese asunto). «Es por su bien — dijo Carisio — solamente por eso.» Nadie sabe qué es lo mejor para una persona. ¿El porvenir de una mujer se basa sólo en su trabajo? ¿Qué clase entonces de trabajo? Realmente no había que hacerse demasiadas ilusiones (aunque el instinto existía siempre). Es un trabajo para toda la vida — prohibido y respetado — sin seguros sociales ni montepíos. *¡Todo iría bien!, ¡todo iría bien!*; pero sin realizar las comprobaciones precisas, no se podía contratar a nadie. Los empresarios hacen lo mismo, observan a los empleados, a los obreros, que van a trabajar en cadena, observan sus dotes para realizar el cometido que se les impone, amor al oficio, principios e ideas respetables. ¿Cumple usted con su deber?; es decir, respeta la propiedad de los otros (que significa: no irá contra los intereses de la Empresa, cumplirá con las reglas que la sociedad le impone, etc.). Bien. Había que acercarse más. Ya estaba contra la pared. La cabeza pegada para no perderse el mínimo detalle. Todo juego tiene unas reglas que deben ser observadas. No venían a cuento, entonces, esos sollozos, pero Bibrián Navarro no se daría por vencido. Había dos sillas, en el suelo, con sus respaldos horizontales; parecían formar una barrera infranqueable que no permitirán ninguna aproximación entre Bibrián Navarro y María. A partir de ese momento todo iba a cambiar. Probablemente María había tenido tiempo de hacer un examen de conciencia. ¿Es que Bibrián Navarro no le había, dado el dinero con anticipación?, ¿es que no se habían fijado unas condiciones previas? ¿Por qué entonces esa resistencia? ¿Qué se pretendía con ese comportamiento? ¿Iba a permitir, Bibrián Navarro, ser objeto de un fraude? ¿Precisamente él con su categoría social y su prestigio dentro de su profesión? No, no, ¿qué se había creído María? ¿Una falta de seriedad en un Estado de Derecho? Porque había que dejar claro la condición de cada uno, y la de ella era, precisamente, la de ser un objeto para satisfacer el placer; sin imponer condiciones, sin

tener ni siquiera derecho a expresarse. (¿Cómo se puede permitir que sin estudios universitarios serios alguien dé su opinión?) Puta, entonces, puta y puta. Ya habían quedado las cosas claras, en su lugar como debía de ser.

Si un hombre llega con el propósito de pasar una hora o dos, y entra en una habitación, de la mano de María, no es para que se le considere como algo que va a ser objeto de experiencia solamente, ni para que se le observe desde detrás de una pared; porque el observador está cubierto, y escondido, y la persona observada no. Esto lleva consigo que la persona que mira tiene todas las ventajas; no es moral, ni justo. Pero hay que ver también la cuestión desde otro lado. ¿Es que se le podía dejar a María sola con un desconocido en una habitación? En principio sí, porque su profesión era ésa: la de-estar-sola-con-un-desconocido-en-una-habitación. El día de mañana tendría que resolver los problemas por sí misma, como decía Dulce Escabues, pero por el momento, las cosas eran de otro modo. Había que estar al tanto, o al quite; era lo que resultaba más práctico y conveniente, y casi se podía decir que lo principal.

—Bueno, a ver qué pasa.

María se había levantado, había echado a correr. Si hubiese estado en las manos de Carisio no la habría dejado correr, la habría sujetado (con la ayuda de Bibrián Navarro). ¿Se daba cuenta de lo que eso suponía? Si hubiese podido entrar, Carisio, en la habitación contigua, le habría ayudado a desvestir a María. Le habría cogido las manos, las habría puesto sobre los costados, para hablar suavemente con ella, la habría convencido. Era por su bien. A pesar de todo aún se podía hacer algo. «¡Venga, venga María!» Estaba actuando de la peor manera. Al contrario de lo que le había dicho, de lo que se le había explicado, sin comprender nada.

—A ver, María.

Porque mientras tuviese los brazos cruzados, en esa posición, no lograría nada Bibrián Navarro. Tampoco mientras le hablase como lo hacía y mientras le dijese: «Ahora vas a ver». María estaba de pie (por lo tanto no en la mejor posición). No se había echado, no tenía los brazos abiertos. Bibrián Navarro la sujetaba de un brazo, y decía algo «ahora vas a ver, espera un poco». En cualquier caso, en María, se había producido ya alguna transformación: el pelo lo tenía suelto y el traje desabrochado. Podía resultar incomprensible, para Bibrián Navarro, esa actitud. No tenía sentido ofrecer resistencia cuando se pagaba de antemano un precio. ¿Quién era el cliente? (No solamente había que tener en cuenta, siempre, el momento presente, sino que había que actuar también para el futuro, como sucedía en cualquier empresa comercial. *Ese hombre debía de volver el mayor número de veces*

posible.)

—A ver ahora.

A través de la rendija, Carisio, veía bien (con nitidez suficiente para apreciar los detalles). María seguía contra el muro en una inmovilidad completa, pero sus brazos los había cruzado contra el pecho, e incluso parecía que había cerrado los ojos. Había apoyado las manos contra el vestido. (Cualquier observador le habría visto así, de espaldas, con la cabeza algo inclinada, las palmas de las manos abiertas contra el vestido.) No había que olvidar los pequeños sollozos. *Entonces no iba bien la cosa*. Había que darle tiempo aún. En el comienzo, que una mujer llorase, en esa situación, era comprensible. La virtud perdida y el sentimiento culpable. Había que mirar atentamente, acostumbrándose a la oscuridad. Bibrián Navarro había sujetado a María. No se oían las palabras, sólo por el acento se comprendía que suplicaba; pero, de vez en cuando, cambiaba la entonación. Mandaba y suplicaba entonces, todo al mismo tiempo. Se podían entender frases entrecortadas: «*¿Es que cree que voy a hacerle daño? No es eso, ¿ha entendido?, no es eso, no le voy a hacer daño*». Y después: «¿Cree que me voy a ir así de aquí?» Había conseguido desabrochar parte del vestido. «No soy del gusto de la señora.» La había arrinconado, de forma que Carisio sólo veía la espalda de Bibrián Navarro, las piernas algo abiertas.

—Venga aquí.

Había avanzado Bibrián Navarro. El cuello de la camisa desabrochado. Si había puesto ya sus manos encima de su vestido no la iba a abandonar; tranquilo, tranquilo entonces. Había perdido como algo de dignidad. Si cualquiera le hubiese visto no le habría reconocido con facilidad (alguno de sus socios, compañeros de trabajo, Sanz-Jambrina, el reverendo Dionisio Reverter u obreros del taller o de la empresa de muebles). Las manos de Bibrián Navarro se habían bajado ya, debían estar a la altura de la cintura de María o debían de haber pasado debajo del vestido. Se podía oír el sollozo de María y la respiración de Bibrián Navarro, sus palabras que intentaban llegar a calmarla. «No va a pasar nada. Yo le daré más dinero.» Se había inclinado. «¿No va a tener miedo de mí ahora?» Los pies de Bibrián Navarro formaban un ángulo recto. Su cuerpo se estremecía. Se había separado de María, ligeramente, como para sujetarla mejor.

Se oía un murmullo, una especie de rezo incontenible, donde las palabras se alzaban, aumentaban de tono, para caer, para hacerse oscuras, casi ininteligibles. «Quieta, quieta, pequeña, bueno, ahora. No se mueva, he dicho así, no se mueva. Bien, bien. ¿Ve como no le va a pasar nada? Siga, está bien. No he conocido a nadie como a usted. No le va a pasar nada. Está conmigo. Bien, bien.» Carisio podía moverse sin tomar ya ninguna precaución. Había bebido un vaso de vino,

encima de la mesa. Probablemente cuando volviese a mirar no habría ya ningún motivo de preocupación. (En algunos casos las cosas se ven con claridad. Se sabe que no hay ninguna escapatoria, que todo tiene que suceder como se ha previsto.) En la pared, apoyado otra vez, y con las manos abiertas, presionando ligeramente la superficie lisa de la puerta, Carisio, debía acostumbrarse a la penumbra de la habitación. Había mirado primero hacia el centro. La colcha floreada de la cama parecía en desorden. Había que volver la mirada, otra vez, sobre el ángulo del fondo. Casi nada había variado. Sí, sí; las dos figuras seguían allí pero entonces María estaba de espaldas. Algunas prendas de su vestido estaban en el suelo, no todas. Bibrián Navarro estaba abrochando el último botón del cuello de su camisa. Por lo tanto no tenía nada más que hacer allí y se iba a ir de un momento a otro. Su chaqueta estaba sobre la silla. Había avanzado en esa dirección (las mangas de la chaqueta caían sobre el suelo). Su expresión era más regular, la mirada parecía casi humana. Con seguridad volvería de nuevo a su hogar, con tiempo suficiente para llegar a la hora de la cena. Todo había sucedido como debía de ser, todo se había cumplido. Mientras Carisio contemplaba la silueta del hombre — contra la ventana — que se arreglaba con lentitud, podía ver, al mismo tiempo, el cuerpo alargado de María. Bibrián Navarro, de pie, iba a anudarse la corbata, iba a recobrar su dignidad con un solo gesto, iba a colocar su máscara de honorabilidad en su sitio, como estaba mandado. Carisio había desviado la vista en dirección a la ventana. La gente iba por las calles de la ciudad, por todos los lados, a esa hora del atardecer. Cuando cogiese su chaqueta — Bibrián Navarro — encima de la silla, se podría considerar todo como concluido. Había sacado un peine del bolsillo. Lo pasaba por la cabeza, teniendo cuidado de que la raya quedase en su lugar. Por su parte, el cuerpo de María seguía siendo un objeto. Ya no se protegía, no se ocultaba a la mirada de Bibrián Navarro, que parecía indiferente, como si desconociese su presencia allí. Se había echado de costado, el pelo sobre la cara le ocultaba en parte. *Era sólo el cuerpo de una mujer*. Podía analizarla y juzgarla. La imagen del cuerpo de María no se iba a borrar. Solamente había que fijarse para comprenderlo. *Desde los pies a la cabeza*. El pelo suelto sobre los hombros para ocultar toda personalidad, para que sólo contase el cuerpo desnudo, para romper una espiritualidad equivocada, y después el vientre liso, con su triángulo oscuro, y las piernas alargadas que llegaban hasta el extremo, casi hasta el enrejado de barras doradas de la cama, brillantes. Bibrián Navarro se había vuelto, había cogido la chaqueta, por fin, y se la colocaba, pasando un brazo primero y después el otro. Había avanzado en dirección a María con la intención de despedirse; ¿pero cómo podía despedirse él que iba vestido ya impecablemente?

Había interrumpido el ademán de su brazo, por un momento, alargado en esa dirección. Definitivamente, se iba. Había abierto la puerta y la había cerrado.

Había entrado en el café una mujer gruesa con dos niños; uno de ellos llevaba el pelo rapado, su boca parecía húmeda y brillante como correspondía a un indiferenciado. Cuando hablaba, su voz hería a los demás. Pero había guardado silencio, observaba con atención a su alrededor. Su madre le había preguntado lo que iba a comer y le había entregado la lista de platos, al mismo tiempo que a la niña, que decía que no tenía hambre. ¡No, *hija, no*!, ése no era un motivo para no comer porque debía ser muy mayor algún día, «así, así de grande», y si quería crecer no tenía que ser caprichosa. El niño había elegido ya un plato. Además quería un refresco.

—Que le den un refresco al niño — dijo la señora.

Había cogido la carta. Por lo que hacía relación a la niña era ya más complicado. El camarero parecía comprender muy bien ese punto de vista y asentía diciendo que tenía las especialidades de la casa. ¿Qué le parecía el número seis, o el siete, o el catorce, o el diecinueve? La niña no quería ningún plato, pero ya se le había dicho que comer constituía una obligación cuando se estaba en edad de crecimiento.

—Mire, traiga el número seis.

La niña protestaba y, desde allí, desde su mesa, Carisio veía — al otro lado de la puerta — el sol, el polvo que estaba sobre los papeles de los periódicos, del día anterior, en la calzada. El camarero se había alejado con la satisfacción y la idea del deber cumplido (Carisio pensó que ese hombre distinguía perfectamente a las personas que era necesario respetar porque así estaba establecido). ¿Qué pensaría ese hombre de él mismo? Le hizo un signo con la mano para que se acercara.

—Dígame.

—¿Me permite que pida un vaso de vino?

No, no había. Pidiendo solamente vino era difícil que le considerara dentro del grupo de las personas respetables. Le habría gustado hablar con él, haberle preguntado qué era lo que no tenía que tuviese la señora. En otra ocasión pediría *Coca-Cola*, participaría así, aunque humildemente, con la empresa americana y la guerra del Vietnam.

—Vaya, tráigame entonces un *coñac Soberano.*

El niño se entretenía en lanzar pequeños gritos guturales y en mirar a su hermana. Su madre parecía conmovida. Con seguridad nunca habría comprobado el significado de su existencia ni la de sus

hijos, ni habría profundizado en el concepto. Si estaban todos allí, reunidos, una tarde cualquiera, en la mesa de un café, era porque Dios lo quería. Si había tenido dos hijos en su matrimonio celebrado canónicamente, y con el cumplimiento de todos los requisitos legales, era porque Dios lo quería. Si había consentido en adoptar una actitud pasiva en su momento, y los había engendrado de esa manera, sin pena ni gloria, era porque Dios lo quería. Su hijo, el mayor, llegaría, el día de mañana, en un futuro inmediato, próximo, como podía deducirse con facilidad, a ser un hombre de provecho (banquero o director general de empresa, político o concejal de Ayuntamiento). ¿Participaría en un plan de desarrollo económico y social de España? El helado de crema lo había tomado ya el niño y le explicaba a su madre que él siempre comía de prisa, al contrario de lo que pasaba con su hermana.

—Te vas a morir si no comes.

La madre había hablado de la muerte con voz suficientemente clara a su hija, y se había decidido a coger la cuchara. Le daba el helado, mientras que el niño hacía alguna observación.

—No hables ahora — dijo su madre—, déjala comer.

Los parroquianos, fijos, movían los labios y los brazos al mismo tiempo, sujetaban una taza de café en la mano, una copa de coñac o nada, y miraban hacia delante o hacia los lados, o hacia atrás, esperando ver más caras conocidas, para poder saludar, contar la última noticia deportiva, la clasificación del Zaragoza, y discutir de algo; decir, por ejemplo «pues no, yo sé que no ha sido así». Hablar de los delanteros centros, y de los extremos, dejar que el resto de la gente, más allá de la puerta, en la acera, al otro lado de la calle, discurriera en dirección a sus quehaceres; hablar confundiendo su voz con las de los otros, para acostumbrarse más, para demostrarse a sí mismos — inconscientemente, porque nunca se ha pensado seriamente en ello — que la existencia o la vida misma, o lo que resulte, no ha podido ser de otra manera. Entonces había que oír ese murmullo de voces, mientras que el camarero, con la bandeja en alto, y con un trapo en el hombro o una servilleta, pedía paso a los parroquianos asiduos, a los no asiduos, a los clientes, y a Juan Montero Marugán que estaba allí por casualidad. En la televisión se hablaba del Vietnam, y de los disturbios producidos. Se veían unas imágenes confusas de una manifestación. Juan Moreno Marugán no se perdía una imagen, y comentaba los sucesos con cualquiera. Cuando se habló del *moratorium day* y de lo que significaba, Juan Montero Marugán dijo solamente concho. Cuando se explicó a los televidentes (entre los que se encontraba el mismo) que los manifestantes eran sólo inadaptados — que no representaban a la nación — sucios por dentro y por fuera, dijo solamente concho otra vez, y cuando Carisio le

preguntó si estaba de acuerdo con lo que se decía, explicó que no, pero que esas cosas eran demasiado complicadas para él, que no tenía cultura suficiente.

19.

El trabajo discurría con normalidad, e incluso se podía decir que ya no era necesario ocuparse de él, porque marchaba por sí solo. La labor de Carisio quedaba reducida a mirar diariamente en el libro registro. Se levantaba tarde, hablaba con María y con Dulce Escabues y les preguntaba si todo iba bien, si necesitaban algo especial, porque él estaba dispuesto a ayudarles en lo que buenamente pudiera. No tenían que verle como si fuera una persona ocupada únicamente en la realización de un trabajo material, porque no era cierto que sólo tuviera en cuenta la labor profesional, desde el momento en que se interesaba, lógicamente, por el personal que estaba a su servicio. «Usted, María, esta semana se ha organizado bien en su trabajo y soy el primero en felicitarla por ello.» Pero aunque hubiese marchado mal, habría sido lo mismo, y ello no habría significado que no le hubiese hecho preguntas relacionadas con su situación personal, como era norma suya. Por otro lado, seguía mirando el libro registro, realizando las comprobaciones pertinentes (con cierto optimismo en un futuro que parecía mejor), haciendo preguntas para saber lo que habían hecho, las dos, a lo largo del día. «He estado en *Cancela* y en el *Oasis*» ¡Cuánta mentira, Dios mío!, como si no supiese que, todo lo más, habían estado en la taberna de *Willy*, el holandés, bebiendo dos o tres vasos de vino, con los que les habían querido invitar, que eran muy pocos. «No es cierto que hayan ido a *Cancela* o al *Oasis*». ¡Qué fácil era vigilar, saber, paso a paso, lo que había sucedido, echar cuentas después y valorar la recaudación, teniendo en cuenta el tanto por ciento. (Con dos mujeres no había una gran dificultad. Se vería si pasaba lo mismo con cuatro, cinco o seis mujeres.) «Usted ha estado en el *Café de Levante*, en *Río de la Plata*, o en el *Imperia*. No había nada que objetar, ni insistir en el asunto, porque se vigilaban los pasos con discreción, buenamente, como se podía y sin gran dificultad. «Usted ha estado en casa de *San Agustín* y en la *Sarmentera* o usted ha estado en *La Cabaña del Tío Tom.*» Sin ambages, ni disimulos, porque se podían seguir— como se ha explicado—, los pasos, uno a uno, como si se fuese una sombra. Ninguna de las dos podía saber si en un día cualquiera se la había vigilado. Podía ser que sí o que no, pero allí estaba el riesgo, en que no resultaba fácil inventar sin caer en una

contradicción, como sucedía la mayor parte de las veces, y en los casos más imprevistos. Por ejemplo, cuando hablaba Dulce Escabues. «He estado primero en el *Belanche*, recorriendo la calle Mayor.» ¿Desde qué hora hasta qué otra? «He estado en el *Belanche* desde las seis hasta las siete.» ¿Cómo podía ser que hubiese estado en el *Belanche* si la había visto en el Paseo de la Independencia con una amiga? No le quedaba otro remedio que darle la razón. Si no había conseguido nada productivo era suya la culpa; y que por un día pasase, pero que no se volviese a repetir en lo sucesivo.

—¿No es verdad?

—Sí, como usted diga.

Por lo que seguía haciendo relación a la misma contabilidad, también era más fácil. Se calculaban, como antes, los beneficios brutos y después se deducían los gastos, para conocer el tanto por ciento, y las cantidades finales que se percibían en cada uno de los casos, pero se tenían en cuenta, también, las primas, y las sanciones económicas, así como las cantidades que se guardaban para asegurar riesgos en tiempos, relativamente, difíciles.

—Porque, si no, dígame qué hacemos si no contamos, como hace todo el mundo, con un fondo de previsión o capital fijo.

Sobre los otros posibles problemas se resolvían con la mejor voluntad. No se admitiría la discusión. «¡Que usted dice que es así, razones tendrá para ello!» Habían que creerlo, pero no había que caer en contradicciones posibles que siempre podían adivinarse. «Usted dice que no vio a Bibrián Navarro ayer.» Podía asegurar que no le había visto, pero a Bibrián Navarro le había encontrado Carisio en la tasca de *Félix*. «¿Qué tal don Bibrián Navarro?, ¿todo va bien?, ¿todo a su gusto?» Don Bibrián Navarro había dicho que sí, que no tenía queja de ninguna clase, que el *servicio* le había gustado y que iba a repetir cuando pudiera con Dulce Escabues, porque María no estaba libre. Había que tomar datos y fechas. ¿Qué día había tenido lugar el feliz, y último, suceso con Dulce Escabues?, ¿a qué hora exactamente? El sábado a las siete de la tarde. «Yo no tenía intención, pero las cosas se complicaron.» Entonces ¿usted dice que el sábado a las siete de la tarde? Lo podía firmar y rubricar. En cambio, Dulce Escabues no decía lo mismo; en el libro de contabilidad no figuraba nada al respecto: ni tres cruces, ni dos, ni una. Se trataba de una simple contradicción, pero que, en ningún caso, podía admitirse.

—¿No se acuerda usted?

Haciendo memoria, Dulce Escabues, había llegado a alguna conclusión. Posiblemente se había confundido en el día y en la hora. ¿Podía haber sido el sábado a las siete de la tarde? Pues sí, podía haber sido. Entonces que anotase tres cruces para ese día, y que no volviera a repetir la equivocación, porque eso habría supuesto otra

clase de medidas.

—Perdone.

Que no estuviera alguna de ellas colocada convenientemente en una esquina, o en un establecimiento público, de cafetería, o de bebidas, podía considerarse como una falta grave. Era necesario vigilar constantemente, hacer que todo el mundo cumpliera con la obligación que era propia del trabajo. No se podía alegar que la espera había sido inútil; cuando se trabajaba bien, a conciencia, todo resultaba de la manera prevista. Cuando se volvía con las manos vacías, explicando que no había salido trabajo, se podía desconfiar. «¿Dónde ha estado usted?» En la esquina entre las calles de *Hernán Cortés* y el *Paseo de Pamplona*. «¿Y entre las calles de *Hernán Cortés* y el *Paseo de Pamplona*, en dos horas de espera, va a decirme usted que no se le ha acercado nadie?» Porque podía ser que fuese verdad, pero, en cualquier caso, tampoco habrían puesto todo el interés necesario. Además era mejor no dejarse convencer. «Es posible que haya estado donde dice o que venga de pasear tranquilamente.» No era lo mismo sentarse en el parque público, entre niñeras, viejos y soldados, que en un barrio residencial, o en las calles céntricas. «¿Está segura de que ha estado allí?» Porque Carisio había hecho el recorrido, la había vigilado. ¿Qué creía? «He estado en la esquina de las calles de *Hernán Cortés* y el *Paseo de Pamplona* a las nueve y no estaba usted.» Podía ser cierto o no, pero algunas veces daba resultado.

Hizo Carisio el suficiente recorrido. Fue a la Plaza de Nuestra Señora del Pilar y no estaba allí Dulce Escabues. Miró alrededor, en dirección al Ayuntamiento, y después retrocedió en dirección a la calle de Prudencio, San Antonio y Santa Isabel, San Blas y San Pablo. (Se preguntaba por qué esa relación de calles de santos. ¿Representaban el ambiente en general?) Dio la vuelta a la calle de los Aguadores, calle de Predicadores y Plaza de Santo Domingo, calle de Santa Inés, calle del General Franco, calle de Agustina de Aragón, entró entonces en *Mari Carmen*; sólo había los mismos parroquianos de siempre. Le saludó uno. Estaba bien, muchas gracias. Salió de nuevo. El aire era tan caliente como antes y hasta más denso. Fue hasta la calle de Pignatelli, esquina con la de Miguel de Ara, en el *Casinico* no había nadie. En la Plaza de San Lamberto, tampoco. (La dificultad de seguir a una persona estriba siempre en que se va demasiado cerca o demasiado lejos de ella; en el primer caso, es fácil que le descubra a uno, en el segundo es fácil perderse.) Carisio no iba ni cerca ni lejos — un término medio — con la cabeza algo levantada para ver entre la gente la falda corta de Dulce Escabues (entre rosa y blanca) que le servía de referencia. En la calle Espoz y Mina la perdió de vista, para encontrarla dos manzanas más allá, en la Plaza de Santa Cruz, justo

debajo del arco suntuoso de las Oficinas de Obras Públicas. Un conserje estaba en la puerta, con la mano en la entrepierna, mirando pasar la gente; no parecía hacer nada de provecho — nada útil — pero no era cosa de decírselo a él personalmente, no era asunto suyo (ya habría por ahí alguien que se encargaría de resolver problemas parecidos). En la calle de Don Jaime había menos dificultad, aparente, en seguirla, pero es que había entrado — casi sin que lo advirtiera — por la Plaza de Méndez Núñez, a la Plaza de Sas. El trazado de las calles era infernal. No se encontraba bien Carisio. Se tomó el pulso. Una pared era igual a otra, una esquina semejante. La gente idéntica. ¿Puede decirme dónde estoy? Pero no era eso. Lo que se trataba era de seguir a Dulce Escabues, no de conocer en qué parte de la ciudad se encontraba. La figura de Dulce Escabues, con su falda rosa y blanca, se perdía.

—Está en la Plaza de Sas.

Quiso hablar con el hombre, que le había dado la información, pero no articulaba las palabras precisas. El hombre no parecía comprenderle y tampoco le ayudaba. Se veía bien porque permanecía en silencio, junto a un niño, y dándole la mano. Podía haber preguntado si le pasaba algo o si necesitaba alguna ayuda, pero lo único que hacía era mirarle en silencio.

—Oiga usted.

Iban a pensar que había bebido y que por eso no se sostenía en pie. Él no podía explicar lo contrario, no podía decir, por ejemplo. «No es lo que usted piensa, ¿comprende?» No habría servido de nada exponer los problemas que se le plantean, en general, a un drogadicto, pero aunque hubiese servido de algo hacerlo, el hombre, con seguridad, no habría contestado, y el niño se le habría quedado también mirando igual que entonces — con los ojos abiertos—. No podía decir tampoco, ando buscando a una prostituta o mujer del mundo, ¿la ha visto usted? Aunque pensándolo bien casi era preferible. El hombre tiraba del niño. Cuando se utilizan las palabras adecuadas y se define una situación, sin emplear artilugios, la sociedad reacciona. (Ese hombre era el arquetipo y el símbolo de la sociedad permanentemente establecida sobre los pilares de la dignidad, y el buen hablar y comer.) Así que el niño había aprendido una nueva palabra que podría utilizar cualquier día (aunque no pareciera probado) y que se refería a las mujeres alegres. No había más que decir. Carisio se despedía del hombre y del niño, dando las buenas tardes. Siguió por las calles antiguas (Sepulcro, Arcedianos, Palafox, Dean, Lucero, Don Juan de Aragón, Pabostria, Dormer, Cisne, Cuéllar, San Valero, Jordán de Urries, La Hera, las Plazas de San Bruno y Santa Marta). Volvió a las murallas romanas (por el Torreón de la Azuda, Glorieta de Pío XII, San Juan de los Panetes y Plaza de César Augusto). Dio dos o tres vueltas

alrededor del antiguo campo de fútbol del Torrero, y por más que se esforzó en ello no pudo sentir congoja o emoción espiritual alguna. La gloria nacional y el deporte podían estar a la misma altura, pero a él le resultaba ajeno. Por las tardes, miles de hombres lloraban, se emocionaban y gritaban. Estaban dentro del grupo de los genocidas y de los masturbadores del espíritu, así como en la categoría de los adaptados, portadores de principios de alto valor espiritual.

—Vendo gaseosas — dijo una mujer en el mismo campo del Torrero—, ¿quiere una?

También tenía, la mujer, un botijo con agua. Parecía que diferenciaba entre bebidas de ricos y de pobres, entre gaseosas y agua corriente.

—Deme agua.

Le costaba trabajo beber el agua del Ebro, pero así se acercaba más a los pobres. El agua del Ebro era turbia, y gorda, como si se hubiesen mojado, allí, los pies, algunos concejales del Ayuntamiento.

—¿Cuánto le debo?

La voluntad. Carisio le dio dos pesetas y la mujer le demostró su agradecimiento; por esa razón — y para amortizar — Carisio bebió otro trago de agua, si le dejaba hacerlo, pero antes se lo preguntó.

—No faltaría más, joven, los que quiera.

Con la camisa abierta, los brazos hacia el cielo, la cabeza contra el cielo, bebía Carisio. En el verano ya se sabe, se tiene siempre sed, y es porque el sol abrasa tanto a los pobres como a los ricos, aunque para los ricos hay gaseosa y para los pobres agua del Ebro.

TERCERA PARTE

20.

Carisio estaba solo con su vaso de vino, sin la compañía de los contertulios, Sanz Jambrina, Bibrián Navarro y el reverendo Dionisio Reverter, que estaban dos mesas más atrás. Le habían colocado en su lugar, en el que le correspondía. En los días sucesivos podría volver si quería, pero a condición de que se quedase allí, aislado, con su vaso de vino en la mano. Se le dejaría en completa libertad, en completa soledad. En una ciudad no está reservado el derecho de admisión. Se entra, se puede permanecer allí, aunque otra cosa distinta supondría introducirse en ciertas esferas. Carisio estaba en su mesa con un vaso de vino en la mano. Podía mirar a todos los lados. Se le permitía observar, e incluso podía comentar algún suceso con el personal del establecimiento. Libertad absoluta. Pero es que el reverendo Dionisio Reverter no se había llegado a poner de acuerdo con él, y ya lo había explicado en una larga alocución. Entre los valores que había que considerar estaban los de Amor, dignidad, deber, valor, patria y *jerarquía*. Todas las palabras que había pronunciado el sacerdote tenían un fuerte colorido, pero faltaba hacer un análisis de todas ellas para poder deducir una conclusión. Había dicho honor-dignidad-deber-valor-patria y después había añadido, al final, otro concepto que le había traicionado. Todos los principios enumerados tenían un sentido en cuanto que se referían a un grupo, mantenedor del poder, de los privilegios, que ocupaba los puestos más altos de una Sociedad Organizada. Sin *jerarquía* no había orden, como tampoco lo podría haber sin la idea de la propiedad. Si el reverendo Dionisio Reverter no hubiese pronunciado la palabra *jerarquía*, Carisio no habría intervenido, pero es que le parecía conveniente explicar que no era de la misma opinión. Al reverendo Dionisio Reverter le resultaba un punto indiscutible, desde el momento en que el sentido común y la autoridad de las personas, dignas del mayor aprecio, lo habían admitido. Carisio, en cambio, no creía que hubiese un principio de autoridad, ni tampoco que se pudiese establecer una diferenciación tan precisa entre personas dignas y las que no lo eran.

—Ya le veo venir.

Así que para él nunca se plantearía un problema verdadero, en

materia moral, porque hacía ver que desconocía los puntos de referencia. Había una forma de ser, a la europea, que consistía en oponerse sistemáticamente a los valores tradicionales. Revolvía lentamente el café, el reverendo Dionisio Reverter, después de haber echado dentro dos cucharadas de azúcar. «Lo que no significa precisamente un adelanto.» A su modo de ver distinguía perfectamente dos grupos bien caracterizados. En el primero podía estar Carisio. «Son gente algo irresponsable, un poco bohemia, que no son capaces de mirar hacia atrás, hacia el pasado, y que admiran todo lo que suponga renovación, aunque no se apoye en nada básico.» La segunda era peor que la primera; con ese grupo no cabía admitir siquiera el diálogo.

—Es fácil vanagloriarse de estar al día, ¡pero que me digan a mí de qué sirve conocer dos o tres ideas que circulan por ahí, si son contrarias a la tradición y al Derecho Natural!

Se reía, para aligerar probablemente la importancia de la frase, y le señalaba con el dedo. «A ver, a ver, exponga su teoría si puede, oigamos qué es lo que nos va a decir, ahora, este señor.» Miraba a Sanz Jambrina y a Bibrián Navarro para que se rieran con él, y lo consiguió a medias. Entonces aproximó más su silla.

—Díganos usted lo que piensa.

La mirada del reverendo Dionisio Reverter, sus ademanes, su sonrisa, eran las que debían de corresponder a un hombre inmerso en una larga cavilación. Oía a Carisio, pero le interrumpió (dos veces). «No, perdón, de ninguna manera.» Había una diferencia precisa, si se cumplía el orden y las normas establecidas. «¿Cómo va a decir usted que es igual?»

No, no lo era. El orden familiar, el respeto a uno mismo, y a los demás, quedaba a salvo. «Mire usted, es una utopía no tener en cuenta las clases sociales, la condición personal — ¿me entiende?—. Yo le digo que está bien así y usted no va a ser quien vaya a enmendar la plana.» ¿Es decir, que desde su punto de vista lo mejor sería una libertad absoluta, radical, que cada uno hiciese lo que gustara? «No, no.» Había mirado, otra vez, a Sanz Jambrina y a Bibrián Navarro. «Eso significa que es imposible dar vueltas al asunto. Sin paliativos, sin paliativos… No hay término medio… Si usted actúa como debe, todo lo demás llegará a su tiempo… Nadie le obliga a que haga algo *a priori*, pero, en cambio, se le obliga a que cumpla con los deberes esenciales. ¿Que cuáles son? En primer lugar, haga lo que tenga que hacer, sin trabas, sin limitaciones o egoísmos (de esto se habla mucho), con generosidad y sin un razonamiento previo. No hay que poner condiciones a Dios. Y en segundo lugar lo que le dicte su conciencia.» Eran las líneas generales de lo que quería expresar, pero no se oponía al diálogo, y le interesaba conocer sus puntos de vista. Si

le dejaba tiempo suficiente podía llegar a explicar todo con suficiente claridad. Lo que se quería que comprendiese, desde el primer momento, era que lo que iba a decir lo basaba en el consenso universal, en la opinión de la mayoría de los hombres; era un asunto de Derecho Natural. La idea del bien y del mal estaba en el corazón de los seres humanos, de tal manera que nadie podía equivocarse, y si había excepciones sólo confirmaban la regla general. «Hay conciencias excesivamente estrictas o escrupulosas y otras demasiado amplias.» En un caso como en otro, la idea del bien y del mal existía objetivamente, pero es que se deformaba. «El sujeto no puede diferenciar bien en la esfera moral.» Pero la deformación siempre era preferible si se producía por exceso que por defecto. En el caso de Carisio había, a no dudarlo, defecto porque su conciencia era más bien amplia. Y no era cierto, por otra parte, que no se hubiese ocupado de la reforma del capital, y en especial de la empresa. ¿Es que creía que no había comprendido los inconvenientes del sistema capitalista, aplicado injustamente, dentro, claro, de los límites prudenciales que todo el mundo tenía en cuenta? Le iba a hacer un resumen de los puntos que él consideraba fundamentales para conseguir la modificación de las estructuras en la empresa, aceptando todo lo que tenía de positivo — naturalmente — las experiencias de dicho sistema en la realidad histórica. Estos puntos se referían a la justa distribución de los resultados económicos, organización del trabajo en condiciones de responsabilidad y cooperación, concepto de participación y formas de participación. La comunicación como primera forma de participación, comités de colaboración, sección sindical, descentralización de la organización en sectores determinados, consideraciones especiales sobre la participación en el capital. Ensayos de nuevas fórmulas de empresa en el sector público, concesión de facilidades financieras especiales a equipos de empresariales solventes (de técnicos y trabajadores), regulación de contratos de transferencia o arrendamientos de empresas (consideradas éstas, a efectos del contrato, como objeto unitario de hecho), reserva de explotaciones cuyo mercado ofrezca especiales garantías a sociedades de carácter técnico-laboral con ayudas financieras especiales.

—¿Usted, joven, tiene algo que decir?

Eran puntos de técnica profesional, que se demostraban constantemente en los centros de preparación y ya hasta en los seminarios.

—Y si no, dígame entonces, ¿es que le parece que se habla así, porque sí, que se le dicen las cosas sin un motivo serio?

Había denegado con la cabeza. No, hijo, no. Pero explique usted lo que ha querido dar a entender cuando hablaba de esa idea del capital y del trabajo.

Carisio permaneció un tiempo allí, solo, mirando a la calle a través de la puerta. Después apoyó la cabeza entre los brazos. Estuvo unos minutos con la cabeza apoyada sobre la mesa y luego la levantó, hasta que la luz le dio en los ojos. Había luz por todas partes, y nada había cambiado. Pidió otra cosa. El camarero con la servilleta en la mano se le acercó. Le miraba demasiado cerca observando sus ojos enrojecidos y su aire cansado. No tenía que mirarle así. No era él quién para hacerlo. Puso el dinero sobre la mesa y volvió a mirar a la puerta, a la calle. Ya estaba esa sensación dentro de él, ya estaba otra vez el recuerdo de su madre dentro, pero no era eso sólo, había algo más: *Dios se iba de la ciudad, por el llano en dirección al sol*. Podía ser que nunca hubiese existido esa imagen, que fuese simple invención o literatura. ¿Dios yendo hacia el sol por el llano? ¿Qué iba a hacer allí? En el llano no hay sitio para nadie y menos para Dios. Pero lo que se trataba de decir era que en la imagen de Dios no iba sola, que en su sombra — que se alargaba por el llano — se veía algo más. En la espalda de Dios estaba la pequeña figura de una mujer; para explicarse con mayor precisión, estaba también la imagen de su madre que, últimamente, había crecido, envejecido, se había desarrollado, como se podía comprobar a simple vista, si se pensaba en el tiempo que llevaba allí. La muerte de su madre se había adueñado de la espalda de Dios entonces; probablemente por descuido, porque es de suponer que nadie quiere llevar sobre la espalda algo como una mujer muerta. Entonces la interpretación daba lugar a una serie de conjeturas. Dios iba por el llano llevando a su madre muerta en la espalda. ¿Lo habría querido Él?, ¿o se lo habría impuesto? No era necesario hacer referencia al peso, sino a la misma muerte. ¿La muerte de su madre se le había impuesto a Dios? *No encontramos a Dios en Zaragoza, tampoco en ninguna parte fácilmente, pero se piensa que está en otro lugar. Es mejor pensar entonces que está lejos, así puede ser inventado. Dios está en los desiertos calientes de África, entonces, en las playas desiertas de África. Dios no está en Zaragoza, está lejos, en cualquier parte. Dios no está donde estamos nosotros, porque hay que ir adelante*. Nadie ha dicho que haya que buscar a Dios, sólo explicar en los sitios dónde no se encuentra, en Zaragoza no está, tampoco en sus iglesias, en sus cafeterías, en sus hoteles, en los centros de beneficencia, en las salas de prostitución, en los cuarteles, en los cementerios. ¿Dónde está Dios? ¿Tiene importancia dónde esté Dios? La imagen de Dios llevaba en su espalda un ser, efectivamente, diminuto, muerto, hacía tiempo. Ya la ciudad se quedaba tranquila, esfumada en un vaho caliente, que salía de la tierra, viviendo su propia monotonía. Y Dios se iba por el llano, no se sabía dónde, con su madre a cuestas, no llevándola en sus brazos, o de su mano, sino

cargada sobre Él, como se lleva algo inerte, que no puede hacer resistencia. La ciudad se quedaba, entonces, vacía de Dios, irrealmente esfumada. El sol amarillo estaba allí, un disco dorado a una altura media, rodeado de nubes en la parte superior, grises, como formando una cortina opaca. Por debajo de él, hasta la línea precisa del horizonte, todo era luz, pero después el llano volvía a tener la forma que le convenía, la oscuridad característica. Hacia allí caminaba Dios, hacia la luz. La ciudad se vaciaba de Él, les había dejado. Bastante tenía el mismo Dios con abandonar el muerto en algún lugar: ¿en el sol?, ¿al lado del sol? ¿Por qué Dios llevaba un muerto — a su madre — al lado del sol?, ¿por qué se iba de la ciudad y les dejaba solos? ¿Qué interpretación se podía dar a eso? ¿Acaso no estaba conforme con lo que tradicionalmente se había considerado como virtud?; ¿y la mujer muerta, era esa misma virtud destrozada, que había que desechar, enterrar, dejar caer en alguna parte, cerca del sol o donde fuera? No podía ser. Extrajo la fotografía de su madre del bolsillo interior de la chaqueta, y la contempló unos momentos. La sujetó con cuidado en su mano, la puso contra él, y después la aproximó al pecho. La mantuvo un tiempo contra el pecho. El cielo tenía, lejos, un color rosado, indefinido.

Había nubes grises mezcladas con sangre, todo estaba en calma en ese lugar, y Carisio habló entonces, a su madre, para decirle que él estaba *allí*. Seguía teniendo la fotografía en su pecho. De acuerdo, la muerte era irreversible, no se podía dar marcha atrás. Con el cielo al fondo, de color rosado, con nubes grises, que parecían romperlo, mantuvo la fotografía unos minutos delante de él, y le pareció que empezaba una caída, que perdería el equilibrio, porque no tenía apoyo. Se sujetó firmemente contra la mesa. Estaba solo. Lo repitió, pero ni siquiera sintió compasión de sí mismo. La imagen de su madre le había abandonado para siempre, el recuerdo de su madre parecía borrarse. El abandono se agrandaba en la oscuridad. Podía abrir los ojos pero entonces se encontraría delante de un mundo nuevo. Todo estaría por comenzar. Abrió los ojos. ¿Qué significaba la figura de la imagen de la mujer que tenía delante? Esa expresión le resultaba desconocida y los rasgos también. ¿Pero, al menos, era algo digno de ser contemplado? La imagen de la fotografía al sol, parecía real, como si todo fuese como antes. Carisio llegó incluso a tranquilizarse, pero esa expresión no era de ternura, no acogía tampoco. El cobijo se transformaba en desdén, y los rasgos empezaban a desfigurarse hasta el punto que parecían impersonales. No representaban siquiera a un ser humano. Era una imagen lejana, hecha de somnolencia. Y no se detenía allí, empezaba el proceso hacia atrás, la piel se caía sobre el cuello, sólo se podían ver los ojos, y la expresión de la boca riente. No había ningún motivo para reír, ningún deber o ideal que valiese la

pena. Se lo estaba diciendo a su madre. Estaba el cuerpo debajo del polvo, o debajo de la tierra, y sin embargo él sostenía la fotografía delante de sí. El proceso hacia atrás continuaba inflexible. Las ideas de su madre no salían a la superficie. A ver, madre, habla de Marx, de Lenin, de Maiakowsky. Lo que sucedía tenía que suceder. Su madre era una figura blanca, sin alma, sin espíritu, hecha sólo de materia, de cristal, o de una sustancia, parecida al cristal, deformable y frágil.

—A ver.

Alejando la fotografía se conseguían efectos más rápidos. Eso significaba que él deseaba su destrucción porque, en otro caso, la hubiese mantenido cerca de su cara. A esa distancia sólo veía el maxilar caído, el hueco de los ojos, y los dientes a flor de piel. Retiró el brazo, lo que daba de sí, y comprendió que había llegado el momento de hacer algo más. Colocó la fotografía de su madre a una altura media; la miró con detenimiento, contempló uno por uno sus rasgos, hasta comprender bien la imagen que tenía delante. Observó el rictus de fuerza en la boca, el pelo oscuro, encima de los ojos brillantes, la actitud erguida y altiva, y pensó que todo se había cumplido esa vez. Por eso actuó en consecuencia: alargó el otro brazo, hasta que sus manos se juntaron, y después rompió, en pequeños trozos, la fotografía y los dejó caer. Algunos trozos habían quedado contra el suelo de tierra y otros se habían alejado — esparcido — más allá del alcance de su vista.

21.

Había suficientes indicios que hacían pensar que las sospechas del reverendo Dionisio Reverter recaían sobre él, aunque no había nada que indujese a pensar que existía cierta animosidad por parte de los demás. Ese mismo día le habían estrechado la mano cordialmente al despedirse. Únicamente el reverendo Dionisio Reverter, que estaba de espaldas hablando con Sanz Jambrina, se había marchado sin decir nada. Podía ser sólo una distracción. Eso sucedía con frecuencia. Bibrián Navarro aún se había permitido bromear con él, le había dado a entender que vivía mejor que nadie, que ya le gustaría estar en sus condiciones, pero que él tenía que trabajar. «Esto del trabajo es un castigo y no un deber, ¿no está de acuerdo conmigo?» Claro estaba, que Sanz Jambrina había dicho algo más: poco después de marcharse había hablado de la prostitución como una tara social que había que combatir utilizando todos los medios posibles, pero, a continuación, había añadido algo. Es decir, que había dejado un tiempo de silencio y había dicho: «y el proxenetismo naturalmente también». Carisio no sabía si le había mirado en ese momento, porque él, a su vez, había bajado la cabeza. Eran dos cosas, entonces, las que había que combatir: la prostitución y el proxenetismo. No servía de nada hacerlo por separado, eso era dar palos de ciego. Pero según pensaba Sanz Jambrina, el mayor mal no estaba en las mujeres, por regla general indefensas, sino en los inductores que vivían a su costa. ¿Cuántas sorpresas daba la vida, esa era la verdad! No parecía que esa frase tuviese relación con la anterior, y Carisio levantó la cabeza. La mirada de Sanz Jambrina estaba fija en él, pero no le acusaba, acaso sólo le pedía que asintiese, por lo que Carisio sólo se atrevió a hacerlo ligeramente y justo en el mismo instante en que Sanz Jambrina se llevaba a la boca la taza de café. Después se habían levantado todos; el reverendo Dionisio Reverter, hablaba con Sanz Jambrina, de espaldas a él, y Bibrián Navarro le estrechaba la mano, al mismo tiempo que decía que a él le gustaría vivir trabajando lo menos posible. «No sé cómo se las arregla usted para vivir así.» Por último había dicho que el trabajo era un castigo y no un deber, y el reverendo Dionisio Reverter, de espaldas, había empezado a andar, sin volver la vista atrás, en una dirección no determinada.

Si hablaba con el reverendo Dionisio Reverter en seguida, antes de que llegase a comentar lo que sabía con los demás, con Sanz Jambrina, con el padrastro, con Bibrián Navarro, acaso todo tuviera arreglo. Todo el mundo sabe que el secreto de confesión es algo inviolable. Entre el sacerdote y el penitente se establece una relación que afecta únicamente a los dos. Por tanto, si Carisio se arrodillaba y hacía una confesión verdadera, sellaría, para siempre, los labios del sacerdote. Había que cogerle por sorpresa en el confesionario y empezar lo más de prisa posible. Había pensado Carisio cuál debía de ser su actitud, y su comportamiento, en todos los instantes que se iban a desarrollar. Una cosa era imaginar algo y otra que sucediese (pero paso a paso había estudiado todas las posibilidades). Se arrodillaría, vería la expresión de sorpresa del reverendo Dionisio Reverter, empezaría a hablar — antes de darle tiempo a reaccionar — y a acusarse él mismo. En lo referente al pecado en general, no había problemas, lo llevaba en sí como todos los demás. Le diría, me acuso de esto y de esto, de no honrar a mis padres, de no amar a Dios, considerado como persona, de no tener la ideología del régimen. Se acusaría de no haber santificado también las fiestas, de haber fornicado con mujeres de todas las clases, honestas y de las otras, de buena y mala reputación, de poca edad, de mucha edad, de diferentes naciones, del Norte y del Sur; se acusaría de haber deseado la mujer del prójimo — todas las mujeres del prójimo — de haber realizado acciones prohibidas, de seducción, de proxenetismo, de inducción a la prostitución, en sus relaciones, en particular, con María y con Dulce Escabues. Habría que explicárselo bien al reverendo Dionisio Reverter. ¿Se acuerda de la sobrina del contable?, ¿de María? La habían buscado por todas partes, nadie había comprendido su desaparición de casa de doña Asunción, el abandono en lo que se refería a su dirección espiritual. ¿Se acuerda usted? Lo más probable era que entonces el reverendo Dionisio Reverter interviniera, que dijese que lo sabía todo, que no hacía falta decir nada más. Bien, aún en ese caso — aunque lo supiera todo — había que aprovechar la ocasión que se le brindaba, no fuese que la explicación resultase sólo parcial o insuficiente, que el sacerdote pudiese decir, se me ha explicado sólo una parte — *esto y esto* — pero no se me ha explicado esta otra parte, y soy libre de hablar con Sanz Jambrina, con el padrastro, con Bibrián Navarro o con quien fuera. Carisio ya estaba allí delante del reverendo Dionisio Reverter. De rodillas en una iglesia, al principio, parece que todo va bien. Se adopta la postura más respetuosa, pero no basta con la postura, hay que decir algo. Es entonces el momento en que se empieza a hablar. Se puede hacer esto muy de prisa o muy despacio. Si se hace de prisa, uno mismo no comprende bien las palabras. (Es de

lo que se trata, es mejor no comprender.) Las palabras se atropellan. Es una oración precipitada; no tiene sentido. Es mejor. Se puede hablar despacio, con lentitud, intentando comprender lo que se dice. «Estoy aquí — de pie, sentado o de rodillas — delante del reverendo Dionisio Reverter.» Se puede profundizar en el tema. «¿Me dirijo a quién?, a quién?» Empieza el confusionismo, el miedo. Es más conveniente repetir las palabras al ritmo que se quiera, pero con la entonación adecuada y no pensar. En cualquier caso, hay que recordarlo siempre, hay otras salidas, hay más confesionarios en los extremos; los han puesto allí para eso. Hay unos hombres que esperan (si se colocara uno al lado del altar lateral, y después se volviese de pronto, se verían las manos blancas de esos hombres alineados). Posiblemente el encuadre no estaría del todo logrado, porque habría sido necesario conseguir que el número de confesionarios fuese mayor o infinito, y también el número de brazos y de manos. Así, de esa forma, un número enorme de manos que se perdieran en el horizonte. ¿Su utilidad? Para poder pasar de uno a otro. Ponerse de rodillas en cualquiera de ellos y esperar la absolución. Después en el siguiente, de un modo sucesivo, hasta comprender que la solución tampoco estaba allí, que nadie puede liberarse de culpa, que está en el hombre como su propia piel, que está en su sangre y en sus ojos. ¡Qué fácil sería llegar allí, arrodillarse delante del reverendo Dionisio Reverter y decir, yo he pecado! «Siga, siga usted, verá cómo se encuentra bien, verá cómo esa sensación que le convierte en el peor de los hombres desaparece, y dentro de poco será del todo inocente, y estará entre el número de los elegidos.» ¿Entre el número de los elegidos? ¡A ver, a ver, cuánto dura! Porque ya se empieza a sentir otra vez como un peso en el corazón, o sobre la espalda. Se puede pasar a otro confesionario, es verdad. Se puede arrodillar de nuevo y decir, yo he pecado. «Siga, siga usted» indefinidamente hasta que se empezase a comprender. En la misma mirada del sacerdote se vería algo. No es como el agua remansada (no se siente la impresión de un atardecer — tranquilo, tranquilo — en cualquier parte), es otra cosa. «*Ahora, ahora, en este momento, yo, que estoy aquí, lo veo. Veo la mirada del reverendo Dionisio Reverter, que es como yo, porque necesita liberarse. ¿De qué? ¿Qué es lo que tiene? Vive como los demás, quiere conseguir un Orden. Cumple con lo que se le dice, con los mandamientos. A cambio obtiene una tranquilidad que no es duradera. Yo soy virtuoso, yo cumplo con lo que se me ha dicho.*»

Se concentró el tiempo suficiente; recordaba haberlo hecho antes así, en su época de adolescencia. Nada había cambiado aparentemente, era la misma sensación con una diferencia, la de saber que nunca podría alcanzar el fin perseguido. Por lo demás, parecía

que no había transcurrido el tiempo. El ambiente, en la penumbra, era el propio de todas las iglesias. El silencio era el más adecuado para pensar. Sólo de vez en cuando se oía el siseo de las palabras resonando, ampliándose, llenado el recinto para después decaer, para hacerse, de nuevo, completo. Las sombras arrodilladas de las mujeres, vestidas de negro, permanecían inmóviles. Debía de hacer un examen de conciencia como otras veces. Siempre, como en esa situación, había sentido miedo. No se debe de hurgar en el interior de la conciencia.

—¿Qué quiere usted?

Carisio estaba de rodillas, explicando algo que se refería a su trabajo cotidiano. «¿Quiere usted decir que ésta es su forma de vivir?» Casi no se había dado cuenta que había empezado a hablar. Había hecho la salutación correspondiente. Incluso explicaba cuál era su empleo laboral, el trabajo que se le había encomendado. Era mejor hacer las cosas bien desde el principio.

—Empiece ahora.

Había cambiado el tono de voz del reverendo Dionisio Reverter. Ésa era la iniciación, pero no había que exagerar tampoco. Se iba directamente al asunto. Debía de comprender que el caso no era sencillo. Aunque hubiese hablado antes, con mucha precipitación, podía deducirse fácilmente cuáles eran los temas de los que se iba a tratar: lucro, drogas, relaciones ilícitas con menores, de carácter sexual, relajación de costumbres, propaganda ilegal sobre cuestiones reservadas.

—¿Qué es lo que tengo que decir?

Se estaba otra vez en el comienzo. Carisio volvía a hablar de la ciudad, de su llegada, de cualquier cosa, del urbanismo. Desde el punto de vista estrictamente profesional, o técnico, no podía decir nada (no estaba tampoco preparado).

¡Pero es que eso se veía sin necesidad de conocimientos especiales! «Hay casas que sobresalen en los paseos, en las grandes avenidas, las calles están sucias, pero por lo demás todo está bien.» Se había hecho un silencio. No había salida. ¡Con lo bien que se había explicado al llegar! Había que volver atrás. Se golpeó el pecho con las dos manos otra vez. Recitó una oración imaginaria. Había empezado a repetir palabras. Como juego no era algo que hiciese sonreír a nadie, pero él no jugaba.

—¿Qué viene a hacer exactamente aquí?

Debía de explicarse mejor, había pensado que no se establecían diferenciaciones de ese tipo, que no se prohibía, de antemano la entrada a las personas como él. Nadie podía decir que no se hubiese acercado con un arrepentimiento sincero. Había habido otros peores que habían llegado a alcanzar la santidad: María Magdalena, san

Pablo, san Agustín, pero no era cosa de decirle eso al reverendo Dionisio Reverter, entre otras razones porque no le iba a dar tiempo, y ya lo sabía. El reverendo Dionisio Reverter había movido la cabeza intentando dar a entender que había que tener cuidado. Lo más práctico era no dar importancia a esa primera interrupción, y seguir hablando. Podía decir que hacía quince años que no se confesaba, pero considerando que la anterior confesión había sido inválida, parecía necesario remitirse a un período anterior.

—Hace más de quince años, ¿comprende?

El reverendo Dionisio Reverter le había hecho un gesto con las manos para que se detuviese, y había vuelto a mover la cabeza de un lado a otro, después había hablado. ¿Es que no comprendía lo que era el respeto, y no tenía un mínimo de decencia o de dignidad?, ¿qué es lo que iba a hacer allí? El proxenetismo era inadmisible siempre, pero más en una ciudad como aquélla que era apreciada por sus costumbres. Le habían contado todo, que iba por allí, de un lado a otro, entregando las mujeres al comercio. ¡Hijo, eso era la lujuria! ¿No se había dado cuenta de que corrompía la moral, hacía mala a la gente? Era lo mismo que el fango que lo empuercaba todo. ¿Comprendía cómo se estaban desarrollando las cosas? Esa mujer había venido sin malear, lo sabía perfectamente (si se tenía en cuenta que él la había dirigido espiritualmente). Cuando María había llegado, le había llenado de asombro esa forma de ser suya, plena de buenos sentimientos y tan maleable. Sobre ese carácter frágil, tenía que decir que ya, desde el primer momento, le había preocupado. Sabía que era fácil influir en ella, cambiarla; y le aseguraba que había rezado para que no cayese en la tentación. Pero lo peor había sucedido después, como se temía. Por lo pronto había dejado de ir a verle. «Le he esperado sin resultado, sin poder imaginar que usted, precisamente, era el causante de todo el mal.» ¡Qué enorme tragedia! Tanto tiempo viéndose en las mesas de un bar, hablando de las cosas cotidianas, y sin poder imaginar, nunca, que la persona a quien buscaba era él mismo, que le tenía justo a su lado. El mundo era un pañuelo lleno de sorpresas (aunque no era ése el momento de divagar porque quería ir directamente al asunto. Lo primero era lo primero). Tenía que decirle que no se había enterado por casualidad, que la persona que le había contado todo le merecía plena confianza. ¿Le interesaba saber quién era? Se lo podía imaginar, porque resultaba un amigo común. «Fíjese que he empleado la palabra *amigo*, que es rara en estos tiempos que corren.» Había considerado un deber de conciencia decírselo a él. «Al principio no me habló de usted, y me planteó el problema de una forma general, porque quería saber lo que pensaba. Sobre el tema no había opiniones personales, ni puntos de vista subjetivos, sino la postura tradicional admitida siempre.» Yo le dije que no era lícito el

enriquecimiento cuando entraban en juego factores deshonestos o pecaminosos, aunque se tratase de la venta de muebles, y entonces él me explicó todo de una forma más concreta, puesto que me dijo que el comprador (aún no me había hablado de usted) se dedicaba al comercio en condiciones que se oponían abiertamente a la ley natural, a la ley positiva, y a las buenas costumbres. Usted es el comprador, usted es el que se opone abiertamente a todo. Y ahora está aquí. ¿Qué significa esta enorme comedia? Ande, váyase, hágalo pronto; no vamos a continuar esta situación. Yo le ruego por lo que más quiera, por su madre por ejemplo, que se vaya.

—Sí.

—¡Venga, venga!, ¿es que no ha oído?

Carisio se había levantado. De pie, seguía viendo los confesionarios alineados. Se oía el susurro cansado de los penitentes. Alguna palabra resonaba más que otra, como si no fuese suficiente explicarse en un tono normal.

Cuando fue a darle la mano Sanz Jambrina no alargó la suya, así que Carisio se quedó con el brazo en el aire, manteniéndolo unos segundos en esa posición, hasta ver si esa actitud se debía a una distracción o era voluntaria. Consideró más oportuno no hacer averiguaciones al respecto y la dejó caer; luego se sentó en la silla, enfrente de Sanz Jambrina, sin decir nada, escuchando sólo la conversación general que versaba sobre asuntos relacionados con la ciudad, nueva urbanización del Paseo de las Damas, distrito de Montemolín, e instalación eléctrica en el Pinar de Venecia. Sobre lo último había un acuerdo general, no podían admitirse algunas escenas nocturnas que empezaban a ser frecuentes. Pero algo había en el ambiente que lo hacía frío y distinto al de los otros días. Carisio intentó colaborar, interviniendo, para decir que estaba de acuerdo en todo, que cuantas más mejoras por parte del Ayuntamiento mejor, porque allí quedaban; y en lo referente a la iluminación nocturna también; siempre le había parecido que no había demasiada luz en el Pinar de Venecia. Sanz Jambrina había levantado la cabeza. No cabía duda que no querían la aproximación. Cuando dejó de hablar Carisio, se hizo un silencio y al acercarse más creyó ver algo especial en la mirada del reverendo Dionisio Reverter, como un consejo o una advertencia. Podía estar diciéndole que se había equivocado de lugar, que ya no era ése su sitio. Intentó mirarle otra vez, pero había bajado, entonces, los ojos. Sanz Jambrina y Bibrián Navarro se habían vuelto de espaldas (como si estuvieran mirando a los transeúntes).

—No, hijo, siento mucho decirle que no puede quedarse aquí.

El reverendo Dionisio Reverter había hablado. Estaba seguro de lo que decía. Cumplía con su obligación. No podía continuar

frecuentando su amistad y eso porque había que tener en cuenta lo que pudiesen pensar los demás cuando le viesen a su lado. «¿Qué van a decir?, ¿usted se lo figura?» Porque todo el mundo llegaría a señalarle. En la vida hay que evitar siempre las contradicciones. «¿Qué diría usted, si oyese predicar unas ideas que no fueran respetadas, por nadie, incluso por los mismos predicadores? Diga, diga. Parece claro esto. ¿Le resultaría lógico que frecuentase su amistad sabiendo, con certeza, a qué se dedica? ¿Que yo pudiese estar contento, conmigo mismo, después de hablar con usted?» Él mismo podría responder a la pregunta. «No, no sería lógico.» Solamente podía haberse presentado una excepción, a considerar — como no había pasado efectivamente— que era que hubiese acudido a él en otras condiciones. No podía negar a nadie una absolución seguida de un arrepentimiento sincero. Pero no así. Sería necesario que pasase un tiempo para que las aguas volviesen a sus cauces, para que todo se olvidase. «Más tarde podrá usted contar conmigo, con mi amistad y con mi consejo, si es que lo ha de menester.» Un arrepentimiento sincero, una manera de ser distinta, un hombre nuevo y, la Gracia, la Salvación y la Vida Perdurable. Ya había dicho cuanto tenía que decir. Sanz Jambrina, por su parte, tomó la palabra para dar a entender que no le cabía otro remedio que decir algo que se refería a él. Parecía que le costaba un esfuerzo grande hablar, pero ya había indicado que era necesario.

—Usted no es lo que parece.

El ruido de las voces del café parecían que se habían atenuado. Carisio hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y la volvió a bajar. Sanz Jambrina miró a los otros, a Bibrián Navarro, al padrastro, al reverendo Dionisio Reverter, para saber si estaban de acuerdo con sus palabras. Hablaba deprisa. Explicaba que había hecho averiguaciones, que se había visto obligado a hacerlo, porque corrían rumores que no había querido creer, aunque luego había tenido que rendirse a la evidencia. «Yo no podía imaginarme que un hombre que parecía participar de unos valores fuese realmente así.» No decía de qué manera, ni cuáles eran los valores. Realmente le había producido una gran decepción llegar a comprobar que no podía alegar nada en su defensa. Al principio yo había dicho que no podía ser, porqué la gente era dada a la calumnia y a la maledicencia. ¿Pero en su caso? No había justificación posible. Conocía a la perfección cuál era su comportamiento, su oficio y su trabajo. «Usted se dedica a algo inconfesable.» Se dedicaba a comerciar con el mismo hombre, con la mujer, utilizando su instinto más bajo — con la carne — haciéndoselo pagar. Aunque lo peor no era el instinto, ni la carne, ni que lo pagase, sino las personas que le servían — que estaban implicadas — y que eran instrumentos ciegos, cumpliendo unos fines que degradaban, que hacían el género humano peor. (El reverendo Dionisio Reverter había

movido la cabeza en sentido afirmativo.) Era mejor no continuar hablando de aquello, e incluso se le dejaba la oportunidad, a Carisio, de defenderse. «Exponga lo que tenga conveniente a su favor.» Carisio había pensado un momento, si tenía algo que exponer a su favor. «Dígalo sin miedo.» No tenía nada que exponer a su favor, o al menos no sabía hacerlo. Sanz Jambrina se había vuelto hacia los demás y había añadido más palabras, que Carisio no recordaba. Había dicho, probablemente, *¿lo ven?* En ese momento había pronunciado un nombre y era el suyo. ¿Sabía él que los que escandalizaban, los que eran culpables de un acto semejante no tenían perdón? (Todo el mundo estaba al tanto del asunto y por ello podía hablar en voz alta.) «Debe excusarme, si le parece que soy demasiado severo con usted, pero he hecho el propósito de no dejar pasar este asunto por alto sin realizar las actuaciones legales precisas que correspondan.» Y eso teniendo en cuenta dos razones: la primera muy sencilla de comprender, si se consideraba que no podía permitirse que en una ciudad de costumbres ciertamente tradicionales, alguien, por el hecho de venir de fuera, fuese capaz de traer innovaciones, de esa clase, que iban contra el mismo ordenamiento legal. «Fíjese usted que digo contra el mismo ordenamiento legal y haga un examen de conciencia.» La segunda razón era la de que hubiese permanecido tanto tiempo intentando ponerse en contacto con las personas conocidas o influyentes. ¿Sabía el daño que hacía a los demás? Y, por último, había que considerar el engaño, el mismo fraude cometido en la persona de Bibrián Navarro, porque el precio que se había fijado en la venta de los muebles venía dado por razones de amistad, ya que en condiciones normales se habría fijado un precio distinto. «Usted ha abusado de su confianza, de nuestra buena fe, aunque todo se ha descubierto a tiempo.» Él se había encontrado en la obligación de elegir, por un lado había que considerar al amigo, o si quería al hijastro de su amigo «ése es usted». Y por otro, había que tener en cuenta que la ley era igual para todos. ¡Que explicase qué se podía hacer en un caso así! Durante un tiempo había estado indeciso, pero al final había comprendido, no tenía ninguna duda sobre cuál debía ser su actitud; era necesario obrar en consecuencia, de conformidad con el ordenamiento jurídico vigente, y eso porque la ley era (ya lo había dicho) igual para todos, y por una cuestión de ejemplaridad. (Precisamente por ser él quien era la sanción debía de caer con más fuerza, implacable.) Lo que le importaba, en esa situación, era que llegase a comprender. Se quedaría más tranquilo si le daba su conformidad y su asentimiento.

—Quiero que diga solamente que sí.

Carisio no había dicho nada. Era preciso que se sometiera, que cumpliese el castigo sin protestas, sin rebeldías, como un ciudadano

normal. Si quería saber su opinión personal, ese mismo castigo podía resultarle útil; la vida, para él, había sido demasiado fácil siempre. Un hombre debía de comprender que la vida *no era eso*. Había recalcado que «la vida era mucho más». Además, había que analizar otra cuestión. Su comportamiento con el padrastro. (En términos jurídicos había una contraprestación — *do ut des*. Cuando alguien hace algo por alguien hay que pagarle con la misma moneda.)

—Veamos en qué moneda ha pagado usted.

Nada más llegar, se había planteado el caso del Contable. «Un asunto realmente penoso y difícil» «del que nos ha oído hablar»; su conducta había sido objeto de una aversión natural y colectiva. «Usted oyó expresarse a su padrastro y a todas sus amistades, sobre el tema, le oyó decir que estaba disgustado y que la tristeza, que le embargaba, sobrepasaba a cualquier otra que se pudiese imaginar (si se exceptuaba la misma muerte de su madre). Pero *usted* — recuerdo perfectamente — que se conformó con decir que el matrimonio, en algún caso, como contrato, legalmente establecido, también constituía una clase de prostitución como otra cualquiera. Sin comentarios. *Usted* fue adquiriendo conocimientos sobre la cuestión — tomando detalles y pormenores — y llegó a poner en práctica, en su día, una idea reprobable que no puede ser confesada sin sonrojo. *Usted* actuó con premeditación, casi me atrevería a decir que para causar un mal mayor no sólo a la Sociedad, sino a ese hombre que sólo ha tenido desvelos con usted (señalaba al padrastro), que le ha tratado como a un hijo, que es digno del mayor respeto y consideración.» Carisio no era, entonces, una persona agradecida. ¿Se daba cuenta que debía afecto y solamente eso a su padrastro? ¿Por qué? ¡Pero estaba bien claro! Su comportamiento con su madre era digno de los mayores elogios. Que le perdonase si hablaba de su madre en términos algo realistas, pero la verdad no podía ser ocultada. Su madre, cuando vino, ¿cómo era? Que lo pensase y que contestase con el corazón en la mano (que constituía el único procedimiento de hablar de la madre de uno).

—Yo se lo diré a usted.

Su madre, al llegar allí, era una persona desligada de toda creencia y convencimiento religioso. De acuerdo que era una persona con ideas propias, bien formada, en algunos aspectos. Eso nadie lo podía negar, como tampoco muchos de sus valores. ¿Pero en las cuestiones fundamentales? Se podía observar una diferencia apreciable en el momento de su llegada y de su partida. (Claro estaba que no había habido partida.) «O si quiere cuando nos dejó a todos, a usted, al padrastro, a mí y a los demás.» ¿No apreciaba nada? El cambio podía considerarse esencial. Sonreía. Los veladores del café se llenaban. Un niño se había acercado vendiendo el *Heraldo de Aragón.*

—No tengo nada más que decir.

Bibrián Navarro se había quitado las gafas. Se frotaba los ojos. Hablaba mirando al suelo, jugando con las gafas distraídamente. Mujeres que no eran como Dios mandaba, que iban de un lado a otro buscando su manera de vivir. ¿Quién quería el *Heraldo de Aragón*? (En el paseo había cientos de personas que se movían sin rumbo fijo. Iban por los porches, llegaban hasta el extremo y volvían.) Lo que eran esas mujeres y lo que hacían no tenía nombre. Dios iba a castigarlas. Había empezado a mover las manos.

—Yo no lo sabía, le digo a usted que no lo sabía, no podía imaginar tampoco de lo que se trataba. Si hubiese sospechado algo no habría hecho un trato especial con él. (Quería poner en su conocimiento su repulsa, como ciudadano y como Católico, su negativa más completa.) Ninguno de sus muebles irían a parar allí: ¡No faltaría más! ¿Ha comprendido, ha oído usted? (Por primera vez le miraba de frente y podía verse en sus ojos un brillo de resolución y firmeza.)

—Sí — dijo Carisio.

Había doblado el periódico, Bibrián Navarro, con lentitud, había cogido sus gafas. «Siento haberle conocido.» No tenía más remedio que decirlo; cuestión de principios. Su forma de vivir, sus ideas, no eran las mismas que las suyas. Nadie podía decir cuáles eran mejores, y tampoco le iba a juzgar por ello.

El padrastro se había levantado. Había hecho un gesto violento con la mano levantada, de forma que Carisio se había retirado, moviendo la silla hacia atrás. El padrastro había vuelto a sentarse y había dejado caer su mano. Se esforzaba por permanecer tranquilo, sin conseguirlo. El reverendo Dionisio Reverter dijo que era mejor olvidarse de todo. ¿Olvidarse de qué? Había una mujer que él recordaba, y era en su memoria que actuaba así. A Carisio le parecía que había llegado el momento de decir algo. Su madre no necesitaba de su memoria, ni de su recuerdo, y habría sido mucho mejor que no la hubiera conocido.

Sanz Jambrina le había sujetado al padrastro por el brazo. Había dicho, dirigiéndose a Carisio: «¡Cállese, será mejor que se calle!» El padrastro estaba de pie, con su mano en alto, pronto a descargar el golpe. Sanz Jambrina repetía «cállese», y entonces Carisio sintió que algo le resbalaba en la cara y pensó que era sangre. Se quedó un momento inmóvil, porque esa postura le parecía la adecuada. Entonces se pasó la mano por la cara, que se cubrió ligeramente de rojo. No era necesario ver la sangre en la mano; le caía también por el cuello de la camisa. Se imaginó cómo debían verle los demás: él estaba inmóvil, sin decir nada, de pie, con la cara ensangrentada y los brazos caídos sobre los costados. Dejó pasar algo más de tiempo, y luego se movió dando un paso de costado; mientras oía decir a Sanz

Jambrina que se limpiase con su pañuelo. Había extendido su brazo y se lo alcanzaba, era blanco — inmaculado — doblado en cuatro pliegues. Cuando lo había extendido ya, recordó, Carisio, que él tenía otro en el bolsillo. El padrastro se había sentado ya junto a los otros. No cabía duda que para todos era un asunto concluido, y que si había tenido el gesto, Sanz Jambrina, de entregarle el pañuelo, había sido por simple humanidad. Acaso ésa había sido la última acción, el último ademán que hacía relación a él mismo.

22.

Doña Asunción no quería hablar; parecía silenciosa, miraba al suelo, alrededor de ella, se frotaba las manos, se notaba que tenía en su mirada algo especial, una tristeza infinita. Al final pareció que iba a decir algo, pero se interrumpió dos veces. Por fin, dijo: «¡Hijo, pero hijo!, ¿te das cuenta de lo que has hecho?» Iban por la calle de Don Jaime en dirección a la Basílica del Pilar. La había encontrado en la misma Plaza de España. «¿Vas a acompañarme, no es verdad?» No podía negarse a eso. Le cogió de un brazo. Al principio, le había empezado a hablar de otros temas; habían atravesado ya la Plaza de San Gil, la calle del mismo nombre, y estaban en la gran plaza, con el monumento a Goya enfrente. Doña Asunción guardaba silencio, cuando pronunció las palabras que se han descrito «Hijo, pero hijo, ¿te das cuenta de lo que has hecho?», Carisio dijo que no, hizo ver que no había entendido la pregunta, ni a lo que se refería, pero Doña Asunción explicó que había hablado con Sanz Jambrina, con el reverendo Dionisio Reverter. Tenía los ojos húmedos, pero Carisio pensó que no acabaría de llorar. «Ven», dijo. Los pasos, de los dos, resonaban ya sobre las baldosas de la Basílica. Eran de una sonoridad grandiosa, como si el ruido no tuviese aristas y se redondease, envolviese, y se cayera de arriba abajo. Las pisadas resultaban armónicas. Cuando se detenía Doña Asunción, lo hacía Carisio. Después comenzaban a andar los dos juntos. Por un instante la sombra de Doña Asunción, contra las vidrieras, empezó a alargarse sobre las baldosas. Si llegaba a hacerse más grande la pisaría. A pesar de observarla atentamente creyó imposible llegar a saber lo que sentía. Parecía como si una tristeza especial, que venía de lejos, se hubiese apoderado de ella, y Carisio creyó sentir que era como correspondía. Sus manos y su cara resultaban demasiado blancas, como si nunca hubiesen sido expuestas al sol. Fue entonces cuando vio a Bibrián Navarro. Estaba allí, de rodillas. Le podía ver de espaldas, aunque no estaba seguro de que fuera él. ¡A ver, cómo se comportaba un hombre respetable con principios ortodoxos y bien considerado en el ambiente social! En el banco, justo detrás — al lado de doña Asunción — podía llegar a observar hasta los menores detalles. Ladeándose un poco era aún mejor. Le veía mover los labios y toda su figura estaba recogida.

Las manos las tenía sobre el respaldo superior del banco delantero. ¿Qué era lo que estaba pidiendo Bibrián Navarro? Carisio se asombraba de que pudiese estar tanto tiempo de rodillas, diciendo cosas, expresándose (considerando que movía los labios). No parecía que se llegase a cansar, pero se comprendía desde el momento en que había dos mundos: el suyo y el de los demás. ¿No tenía lágrimas en los ojos cuando rezaba? Se había persignado dos veces. Había puesto un pañuelo blanco en el suelo y lo recogía doblándolo con cuidado, antes de llevarlo al bolsillo. De las vidrieras seguía cayendo una luz tenue de un color indefinido. Se había puesto de pie ya, y se encaminaba hacia la salida. Carisio podía seguirle de cerca sintiendo un secreto placer porque podía vigilarle en cada uno de sus movimientos. Tenía que decirle adiós a Doña Asunción. Había atravesado la nave central. Estaba dando la vuelta. Podía seguirle a corta distancia, a dos metros, pegado a él, y a su espalda. Había alargado el paso. Casi estaba a su lado, codo a codo. Él no había vuelto la cabeza, no le miraba siquiera. Le empujó entonces con el hombro sin hacerlo reaccionar. Tenía la vista fija delante. Empezó a hablar; por fin, le había reconocido. «¡Ah!, ¿es usted?» Le debía parecer que había dicho demasiado. «¡Póngase a un lado, déjeme en paz!» Su voz no llegaba a oírse bien. Carisio podía preguntarle lo que había hecho con María casi al oído, eligiendo las palabras precisas. Su tono de voz no había variado, casi no demostraba pasión. Cualquier observador habría podido creer que eran amigos, que le hablaba de temas triviales, de la bolsa, o del tiempo, o de fútbol (aunque fuese en una iglesia). Le había sujetado por el brazo. Intentaba desasirse pero no lo conseguía. Había llegado el momento de actuar de otra forma. Carisio le empujó varias veces; le había llevado hasta una columna. Era necesario empezar a hablar de algunas cosas. ¿A María no iba a volverla a ver más? No, no. Decía que no. Había extendido los brazos. «A ver, júrelo entonces.» Lo juraba por su madre, por su familia, por lo más sagrado. «A ver, júrelo por su madre.» «Lo juro.» (Aunque hacía constar que había muerto.) «Júrelo, entonces, por su padre.» Lo juraba también (aunque hacía constar, asimismo, que había muerto.) ¿Y por algo sagrado? Hablaba concretamente de una imagen por la que sentía una devoción especial. Con los brazos extendidos pronunciaba las palabras del juramento. ¡Pero que hablase más fuerte sin atropellarse! Le golpeaba contra la pared, con suavidad, pero los golpes se oían. Había inclinado la cabeza hacia delante, para protegerse, pero eso no le iba a servir. La corbata se le había desabrochado. Carisio, con las palmas de las manos, le sujetaba la cara. Los dedos de las manos estaban en sus ojos, y así no podía hacer resistencia. ¿No se daba cuenta que era una persona mayor? Le había golpeado con fuerza, ¿no le daba vergüenza golpearle así? Algunas personas parecían observarles de lejos, y

Carisio le había soltado. Entonces había intentado poner orden en su traje, colocar cada una de sus prendas en su sitio. Después había reaccionado, parecía querer mostrar su indignación pero no había articulado aún ninguna palabra. Empezaba a hablar otra vez. No iban a quedar las cosas de esa manera, pagaría esa ofensa y los golpes. Carisio decía que sí, pero que otro día, porque aún no había terminado. Se veía que Bibrián Navarro tenía miedo. No se defendía ya. Había vuelto a poner, Carisio, sus manos en su cara, con los dedos a la altura de los ojos. Le había dejado hacer Bibrián Navarro; entonces no había inclinado la cabeza hacia delante y su actitud resultaba más sumisa. Casi él mismo se golpeaba contra la columna, porque se veía que comprendía las ventajas de cumplir el castigo voluntariamente.

Entonces era mejor dejarle. Había pasado un tiempo. Bibrián Navarro parecía haber adquirido fuerzas para volver a hablar; todo el mundo sabía quién era él. ¿Cree que no lo sé yo también? Era *comunista*, además de ser un indeseable. «Eso es lo que es usted.» Se esforzaba por alejarse un poco, y después echar a correr. Carisio dejó que se separara de él como dos metros. Se veía que de un momento a otro iba a empezar a correr. Se había alejado más y le daba la espalda. ¡Ahora, ahora! El hombre era precavido.

—¡Ahora!

Corría ya por el centro de la nave y Carisio calculó, mentalmente, la distancia que había hasta la puerta. Podía darle una ventaja, siempre que no fuese excesiva. También había empezado a correr él mismo. Iban los dos juntos, casi al lado. Bibrián Navarro debía de comprender que no llegaría hasta la puerta, porque hizo un amago, parándose de pronto para marchar en la misma dirección. Había llegado a la salida. Le veía, Carisio, con los brazos levantados, gritándole. Oyó claramente la palabra *comunista*, repetida. Después dejó de oírle. Su silueta oscura aparecía contra el fondo de la calle, de espaldas. No había ninguna razón para que gritara, él no lo había hecho. Además, los transeúntes, los vecinos de las casas y el público en general que había en la iglesia, tenían derecho al silencio y a que se les respetara.

Una mujer con una cesta de mimbre vendía tabaco y caramelos. Carisio le pidió cuatro cigarros sueltos y algunos caramelos de menta, que la mujer le entregó, después de separarlos— uno a uno — porque estaban pegados.

—¿A cuánto valen?

—A cincuenta céntimos cada uno.

Necesitaba tomar caramelos de menta después de fumar. La mujer le dio cuatro caramelos de menta y le dijo que le debía seis pesetas

justas.

—Deme más caramelos.

La mujer explicó que por esa cantidad no le daría ninguno más, ya que los tiempos habían cambiado. ¿Entonces es que había subido la vida? Para ella también había subido la vida, y para sus hijos, que tenía que vestirlos y llevarlos a la escuela, y darles de comer. Y para su marido también, y eso que trabajaba lo suyo — como soldador especialista — no como otros que andaban por ahí sin hacer nada.

—No se enfade, señora, que no es para tanto, y envuélvalos bien que si no se van a caer:

En el Paseo de la Independencia se paró al lado de la acera y se quedó inmóvil observando a Sanz Jambrina, a Bibrián Navarro y al padrastro. Nadie miraba hacia donde estaba él. Todos tenían la vista fija en otro lugar, ¡pero no podía ser ésa una posición natural!; no es corriente que unos hombres, agrupados, diesen la espalda siempre a un mismo punto; ellos mismos lo debían de comprender así. Por eso sólo cabía esperar que volviesen la mirada. El padrastro ya se había vuelto y casi podía ver sus ojos muertos a esa distancia. Carisio había levantado la mano, pero la había vuelto a bajar. Había sido un gesto inútil. El padrastro hablaba con Sanz Jambrina. Era necesario intentarlo otra vez. Desde los porches de enfrente podían no verle bien, así que pasó dos veces, lo más despacio posible, por ese lado. Veía las miradas fijas de los contertulios que parecían inexpresivas, sin demostrar sorpresa. Comprendió que pertenecía a la multitud, a la materia informe de las personas sin nombre y apellidos. Tenía derecho a pasear, a hacer el recorrido normal por el Paseo de la Independencia; ir y volver, las veces que quisiera— ¡no faltaría más! —, sin limitación en cuanto al número de vueltas.

Todo habría sido más fácil si no hubiese habido calles sombrías, que era necesario atravesar en completa soledad, siempre siguiendo ese mismo camino, y esos otros paseos (sin jardines laterales, sin portales acogedores), sin embaldosar, hechos sólo de tierra, de arena, hechos de sufrimiento y monotonía cotidiana. Después la iluminación, los faroles aislados en medio del camino, con luces brillantes para alumbrar los cuerpos, las manos, las cabezas de la gente, del mismo Carisio, considerando que estaba allí, viviendo como los demás, dejando pasar el tiempo, con la esperanza de hacer algo, como todo el mundo. Una sombra que no tenía demasiado sentido, pero no algo irreal, sino viviente. La prueba era que el cuerpo se podía tocar, palpar. Se podía poner una mano, por ejemplo, sobre un brazo, para sentirlo, o se podía poner la mano sobre el corazón también para sentirlo; no era un sueño, no era un juego. Se empezaba a andar, era necesario moverse lo más posible para echar fuera una idea que

empezaba a fijarse en el cerebro. Se saludaba a algún desconocido, se decía ¿qué tal?, o se contestaba bien, muy bien, muchas gracias. Se sentía más y más la carne, los brazos, el corazón y el pecho, hasta hacerse daño en la carne; no era necesario llamar la atención, se podía abrir ligeramente la camisa y palpar allí, con cuidado. Se estaba realmente vivo. Se podía hacer algo. Golpear — por ejemplo — con el pie, un bote vacío. Había que hacerlo instintivamente sin darle mayor importancia; golpeando más veces — una o dos — hasta que mentalmente se descubriese que se habían trazado las reglas del juego que se debían de seguir. Tenía que empujar el bote, Carisio, hasta el final de la calle en el distrito de Montemolín. Lo hizo sin una sola equivocación, con movimientos precisos y calculando las distancias mentalmente, y los itinerarios. A cada golpe comprobaba el resultado; se iba hasta allí, con las manos en los bolsillos, viendo que su sombra se alargaba. Había llegado hasta el final de la calle. Se había acabado el juego. El triunfo en la vida no era otra cosa que eso (era necesario tener en cuenta el simple detalle). El bote quedaba al lado del muro brillando a la luz, débil, de los otros faroles, en una calle desconocida de la gran ciudad. El cielo entre las hojas de los árboles se veía diluido, como siempre, incoloro. Se estaba bien. *La dosis* era, por lo demás, suficiente, pero no sabía cuál iba a ser la sensación. Buscaba la paz, la tranquilidad; sobre todo adormecerse, saber, aunque fuera de una vez, que no iba a pasarle nada, que estaba en el lugar seguro. Miró a un lado y a otro. Sólo había algunos paseantes, tres o cuatro personas, que no se ocupaban de lo que sucedía alrededor. Seguía mirando al cielo, entre los árboles, hasta que algo le llegó a la boca. Un chorro de luz roja pareció invadirle por dentro. Era una bocanada de aire que se calentaba en su cuerpo. Parecía que él podía graduar, desde fuera, la temperatura. El chorro de luz tenía el color de la sangre. Respiró hondo. Cada vez estaba mejor. Si continuaba así, alcanzaría el grado máximo de perfección. Durante unos minutos se mantuvo en una situación estacionaria, sin cambiar, hasta que se le acercó un hombre para preguntarle si tenía algo que ofrecerle; pero ¿para cuándo?, ¿para mañana o pasado? Carisio no había olvidado que ya no podía dar nada, que no tenía a Dulce Escabues ni a María. El hombre no lo entendía. «¿Qué cree que puedo hacer yo si le digo que no tengo nada ahora a mano para usted?» El hombre no parecía que iba a tranquilizarse, resultaba difícil conseguirlo. Carisio lo comprendía. «Mire usted, cuando le he visto llegar he pensado que ya había solucionado el problema de hoy, que usted iba a conseguirme algo.» Pero verdaderamente había días suficientes y no pasaba nada por esperar; además ya le había dicho que no podía ofrecerle nada. Todo lo que podía hacer era invitarle a beber un vaso de vino. En el fondo del café otro hombre maduro, con gafas oscuras, besaba a una

mujer; la besaba del mismo modo que lo había visto hacer a los galanes del cinematógrafo. Era un abrazo largo, sin que pareciera importarle los que había alrededor. (Una vez que uno se decide — un día es un día — hay que llegar lo más lejos posible.) No sólo el amor era algo que se refería a los menores de veinte años. Cuando un hombre, en el verdadero sentido de la palabra, «yo he hecho la guerra», ese hombre, el que estaba allí, en el fondo del café, que había hecho ciertamente la guerra, se decidía a hacer algo, no se dejaba apabullar, lo realizaba bien y a fondo — a conciencia — como podía verse y era de rigor.

Cuando entraba Carisio en el portal de la calle de Las Armas, lo atravesaba de prisa, a ser posible sin mirar en ninguna dirección. Temía que el portero le entregase una nota de apercibimiento, o una orden de detención. Cruzaba corriendo el portal, con la mirada al frente. Subía las escaleras y entraba en su habitación. Cerraba con llave, apoyaba su cuerpo en la puerta; ya podía respirar. No. No pasaba nada, nunca pasa nada. En una ocasión el portero le llamó por el cristal. Simplemente era para decirle que había observado que ya no se detenía a hablar con él. No podía comprender cuánto daño le hacía su actitud. «¿Ya no quiere usted nada conmigo?» No era eso. El portero no lo comprendía. «¿Tendrá usted trabajo, no es verdad?» Un día apareció muy agitado, contándole que habían subido dos hombres al piso y se habían llevado a las mujeres. (Repetía que eso le pasaba a él por ayudar a los demás y ser demasiado bueno. Añadió que constituía un escándalo y que no podía hacerle ningún bien, a la larga, que sería comentado por los vecinos porque ya se había hecho público.) Él era un hombre de escasos conocimientos y no sabía lo que había que hacer en esos casos. Había oído que para llevarse a alguien era necesaria una orden judicial, y por eso había pedido que se la mostraran. No le habían mostrado la orden judicial. María, delante de los dos hombres, lloraba; pero Dulce Escabues les había insultado (se veía que estaba más al tanto de esas cosas; quería decir que a lo mejor le había ocurrido otra vez ya, pero él no sabía nada de cierto, no podía poner las manos sobre el fuego). Les habían dicho, a las dos mujeres, que cogiesen sus cosas, simplemente lo necesario. Dulce Escabues había pedido permiso para irse a su habitación, quería cambiarse de ropa. Le habían dicho que no podía cambiarse de ropa en su habitación, que podía hacerlo allí, que su costumbre sería quitarse la ropa, y ponérsela, delante de la gente. No había acabado todo allí, porque, aunque se habían ido con las mujeres, habían vuelto, otra vez, para llevarse los muebles en un camión y habían precintado la puerta como podía ver. «¿Lo ve usted?, ¿lo ve usted?» No debía de romper el papel del precinto. Entonces que le dijera

dónde podía dormir a esas horas. Había empujado, Carisio, la puerta. Efectivamente, se habían llevado todo. En la habitación de su madre no estaba la cama. Sólo quedaban las cortinas y los visillos, no había muebles. Los armarios estaban abiertos. Lo importante era si había algo de comer. En el frigorífico no quedaba nada. ¿Era necesario confiscar la leche, el queso, el jamón y los bocadillos? En todas las situaciones hay que encontrar una solución. Había que buscar un sitio para dormir. Carisio se echó en un rincón, en la habitación de su madre. Debía de apoyar la cabeza contra la pared. Pasó la noche así y se despertó al día siguiente. Vio entrar la luz por la ventana abierta. Se oían los primeros ruidos en la ciudad. Fue al lavabo y se mojó la cabeza; no había dormido. Sentía un sabor agrio en la boca. Pensó en Sanz Jambrina, en el padrastro, en Bibrián Navarro y les insultó mentalmente. Con la cabeza casi dentro del agua — en el lavabo — seguía imaginando a su madre muerta.

CUARTA PARTE

23.

Había pasado a disposición judicial, lo que significaba que ya no habría una limitación de tiempo en cuanto a su detención. «Usted debería haber quedado libre hoy, justo a las dieciséis horas.» Eso en condiciones normales, pero no cabía duda que todo se había complicado; algo se había visto de más grave en su asunto, que se estudiaba. A partir de entonces quedaba sometido al régimen penitenciario normal bajo la misma vigilancia de Sanz Jambrina.

—Permítame que le hable del método disciplinario, en general, por el que se rige este establecimiento.

Desde todos los puntos de vista era humano, como podía comprobar; se respetaba la libertad de conciencia del individuo, y las ideas de cada cual, aunque existían ciertamente unas normas — no obligadas — que se aconsejaba seguir. Los procedimientos penales aplicados tenían carácter educativo. Lo que interesaba no era la sanción, en sí misma, porque eso no aprovechaba a nadie. Se podía comprender: «¿Usted cree que yo siento alguna satisfacción cumpliendo con mi deber?». Ninguna. La aplicación de la ley le costaba a Sanz Jambrina un esfuerzo. Lo que le interesaba, en el delincuente, era, sobre todo, el reconocimiento de la culpa. A partir de entonces las cosas iban bien. Lo peor era cuando no se quería colaborar. Y tenía miedo precisamente por él, porque no había visto ni una muestra de arrepentimiento, ni en su corazón, ni en su actitud, ni en ninguno de sus actos. «Permítame que le diga algo más y le ruego que preste atención a esto.» Había que extraer el orgullo del hombre hasta conseguir someterle, había que contar sobre todo con él. Tenía que comprenderlo. Lo importante era esa decisión de voluntad. Le señalaba con la mano.

—¿Usted se da cuenta?

Por su parte también se lo pedía con humildad. No debía considerarle, en ese momento, más que como a otro hombre. Lo que quería era que llegara a reconocer que no tenía la razón, con eso se conformaba. «Usted sólo dice que está arrepentido.» Lo tendría en cuenta en días sucesivos. «Usted debe hacer un examen de conciencia.» Porque el delincuente tenía que reconocer, íntimamente,

su culpa, debía, en definitiva, colaborar. Así se llegaba a una especie de autocastigo, en cuanto que no era sólo la Sociedad, sino también la propia persona la que procuraba la readaptación y el cumplimiento de la pena. Era un gran camino el que había que seguir, pedregoso, difícil, ya que resultaba necesaria la humillación como una premisa necesaria. Él le aconsejaba un ejercicio práctico que, en algunos casos, había dado resultado. Era necesario repetir en voz alta que se era culpable, y el ejercicio llegaba a ser útil o más efectivo con el tiempo. «Usted diga una fórmula como ésta.» No le quería obligar a repetir una fórmula precisa; podía elegir la que creyese más oportuna. Por ejemplo: «*Voy a someterme a un castigo que merezco*». Era como en los ejercicios espirituales del reverendo Dionisio Reverter, ¿no recordaba? Cuando se obligaba al ejercitante a repetir una frase que resultaba siempre la misma. «No volveré a hacer esto o lo otro, no volveré a desobedecer, a fornicar, a ser indisciplinado, a faltar al deber, a cometer adulterio, estudiaré bien mis lecciones, me comportaré debidamente, seré un hombre de provecho y respetaré a mis superiores en todo tiempo.» Claro que esas normas que le dictaba no significaban nada por sí mismas, sin un ideal superior. ¿Comprendía a lo que se refería exactamente? Había bajado la voz. Los ideales superiores sólo podían proceder de un sentimiento religioso más alto. ¿Carisio creía en esos valores? Era necesario que contestase. ¿Dice usted que no cree? Carisio se había callado y Sanz Jambrina repetía que el arrepentimiento sincero era propio de los hombres de bien.

—¿Usted sabe lo que es un hombre de bien?

Carisio no lo sabía. «¿Ve?, eso es lo que me desconcierta en usted, que no sabe lo que es un hombre de bien.»

La ventana era amplia y estaba protegida con una reja. (La cabeza podía pasar hasta el centro.) En la plaza había un crucero con los nombres de los muertos caídos durante la guerra civil. La cruz, de piedra, se recortaba sobre las casas. Era una plaza cuadrangular con una tienda de calzados en medio, con el nombre de José Aguerri. Los niños solían jugar allí. Eran las voces de siempre. El tiempo pasaba despacio; la luz del sol, sobre el muro, parecía que resbalaba, que se iba deslizando hacia la derecha, a lo largo del día. Después llegaba el atardecer. Eran dulces las primeras horas del atardecer; estaban llenas de melancolía. Eran las horas del recuerdo. El color del cielo estaba constituido, entonces, de sombras imprecisas, rojas, sobre fondo gris; y Carisio podía poner las manos delante de esas sombras para saber que él precisamente existía, que estaba allí en una prisión provincial del Estado, mirando al cielo desde una ventana cualquiera. Podía creer que su cuerpo material, hecho de carne, de golpes, de duda, de vicio, de palabras inservibles, era todo espíritu y que podía salir, atravesar la

reja, pasar al otro lado de la calle, e ir, allí, en dirección al color rojo del cielo, en dirección al color gris del cielo, en dirección al color blanco, azulado del cielo. Sus manos parecían que sujetaban las nubes, que jugaban a esparcirlas. Por la mañana oía cómo se despertaba la ciudad. Se acercaba a la ventana porque, así, le parecía que compartía la vida, que respiraba su aire. Los ruidos eran los acostumbrados, los que habrían existido siempre. El aire a esa hora parecía menos caliente. Respiraba con la boca entreabierta. La luz empezaba a filtrarse ya, a invadir todo; primero veía sus manos contra las rejas y después su sombra, que se proyectaba nítida contra la pared. A partir de ese momento, la trayectoria del sol, sobre las baldosas, era la misma, y eso servía para marcar el tiempo; porque en las primeras horas de la mañana llegaba tangencial hasta la misma puerta y después se acercaba a la ventana. Le gustaba sumergirse en esa mancha de sol. Sus pies parecían hundirse dentro de la luz amarilla, como si fuera algo material. Después ese mismo sol, dorado, caliente, el sol de atardecer, desaparecía de allí para ir a otro lugar. *Cuando en Zaragoza se hiciese de noche, en otro país amanecería*. Había que ir en esa dirección en busca del sol, de la esperanza, si es que existía. Todo sería más fácil en otro lugar donde no habría habido guerra, ni hombres alineados en los muros, delante de los fusiles de los soldados. La huida supondría dejar a su madre allí, pero es que el destino de su madre — como el de todos los muertos del mundo — era el-de-quedarse-en-algún-lugar. Nada se podía hacer por ella, no había compañía posible, como tampoco había consuelo. Se quedaría allí, por los siglos de los siglos, en una tierra caliente hecha de silencio (y casi podría decirse que apropiada). Porque a un muerto, aunque sea la madre de uno, hay que dejarlo en el lugar que está y que se le ha reservado en un principio. También en la misma posición. La huida estaba hecha para uno: había que correr y correr, con las manos libres o como quisiera, pensar lo menos posible, yendo sólo en una dirección.

Carisio dejó de mirar, se sentó en una silla, y permaneció inmóvil oyendo las voces muy claras en la calle. Uno de los niños que había allí decía que no quería jugar. «No quiero — decía — no quiero jugar.» Se levantó, Carisio, y se acercó a uno de los muros laterales. Había inscripciones que hacían relación a la justicia, y probablemente a las personas que habían intervenido en los procesos. Eran injuriosas la mayor parte, pero algunas sólo hacían sentar un hecho. «Aquí estuvo Alejandro Lizondo Zalba en 1943.» Había también dibujos que se referían a la mujer, en general, y a su sexo. En el rincón una hoz y un martillo cruzados, y a poca altura el acto de la procreación representado de forma esquemática. Carisio raspó en la pared

utilizando una llave; la piedra era oscura, gris, en la superficie. Puso sus iniciales con esfuerzo. Así quedaría, con su nombre, constancia de su paso por la Tierra. En algún sitio del mundo estaba él, individualizando, situado, sin poder salir, privado de libertad. Sintió un placer oscuro. Lo importante era que no se borrara el nombre nunca. Le parecía que no dejaría de existir mientras se conservase allí sobre la piedra. Podía añadir algo más, un lema por ejemplo, un signo político. Pensó unos minutos si valía la pena añadir algo, un lema o un signo político. No tenía nada que decir. Su nombre compuesto solamente por dos iniciales se destacaban claramente sobre la pared oscura.

Dulce Escabues hablaba desde el pasillo, pero su voz era débil. Carisio le dijo que gritase más. Había traído algunos alimentos para él. Le preguntaba si le gustaban las tortas de nata. También había traído dulces y almendras que le había enviado María.

—Son buenas — dijo Dulce Escabues.

Se hacía un silencio como si no tuviese más que decir. Había ido a visitarle porque le estaba agradecida por todo. Había aprendido muchas cosas que no olvidaría. Por ejemplo, el vestido. «¿Lo ve?» Era de liquidación, pero bueno; la tela, también, de calidad. Hablaba con aplomo. La vida era así. A unos les iba bien y a otros no. A él precisamente le había ido mal. Ella, por su parte, hacía lo que podía, y había ganado, últimamente, algo de dinero, lo suficiente para un buen pasar. María estaba bien con sus padres. Se la habían llevado a Alforque. No volvería a trabajar más. ¡Qué se le iba a hacer! Carisio podía imaginarla entre esa tierra ardiente, a la otra orilla del río, con el sol cayendo sobre las casas, sobre la iglesia, el Ayuntamiento, el pequeño casino. Allí estaría y allí permanecería. Una vida estática, aunque para todo el mundo era igual. Con el sol encima, el río aumentando de caudal, disminuyendo de caudal, como novedad única y posible. Vería pasar las horas, los días. Acaso llegaría a recordarle a él. Se casaría con algún labrador, con el propietario del Casino, con el secretario del Ayuntamiento. Viviría de acuerdo con las costumbres del lugar, trabajaría en las faenas propias del campo, volvería al atardecer, se acostumbraría a todo, a la plaza rectangular, con la fuente en medio, al calor en verano, al embrutecimiento general. La vida debía de ser allí como una espera. Los viejos del lugar se sentarían en la plaza de la fuente igual que habían hecho sus antecesores, otros viejos del lugar. Muertos vivientes y de los otros —de los verdaderos—. De todas maneras no había nada que hacer.

—¿Quiere algo?, ¿necesita algo?

—No.

—Bueno, hala, pues adiós, que lo pase bien.

Durante un tiempo, Dulce Escabues podría seguir ganando dinero, mientras quedase la aureola que había dejado él mismo. Después tendría que trabajar únicamente en el Pinar de Venecia — al atardecer, al anochecer — para volver a una pensión o a una residencia fija, económica, que habría buscado. María, por su parte, estaba perdida para siempre, en la vida misma, y en su recuerdo. Su imagen se borraría de prisa, y él no haría nada para volverla a ver.

En esa noche el cielo de verano era luminoso. Carisio se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en la pared. Alguna vez se había preguntado si había algo en el cielo, y nunca había podido llegar a ninguna conclusión. Entonces no había nada; en esas condiciones era imposible que hubiese algo. Con una dosis pequeña de droga en la sangre habría sido distinto; habría existido Dios y una corte celestial de ángeles, arcángeles y santos. En el cielo iluminado no había más que una enorme materia, que estaba allí sin comprender. «En el cielo no hay nada.» Abrió el paquete que le había llevado Dulce Escabues y probó algunas tortas. Con la boca llena, miraba el cielo, puso la mano delante, contra el fondo oscuro; no se podía mirar. Se volvió a la pared, al rincón. Con un alfiler se pinchó entonces los brazos y las piernas, varias veces. Elegía los puntos más sensibles. Sentía entrar la aguja en su cuerpo y la mantenía clavada. Después la movía, hurgaba en la herida, que parecía agrandarse; eso le causaba una sensación de bienestar que le liberaba. Cerró los ojos. Estaba echado, dormido. Alguien se había acercado y le había tomado el pulso. La sensación de la mano del hombre sobre la suya le produjo un recuerdo que venía de lejos, pensaba en su madre cuando iba a verle dormir, cuando le cogía de la mano. (Era una sensación tranquila, de protección.) Entonces él creía que unas personas podrían ayudar a otras, los fuertes a los débiles. (Había hombres que ayudaban a los otros, existía el amor, y en último caso la confianza plena de esa clase de protección que abarcaba a los demás.) El médico (al lado de Sanz Jambrina) había dejado caer su mano después de verificar la comprobación. Era lógico que fuese así, porque Carisio era un ser independiente, con ideas propias, con pensamientos propios. La imagen de su madre muerta, en eterna soledad, había aparecido más nítida aún. Las manos de su madre no sujetarían nada, no sostendrían nada; estarían colocadas encima de su pecho. Había mirado la figura de Sanz Jambrina que le observaba. La respiración de Carisio era rápida, tenía los ojos abiertos. «¿Ahora no me va a negar que es un drogadicto?» Hablaba con el médico. «¿Es un drogadicto o no?» El médico le había dicho que sí, que lo era. Al menos lo creía. Estaba ahí, Sanz Jambrina, por esa razón. Le había visto lo que se dice en su salsa. «¿Usted cree que es normal su forma de respirar y esa mirada que parece la de un

poseído?» Porque le había visto revolverse y apretar los dientes. Los síntomas eran convincentes. Carisio se había sentado para oírle hablar. «¿Usted cree que con esa expresión que tiene en los ojos alguien va a creer que no es un drogadicto?» Él al menos, no. «¡Pero hombre de Dios!, ¿qué hace?, ¿no ve que se va a caer?» Carisio se había levantado, apoyándose en las paredes. Veía a Sanz Jambrina que se había alzado sobre las puntas de los pies.

—¡Quédese allí, no se mueva!

Carisio veía su cara (mitad en sombra, mitad iluminada) y el perfil del médico. Había avanzado un metro o dos, con las manos contra el muro, y la mirada al frente. Había apoyado la cabeza en las manos y se había detenido.

—¿Lo ve?, ¿lo ve como es verdad?

Sanz Jambrina había dado orden, al oficial de prisiones, de abrir la puerta. Se había acercado a él. Durante unos minutos le contempló sin decir nada — al lado del médico — cambiando en sus miradas una mutua aprobación.

El reverendo Dionisio Reverter decía que había que olvidar el pasado. Después de pensar largamente cuál debía de ser su actitud, había llegado a conclusiones precisas. «Mi mayor ilusión sería poder hablar con usted.» Se conformaba, al principio, con que le recibiera. «Es usted quien me dará permiso para que le visite.» (No quería obligarle a soportar su presencia.)

—Voy a decirle algo si me concede ese favor.

Estaba seguro. «¿Ha oído usted?, estoy completamente seguro que un día sentirá una llamada que le hará ver claro, y no sabrá de dónde procede.» La llamada procedería de Dios. «Téngalo por supuesto», y sería irresistible. «Por más que haga usted, por más que crea que puede vivir aislado, un día tendrá que abrir los brazos a esa gran revelación que vendrá de arriba.» Sería como un relámpago de luz que le iluminaría en la oscuridad. Ese día estaría él mismo allí para verle postrado ante el altar, y le abrazaría como si fuese el hijo pródigo que vuelve al verdadero redil. ¿Procedimientos utilizables? Él, por su parte, le aconsejaba el rezo en líneas generales. Solamente era necesario una postura humilde, ¡eso sí! Y el abandono inmediato de las prácticas perniciosas, incluyendo la droga. «No lo deje usted para mañana, tenga fuerza de voluntad; diga *hoy*, y empiece a partir de este momento.» Por lo tanto, una acción complementaria del rezo, sobre una voluntad firme y resuelta de hacer lo que le decía.

—¿Ha oído usted?

Aunque seguidamente, y como iniciación, era necesario preguntarle algo. Le rogaba que respondiese de una manera directa.

«Diga usted la verdad, le ruego que diga la verdad.» La pregunta era delicada. «¿Usted cree en Dios?» Carisio estaba sentado y se levantó porque la pregunta del reverendo Dionisio Reverter llevaba consigo una cierta solemnidad. Por su expresión debía de creer que no entendía y repitió la pregunta. «Le he dicho que si cree en Dios y debe decir sí o no.» No cabía andar con artilugios y responder de una forma ambigua. Carisio, de pie, seguía en silencio con los brazos caídos. El reverendo Dionisio Reverter quería advertirle que no contestar equivalía a una respuesta negativa. Había que dejar un poco de tiempo para pensarlo, aunque una cosa así no ofrecía lugar a dudas. Podía tomarse el tiempo que quisiera. Podía sentarse si quería. Pero esa expresión de Carisio y ese silencio no podían ser consentidos. Había pasado ya el tiempo. El reverendo Dionisio Reverter había golpeado, repetidamente, la mesa con las manos, y le había mirado, después, a la cara.

—¿Qué dice?

Carisio seguía sentado, intentando imaginar lo que comprendía el reverendo Dionisio Reverter por esa palabra de Dios; su expresión no era de ese mundo, los brazos colgaban sobre el cuerpo, la mirada parecía perdida y el aire completamente ausente.

—¿Qué es lo que dice?

Se podía imaginar un Dios tranquilo, al que se rezaba para echar fuera de sí el miedo, un Dios formado con gusto a confitería, un Dios tipo USA, españolizado o clasista, no el que se iba de Zaragoza.

—No, no creo — dijo Carisio.

No había oído bien el reverendo Dionisio Reverter. ¿Quería repetir la respuesta? Carisio se había vuelto a levantar porque el tema seguía siendo solemne.

—Que no — dijo—, que no creo.

El reverendo Dionisio Reverter había alzado las manos de encima de la mesa, había colocado el dedo pulgar y el dedo medio, o el índice, sobre los ojos, y había permanecido en silencio. Un instante después, había apartado el dedo medio o el índice, o el pulgar, para expresar su profundo disgusto (aunque si le iba a decir la verdad, no le había sorprendido su respuesta porque casi la esperaba). Lo que tenía que decir era que — en líneas generales — todos los hombres creían en algo, que no había ateos en el sentido profundo de la palabra, que eran ignorantes o malvados.

—¿En qué categoría quiere que le coloque a usted?

A Carisio le daba igual. «¿Quiere que le coloque en la categoría de los malvados? No, seguramente no. ¿Y en la de los ignorantes?»

—¿Quiere que le coloque en la categoría de los ignorantes?

Tampoco. Podía contestar por él. Entonces ¿qué clase de hombre

era? En su caso, tenía que considerar que no había sólo una ley establecida por la Sociedad, para defenderse de todo lo que supusiera desorden contra las instituciones (y el mismo bien común), había algo más importante que podía resumirse con un solo nombre que ya era, de por sí, suficientemente significativo.

—Me refiero a Cristo — dijo el reverendo Dionisio Reverter.

El nombre de Cristo había resonado en la habitación llenándola completamente. Parecía que se había esparcido, y que había resbalado de una pared a la otra, que había entrado para quedarse definitivamente allí. De esa manera no había nada que alegar. El nombre tenía suficiente fuerza para no tener que exponer nada al respecto, pero Carisio creía que Cristo había producido una revolución social en la Tierra, que se había opuesto a los poderosos (que después habían transformado su doctrina de acuerdo con sus intereses particulares). El reverendo Dionisio Reverter había asentido débilmente. En algunos casos podía ser así, pero no en todos. Eso era simple demagogia. Había personas buenas y malas en todos los lados. No se podía llegar a hacer diferenciaciones de este tipo; no era, en definitiva, correcto. Si permitía iba a hablar de otra cosa; para referirse a algunos temas había que estar suficientemente preparado. ¿Lo estaba él? Entonces iba a continuar. Algunos habían intentado decir que Dios abarcaba la misma creación hasta tal punto de confundirse con ella. «Lo han identificado, ¿comprende usted?» No era cierto. Tampoco podía admitirse algunas nuevas teorías a las que se había querido dar un significado entre religioso y científico: que la evolución del espíritu comenzase en la materia era, a su modo de ver, una gran atrocidad. Dios como primera causa, Principio del Movimiento, Ordenador y Creador del Mundo (partiendo de la nada) era un Ser Personal, no un conglomerado de cosas como podía oírse por allí, a cualquier irresponsable.

—Esto que le digo es el punto de partida, no me interrumpa ahora.

Difícil de explicar ciertamente; era el primero en admitirlo, ¿pero qué otra posibilidad podía haber? Por el argumento de la reducción al absurdo se llegaba siempre al mismo resultado, que era el de Dios. El reverendo Dionisio Reverter hablaba con tranquilidad, como si el problema estuviese resuelto de antemano. No temblaban sus manos, e incluso se podía apreciar un aire risueño en las comisuras de los labios y en el brillo de los ojos. Nadie había visto a Dios suficientes veces para haberse habituado. La concepción del reverendo Dionisio Reverter era, de verdad, tranquila, y no había razón para que fuese de otra manera, a no ser que se hubiese caído en el pecado (porque Dios, entonces, era un Ser Temible que castigaba). El reverendo Dionisio Reverter conocía suficientemente bien a Dios e incluso habría podido trazar un dibujo de Él, o al menos un esbozo. Carisio le hizo esa

advertencia y no le gustó el comentario.

—¿Qué dice usted?

El reverendo Dionisio Reverter llevaba un libro en la mano, del que le hizo entrega después, porque tenía gran interés en que le diera su opinión. Sabía que allí tendría tiempo suficiente para leerlo. «Quiero que me diga sinceramente lo que piensa.» Era un tratado ameno y formativo, sobre «*La Teología del más allá*» escrito valientemente y sin concesiones. «Me he permitido subrayar algunos párrafos que creo que son de interés.» El tema era profundo y además explicado con una gran seriedad. *Nada más, nada más*, por ese día. Sólo despedirse de él, y la promesa de rezar por su persona como lo hacía siempre. «No lo olvidaré en mis oraciones.» Pero Carisio no quería que rezase nadie por él. Para rezar por alguien hay que pedir permiso. Si el reverendo Dionisio Reverter rezaba para que adquiriese la gracia actual, la habitual, las virtudes sobrenaturales y la satisfacción personal, correspondiente, del deber cumplido, debería consultarle antes para que pudiese dar su parecer y contestar de la forma más apropiada. ¿Es que alguien podía pensar en una persona sin su consentimiento? Eso era lo mismo que transformarle en una cosa. ¿Es que alguien podía modelarle?, ¿solicitar la ayuda del poder divino a pesar suyo? Que el reverendo Dionisio Reverter rezase por la salvación del padrastro, por ejemplo, si lo consideraba necesario, para que se mantuviese en la virtud, con medios materiales suficientes, para poder hacer el bien toda su vida — como doña Asunción—, que rezase por su muerte, que se tranquilizase lo más posible pensando en su muerte. ¿Es que no había visto sus manos alguna vez?, que las pusiese contra la luz y que las mirase así, que comprendiese que no alcanzaría nunca la bienaventuranza, porque para él, precisamente, como para otros, lo que le estaba reservado era la nada.

—¿Qué dice?, ¿es que habla seriamente?

—¿Usted qué cree?, a mí me parece que sí.

Leyó el libro de «*Teología del más allá*» y la sensación dominante fue de un asombro infinito. Se hablaba de los cuerpos resucitados, gloriosos o no, de las penas de daño y de sentido, de la redención de las penas, de los réprobos, y de las almas bienaventuradas, del fuego real, del infierno, del purgatorio, de las postrimerías, del juicio final, individual (de la no apelación en el juicio), del juicio Universal (de la no apelación en el Juicio), del odio a Dios, del amor a Dios, de cómo resucitarían los cuerpos, de las facultades de los cuerpos resucitados (la no necesidad de la procreación, la no necesidad de la alimentación. ¿Llevaría consigo la resurrección un cambio en la estructura corporal?, la no necesidad de los sexos, la asexualización, ¿llevaría consigo la indiferenciación entre el hombre y la mujer?). De la idea de la

eternidad (ejemplos prácticos para comprenderla), de la idea del pecado y su infinita maldad, de la transgresión de la ley moral; de la idea de la muerte, de las reglas para bien morir, y de los auxilios espirituales.

Un vigilante le acompañó por un pasillo iluminado con luz de neón. Cuando llegaron a una puerta explicó que iban a ver a Sanz Jambrina. La habitación tenía alfombras y retratos en las paredes. Sanz Jambrina, detrás de una mesa, le hizo un signo para que avanzara. El vigilante pronunció su nombre que resonó en la habitación silenciosa. Carisio comprendió que era él a quién se anunciaba. Empezó a hablar, Sanz Jambrina, en seguida. Le habían informado que no asistía a los actos religiosos, ni a la misa de la mañana. Bien. Que quedase claro que nadie le obligaba a esa asistencia. Ya le había indicado que era libre, pero podía haber asistido en memoria de su madre. Carisio no pensaba lo mismo, porque desde hacía mucho tiempo, la olvidaba. Sanz Jambrina le hizo ver que eso no estaba bien, que había que recordar siempre a la madre de uno.

—Eso no necesita explicación y usted lo sabe.

De todos modos, le había mandado llamar por otro asunto que se podía considerar oficial. La resolución que había recaído en su causa era, a todas luces, halagüeña. A Carisio no se le había comunicado que hubiese recaído ninguna resolución. ¡Cuando él se lo decía! («¿Para qué cree que estoy yo aquí entonces?») No se la iba a leer toda. Parecía preferible resumirla. Se le dejaba en libertad a condición de que saliese, inmediatamente, de la ciudad y no volviese. «Usted es libre de hacer lo que quiera pero no aquí.» Las situaciones que no eran morales, se cortaban por lo sano en esa villa. ¿Que él creía que su posición era justificable?; muy bien, que lo demostrase a quien le quisiera oír, a él no. «Usted sólo debe marcharse.» Quería añadir algo más. Tenía un mensaje personal que darle, que podía resultar triste, procedía del padrastro. Había hablado personalmente con él, había insistido en que no quería verle más, por lo menos en un tiempo. ¡Porque si al menos hubiese visto algún signo de arrepentimiento!, pero él no lo había apreciado; había hecho un gran esfuerzo para conseguirlo, incluso había pensado en ir a verlo, ¿pero de qué iba a servir? Por su parte, a él mismo, todo el asunto le conmovía también. En su larga vida profesional no había apreciado tanta frialdad. ¿Tenía algún recado que transmitirle a esa excelente persona que era el padrastro? Ninguno. Bien, bien, dice que no quiere transmitirle nada. Por su parte su conducta le parecía imposible de comprender (así como se lo decía) porque si hubiera tenido las ideas de su madre, del principio, «las ideas políticas me refiero», podía haberse encontrado

una explicación en su comportamiento, un motivo racional de actuación; por eso quería preguntarle sólo como curiosidad («no hay nada que le obligue a contestar») si actualmente profesaba la doctrina comunista.

—Fíjese bien que yo busco una explicación, porque su madre era militante y dejó de serlo. Usted podría haber actuado en consecuencia, es decir, usted habría querido hacer daño al hombre que ayudó a su madre a reaccionar, a marchar por el camino recto y a encontrarse a sí misma.

—No.

—¿No es usted comunista?

—No.

—Entonces, dígame ¿qué es exactamente?

—Nada.

Hermosa palabra; digna de hacerla figurar en el expediente que se le cerraba. ¿No comprendía que esa contestación no le iba a favorecer? *Nada*. Se le preguntaba que qué era y contestaba que nada.

—¿De modo que no es comunista?

—No.

Sanz Jambrina se había quedado indeciso, un instante, dudando entre acompañarle a la puerta o pronunciar unas palabras finales de despedida. Había optado por lo último. En un caso así sólo podía decir que, en su actuación, no había habido nada personal, ya que él era un simple ejecutor de la ley. Si en el futuro, le recordaba, no le debía de guardar rencor (había suavizado ligeramente la voz), tampoco debía olvidar que él mismo sufría al aplicar una condena que, en ese caso, era mínima. Por último quería pedirle un favor, hasta ese momento no había estado en condiciones de dar nada. «Ahora, sí, ahora puede dar algo.» Su comprensión, su ánimo resuelto de volver por el buen camino. «Yo sólo le pido que haga un examen de conciencia, que comprenda de qué lado está la razón.» Había juzgado innumerables casos y nunca había visto uno tan claro como el suyo. «Yo le pido que cuando salga de aquí se convierta usted en juez de sí mismo.» Había hecho una pausa porque iba a pronunciar, con seguridad, las palabras finales. «Bien, dijo.» Debía de considerar que era más recomendable una sola frase concisa que una oración larga, excesiva, o desmesurada.

—Adiós, no vuelva por aquí.

24.

En ese instante comprendió que él, Carisio, había sido juzgado y condenado, porque, hasta entonces, no se había apercibido de una manera completa o total. Estaba allí, en el pasillo, al lado de dos guardias, un cabo y un número. Estaba allí porque el mecanismo legal así lo establecía, porque las faltas, las infracciones, los delitos se castigaban con las penas correspondientes, considerando que la Sociedad se defendía, porque había un derecho político, un derecho natural, un ordenamiento jurídico de cualquier clase, y porque había gente buena y mala en todos los lados.

—Vamos.

A partir de entonces debía de haber pasado de la jurisdicción civil a la militar o al poder ejecutivo. El cabo actuaba de una forma maquinal. Había sacado unas llaves y comprobaba el funcionamiento de las esposas; el cabo preguntaba, al número, si todo iba bien. Las esposas se abrían y se cerraban, como estaba previsto, perfectamente, al hacer girar la llave.

—Acérquese más aún.

Carisio puso las manos delante, los aros metálicos quedaron colocados en su posición. Los aros metálicos eran graduables. El cabo preguntó si le hacían daño las esposas. «Usted diga si le aprietan demasiado o si le rozan.» A Carisio no le apretaban demasiado ni le rozaban. Entonces estaba bien. El cabo se guardó las llaves en el bolsillo interior sin hacer otra pregunta que no era del caso.

—Bien.

Esposado, delincuente, a merced de lo que dispusieran. Pero no era el primer hombre que se veía así; otros le habían precedido. Los ejemplos eran innumerables en la historia; pensó en uno cualquiera, no sabía por qué tenía que ser en particular en ese hombre de Galilea. ¿Qué había pasado con él?

Lo habían maniatado, esposado, crucificado. — Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia—. Le habían quitado ya la chaqueta, y se la habían puesto sobre las manos. A Carisio le habría gustado que no ocultasen sus manos, pero no era cosa de llamar la atención. El número le había despojado de su chaqueta, casi con

educación, le había preguntado si permitía, y después se la había pasado al cabo para que se la pusiera encima. Decía que era mejor así.

—Sujétela bien.

Se la había colocado entre las manos y el vientre; después había retrocedido. (¿Para ver el efecto?) Y por último se había situado en un extremo.

—Usted en medio.

De conformidad con las reglas seguidas, tradicionalmente, en el Cuerpo, desde tiempo inmemorial.

—Vamos, ya puede empezar a andar.

—¿Adónde?

—Adonde usted quiera, con tal de que sea fuera de la ciudad.

—A mí me da igual.

—Pues elija, porque nosotros tenemos orden de ponerle fuera.

Iba con la pareja de la guardia civil — con el cabo y el número — en medio, y sólo algún niño le miraba. No adaptaba el paso al de los guardias, y ellos tampoco al suyo. En un primer momento creyó que debía ir al unísono. Olía a los correaje de los guardias, a los uniformes, a sudor; y sus botas, sobre el empedrado resonaban con fuerza. Se detuvo para mirar hacia atrás, pero no le dijeron que siguiese, no le dijeron nada; se pararon a esperar, y el cabo de la guardia civil le preguntó si le pasaba algo.

—No.

—Cuando quiera, entonces.

Otra vez estaba recorriendo la ciudad: desde Las Armas a Montemolín, desde la Plaza del Paraíso a la de Aragón, descendiendo por el Paseo de la Independencia, hasta la Plaza de España, para salir al Ebro. El agua del Ebro resbalaba turbia bajo el puente. Se la imaginó caliente. Un hombre pescaba, y durante siglos y siglos debía de haber sido igual. La ciudad estaba iluminada, las torres del Pilar estaban iluminadas por el sol. Los niños le miraban pasar. Llevaban libros en las manos. No les serviría de nada estudiar, ni recitar textos de memoria, ni llevar libros en las manos, pero no se les podía decir. Le seguían a cierta distancia, no parecían tener miedo de los guardias. Se les veía hablar. Recorrieron unos trescientos metros a su lado y después se quedaron quietos en una esquina viendo cómo se alejaba. No volvería a ver a los niños, no volvería a ver a esa gente, nunca volvería a recorrer las calles de la ciudad, nunca vería al padrastro ni a Sanz Jambrina, ni a Bibrián Navarro, ni al reverendo Dionisio Reverter. En la vida hay etapas que pasan. (Se empezaba otra vez, siempre es lo mismo. Hay quien ha empezado hace cien años y por ese mismo motivo ya no tiene nada que decir.) Lo que importaba era poder empezar en el instante, ver una carretera y seguirla; ése era el

porvenir. El horizonte no estaba en ningún lugar (cuando se llega a esa línea precisa hay que empezar de nuevo). No había líneas precisas ni puntos de partida, o de arranque, como no había tampoco principios de autoridad ni personas responsables o autorizadas.

Le habría gustado, a Carisio, pasar su mano por la frente para quitarse el sudor. El cabo decía que el sol era fuerte. Carisio respondió que sí, y el cabo no volvió a decir nada más, como si hubiese cumplido con una obligación social dirigiéndole la palabra, aunque fuese un detenido. De vez en cuando sacaba un pañuelo arrugado del bolsillo. Le miraba como esperando que le diese la razón, en lo referente a la fuerza del sol, y a Carisio le pareció que debía de asentir.

—Pues sí que es verdad.

Podía pensar que ese sol le había quemado el cuerpo, que estaba marcado por el sol y por la gente; pero también había dejado un recuerdo él y nadie le olvidaría con facilidad; había amado, había vivido — él, él — había destruido — construido— un poco las cosas — casi nada — pero lo había intentado.

—Sujete bien la chaqueta que se le cae.

Estaban ya en la carretera. Una marcha con el sol de frente, yendo siempre en una misma dirección, con los ojos casi cerrados para no sentirlo. Los campos sedientos; ¿cuándo podría separar las manos, ponerlas normalmente en los costados, saber que podía utilizarlas? No tenía significado llevarle con las manos sujetas, alejarle de la ciudad, porque después podría volver sin que nadie se lo impidiera. El cabo le daba la razón; ciertamente que después podría volver sin que nadie se lo impidiera, pero no era lo mismo. La cuestión estaba en cumplir un simple trámite. «A nosotros nos dicen qué es lo que hay que hacer y lo hacemos.» Sin discutir, sólo teniendo en cuenta el cumplimiento del deber. Ésa era la educación del soldado, la disciplina militar. A Carisio no le había interesado nunca la educación del soldado ni la disciplina militar. Cada uno era como era.

—A usted hay que llevarlo fuera, eso es todo, después haga lo que crea menester.

La carretera se alargaba como si fuese una cinta. El paso era largo. Carisio, con la camisa abierta, sentía el aire caliente. Cuando pasaban debajo de los árboles cesaba el canto de las cigarras. Se oía a lo lejos, pero no allí. Era una marcha hacia alguna parte, sin conocer siquiera el destino. La sombra de los fusiles, de los guardias, se alargaba sobre la carretera. El cabo mirada a la tierra al hablar. Lo que quería decir era que cada uno tenía su cometido, que si a él le habían dicho que lo cumpliera no podía hacer otra cosa. Un día podrían verse en otra situación, tomar un vaso juntos; esas cosas se olvidan. «Dentro de unos

días usted vivirá en otra parte, fuera de aquí.» El número asentía. Carisio no sabía si ese asentimiento se debía a la relación de subordinación o a simple convencimiento personal. El calor subía de la carretera como si fuese un vaho. A lo lejos el horizonte resultaba impreciso y se movía. Era un paisaje ondulado que se borraba, y se hacía nítido por tiempos. No parecía real, aunque su cuerpo sí lo era, y su pensamiento, y la chaqueta que tenía entre sus manos, y las palabras de los guardias, y todo el cansancio que llevaba encima. Miró hacia atrás. En primer lugar vio las tres sombras en la carretera. La suya en medio. Eso significaba que él *estaba allí*, que era protagonista del suceso. Un pequeño acontecimiento en la vida cotidiana de la humanidad que se refería a sí mismo. Miró a sus pies que avanzaban. No había duda de su identidad; si quería podía cambiar el paso, alargarlo, hacerlo más corto. —¿Quiere fumar?

—Sí.

Le habían puesto un cigarrillo en la boca. El número le acercaba el chisquero encendido. Carisio aspiró el humo con lentitud; lejos se veía una cordillera de montañas, difusa, llena de esperanza.

Tenía ganas de orinar, y le preguntó al cabo si podía hacerlo. El cabo dijo que sí, que podía, que no faltaría más, y que no hacía falta preguntar eso.

—Ande, vaya usted.

—¿Adónde?

—Es lo mismo, vaya usted adonde quiera, allí en los rastrojos.

Los cerrojos de los fusiles brillaban al sol. Unos labradores se acercaban y dieron las buenas tarde. Carisio no sabía si, en su condición de detenido, tenía derecho a contestar, pero los guardias lo hicieron por él. A la caída del sol todos los hombres parecen amigos. En el grupo, uno de ellos, que iba detrás, pasó sin decir nada, mirando al frente; no dijo *buenas tardes*. Parecía cansado, como si conociese lo que era la vida y lo que podía dar de sí. Entonces fue cuando Carisio creyó reconocer a Juan Montero Marugán; no estaba seguro de eso porque se alejaba, de espaldas, con su talego al hombro. Intentó llamarle pero le pareció que no serviría de nada hacerlo. ¿Qué iba a decir? Su figura, en medio de la carretera, parecía fuerte como si estuviese hecha de tierra. El cabo le miró, el número de la guardia civil le miró también (era un hombre mal trajeado que podía no tener sus papeles en regla; el carnet de identidad, el de trabajador, el certificado negativo de antecedentes penales). Su figura se iba a perder; podía ser él u otro desconocido, ¡pero sería igual! El cabo había disminuido el paso. El número colocaba bien la chaqueta sobre las esposas de Carisio. La figura de Juan Montero Marugán se perdía, nunca más le volvería a ver; por eso siguió con la mirada fija en él,

unos segundos más (el tiempo suficiente para que el número colocase bien la chaqueta sobre las esposas). Era una cortesía muda si se consideraba que el único amigo que dejaba en la ciudad estaba allí. Era una ofrenda de respeto y admiración. ¿Había que admirar algo en Juan Montero Marugán? Se le admiraba como ex combatiente de Belchite, se le saludaba como hombre de una sola pieza, como amigo, camarada y compañero, como ser-vivo-para-la-muerte (porque llevaba muerte en cantidad sobre la espalda), como representante del sufrimiento, como bebedor de vino tinto, como frecuentador de mujeres, como trabajador incansable por cuenta propia, como hombre desconfiado frente a las instituciones benéficas sociales y burocráticas, como no creyente de las verdades oficiales en ninguna materia; como hombre de mirada silenciosa que ocultaba la fuerza y el desprecio, como persona de bien. Además por su expresión incorrecta del lenguaje, por su pobreza, por su vestido y sus manos hechas de trabajo, de sudor, que habían sujetado el fusil y el arado. Por todo eso, a Juan Montero Marugán, se le decía, silenciosamente, adiós.

El calor parecía que subía de la tierra, que se esparcía. El roce de la chaqueta contra las manos le quemaba. Cerró, un momento, los ojos para no ver el sol. Los guardias le guiaban, sólo tenía que dejarse llevar. Con los ojos cerrados todo parecía un juego entretenido. Él estaba en la oscuridad; el mundo real, alrededor, no tenía un gran significado. ¿Cuántos pasos podían faltar? Se dijo que a los cien pasos abriría los ojos, y empezó a contarlos. Llevaba veinte, pero iba a empezar otra vez, iba a alargar todo lo posible ese momento. Se imaginó que, al abrir los ojos, no estaría ya en ese lugar, que se daría cuenta que los guardias no habían existido, como su vida pasada o el cuerpo de su madre que se quedaba allí. Llevaba noventa y cinco pasos justos. Noventa y seis, noventa y siete, noventa y ocho, noventa y nueve. Abrió los ojos. El sol estaba enfrente, entre unas colinas grises. Miró a los guardias, a derecha y a izquierda, y sus expresiones y sus ademanes le resultaron casi humanos.

—Óigame, ¿a usted le gustan las mujeres?

—Sí, ¿y a usted no?

El cabo se había callado, eso le pasaba por dar confianza a la gente. Su dignidad se resentía.

—¡Tenga cuidado con lo que dice!

Se desvanecían las imágenes y parecía que era necesario hacer un pequeño esfuerzo para recordar bien todo. Las personas con las que se había convivido. Había que empezar por el padrastro, por ejemplo; sí, sí, era él, el mismo perfil de su cara, y la mirada, de frente y de perfil, detrás de las gafas, con su aire digno y sus manos cuidadas. ¿Estaría en la iglesia rezando para conseguir el Orden?

A ver el Orden. Para saber si había orden, había que conocer, también, lo que se entendía por esa palabra. No es lo mismo el orden que la costumbre ni la tranquilidad, aunque por regla general se considere idéntico. La repetición de los mismos actos (¿durante cuánto tiempo?), supone, para casi todos, habituarse a una situación que sólo es normal, porque la costumbre lo ha hecho así. Se empieza existiendo sin quererlo, y después se ven las cosas que hay alrededor: hay un espacio y un tiempo. Apariencias, luces y sonidos, todo produce una situación de malestar al principio, pero luego no sucede igual. Se repiten los mismos actos. Se comprueba que cuando las cosas se dejan en el espacio caen. Hay que sujetarlas, sostenerlas. Se comprueba, también, que se tiene un cuerpo, unas manos. Hay además unos instintos para seguir adelante. Es necesario conservarse y reproducirse. Lo importante es hacer que continúe la vida. ¿Y ese orden? Todo depende de la repetición. Cuando se ve que una piedra cae, siempre, en la misma dirección, es decir, hacia el centro de la Tierra, se llega a considerar eso normal; ¿por qué va a ser así y no de una manera contraria? Todo sucede como debe de ser, las piedras caen, los hombres se reproducen, viven, y consideran que el mundo donde están es el único posible. De no ser así, ¿de qué otra forma iba a ser? Hay, ciertamente, un espacio y un tiempo, y una vida que pasa y Dios que está por encima de todas las cosas. Se han acostumbrado a ver la realidad de una forma tranquila. Se trata de una simple adaptación. El cuerpo está formado de materia y espíritu. Se habla, se explican cosas. Todo es como debe de ser. El amor, la mujer y la muerte. Se entrevén algunas cosas porque el sufrimiento está allí. Nadie es feliz del todo, pero se intenta hacer algo. Todo está-está-está bien. Lo peor es que queda la historia detrás. Y la historia está formada de hombres que han sido. Naturalmente que queda el recuerdo de esos hombres porque hicieron cosas; muchas de ellas buenas (es decir, conforme al orden social). Pero de nada sirve el recuerdo, y de nada sirve tampoco que hayan vivido antes. Están inmóviles con una cantidad de tierra variable encima (sobre los ojos y el vientre, por los costados). Se les ha escondido en algún lugar. Es posible que se pueda decir, también, que se han acostumbrado a la oscuridad y al silencio. Pero parece mejor no decir nada sobre el tema. No *es necesaria la costumbre entonces. Eso era antes. Es mejor hablar de inmortalidad, de resurrección, de los cuerpos o de los muertos, de cualquier cosa. Hacer que la atención dirija hacia otro lado o hacia ninguna parte. El mejor de los mundos es éste. Y por una parte es lógico que sea así. ¿Cómo va a ser de otro modo? ¿Qué mundo imaginable puede existir distinto a éste? El orden — y el caos. «Mire usted, el orden tiene una naturaleza relativa. ¿Y el caos? No tiene ninguna naturaleza, es propio de personas que profundizan demasiado lejos. Pero es verdad que esas playas tranquilas, y esos atardeceres, deben de existir. ¡Que nadie diga lo contrario! Hay playas inmensas en lugares*

ignorados aún. Es fácil quedarse allí, echarse en la arena caliente. El agua del mar ¿de qué color es?, llega hasta los pies. Es un lento vaivén el del mar. Respira, vive. Es comprensible que sea así. La vida procede del mar. El hombre está maravillado, pero sólo va en busca del Origen. Ha nacido en el mar, en lo más profundo. Es inimaginable. Al cabo de tanto tiempo vuelve. Se sienta tranquilo en la arena. Se echa en la arena, y de pronto siente esa atracción. Parece que quiere volver, que quiere sumergirse en la profundidad, no pensar más, dejar el pensamiento a un lado. Es el momento del encuentro. (Es lo mismo que cuando una madre ve al hijo mayor, demasiado mayor, para acunarle en los brazos. Hasta que un día le vuelve a encontrar, del mismo modo que cuando le tenía en su vientre). Con la Tierra pasa igual. Hay páramos inmensos, con sol o sin sol — hay enorme llanuras que parece que abren sus brazos para llamar al Hombre. Él va allí, mira en todas direcciones y después parece que quiere adoptar también esa posición: horizontal, horizontal, como la que le va a corresponder más tarde cuando se realice, de verdad, el Encuentro. Va en busca de algo que ignora, pero es cierto, es cierto, es cierto, quiere echarse en la tierra, porque es el Origen quien le llama. Debe responder a la llamada, tiene que quedarse sobre la tierra inmóvil, tiene que cerrar los ojos para no pensar. Parece que el vacío le asienta en su pecho. Se le agarra. El corazón mantiene su ritmo por inercia. La verdad es que quiere morir.

El cabo le había dado un papel de un bloc, a Carisio, para que firmara. Era un simple trámite, se lo quería advertir de antemano, y además no era obligatorio. «Usted firme si quiere, ya lo sabe, y si no no». Le alcanzaba un lápiz. Antes había escrito la fecha y la hora; lo había hecho apoyándose en la espalda del número que había permanecido enteramente inmóvil.

—Ahora usted.

Carisio iba a poner su nombre y apellidos debajo. El cabo explicó que ellos tenían que justificar dónde se encontraban en cada momento, y Carisio dijo que lo comprendía. No sabía si debía de hacer algo más. «Con el nombre basta», dijo el cabo. Carisio, también, se apoyaba en la espalda del número, que estaba en posición de firmes. El sol caía sobre el papel, sobre la espalda del número. Había que sujetar el papel por los lados, con las manos, para que el viento no se lo llevase. El cabo le señaló el ángulo inferior del papel. Estaban, los tres, en el centro de la carretera, de espaldas a la ciudad, con el viento de frente. Cuando Carisio explicó que había puesto su nombre, el cabo dio por terminado el asunto, porque su misión estaba realizada.

—Ahora, vaya con Dios.

Carisio era completamente libre, había cumplido con la Sociedad, con la pena impuesta, con las normas de la administración de justicia,

y con el ordenamiento legal correspondiente. Los grajos volaban a ras de tierra, en el atardecer, y gritaban llenando el aire y el campo de la tristeza que le iba al paisaje. A esa hora, lógicamente, debía de haber sólo grajos volando al ras de la tierra. En otro lugar, lejos, el atardecer sería parecido.

El cabo de la guardia civil estaba meditando si resultaría conveniente o no darle la mano a Carisio y, por fin, se decidió a hacerlo, aunque miró primero a todos los lados — a derecha y a izquierda — para ver si venía alguien.

—Prométame que no va a volver.

—No.

El número de la guardia civil le dio, también, la mano a Carisio; dijo, asimismo, que fuera con Dios, mirando al cabo al mismo tiempo.

Zaragoza, 7 de julio de 1970.

NOTAS

1 Caja de Ahorros de la Inmaculada.